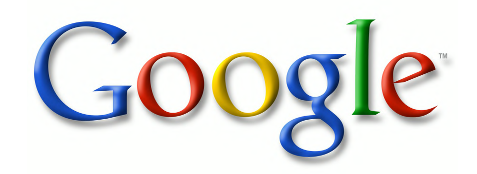




+ 98503 c.p. 30911

HISTORIA

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

NCESA, INGLESA É ITALIANA

EN EL SIGLO XVIII.

HISTORIA

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, FRANCESA, INGLESA É ITALIANA

EN EL SIGLO XVIII.

Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid

POR

DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO,

REDACTADAS TAQUIGRÁFICAMENTE

POR DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA,

y corregidas por el Autor.

MADRID.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y TIPOGRÁFICA,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

1845.

HISTORIA

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA,

FRANCESA, INGLESA É ITALIANA

EN EL SIGLO XVIII.

LECCION PRIMERA.

Señores:

Hay ocasiones en que es imposible al hombre dejar de hablar de sí mismo, y á pesar de que esto debe causar repugnancia, y de que en mí la causa mas que en otro, todavía espero merecer la indulgencia de mi auditorio, cuando le dirija algunas palabras acerca de la situacion en que me encuentro.

Habrá pocos dias, señores, que desde este sitio hice una despedida dolorosa; dolorosa digo, porque al creer que me retiraba á la vida privada, me retiraba asímismo de este establecimiento, donde dije y repito que he encontrado los momentos mas dulces de mi vida. Sucesos que yo no podia sospechar que sobreviniesen, me han arrancado de mi retiro, y si al traerme á las turbulencias de la vida política, han mezclado las amarguras con las dulzuras, han sido es-

tas últimas las mas puras, las mas esquisitas, cuando me traen al seno del Ateneo y á presencia del auditorio que tanto me ha favorecido.

Señores: en los años que he ocupado esta cátedra he explicado derecho político constitucional: durante cuatro años he desempeñado esta tarea, y en el último dejé escritas mis lecciones. No tengo ya que recorrer, ni nada que encontrar en un campo que he dejado, por decirlo así, enteramente segado, en cuanto alcanzaban mis fuerzas y habilidad; sin embargo, un profesor, cuyo talento y ciencia son conocidos, cuyo ingenio, entre otras cualidades, reluce principalmente por lo claro, se ha encargado, no sé si de continuar, y mas creo que de mejorar el fruto de mis tareas. A él oirá el Ateneo, le oirán los concurrentes á sus lecciones, y espero que sacarán de su suficiencia mas provecho que de la mia. Entre tanto, abandonando yo el campo de la política en este lugar, no de la política militante porque en él nunca he entrado aquí, si bien sin querer haya hecho alguna vez alguna escursion dentro de sus límites, vengo al campo de la literatura, persuadido de que si muy grande era mi insuficiencia en aquel terreno, será mayor ahora, pero lleno de confianza en la bondad de mi auditorio, y esperando asímismo que lo que diga podrá producir buen efecto en el ánimo de mis oyentes. Nada prometo decir de nuevo; no alcanza mi ingenio á tanto: á los que ya tengan toda la instruccion suficiente, lo que dijere podrá parecer supérfluo; á los que no sepan tanto, servirá para ponerlos en camino, donde siguiendo mejor luz, lleguen á mas feliz paradero.

Señores: en el dia de hoy no puedo dilatar mi leccion, tanto por circunstancias particulares mias, cuanto porque voy á abrir un curso, y quiero solo dar un bosquejo de la naturaleza de mis futuros trabajos. Pienso, señores, como ha anunciado el Ateneo al público, hablar de la historia de la literatura en el siglo XVIII; pero como quiera que la historia literaria de un siglo abraza mucho, y prin-

cipalmente la del siglo XVIII, uno de los mas insignes en la historia del mundo, no porque en él haya dado quizá la literatura frutos tan sazonados como dió en el siglo anterior, y aun en el siglo XVI, sino porque en él recibió el entendimiento humano un impulso violento, y se precipitó á la vez por varias sendas, sin apartarse empero de la literaria, viene por eso á ser la época mas importante quizá en la historia del linaje humano, es decir, en la historia de los progresos del humano entendimiento. Sin embargo, la misma variedad de la materia debe acobardarme y de hecho me acobarda; así es que no he querido acometer la empresa de decir todo lo que se hizo en aquel siglo: me he ceñido solamente á la historia de aquellas naciones, de cuya literatura tengo algun conocimiento: Italia, Francia, Inglaterra y España. Quédame una nacion, que cabalmente se ha distinguido mucho á fines del siglo XVIII, la Alemania, cuya lengua por desgracia ignoro, y de cuyos escritores tengo algunas pero escasas noticias. Sin embargo, señores, en la historia de aquellas naciones encuentro alguna ventaja, y es que están unidas por cierto vínculo; son naciones latinas, de orígen clásico, cuya literatura tiene un orígen latino, pues si bien la Inglaterra tiene una lengua de orígen sajon, todavía esta lengua se halla de tal manera mezclada con la latina, que la civilizacion inglesa, conservando mucho de aquella parte sajona que forma, por decirlo así, la savia, el corazon del idioma, toma y conserva mucho del latin, y de ello se resiente mas que otra parte alguna de la literatura inglesa, la literatura del siglo XVIII.

Sentado, pues, que solo he de hablar de estas naciones, procuraré pintar primero el estado intelectual, y aun en cierto modo el estado político en que se encontraba la Europa al abrirse el siglo, en el exámen de cuya literatura voy á ocuparme, porque si bien es cierto que entrando en el campo de la política cuando de literatura se trata, se puede tropezar y caer tambien, es sabido que en el dia no es posible examinar la literatura en sí misma solamente; que

si los críticos de otro tiempo la contemplaban aparte de otras consideraciones, y no tomaban en cuenta el estado de la sociedad á que la misma literatura se acomodaba, no es ese el espíritu del presente siglo, en el cual el trascendentalismo, mas osado que la crítica anterior, ó en el cual la estética procura examinar el interior, el alma que anima á los escritos, queriendo tomar en cuenta todas las particularidades que forman las producciones del entendimiento, y para ello es preciso que examine hasta cierto punto el estado social, religioso y político de las naciones, donde vive con mas ó menos fuerza y belleza la literatura.

Señores, debo tambien advertir que en el período que voy á recorer, por fuerza he de encontrarme, no diré con un rival (porque no tengo la osadía de poner un parangon mis fuerzas de pigmeo con las de ese gigante), tengo que encontrarme, digo, con un personaje insigne que me lleva delantera, y cuyas pisadas iré siguiendo, á veces con demasiada escrupulosidad; tanta, que algunos podrán creer que soy meramente un secuaz suyo, y solo me diferenciaré en que él consideraba las cosas desde el punto de vista donde se hallaba colocado, desde el punto de vista francés, y yo desde este puesto tengo que considerarlas bajo el punto de vista español. Hablo de M. Villemain, cuyo curso de literatura sobre el siglo XVIII anda en manos de todos los hombres estudiosos.

Pasando de estos preámbulos al asunto en que vamos á ocuparnos, examinemos cuál era la situacion política, intelectual y moral de la Europa al empezar el siglo XVIII. En aquella época, señores, era general el predominio de la Francia; era tal este predominio, que bien se puede decir que fué el mas perfecto de que ha gozado otra nacion en época alguna; porque si bien las conquistas de Francia bajo el glorioso reinado de Napoleon se estendieron á mas que las de Luis XIV, llamado el Grande; si bien Italia en otros tiempos obtuvo la primacía en las letras, primacía que España le disputaba hasta cierto punto (aunque

no debe nuestra vanidad nacional llegar á tanto, que creamos haberla conseguido); si bien es cierto que las naciones citadas fueron en tiempos anteriores las primeras en literatura, no alcanzaron nunca la primacía tan completa como Francia en la época á que me refiero. Las victorias de aquel rey le habian dado una superioridad reconocida en toda Europa: habíanle conseguido la gloria y ventaja de poder al terminar el siglo plantar una rama de su familia en el suelo de España, cuya corona abarcaba entonces todos los ámbitos del mundo, y le habian facilitado reducir á práctica aquella idea, tachada por unos de orgullosa, elojiada por otros como noble, y que se reasumia en las sabidas palabras: *Ya no hay Pirineos*. La Inglaterra era su rival religiosa y politica, rival poderosa por todos títulos; pero aun habia en Inglaterra un partido numeroso, el de los Estuardos, cuya esperanza de ver restablecido su antiguo trono en aquellos reinos, descansaba en el poder de Luis XIV y del catolicismo de que este rey era representante. Italia, si bien dominaba en ella España, pues nuestra dominacion estaba tan afianzada que éramos dueños de Nápoles y Sicilia, del ducado de Milan y de la isla de Cerdeña, sin embargo, por un efecto del ascendiente del gobierno francés, que influia en todos sus potentados, seguia los movimientos del gran planeta francés, que planeta puede llamarse aquel en cuya órbita giraban todos los estados. Esto en punto á la política. En punto á la literatura, el dominio de la Francia era asímismo el mas absoluto.

Italia, despues de haber florecido en el siglo XVI cual nacion ninguna; despues de haber tenido eminentes filósofos, distinguidos poetas y grandes escritores en todos los ramos; despues de haberse sostenido en el siglo XVII con alguna gloria, si bien escasa comparada con la que obtuvo en el siglo anterior, habia venido á caer en grande abatimiento, no completo, pues es privilejio de aquel pueblo, en compensacion del abatimiento en que ha caido

en la parte política, que siempre allí florezca el ingenio, y dé flores hermosas y preciosos frutos. Aun hoy mismo ese pais desunido, fraccionado, que ansía lograr la unidad y no puede conseguirla, pues tiene dentro de sí mismo obstáculos insuperables al logro de su deseo, todavía brilla por la estension de sus conocimientos, y sobre todo por el ardor y celo con que se cultivan en él los diversos ramos del saber humano.

España, bajo los últimos príncipes de la casa de Austria, habia llegado asímismo á un estado de postracion: era aquella la época que se cita como la de mayor decadencia de nuestro ingenio, y en efecto, apenas nós queda de aquellos tiempos un escritor que merezca notarse. Un gusto pésimo se habia introducido en nuestra literatura, gusto de que siempre se encuentra algun rastro en los autores españoles, pues es privativo de la nacion, y tanto que bien puede decirse que el mal es anterior á la venida de los árabes, á quienes se achaca, pues del mismo vicio que adolecieron Séneca, Marcial, Lucano, han adolecido nuestros poetas y prosistas posteriores. Digo, pues, que en España en aquella época se habian exajerado los defectos que asomaron siempre en nuestras obras; pero se habian exajerado hasta el último punto, y debe confesarse que en cuanto á nuestra situacion intelectual nos hallábamos en un estado lastimoso. Hablo de las formas literarias, porque creo, no obstante lo que digo, que habia siempre entre nosotros algun progreso; siendo tal mi fé en el progreso verdadero, y tal la persuasion en que estoy de que el linaje humano, si por un lado pierde, por otro gana y puede volver á reparar lo perdido con ventajas, que creo que aun en aquellos tiempos se adelantó en ciertos ramos; pero lo cierto es que lo perdido era tanto que, la densa niebla á la sazon extendida por nuestro horizonte intelectual, envuelve y oscurece todos cuantos adelantamientos podian haberse hecho ó en las ciencias exactas ó en la mejora del discurso.

Inglaterra habia tenido tambien su siglo de oro, poco

conocido de los que no han estudiado aquella literatura. Es como una condicion del linaje humano que cuando una nacion está victoriosa; cuando su poder es respetado; cuando este poder vá en aumento, el ingenio humano se muestre tambien en ella con mas ventaja, y dé producciones mas lozanas y vigorosas. Así sucedió durante el reinado de Isabel, de aquella gran reina, y no digo de aquella buena reina porque no iba unida en ella la bondad con la grandeza del entendimiento. Aquella gran reina, pues, habia comunicado con su gobierno hábil y fuerte á la literatura inglesa un impulso notable: bajo ella se formó una escuela de literatos, y sobre todo de poetas, en la cual floreció y sobresalió uno de los hombres mas grandes que se han conocido en aquella edad y en todas, quizá el primer dramático del mundo, Guillermo Shakspeare, cuya gloria no ha relucido como debia, hasta estos últimos tiempos, pero en quien aun los mismos clásicos van reconociendo ciertas dotes, que si bien estan oscurecidas por las faltas propias de su tiempo, todavía le presentan como un coloso que aterra, admira, aunque lleno en sus proporciones gigantescas de lo que en una estátua de menores dimensiones serían defectos groseros y chocantes.

La Inglaterra durante las guerras civiles habia todavía manifestado algunas reliquias de aquella su antigua grandeza, y en ella se formó y se nutrió el ingenio de Milton; pero una restauracion dolorosa, que como todas las restauraciones era mala (porque las restauraciones no son sino revoluciones, y malas son todas las revoluciones aunque algo tengan de bueno ciertas veces), aquella restauracion, pues, vino á viciar el gusto poético, y casi á acabar con la grandeza de los conceptos del ingenio, así como á la par con la del estado. Una secta que se llamaba de literatos á la francesa y de que formaban parte Dryden, Rochester y otros, dominaba en la literatura. Despues de la revolucion de 1688, y bajo el reinado de Guillermo III, en que adquirió la Inglaterra su independencia, se estaba preparando otra revolu-

cion literaria provechosa, en que se distinguieron Addison, Swift, Pope, Prior y algunos mas de inferior nota.—Oscurecia sin embargo al esplendor de la literatura británica por aquel tiempo el de la francesa, cuando Luis XIV reinaba victorioso. Francia, que mereció dar al siglo entero el nombre de aquel su esclarecido monarca (y esclarecido digo, no porque yo sea admirador necio de Luis XIV, pues al contrario, á pesar de todo cuanto digan sus panegiristas y encomiadores, se conocen sus defectos, y el que deslumbrado con los elogios de Voltaire, no haya consultado la historia anecdótica del duque de Saint-Simon, formará una idea poco cabal de aquel reinado, porque en las obras de este escritor de espíritu independiente, incorrecto, pero lleno de vigor, se encuentra mucha parte de la verdadera historia de su tiempo). Francia, repito, era entonces, si no la muestra ó el modelo universal, poco menos, y sin disputa la primera en el concepto de ilustrada.

Francia tenia una literatura que se llama modelo del clasicismo moderno. En efecto, en Francia en aquel tiempo se estudiaban mucho las letras latinas, bastante las letras griegas, y estaba formado un gusto que era una imitacion bastante ajustada de la antigüedad, imitacion en la cual se mezclaba algo del gusto de la época, pues es imposible que los hombres cuando piensan, es decir, cuando escriben, no siendo el escribir otra cosa sino reducir á palabras el pensamiento, se desentiendan de la atmósfera en que viven, de la sociedad que forma ó altera todas sus ideas. La literatura francesa en su clasicismo, era una cosa nueva, parecida á la latina en ser imitadora, desemejante, porque la latina imitaba con pensamientos latinos, y la francesa con pensamientos franceses, conservando las formas clásicas pero animadas de un espíritu distinto del de los pueblos de la antigüedad.

Tenemos, pues, en el espíritu de la política de Europa, que era entonces el de las grandes monarquías absolutas, salvo en Inglaterra, la Francia predominante. Esta en los

demás estados, ó tenia enemigos tímidos ó parciales acalorados ó sumisos, y en el estado intelectual dominaba asímismo á todas las naciones, reinando en ella el clasicismo moderno á la francesa, que hasta en el teatro tenia algo tomado de España, clasicismo de especie nueva, que ha sido yerro de algunos querer perpetuar íntegro en nuestra época, así como ha sido y es yerro de otros, quererle desterrar completamente.

Réstame considerar el estado religioso de Europa en aquel tiempo, y no debe tenerse poco en cuenta cuando se vá á hablar de un siglo irreligioso como ha sido el siglo XVIII.

La Europa al empezar el siglo anterior al presente, era religiosa; manifestaba sin embargo en su seno semillas que habian de producir al siglo siguiente funestos frutos, pero al mismo tiempo traer consigo buenas resultas, pues en todas las cosas humanas van revueltos los bienes con los males, y cuando se culpa al siglo XVIII por haber dado un golpe mortal á la religion, no debe olvidarse que á ese siglo es deudor el mundo entero de muchas ideas nuevas, que, si deslumbrado al pegar á la supersticion dió igualmente á la religion, tambien la supersticion llevó en él un golpe mortal; no debe olvidarse tampoco, que hubo buena fé en los reformadores, y que si bien nosotros, hombres del siglo XIX, de ninguna manera debemos seguir la misma senda por donde nuestros antecesores, ya adelantaron, ya se perdieron, no debemos tampoco despreciarles, pues aun cuando yerren nuestros padres, los hijos no deben ser demasiado severos al juzgar las faltas de aquellos á quienes deben amor y reverencia.

En el principio del siglo XVIII la Europa era, como dejo dicho, todavía religiosa. Pero en aquellos dias, en Francia la disputa del jansenismo con el molinismo, así como en época anterior y con mayor fuerza en toda Europa, el nacimiento y progresos de las sectas protestantes, habian empezado á desasosegar los ánimos, trayendo con sus dispu-

tas las dudas. Por entonces tambien comenzó á brillar el famoso Pedro Bayle, en quien principalmente dá principio la escuela de los escépticos ó irreligiosos, filósofos modernos, que con sarcasmos y sutilezas, ya impugnaban, ya querían dejar dudoso todo cuanto antes era acatado é implícitamente creido.

Italia no estaba en la misma situacion en que se habia puesto ya Francia, porque en aquella no habia disputas, siendo su pueblo claramente devoto; pero como suele suceder que quienes ven las cosas de cerca, si por un lado las ven mejor, por otro no las ven tan bien como quienes las miran de lejos, muchos de los italianos viendo ciertas faltas y abusos en la práctica de la religion que á nosotros se nos encubren, se equivocaban figurándose ver en ellas el todo, y de ahí el establecimiento desde el siglo XVI en Italia de una secta incrédula, sin religion práctica, que tambien habia de dar de sí muestras; secta reducida á pocas personas, porque lo principal de la poblacion era creyente; pero sabido es que si lo principal de la poblacion debe tenerse en cuenta para que nos ocupemos en su bien, no debe contarse para nada en la historia del entendimiento humano. ¡Triste condicion la de los hombres tener que padecer el daño de los errores de otros, que los adulan queriéndoles dar una importancia que no tienen, dando por capaces de conocer á los que no están alumbrados con la luz de la ciencia, y que son por sus linsonjeros maestros precipitados en escesos funestos para ellos mismos, y para la sociedad á la cual despedazan!

España seguia entonces como nunca, abrumada bajo el peso del despotismo civil y religioso. La inquisicion reinaba tranquila, y la entrada en nuestro suelo de un príncipe de la casa de Borbon no pudo alterarla: pudo sí irla lenta, aunque seguramente, amansando, si bien es de creer que aun cuando no hubiera venido á reinar sobre nosotros un príncipe de la casa de Borbon, con el progreso de los siglos y de la ilustracion se habria conseguido el mismo objeto.

La Inglaterra se habia ya mas de un siglo antes convertido á la religion reformada. Los esfuerzos locos de un príncipe imprudente, de Jacobo II, que habia querido introducir por fuerza el catolicismo, lograron solo producir lo que se llama en lenguaje moderno una recrudescencia de los principios protestantes contra los católicos, recrudescencia que se manifestó en leyes severas, y dignas de la misma inquisicion que los ingleses tanto abominaban.

Vemos, pues, al empezar el siglo XVIII, el principio religioso dominante en Europa, dividida Francia por las contiendas de los jansenistas y molinistas, y asomando en Bayle el filosofismo que dió de sí muestras en el siglo siguiente. Tambien en Inglaterra habia una secta de filósofos; pero es de notar que en Inglaterra, religiosa siempre, jamás tuvo dicha secta influjo; siendo nada mas que una excrescencia de una corte corrompida, que pudo presentarse viva algun tiempo, pero que jamás echó en el suelo moral hondas raices.

En este estado empezó el siglo XVIII, de cuya historia vamos á tratar en las siguientes lecciones de este curso. Yo le pintaré considerando la historia de la literatura en nuestra España; de aquí pasaré á la de Francia procurando mostrar el enlace, que mas en esta época que en otra ninguna tuvo la literatura francesa con la nuestra, y pasaré despues á considerar el enlace que tenia con la literatura francesa y no con la nuestra la de Inglaterra é Italia. No me prometo ser profundo, satisfacer completamente los deseos de mi auditorio, decir cosas nuevas, pero sí declarar los principios de la sana crítica tal como yo la alcanzo. Cuento como en otras ocasiones con la indulgencia de mi auditorio; hoy la he merecido como cuando mas, sin haber hecho otra cosa mas que abrir la puerta de entrada al terreno que hemos de recorrer en este año. ¡Dichoso yo si cuando entre lo hago con tino, y si esperimento la misma benevolencia al pasear el campo de la literatura, que cuando he recorrido el de la plítica. En este cam-

po, para mí nuevo en este sitio, no debo encontrar contrarios como en el otro, aunque los contrarios que he hallado en el Ateneo han sido tan nobles, que ni un solo murmullo ha venido á interrumpir al profesor, á quien favorecian al mismo tiempo que le desaprobaban.

LECCION SEGUNDA.

Señores:

En el discurso que tuve la honra de dirigir á mi auditorio el otro dia, hice la esplicacion del método que me proponia, y me propongo seguir en el curso que empiezo, y apunté algunas ideas que esplané, y de ellas es una el estado en que se encontraba nuestra patria al empezar el siglo XVIII. Es preciso asimismo que eche una ojeada, si bien rápida, para no apartarme demasiado del asunto de estas lecciones, á lo que era el estado intelectual de España en el siglo anterior, porque no puede comprenderse ni aun la decadencia de nuestra literatura á principios del siglo XVIII, sin entenderse completamente cuáles fueron las causas de este mismo estado.

Señores; apunté el otro dia que habia ciertas faltas en nuestros escritores del período de mayor decadencia, que ya asomaban en los de nuestro siglo llamado de oro; y repetiré hoy que si hay quien achaque estas faltas, propias mas que de otros escritores, de los españoles, al influjo de la larga estancia de los árabes en nuestro suelo, tambien es de notar que aun en los siglos del poder romano, y sobre todo en el segundo período de la literatura latina, cuando sobresalian en ella los escritores españoles, asomó mas ó menos el mismo vicio, á saber; un estilo, un tanto hinchado y sobrado conceptuoso. ¿Cuál puede ser la causa de esta falta de que adolecen nuestros paisanos, es dificil explicarlo. Seguramente debe tener en ella parte el clima, por-

que si bien yo no doy al clima la importancia que otros; si bien mis ideas no van tan allá como las de Montesquieu, cuando quiso encontrar en el clima la razon de la legislacion, es indudable que el clima ejerce sumo influjo en la formacion del pensamiento. Nuestro clima ardiente, al mismo tiempo que exalta la imaginacion, dispone el cuerpo al ocio: nuestros alimentos sóbrios, nuestro método de vida, todo esto es preciso que influya en nuestro físico, y lo físico en nuestras ideas. Cómo se verifica este influjo, no es posible averiguarlo; pero cuando en todos los habitantes de España reinan ciertas propensiones, á pesar de lo mucho que han variado nuestro estado civil, nuestro estado político, nuestro estado religioso y nuestro estado intelectual, alguna parte debe tener en la perpetuidad de estas ideas el influjo del clima. Hubo otros influjos menos difíciles de explicar para que se estendiese y arraigase entre nosotros una secta á que se dió, quizá no con mucha propiedad, el nombre de culteranismo. Al empezar el siglo XVII era España una nacion poderosa, pero en ella se habia establecido un sistema que amoldaba todos los pensamientos á la mas perfecta obediencia, así civil como religiosa. Reinaba, como dije el otro dia, la inquisicion; y sin entrar á hacer el proceso de ese tribunal caido; sin dejar de confesar que en otros paises donde no ha existido, se cometieron tambien horrores en nombre de la religion, si no superiores, por lo menos iguales; sin negar que fué un bien hasta cierto punto para España que hubiese en ella una sola fé, es preciso que consideremos que en el mundo estan los bienes revueltos con los males, y que la tranquilidad que se consigue con el establecimiento de una sola fé, de una sola doctrina, perjudica al desarrollo del entendimiento humano. No soy yo, señores, de los que adulando las ideas del siglo pasado, creen que todo cuanto hubo en España en aquellos antiguos tiempos; que aquella ardiente fé religiosa; que aquel entusiasmo; que aquellos pensamientos caballerosos; que aquellas virtudes españolas, que se conservan todavía, sobre to-

do en nuestra plebe, menos adulterada como todas las plebes con el roce de los extranjeros; que este conjunto de cosas, que dan á una nacion un carácter particular y al mismo tiempo noble, debe menospreciarse: no seré yo quien derrame la redoma del menosprecio sobre los pasados siglos: cuidémonos de no denostarlos demasiado, pero no por eso vayamos á caer en una reaccion fatal (y digo fatal, porque yo hasta cierto punto aplaudo las reacciones cuando son buenas), no vayamos á canonizar nuestros errores de entonces, y á presentar la inmobilidad del entendimiento humano, que ha producido los males antiguos de nuestra patria, y quizá tambien los actuales, como la cosa mas apetecible. No, señores; huyamos de los extremos: aunque natural es que en las reacciones morales, así como en las físicas, suceda lo que en las péndolas, que cuando han ido demasiado á un lado, van igualmente al otro, hasta que despues son las vibraciones mas cortas, y vienen á quedar en un verdadero punto.

Señores; el extremo del despotismo civil y religioso que pesaba sobre los españoles, simbolizado en el tribunal de la Inquisicion, aunque la Inquisicion al paso que le simbolizaba, no era sino una consecuencia del mismo, tenia sus ventajas; pero tenia tambien gravísimos inconvenientes. No era, cuando quemaba en nombre del cielo á los herejes, cuando hacia mas daño, no: cuando mas dañaba era cuando tenia perfectamente sujetos los pensamientos de los españoles, de suerte que el entendimiento humano en España á mediados del siglo XVII, estaba como bajo un ivel, como una llanura, y sabido es que así como en lo físico las llanuras nada agradable presentan; así en lo moral cuando nada sobresale, triste condicion es la de los pueblos. La Inquisicion y el despotismo habian enseñado á los españoles á no pensar mas que de un modo; de ahí se siguió que apenas habia carreras, en que los hombres esperasen adelantar, sino pocas y reducidas y una clase de estudios. ¿Qué habia de suceder á una nacion de imaginacion viva? Lo que

sucedió verdaderamente. No teniendo disputas religiosas, no teniendo disputas morales; no teniendo disputas políticas; no gozando de libertad el pensamiento, y no pudiendo por otra parte estar absolutamente ocioso, se dió á sutilizar las ideas comunes; de ahí nació el culteranismo. Estaban muy llenos los españoles de la grandeza de sus reyes y la de su patria, grandeza que tenia poca base, pues si bien nuestro poder abarcaba todos los ámbitos del mundo, no habia bastante fuerza en la madre patria, que podia considerarse como cabeza de este cuerpo inmenso; era una cabeza, pero desproporcionada al cuerpo que habia de dominar. Las ideas de grandeza hinchaban, inflaban los pensamientos, y con razon digo inflaban, porque los pensamientos de aquel tiempo deben caracterizarse de inflados. Este fué el modo con que nuestra literatura poco á poco sin poder tomar ideas nuevas, fué perdiéndose, porque cada escritor, ó copiaba exactamente á los autores anteriores, ó tenia que adelgazar el ingenio para sutilizar los pensamientos. Vino á esterilizarse de tal modo el campo de nuestra literatura, que casi ninguna cosa se escribia, y lo poco que se escribia adolecia de los vicios á que he aludido.

Entró así el siglo. Influia al mismo tiempo la suma decadencia de nuestra nacion en la postracion de los ánimos. Cuando llega una nacion á tener un rey como el desgraciado Carlos II, juguete y ludibrio de todos los que le rodeaban, preciso es que los pueblos esten muy relajados, que no puede haber en pueblos fuertes reyes absolutamente imbéciles; porque los reyes, que estan sobre todo el pueblo, siempre se atemperan al espíritu de la nacion sobre que dominan. Aquel rey era la espresion de España en aquel estado de abatimiento, cuando el desdichado hizo aquel testamento, por el cual traspasaba la nacion á un príncipe estranjero, consultando para ello al Papa y á otras potencias, pero sin consultar á la nacion española, trayendo á reinar á Felipe V. En los comentarios del marqués de S. Felipe se lee el júbilo con que fué recibido el rey nuevo. Acostum-

brada la nacion á un monarca enfermo, de gesto desapacible, parece que recibió con alegría á un monarca mozo, cuya cara anunciaba la lozanía de la juventud. Era, segun parece, Felipe V de complexion robusta, color florido, cara verdaderamente francesa; y ya la casa de Austria, aunque conservaba todavía el color rubio aleman, habia tomado una tinta enteramente española. Sin embargo este monarca no era en manera alguna lo que se puede llamar un varon grande. Desgracia fué de España que al enfermo rey Carlos II, hubiera de suceder un monarca igualmente enfermo; pues Felipe V estaba acometido de una hipocondría, que ejerció mucho influjo en los actos de toda su vida. Habia sido educado, con su hermano el duque de Borgoña, por Fenelon, hombre célebre, hombre digno de su celebridad, pero que quizá la ha conservado mas, ó de otro modo que como la merece, porque hombres de la edad posterior han querido hacer de él un filósofo por su estilo, cuando es sabido que Fenelon no era mas que un clérigo y un prelado ilustrado, gran admirador de los clásicos, un tanto fastuoso en su bondad, devoto, apegado á su opinion, censor de la corte que le desagradaba, gran señor sin embargo, y en una palabra, un hombre de su siglo, y no el fantasma que de él hicieron los hombres de la edad siguiente. Tal le pinta, señores, Saint-Simon, y cuán diferente es del que remedaron los filósofos, y del que hemos visto representado en nuestros teatros con su ropaje episcopal, diciendo á las monjas sentencias filosóficas, que á gran distancia estaban oliendo al siglo diferente en que se escribieron. El obispo Fenelon no sacó grandes discípulos: los dos príncipes que lo fueron, en lo intelectual no eran muy aventajados: el Duque de Borgoña era de carácter severo y desapacible. No era Felipe V lo mismo, pues tenia una condicion bondadosa. Cuando llegó á España, poco pudo hacer para mudar nuestro estado, el testamento que le dió el cetro de nuestra vasta monarquía, porque aunque esta era un grande edificio lleno de grietas, con las puertas y ventanas carco-

midas y caidas, al momento mismo halló que le disputaban la posesion de su herencia, y una guerra encarnizada conmovió la monarquía española, guerra tan funesta como las guerras civiles que hemos tenido en nuestros tiempos, y aun mas, porque en medio de ella no habia un solo pensamiento nacional; no se trataba mas para España que de su posesion por parte de uno de aquellos dos opositores que se la disputaban; y quizá en el mundo no ha habido una guerra civil acerca de la cual menos se haya escrito; peleaban los hombres pero no se discutian los derechos de los contendientes, sino como cosa personal á ellos mismos; parecia que la nacion, convencida de que con cualquier rey tendria la misma suerte, dejaba á los batallones que disputasen cuál tenia mejor derecho al trono, ó cuando mas el impulso de los pueblos, que les lleva á apasionarse de personas; si por un lado escitó á los catalanes y aragoneses á proclamar con entusiasmo al austriaco, por otro hizo que con no menos entusiasmo y gloria, pues la hay tambien en la lealtad, se declarasen los castellanos en favor del Borbon, con los prodigios de lealtad que de aquellos tiempos nos recuerda la historia. Digo, pues, que aquella guerra trajo todos los males anejos á las guerras, sin poner en movimiento ninguna de las buenas pasiones que se despiertan y mueven en las guerras civiles, ni de los pensamientos en que ellas nacen, los cuales, si por el pronto no son un bien, cuando llega la paz le producen y grande; porque las guerras civiles hacen el mismo efecto que lo que conmueve el terreno al tiempo de echar en él las semillas: si el terreno está bien removido, brota la planta, crece y dá buenos frutos.

Pasó, pues, la guerra de sucesion y no habia dejado nada. No encontrando nada el monarca, se dedicó á patrocinar las letras, creando una literatura. Aunque de corto entendimiento, y de no mucho saber, habia vivido en Francia bajo el reinado de su abuelo, y habia conocido el patrocinio que su abuelo daba á las artes y á las letras, patrocinio

notable, si bien un tanto fastuoso. No soy yo, señores, gran partidario del patrocinio dado por los soberanos á las letras; creo que es patrocinio superior el que las letras se dán á sí mismas, ó el concedido por el público ó los lectores; pero cuando esto no existe, bien es que haya en su lugar el otro del mismo modo que tratándose de manufacturas debe darse proteccion á una industria naciente, cuando en buenos principios esta proteccion sirve de poco á un género ya perfeccionado. El patrocinio del rey que se manifestó con la creacion de las academias, abrió sin embargo un nuevo siglo, porque puede decirse que el XVIII en España no empezó hasta algunos años despues de terminada la guerra de sucesion. ¿Qué habia durante esta? Señores, lo confieso, es difícil volver la vista á un período anterior de los anales literarios de una nacion y encontrar en ella menos cosas que puedan llamar la atencion aun del observador mas escrupuloso, aun de aquel que como yo, celoso de la gloria de su patria y deseoso de hablar de algo, se limpia, por decirlo así, los ojos del entendimiento, busca y no encuentra casi nada digno de notarse. Nada habia en efecto, salvo dos escritores dramáticos, un poeta, que mereció el nombre de coplero, y un historiador, que si bien no habia nacido en España, pertenece á nuestra literatura. Los escritores dramáticos eran D. Antonio de Zamora, y el famoso Cañizares, de cuyo nombre de bautismo no me acuerdo en este momento.

El primero era un hombre de singular ingenio. Tenia un empleo que corresponde poco mas ó menos á los que en el dia hay en nuestras secretarías. De la literatura dramática no se habia formado otra idea que la que existia en el siglo anterior, pues en el prólogo de sus comedias declara que mira á Calderon como el modelo mas acabado; y así fué que en todo le imitó. No seré yo sin embargo quien le culpe: hubo un tiempo en que el nombre de Calderon estuvo caido; y quizá hoy se halla levantado á mas altura de la en que debe estar; pero no es malo estudiarle, así como es razon aplaudirle, porque el género de Calderon tiene gran mérito

y se erró en querer desterrarlo de nuestro suelo y procurar introducir otro, que no debia probar muy bien porque era propio de gente extranjera.

Zamora habia leido sin duda los autores franceses y en su comedia *El Hechizado por fuerza* se adivina el estudio que hizo de Moliere, y se descubre en alguno de sus conceptos, que Moliere le ha servido de padre en cierto modo. El caráct r de D. Claudio en *El Hechizado por fuerza* es muy feliz: se dice que carece de verosimilitud, pues no se entiende por qué una mujer jóven y bella, como Doña Leonor, podia tener empeño en casarse con un hombre tan ridículo é indigesto; pero en el mismo Moliere ¿no se encuentran estas inverosimilitudes? ¿y no se hallan abundantísimas en el grande Shakspeare? Admitida esta inverosimilitud, hasta cierto punto abonada por el ejemplo de grandes autores, es menester confesar que el carácter de D. Claudio, de aquel hombre miserable, terco, caprichoso, cediendo al miedo del hechizo, y resistiéndole á veces cuando este y su interés estaban en pugna, es el carácter mas perfectamente concebido y pintado. Dícese que trató el poeta de ridiculizar en él á Carlos II: sobre este punto es inútil hacer reflexiones; puede ser y puede no ser verdad, y tales conjeturas sobre obras satíricas, y que se han hecho sobre todas las mas insignes de la misma clase, en las cuales se ha pretendido ver el retrato de algun individuo particular, de manera ninguna deben ocuparnos. ¡Pero qué belleza, qué lozania no hay en la pintura de D. Claudio! ¡Cuán bien representado está su carácter! ¡qué acierto en la idea de aquella terquedad, cuando vé á su sombra que se resiste con empeño al enlace á que quieren forzarla y hasta cuando la preguntan si se casa, responde todavía: *nones* y él exclama:

¡Ah buen hijo! eso sí;
Si acierta á decir pares,
Le doy con un mentís.

La escena de la lámpara es lindísima: esta y todas las

demás estan ideadas y escritas con bastante naturalidad y la trama es ingeniosa.

Esta es la única comedia buena de Zamora: hay otras sin embargo que bien merecen ser leidas; y si todas pecan por un estilo vicioso, todavía entretienen; y prueba de ello es, que habiendo tomado el manoseado asunto del *Convidado de piedra*, tratado por Tirso con el título de *El burlador de Sevilla*, y despues por Moliere, todavía en su comedia *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, supo desempeñar tan bien el argumento, que uno de los mas esclarecidos poetas de nuestros dias, cuando ha querido tratar el mismo asunto, fuerza es confesarlo, aunque no en desdoro suyo, no ha podido producir cosa que mas llame la atencion, ni que mas entretenga ó agrade.

Dije que Zamora entendia la lengua francesa, y en efecto se ven en una de sus comedias algunas palabras francesas, aunque alteradas en su ortografía, y escritas como él creia que debian pronunciarse.

Las palabras francesas á que me refiero puestas en la medida del verso español, son como sigue:

cuaque xe ne pansé pa
xe le feré bolontié
abé bu

Donde se nota la sustitucion de la *b* á la *v* por sonarle así al escritor, siendo comun á los españoles confundir la una con la otra letra, y pudiendo aplicarse á Zamora, lo que de nosotros sus paisanos, y tambien de la gente de la Francia meridional se ha dicho: O fortunata gens quibus et vivere et bibere idem est! Dichosa gente aquella para quienes vivir y beber son una cosa misma, porque sabido es que en latin beber y vivir solo se diferencian en pronunciarse ya con la *b* ó con los labios cerrados, ya con la *v* ó con los labios abiertos. He citado esta rareza de Zamora en comprobacion de que tenia algun conocimiento de la lengua

francesa, y que como se debe sospechar de sus pinturas de los médicos, debió de haber leido á Moliere, aunque solo á Calderon elogiaba.

Cañizares fué no menos ingenioso y fecundo, y aunque de talento inferior, tiene cosas que merecen ser muy aplaudidas. Su *Dómine Lucas* es un carácter mas llevado al extremo que el del *Hechizado Don Claudio*, pero lleno de gracia, que entretiene, y que oido sin preocupacion; todavía gusta. En sus *Cuentas del Gran Capitan* dibujó Cañizares una figura fantástica, pero que cuadra muy bien con la idea que tenemos formada del carácter español en los pasados siglos, y sobre todo con el de Gonzalo de Córdova, militar franco, sumiso al rey, quejoso empero del mal tratamiento que esperimentaba. Es bella sobre todo aquella escena, en que cuando van á tomarle las cuentas, lleno del conocimiento de su integridad, irritado el íntegro varon de que despues de las grandes obras que habia llevado á cabo, se le fiscalizase por menudencias, dice hablando de los gastos por él hechos:

....De palas, picos y azadones
Doscientos mil millones de millones.

Tambien alguna otra de las comedias de Cañizares, como *El picarillo en España y señor de la Gran Canaria*, merece ser apreciada y es leida con gusto. Se me dirá que estoy celebrando cosas de mérito demasiado vulgar ó corto. Señores, ya lo dije, por desgracia de aquella época, no podemos presentar de ella modelos mas perfectos; pero las comedias de Zamora y Cañizares todavía deben hacer un papel digno en el catálogo de nuestra literatura dramática.

Otro poeta, y ese lírico, florecia en aquel tiempo, el cual hoy está casi olvidado, aunque en mi juventud todavía era leido y gustaba. Pocos de mis oyentes habrán leido á D. Eugenio Gerardo Lobo, de quien dicen que excitó mucho el enojo de Felipe V por cierta burla que hizo de los

franceses, cuando dijo pintando en estilo jocoso el estado de una casa:

Dos cochinos al entrar
Me dieron la enhorabuena,
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

Felipe V creyó que esta alusion al trato con los franceses encerraba una sátira del trato que existia con los franceses desde que él habia venido á reinar en España, y por eso, como saben muchos, trató á Gerardo Lobo con singular despego, y le llamó, segun cuentan, el capitan coplero. Lobo era capitan del regimiento de guardias de infantería española, creado por el mismo Felipe V, y el pertenecer á aquel cuerpo en aquel tiempo, era una prueba de ser de una familia de mas que mediano lustre. Sin embargo no creyó que desdecia de su calidad el ser poeta. Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables, y adolecen de los vicios de la escuela malamente llamada gongorina, pues aunque Góngora en sus *Soledades* y *Polifemo* dió los peores ejemplos de gusto, no es el único de mal gusto entre los escritores de su tiempo, y muchos le criticaban que incurrian despues en la mayor parte de las faltas que en él reparaban. Los versos largos de Gerardo Lobo eran de la mala escuela que antes dominaba; no así sus décimas, las cuales son fáciles, fluidas, graciosas, y recuerdan los mejores tiempos de nuestra literatura; pues aunque se le ha llamado el capitan coplero, y le cuadra bien tal título, es menester confesar que hubo un período, desde que nuestra literatura se afrancesó, en que se despreció demasiado á los copleros, y aunque estos no deben ser citados como modelos, es preciso tener presente que los copleros empezaron nuestra literatura, que esta fué de copleros hasta el siglo XV, y en las obras de los copleros se hallaba una parte de la índole del ingenio español en

sus mejores dias. ¿Quién no se acuerda de las chistosas y aun famosas décimas de Gerardo Lobo, en que pinta su alojamiento, con aquellas hipérboles tan á nuestro gusto, en que dice que halló desierto el lugar, porque todo él habia ido á limpiar una parva de centeno? ¡Qué donosura hay en aquella otra, donde pintando á su patrona dice:

De mi patrona el matiz
Al alma causa vaiven;
Trae por frente una sarten,
Cuyo rabo es la nariz,

con otra porcion de rasgos de esta especie. Quien quiera conocer todos los pasos de nuestra literatura, señaladamente la senda de la versificacion y de los versos cortos, y ver cómo se fueron conservando el consonante y el mecanismo de la décima y de la redondilla, para desaparecer casi enteramente á fines del siglo XVIII, y volver á aparecer ahora, como con gusto se nota que ha aparecido con todo su brillo y toda su gracia, no debe despreciar las obras de Gerardo Lobo.

Hubo en aquel tiempo tambien un famoso poema á San Antonio Abad, de D. Pedro Nicolás Ocejo, poema de versificacion robusta y sonora ó retumbante, y que si bien casi no tiene sentido alguno, es muy de notar porque en él se ven conservadas la índole de la versificacion castellana, y la frase poética de los pasados tiempos.

Si pasamos de los poetas á los prosistas en la época de la cual vamos tratando, apenas encontramos un hombre de mediana nota que pueda llamar la atencion y menos merecer alabanza. Hubo con todo uno, el historiador de Felipe V, marqués de S. Felipe, que escribió unos *comentarios sobre la guerra de sucesion* y una obra inferior á esta, y malísima, sobre la monarquía hebrea. Los comentarios están mal escritos, con afectacion suma. Acuérdome del principio, y el primer período dará una muestra del mal estilo de la obra.

Dice así: «Con la paz de Riswik descansó la España: poco el rey Carlos II afligido de tan contínuos infortunios y de guerra tan infeliz.

El marqués de S. Felipe habia nacido en Cerdeña, obediente á la sazon á España, hasta que despues de la guerra de sucesion fué traspasada á la Alemania y luego al duque de Saboya. Por esta circunstancia su obra se resentia de extranjerismo, menos empero que las de nuestros escritores del dia, es decir, era menos francesa que algunas de nuestros actuales literatos y mucho menos que las de nuestros traductores. Pero en medio de que esta obra adolece de tantos vicios de lenguaje, tiene considerable mérito, por ser una historia que se lee con gusto, y el historiador que á pesar de sus defectos consigue dar á su obra aquella clase de mérito que agrada al lector, y hace que la lea toda sin soltarla fácilmente, por de algun valor debe ser tenido. Uno de los hombres que mas lunares y perfecciones presentan en sus obras, que como historiador está sujeto á mas y mejor fundadas censuras, si sus escritos se examinan á la luz de la buena crítica, es uno de los que mas nombre han ganado por el hechizo que supo dar á su obra. Hablo de Don Antonio de Solís y de su historia de la conquista de Méjico, obra donde la crítica no deja de encontrar enormes tachas, pero obra que aun desaprobándola, es preciso admirar y mas saborear con deleite. Los comentarios de la guerra de sucesion no son produccion comparable con la de Solís en sus perfecciones menos todavía que en los vicios; pero como la historia de la conquista de Méjico, aunque en muy inferior grado, empeñan la atencion y gustan. De ellos ha sacado mucho el leido autor de las memorias de los Borbones de España; pero es privilegio del marqués de San Felipe ser leido todavía con gusto, no obstante sus defectos, y esto á punto de merecer ser preferida su obra original puesta al lado de la copia mejorada en parte, pero alterada, y perdiendo con las faltas cierto mérito que las compensa.

No hay otro autor de nota en la época que voy exa-

minando: dolorosa cosa es, y parte árdua de mi trabajo, que al haber de abrazar, cómo ha abrazado el insigne Villemain, la historia literaria del siglo próximo pasado, lejos de poder poner en primer término á nuestra nacion, como puso el ilustre francés la literatura de la suya, cabalmente cuando acababa de terminar su época mas floreciente, y empezaba otra nueva y brillante asimismo, tengo que presentar el cuadro mas lastimoso de nuestra historia literaria. Pero esto es culpa de la patria en que he nacido, y no sería justo que porque nuestra literatura estaba entonces en decadencia, me fuese yo á colocar en el punto de vista francés, inglés ó italiano, para desde allí mirar la literatura de otras naciones, dando á la de España un puesto subalterno, y una consideracion concisa y breve.

En la época á que aludo iba á empezar la regeneracion de nuestra literatura, y es menester que para conclusion, esta noche aluda á lo que hizo Felipe V deseoso de proteger las letras. Poco dado á los negocios; muy amante de sus mujeres, en lo cual no se pareció á su insigne abuelo, que hizo poco caso de la propia, y mucho de las agenas; amante, digo, de sus dos mujeres, dado al retiro, pensó desde luego en poner en España remedos de la corte suntuosa de Versailles. Para este efecto hizo en lo material en los jardines de San Ildefonso, vulgarmente llamado la Granja, un Versailles chico, y fué acomodando todas las cosas al gusto francés de aquellos dias. Trató, pues, de crear academias: florecia por aquel tiempo la Academia francesa, que todavía se conserva, si no con el esplendor que tuvo al principio, con bastante lustre, y con la circunstancia que tenia en los tiempos pasados, criticada, despreciada en la apariencia por los literatos, los cuales al mismo tiempo hacen los mayores esfuerzos, y ponen en juego toda clase de artes, para tener el honor de ser de su gremio. Florecia, pues, esta academia, y á su imitacion se creó la española. Posteriormente se fundó la Academia de la Historia, y despues, aunque en un reinado posterior, la de Nobles Artes.

Habia, pues, empezado el trato estrecho con los franceses, y el progreso de los siglos, los adelantos del entendimiento humano en la nacion vecina, se habian de hacer sentir en España, y se sintieron en efecto. Una vez tranquilizado el reino, una vez seguro por parte de la frontera, porque ya Francia de nuestra enemiga se habia convertido en nuestra amiga y aliada, empezó á disfrutarse en España de los beneficios de la paz, y de paz sólida (porque la paz que no es sólida es casi una guerra), y los hombres comenzaron á dedicarse á cultivar su entendimiento. Entonces principió el segundo período del reinado de Felipe V, el período del nacimiento de la literatura moderna, el período de Feijóo; pues aunque Feijóo no fué un ingenio de primer órden, fué un carácter de primer órden, y por eso merece ser considerado como uno de los principales que figuraron en aquel tiempo. Coincidió con esto el nacimiento del filosofismo en Francia. En la leccion siguiente examinaremos cómo nació en España una literatura nueva; luego pasaremos á la nacion vecina, donde veremos cómo se convirtió la literatura del siglo de Luis XIV, en la del siglo de Luis XV, y viendo lo que tenia de conforme con la nuestra y con la de toda Europa, iremos adelantando en nuestra carrera, en la cual deseo que me acompañe como hasta ahora la benevolencia de mi auditorio.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

AL continuar mis trabajos, debo hacer una advertencia. No es una historia de la literatura en el siglo XVIII la que doy en estas lecciones; quizás no alcanzarían á tanto mis fuerzas, ni aun podria arrojarme á ello sin hacer los preparativos que no es posible disponer en tiempo tan limitado. Sirva esto de disculpa, cuando la indulgente curiosidad de algunos amigos les ha llevado á desear que se apunten estas lecciones, y á mí á consentir que se den á la prensa. Debo hacer esta salvedad, porque si estuviese haciendo una historia y no un curso de lecciones sobre la historia, debería llevar otro método que el que me propongo seguir en mis tareas, y quizá al hablar de la literatura del siglo XVIII debería, ó llevar de frente todos los ramos del saber humano en las diversas naciones, ó empezar por aquellas en las cuales, estando la ciencia y las letras mas aventajadas, se debe encontrar el orígen de la literatura de otras naciones que en aquel tiempo de sus maestras la aprendieron y comenzaron á naturalizar en sus respectivas tierras.

Pero yo me he colocado en España, porque soy español; y por eso esta noche anticiparé el efecto á la causa, hablando de los reformadores españoles, á pesar de que estos debieron su orígen á los reformadores franceses; y ya despues que haya dicho algo de nuestra patria, volveré la

vista á Inglaterra y á Francia, donde las reformas del siglo XVIII tuvieron su nacimiento.

Dejé dicho en la última leccion, que terminada la guerra de sucesion empezó la literatura en España; que era una literatura nueva; que fueron fundadas las Academias, y que en aquel tiempo se presentó un hombre que desde luego aparece como la mayor figura del siglo XVIII en España; no un ingenio de primer órden, quizá ni de segundo, pero de un gran carácter, el padre Feijóo. Acuérdome de que un escritor le compara á Voltaire, porque los franceses blasonan de Voltaire como nosotros de nuestro Feijóo; y recuerdo, señores, que cuando leí este dislate, porque lo es mirado bajo mas de un aspecto, y al ver puesto en cotejo uno de los ingenios mas agudos y uno de los entendimientos mas claros que ha producido la naturaleza humana, cual era Voltaire, con un buen benedictino, amigo del bien, leido, pero ciertamente como escritor de escasísimo valer, aunque como hombre y como destructor de errores y equivocaciones valga mucho; al leer este elogio, hice una de aquellas exclamaciones que no está en la mano del hombre contener, admirando la ceguedad del excesivo amor á la patria. Pero como he observado en mas de una ocasion, quizá no es posible que cuando se dice un desatino no lleve algo de verdad en sí, pues todo absurdo no es mas que una verdad á la cual se han añadido errores, porque no se la ha considerado mas que por un lado, ni querido tener en cuenta la parte de ella que no se veia. Es cierto qué Feijóo en nada se parecia á Voltaire, ni en los errores ni en los aciertos; es verdad igualmente, que nuestro benedictino no era muy agudo; pero á pesar de eso, la tarea que llevó á cabo en España, ó (como diremos ahora hablando á la moderna, cuando todos somos misioneros), su mision, fué combatir los errores, y si no llevó tan allá su empeño en combatirlos, tambien es verdad que no combatió verdades, y si no se dedicó á llevar su filosofía bien adentro en los confines del saber humano

tampoco le perdió en el dédalo, en el laberinto del error, y si no destruyó mas que ciertas preocupaciones, al cabo hizo una gran cosa, que fué lo mismo que hicieron los filósofos franceses, pues introdujo en un pais donde solo se conocia la autoridad, la duda, la duda señores, contra la cual se ha clamado mucho pero en vano, porque del dudar nace el saber, y si por un lado es triste que falte la fé, por otro es vergonzoso cuando en ciertas cosas que no merecen fé, se considera cómo produce este sentimiento, en sí noble, los lastimosos efectos del fanatismo y de la ignorancia que por tanto tiempo han tenido señoreado á nuestro suelo.

Señores; he oido que uno de los ingenios de primer órden que aun tiene nuestra patria, uno de los hombres mas eminentes en literatura y que tambien ha ocupado una cátedra en el Ateneo, el Sr. Lista, ha escrito, aunque yo no lo he leido, hablando de Feijóo, que debia levantársele una estátua y quemar al pié de ella todo lo que el autor escribió; manifestando que si por un lado son de poco valor sus producciones como hombre de ingenio, por otro deben premiarse los grandes servicios que hizo al linage humano y á su patria. Es muy de admirar que un monge, de nacimiento ilustre, nacido en un extremo de Galicia, en un siglo de ignorancia, con todo lo que le rodeaba inclinándole á seguir el ciego espíritu de rutina; es muy de admirar, digo, que semejante hombre se hiciese superior á las preocupaciones, concibiese la idea de que todo debe examinarse y no aprobarse sin examen, rompiese de una vez con el clamor vulgar, se atreviese en un opúsculo á decir que la voz del pueblo no era la voz de Dios, sino todo lo contrario, se decidiese á acometer las preocupaciones, haciéndose un nombre, y abriendo un camino, que despues han recorrido mejores ingenios, á quienes alumbró la luz de la verdadera filosofía. ¿Qué vale que casi todos sus escritos fueran traducciones, ya del *Diccionario de los Sábios*, ya de otras obras mas vulgares?; el mérito está en no haberse arredra-

do por cosa alguna, en haber sabido escoger lo que tradu_cia, en no haber retrocedido ni aun ante el clamor popular, ni aun ante el tribunal de la inquisicion, que todavía estaba en pié, y le habría atropellado, á no haber sido protegido por el rey; el mérito está en no haberse dejado intimidar ni aun por el clamor de los que le rodeaban, clamor á que el hombre que vive en sociedad tiene muchas veces que ceder, á no tener, como suele decirse, el pecho armado de triple acero. Hasta me acuerdo de que en una ocasion se atrevió á hablar con elogio de Voltaire, cuya fama es verdad que ni en bueno ni en malo se habia remontado entonces á la altura á que despues subió, pero en quien ya asomaba aquel espíritu de irreligion que le dió tanto renombre, si bien no se habia manifestado de lleno. Hablando de la historia de Carlos XII, rey de Suecia, dice Feijóo que esta se debe «á la delicada pluma del Sr. de Voltaire.» ¡Cosa singular que llamase delicada la pluma de aquel escritor, un monge español de principios del siglo XVIII!

He dicho que tuvo la fortuna de ser patrocinado por el rey, y lo fué en efecto, y de un modo que manifiesta el estado intelectual, moral y político de nuestra patria en aquellos dias. El clamor que se habia levantado contra él, era grande: Feijóo seguia combatiendo las preocupaciones, haciendo ver que no habia duendes ni brujas, negando á veces hasta los milagros, como aquel en que se decia haber sido vista la imágen de S. Francisco de Paula sobre el viril estando de manifiesto el Santísimo Sacramento, con cuyo motivo compuso aquellos versos:

El siervo sobre el Señor,
sobre el Santísimo el santo, etc.

(versos que sea dicho de paso, son de lo peor que pued verse); seguia, digo, combatiendo toda especie de errores atreviéndose á sostener el sistema de Copérnico, cuando e aquel tiempo nadie le sostenia, dando razon de los prim

ros descubrimientos de Descartes y hasta de Newton, á quien todavía combatia el patriotismo francés; y continuaba su carrera gloriosa, cuando sus enemigos llegaron á ser tantos y tan poderosos, que hubo de recurrir á la córte solicitando patrocinio. Entonces (y esta era ya una época mas adelantada que aquella á que me voy refiriendo) se expidió una real órden por el rey D. Fernando VI que decia: que habiendo merecido la aceptacion de S. M. los escritos de Feijóo, nadie debia atreverse á criticarlos. Señores, á los hombres del dia que estan acostumbrados á leer seis ó siete periódicos por la mañana, en que se critica bastante, debe darles golpe este respeto á la autoridad real, esta idea que de la misma autoridad se tenia; pero reflexiónese una cosa para no culpar tanto á aquella época atrasada. Quizá si en aquel siglo, en lugar de ser la voluntad real la que de este modo patrocinaba los escritos en que se combatia el error, hubiera prevalecido la voluntad popular, quizá en el estado en que se hallaban las letras en España, Feijóo habria sido entregado á la inquisicion, y sus escritos condenados. Basta ya, señores, de este hombre insigne, y solamente diré que su estilo en general adolece de varios defectos: abunda mucho en galicismos, y al mismo tiempo tiene los resabios del mal gusto de la época; pero en general, es claro, copioso en argumentos y cumple cabalmente con el objeto que se propone.

Antes ó al lado de Feijóo, florecieron otros escritores de menor nota. Entonces hubo un D. Ignacio de Luzan, á quien no puede dejar de nombrarse cuando se trata de nuestra historia literaria. Era Luzan hombre entendido, escritor aventajado, pero falto, como suele decirse, usando de la comparacion trivial, aunque exacta, de la poesía con la pintura, falto de colorido; desmayado, sin brios; hombre de conocimientos profundos, y que si no fué superior á su época, no hizo mas que lo que hacen los hombres de todos los tiempos. Hubo de sentirse escandalizado al ver el estado en que se hallaba la literatura en nuestra patria, y aun-

que sabia algunas lenguas, y de las letras latinas tenia bastante conocimiento, hubo de dirigirse á Francia, como el pais de donde venia entonces la luz que llamaba toda la atencion, y no permitia se llevasen los ojos á buscar guia en otra antorcha que la que resplandecia en la nacion vecina. Vió en aquella reinante la escuela clásica de Luis XIV; tambien habia estudiado la poética de Aristóteles, con los comentarios que la habian puesto los escritores franceses, y tomando la teoría de un padre Lebossu, cuyo ensayo sobre el poema épico corria con mucha fama por aquellos dias, la puso en castellano, la exhornó, la agregó á la de Aristóteles, y con sus preceptos dió á España un arte poética, de que hasta entonces se carecia. Juzgó nuestro teatro, como parecia en otro tiempo acertadamente, aunque, segun el dictámen de muchos críticos modernos, con algun desacierto. No fué, sin embargo, enemigo acérrimo de nuestro Calderon y demás autores dramáticos; pero al censurarlos no supo darse razon de cuál era la clase de espíritu que animaba sus obras; no se cuidó de investigar cuál era el estado de la nacion en que escribian. La crítica de aquel tiempo, crítica en que solo se miraba á la parte externa de los escritos, señalaba á estos ciertas formas: Luzan vió estas formas segun Aristóteles las bosqueja, segun las habian señalado con mas vigor Horacio, y despues los críticos franceses, y pintado este cuadro, encontró que las obras de Calderon no se ajustaban perfectamente á aquel modelo, y las condenó. Por lo demás hizo justicia á nuestro gran dramático, celebró su fecunda imaginacion, pero segun él, tenia el defecto de no haber observado las tres unidades de accion, lugar y tiempo, defecto que le encuentran tambien muchos críticos, de los cuales yo me aparto, venerándolos. Le encontró otros defectos mayores de lo que son en realidad, esto es, que tenia un estilo demasiado conceptuoso, y que se apartaba con frecuencia de la expresion verdadera de las pasiones, por usar el lenguaje del ingenio sutil, afeado además con la pedantería.

Don Ignacio de Luzan hizo un servicio y un daño á la literatura española. Los que dicen que hizo un servicio, y esta ha sido una opinion que ha estado en boga durante largo tiempo, aciertan, porque en verdad, él no destruyó nada bueno en nuestra patria. El gusto de nuestros escritores era pésimo: Luzan no quiso acudir sino á las fuentes en donde entonces se bebia: acudió, pues, á Francia, y restableció hasta cierto punto el buen gusto literario. El mismo hizo justicia á la poesía sábia del siglo XVII; olvidó empero, y esto no se sabia entonces, que nuestra poesía tiene dos ramos: la poesía sábia, la poesía académica, que empezó, puede decirse, con Garcilaso, aunque ya se encuentra algo de ella en Juan de Mena, el marqués de Santillana, y otros autores mas antiguos, y que en parte venia de la poesía italiana; y la poesía popular, la poesía del Cancionero, la de los romances del conde Claros y del conde Dirlos, poesía de que Melendez y otros han hecho algunas imitaciones á fines del siglo próximo pasado.

Asímismo no conoció nuestra literatura dramática nacida en España, y que era la verdadera hermana de nuestros romances, literatura que los italianos no habian conocido en sus tragedias; porque aunque la comedia italiana tiene de la escuela de Planto y Terencio composiciones de bastante mérito, pues en Plauto reluce particularmente la fuerza cómica, que el mismo Molière ha imitado muchas veces, algunas la ha igualado y otras se ha quedado corto, y Terencio se recomienda por la intensidad de sus afectos, por la elegante sencillez de su lenguaje, y por ser el autor de quien se han tomado mas sentencias: *homo sum, humani nihil a me alienum puto.—Nam id arbitror adprime in vita esse utile, ut ne quid nimis* y otras; á pesar de esto aun la comedia latina, y mas todavía la italiana, carecian de cierta fuerza; así que, ni las comedias de Machiavelo, ni las de Ariosto habian dado alma á la escena cómica. De las tragedias italianas antiguas nada se diga, valiendo poco todas ellas, aun la de Torcuato Tasso. Enton-

ces apareció en España Lope de Vega; pero antes los cómicos españoles habian dado aun alguna muestra de ciertas dotes, que habian de dar lustre á nuetra escena, y de los defectos que la deslustran. Luzan no conoció esto ni el mérito, ó por mejor decir, ni la índole de los romances y de nuestro teatro; habló de la poesía española, como poesía buena, pero imitadora, la cual algunas veces imitando, se remonta mucho, y entonces es digna de admiracion; pero en donde no hay nada original, y no pudiendo por lo mismo menos de desmerecer al lado de su hermana mayor la hermosa poesía italiana.

Estos fueron los yerros de Luzan; pero los que dicen que erró completamente, y que desacreditó nuestra literatura, no se hacen cargo de que la literatura estaba en descrédito en aquel tiempo, de que estaba casi enteramente olvidada. No desacreditó la literatura antigua; no habló de la poesía académicá censurándola, dijo poco de la dramática; desaprobó en ella algunas cosas sin razon, pero no acabó con la literatura buena, sino con la mala que habia en su tiempo. Es verdad que siguiendo con demasiado rigor á Aristóteles y al clasicismo francés, pretendió hacer un marco dentro del cual se encajonasen, por decirlo así, todas las obras del ingenio; que siguiendo reglas demasiado severas, no conoció que los diferentes tiempos requieren diferentes especies de composiciones; que la diversidad de pueblos y de gobiernos hace variar el juicio que se forma de los cantos, y el espíritu que á estos debe animar, y por eso es digno de censura á veces, aunque no por haber sido de la edad en que vivia.

Luzan fué asimismo poeta, y como á tal no debe dársele elogio alguno. Es verdad que no incurrió en las faltas en que cayeron los de su tiempo y del inmediatamente anterior; es verdad que no dió en las estravagancias mismas que procuró desterrar; que miró con horror los retumbantes metros de Ocejo, el *Polifemo* y las *Soledades* de Góngora; por consiguiente fué muy detenidamente haciendo versos.

de once sílabas en un lenguaje correcto y esmerado; imitó á los demas poetas en aquello de invocar á las musas y demás temas comunes en que durante mucho tiempo ha consistido nuestra poesía y que todavía sienten algunos no ver reproducidos, lamentándose de que hayan caido en desuso las imágenes que admiraban á los poetas de nuestros primeros años. *Su Oda á las artes* y *La conquista de Oran* son producciones que adolecen de los mismos defectos de frialdad elegante y contínua imitacion ajustada, ó reproduccion de pensamientos agenos y corrientes.

Por aquel tiempo florecia otro que ya era un crítico de muy diferente y mayor calibre que los que habian existido entonces en España: hablo de D. Gregorio Mayans y Siscar, escritor laborioso y erudito, á quien se deben varias reimpresiones de obras antiguas, entre otras el *Diálogo de las lenguas*, que acompañó con otras composiciones cortas, donde manifiesta bastante estudio de la lengua castellana. Se le deben tambien una Retórica, una coleccion de traducciones de la obra de Virgilio en cinco volúmenes, en que puso todo lo bueno que de aquel mismo autor encontró en lengua castellana; y entre ellas unas en prosa de Fray Luis de Leon, ó atribuidas á él; y asimismo las de Juan Guzman de la Geórgica, y la Eneida por Gregorio Hernandez de Velasco.

Este escritor estudioso tenia cierto juicio crítico, inferior sin duda al de los críticos actuales, pero superior al de los del siglo XVII y aun al de los de nuestro siglo de oro; pues por lo comun no son las edades de mejores modelos las que producen mejores críticos. Esto cabalmente se vé en nuestro siglo de oro, en que se cita como modelo de crítica la obra de los comentarios de Herrera, á las obras de Garcilaso, siendo así que es una crítica bastante pobre. Mayans criticó ya con mas acierto, aunque como escritor no merece en verdad la nota de elegante. Era valenciano y se sabe que en aquella tierra, lo mismo que en Cataluña, la lengua del pueblo es la del Limousin ó *lemosina*; por

consiguiente aun los hombres doctos de aquel pais, con raras escepciones, suelen tener cierto lenguage peculiar, suelen dar cierto giro á las frases, en el cual se conoce la atmósfera que los rodea y que no nacieron en el suelo castellano. En el mismo Capmani se conoce lo que acabo de decir, pues las frases rebuscadas de que usa, manifiestan el trabajo del autor para expresarse en diccion correcta y castiza.

Por aquel tiempo florecia tambien el Dean Martí, gran latinista, famoso anticuario, que escribió sobre las *ruinas del teatro antiguo de Sagunto*, una disertacion notable. Tambien empezó á publicarse entonces el *Diario de los literatos*. En fin, el movimiento intelectual principió en España. La civilizacion era francesa, ni podia ser otra cosa habiendo venido de Francia el impulso. Mezclábase sin embargo, con esta nueva literatura el estudio de nuestros buenos modelos; porque es de notar que muchos de nuestros autores clásicos, de los cuales casi no existian ediciones á principios del siglo XVIII, durante este siglo fueron reimpresos; si bien hasta al juzgarlos la escuela seguida por los críticos, era francesa pura.

Aquí será menester que volvamos los ojos á lo que pasaba en aquel tiempo en Francia é Inglaterra; pues si nos hemos anticipado á examinar el efecto, dejando para despues la causa, es, como mas de una vez dejo dicho, porque españoles somos, y como tales debemos colocarnos en el punto de vista conveniente. Y si perjudica un tanto á nuestro método, bien puede por otra parte atenderse á considerar la causa despues de tratar de sus consecuencias.

He esplicado ya, señores, lo que era Francia al espirar el siglo de Luis XIV. Cuando el siglo XVIII empezó, todavía vivia aquel gran monarca; gran monarca digo, no porque yo sea ciego admirador suyo, no porque quiera tributarle el culto que otros le han tributado, sino porque viviendo en una época de grandes figuras, y dominando todavía la suya á todas las demas por el respeto debido al

monarca, no puede menos de confesarse que hay en él bastante grandeza. Pero Luis XIV no era ya el rey jóven, galan, libertino, pero con decencia, á quien alababan con apasionada admiracion los escritores de los tiempos pasados; no era ya el que habiendo bailado en los bailes de la córte, se corrijió al oir los versos de *Británico* aplicados á Neron en que dice:

Pour toute ambition, pour vertu singulière
Il excelle à conduire un char dans la carrière,
A disputer des prix indignes de ses mains
A se donner lui-même en spectacle aux Romains.

Por toda ambicion, por virtud singular, sobresale en guiar un carro en la carrera, disputa premios indignos de sus manos, y él mismo se presenta como espectáculo á los romanos. No era sino un monarca viejo, devoto, dominado por una mujer ambiciosa con quien se habia casado en secreto, de mas edad que él, de grandes cualidades, de mayor artificio; y como si la naturaleza quisiese marcar la decadencia del reino juntamente con la del rey, la Francia que habia ganado tantas glorias, que habia derrotado tantas veces á sus enemigos, fué vencida en la batalla de Olhstet, en la de Malplaquet y en otras varias. Parece, digo, que la naturaleza iba siguiendo el estado de aquel gran monarca que dió nombre á su siglo. Racine habia muerto ya; antes que Racine habia muerto Corneille: Boileau vivia todavía; pero Boileau, escritor elegante, dominado por ciertas ideas propias de su siglo; nada tierno, nada atrevido, aunque de versificacion hermosa; falto de imaginacion, satírico, mordaz y chistoso; poeta moral aunque seco y á veces robusto; legislador del puritanismo con arreglo á malos principios, pero que se espresaba con suma facilidad y correccion en el lenguaje que quería dar como modelo, estaba agobiado bajo el peso de los años, despues de haber apurado tanto su juicio crítico, que llegó á conocer que la *Atalia* de Racine

cuando fué silbada era la mejor tragedia de aquel autor. Llegó en efecto á verla aplaudida, y esto que tanto gusto debia causarle, iba mezclado con gran desabrimiento al ver que por aquel tiempo el teatro de Racine y de Corneille habia venido á parar á manos del autor Crebillon, que estaba dando tragedias llenas de horrores. Una de estas composiciones tenia por argumento la fábula de Atreo, cuyos horrores no repugnaban á la imaginacion de los griegos, porque para ellos aquellos eran horrores sagrados, y eran parte del dógma de su religion, y esto es lo que debe tenerse presente cuando se copia de la Grecia; lo que para nosotros no es mas que un tegido de horrores bárbaros, para ellos era punto de doctrina religiosa; y tan desacertado andaría el que no considerase aquellos horrores bajo este aspecto, como el católico que mirando un cuadro de las ánimas del purgatorio, no viese en él mas que unos cuerpos con unas llamas encarnadas debajo.

Crebillon escogió, pues, esta clase de argumentos para causar efecto, y agregando despues otro de su invencion, dió una de sus mejores tragedias, *Radamisto y Zenobia*, en que tambien hay sumo horror. Algunos quisieron asemejarle á Corneille y Racine, y de ahí vino el que se digese que al uno pertenecia lo sublime, al otro lo tierno y al otro lo horroroso; pero ese horror llevado al extremo, ó por lo menos el terror sumo, que del horror se diferencia en sentir de los críticos, si en alguna ocasion hizo á Crebillon ridículo, habia sido empleado con profusion, y á la par con acierto, porque como dicen los mejores críticos, y yo con ellos, no cabe llevar el terror mas adelante que lo está en el 5.° acto de la tragedia que compuso Corneille con el título de *Rodoguna*. Pero otra falta, y mayor que la de lo horroroso de sus argumentos, distingue á Crebillon. Ya no habia en sus obras señales de la belleza que relucia en las tragedias de Racine; habia cierta falta de verosimilitud, cierto conato de empeñar mas con los incidentes que con los afectos, y ahí se vé que empezaba la decadencia de la lite-

ratura. Pero lo que chocó mas á Boileau en las tragedias de Crebillon, no fueron precisamente sus horrores; fué su estilo incorrecto é hinchado: propio achaque del hombre anciano, ser mas sensible á las imperfecciones que á otra cosa alguna, y Boileau que veia la belleza particularmente en la extremada correccion de estilo, cuéntase que al oir los elogios dados á *Radamisto y Zenobia*, dijo despues de haberle leido el primer acto: «Que me quiten de ahí esa gerigonza abominable: oh! á lo que ha llegado la literatura francesa!» Así espiró Boileau y así empezaron á reinar sus sucesores.

Por aquel mismo tiempo otro hombre llevaba el cetro de la literatura y al mismo tiempo de la ciencia, hasta cierto punto, maridage que ni aun era sospechado en el siglo de Luis XIV, pero Fonténelle, que es de quien hablo, intentó formarle. Este hombre que en el siglo XVIII principió á empuñar el cetro literario, y aun le llevó por cierto tiempo con arreglo á lo que para algunos constituye la verdadera legitimidad, esto es, con el *consensu populi*, este hombre en su primera edad fué muy despreciado; solo la calidad de sobrino del famoso Corneille le sostuvo por algun tiempo; pero Racine en uno de sus epígramas, hablando de cuando empezaron los silbidos, despues de decir de otros autores, cuyas obras habian merecido bostezos, y otras ser tratadas de diversas maneras, añade que los silbidos empezaron en la tragedia titulada *Aspar* del Sr. de Fonténelle. Pues este mismo nombre, que en el siglo de Luis XIV habia representado un papel inferior, llegado á los cincuenta años (vivió 99) vino á empuñar el cetro de la literatura y á ejercer sobre ella el predominio. Era ingenioso, claro, agudo; no tenia nada de aquella sencillez de los escritores del siglo de Luis XIV; tenia todavía menos de su magestad; habia en sus obras cierta gracia de otra especie; era un escritor de transicion, como decimos ahora. Por aquel tiempo habia una gran disputa entre los antiguos y los modernos, ó mejor diré entre el mérito comparativo de los antiguos

y de los modernos, disputa que aunque de siglo tan ilustrado, dió lugar á muchos desatinos. Boileau y otros habian sustentado la parte de los antiguos, declarando que todo lo que estos escribieron era superior á las producciones modernas. Fonténelle y Perrault salieron á la defensa de los modernos, juntos con un autor, de quien hablaré en la leccion siguiente, el famoso de Lamothe Houdard. Tratando de los antiguos se sacó la comparacion de los árboles, que cuanto mas viejos son mas robustos, sin conocer que tambien á los árboles con la edad les llega su tiempo de decadencia, y aun el de muerte: otros al revés, pretendian que no exceden á los modernos los antiguos, porque no eran mejores los productos naturales en los pasados tiempos que en los posteriores.

Fonténelle es notable por muchas obras: quizá la mejor de todas es sus *Elojios*. Su *Discurso sobre la pluralidad de mundos*, es una de las primeras composiciones en que se procuró hacer el lenguage de la ciencia asequible á los entendimientos vulgares; así como *La historia de los oráculos*, traduccion de un autor holandés, y otras obras varias. Pero no solo es notable Fonténelle por haber unido la ciencia con las letras, sino tambien porque empezó en él el filosofismo moderno. Ya en la primera leccion hablé de Bayle; pero Bayle, escritor incorrecto, habia compuesto su Diccionario en Holanda, y hoy el comun de los lectores apenas tiene conocimiento de él sino por oidas; pero Fonténelle, al reves, era un autor de moda: no empezó con llevar al extremo las ideas llamadas filosóficas, como hicieron otros, no: era sumamente tímido, cortesano, receloso de las consecuencias de sus escritos, tanto para su exterior como para su interior, es decir, que temia por su alma y por su cuerpo; temia que sus escritos perjudicasen á su interés, porque era sumamente interesado, y miraba mucho por sí, y no tenia al mismo tiempo aquella firme persuasion, aquella incredulidad que fatalmente estuvo tan arraigada en los filósofos posteriores como Voltaire, y los discípulos

de éste, los cuales llevaron aun mas allá las teorías de su maestro; sin embargo, repito que Fonténelle abrió la carrera para la nueva escuela filosófica vulgar y amena. Empezó por probar que no era el demonio el qué habia hablado en los oráculos, sino los sácerdotes paganos que se burlaban de la credulidad del pueblo, ¡y cosa singular! el clero conocio bien donde podia ir á parar esta doctrina y se puso de parte de los sacerdotes gentiles; volvió por ellos acertadamente y defendió que habia sido el demonio el que por boca de los oráculos habia hablado. Digo que volvió por ellos acertadamente, porque esta habia sido una doctrina recibida en todos tiempos, é impugnar una doctrina admitida desde muchos años como inconcusa, es un principio que tiene muchas consecuencias, y los sacerdotes católicos lo conocieron y vieron que si bien tenia razon, podia llevar con su razon á que no se tuviese razon despues. Conoció el clero que hay verdades que no pueden decirse, y se declaró en favor de la máxima del mismo Fonténelle, el cual decia que si tuviera todas las verdades encerradas en el puño, no le abriría para dejarlas salir. Hubo pues oposicion á la doctrina de Fonténelle sobre los oráculos, previendo lo que forzosamente habia de seguirse de ella, y lo que se siguió en efecto.

Me he detenido algun tanto á hablar de Fonténelle, porque es autor conocido, y porque quiso presentarse como rival de otro autor, de quien hablaré despues, porque hablando del siglo XVIII es menester que pensemos en el hombre que, nacido seis años antes que terminára el XVII, durante el primeramente nombrado ejerció sobre los hombres, sobre los pueblos, sobre los reyes, un poder cual jamás se ha conocido. Antes de él hablaré de Houdardt de Lamothe y otros literatos; pero mi leccion siguiente será mas particularmente dedicada á hablar de Francisco María Strouet de Voltaire. Gracias á los tiempos en que vivimos, se le puede juzgar imparcialmente, no habiendo temor de que cuando se le alabe caiga sobre nosotros el castigo, ni cuan-

do se le censure podamos exponernos á ser tachados de nímiamente religiosos, supersticiosos, amantes del despotismo, y enemigos de los progresos del entendimiento humano. Así, al paso que reconoceremos lo agudo de su entendimiento, lo vasto de su instruccion, hablaremos de lo flaco de su juicio en algunos casos importantes, y de los males que, revueltos con bienes, ha causado á los hombres, y que siguen y seguirán por dilatadas edades.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

Al acabar mi última leccion, hablando, como es natural, despues de tratar de las cosas de España, de las de Francia, de donde nuestro pais en aquel tiempo tomaba ejemplo; despues de haberme referido á algunos personajes, que en los principios del siglo XVIII representaban un papel en el elevado teatro de la literatura francesa, no pudo menos de dirigirse mi imaginacion desde luego, al astro que por aquel tiempo aparecia en el horizonte; al que desde luego que apareció dejó sentir el influjo de sus rayos, maléficos y benéficos, en todo lo que abarca el entendimiento humano; al que llenó el siglo con el esplendor de su mediodía, y al que en su ocaso todavía fué adorado y dejó tras sí un rastro luminoso, no sé si de luz benéfica ó maléfica, pues de una y otra se hicieron y aun se hacen sentir los efectos sobre la sociedad entera. Ya se entiende que aludo á Francisco María Arouet de Voltaire.

Voltaire nació en los últimos años del reinado de Luis XIV, á últimos del siglo XVII, en el año de 1694. Señores, la vida de este hombre extraordinario se divide en

varios actos, porque en él mas que en otro alguno se vé lò que suele suceder en el mundo, á saber: que los entendimientos privilegiados, que los grandes ingenios, los cuales á un mismo tiempo son producto de su siglo y le dominan, van dando de sí muestras poco á poco, de modo que al principio apenas puede sospecharse la altura á que despues se elevan. Así Voltaire en los primeros años adelantó poco: despues fué haciendo gala de sus principios y expresándolos con valentía, hasta que llegó á ser corresponsal de los reyes, y en cierto modo su dominador, porque lo fué de la sociedad entera. Digo, pues, que la vida de este hombre se divide en varios actos, y no es solo en una nacion donde es preciso considerarle durante toda su carrera, pues el período que voy abrazando, abraza asímismo la historia literaria de diferentes naciones, donde Voltaire, tímido primero, atrevido despues, al fin tirano y señor absoluto del mundo literario y filosófico, representa diversos papeles, y hace que con él los represente asímismo la sociedad por el influjo que ejerció en ella. En sus primeros años Voltaire, aun despues de haber adquirido alguna fama, era lo que el Duque de Saint-Simon, á quien he citado entre los escritores mas singulares de principios del siglo, llamaba «un tal Arouet, hijo de mi notario, y que despues con el nombre de Voltaire siendo gran libertino, ha adquirido cierta fama.» Si al Duque de Saint-Simon le hubiese sido dado asistir á los últimos años del patriarca de Ferney, sin duda alguna, á pesar de sus preocupaciones aristocráticas, no habria podido reparar en que era hijo de un notario; habria visto ciertamente con dolor y con extrañeza que era cortejado por los reyes y por los nobles; pero ya no se hubiera atrevido á despreciarle, y si acaso algunos hubiesen merecido su desprecio, habrian sido los hombres elevados que hacian la corte á su superior talento, en descrédito de la superioridad del nacimiento que en otro tiempo recibia los generales homenajes.

Voltaire, pues, nació en condicion medio humilde. Re-

cibió su educacion con los jesuitas. Un famoso padre Porée, clásico, y clásico al uso de aquel tiempo, le dió las primeras nociones de humanidades. Fué solamente mediano latino é infeliz helenista, y se dedicó desde luego al estudio de las lenguas modernas. Quiso su suerte que empezase su juventud con el período del mando del Regente de Francia Felipe de Orleans, príncipe de singular conducta, de no comun talento; un tanto dado á las ciencias exactas; supersticioso á la par que libertino, pues creia en las ciencias ocultas, aun no desterradas del pais de la filosofía; que queriendo ejercer el poder con vigor, le quitó toda su consideracion; que dió en su corte con su conducta una aprobacion clara á las malas costumbres; que sin embargo tuvo algunas buenas prendas, y no es tan digno de censura, porque su tiempo, señores, era miserable. La devocion que habia, por decirlo así, afeado los últimos años del reinado de Luis XIV; las persecuciones que padecieron muchos sábios varones jansenistas; los escándalos causados con motivo del anatema que fulminó el Papa contra esta secta en la célebre bula *Unigenitus*, y otras causas de la decadencia de Francia, habian hecho que el rey, á quien los franceses adoraban como á su ídolo en el apogeo de su gloria, cayese en tal descrédito, que su entierro fué señalado con regocijos, como si se hubiese visto la nacion libre del mayor tirano. ¡Propio es esto de la condicion humana, pues los hombres en todos tiempos han adorado mas que á otra cosa á la fortuna, y han despreciado el sol oscurecido! A la devocion forzada que habia por algun tiempo existido en la corte, sucedió el libertinaje, que se estaba practicando en las ciudades, y ese libertinaje que en los últimos años del rey habia sido una protesta contra la escesiva rigidez del monarca, el regente hizo alarde descarado de él, como se ha visto en todos tiempos siempre que ocurren circunstancias análogas, y como se vió en la misma Francia en la época dolorosa del Directorio. En semejante sociedad empezó á vivir Voltaire, pues, sabido es que no se

empieza á vivir en realidad hasta haber cumplido los diez años; cabalmente Voltaire, nacido en 1694 hubo de empezar á vivir en 1704, y á sentir como jóven en tiempo de la muerte del rey, cuando contaba 19 años. Habia por entonces una famosa cortesana llamada Ninon de Lenclos, mujer de singular hermosura, de quien se cuentan cuentos tan célebres, que se dice que á la edad de mas de 60 años todavía enamoraba. Si este fenómeno era debido á su buena presencia, conservada á fuerza de todas las artes de que suelen valerse las mujeres, ó si se debia á cierta frescura que conservó aun en edad muy avanzada, ó si fué producido por el hechizo de su conversacion, que era muy grande, por lo seductor y halagüeño de sus modales, no se puede decir; pero lo cierto es que aquella mujer, que despreciaba á sus amantes, y apreciaba mucho á sus amigos, debia ser tenida en poco por aquellos que no la considerasen sino bajo el aspecto de una mujer débil. Sin embargo, Voltaire, que en sus primeros años cantó los elogios de su virtud, que en su comedia el *Depositario* la presenta como guardando fielmente el depósito que un hombre le habia confiado, obedeció á aquel sistema errado de buscar la virtud donde en general se debe encontrar el vicio. Lejos de mí culpar á Ninon de Lenclos por cosas que no merece; lejos de mí no reconocer en ella ciertas prendas, que puede tener la mujer mas corrompida; pero lejos de mí tambien una cosa que se ha intentado aun en esta época en una novela famosa, esto es, el querer encontrar la virtud, los nobles pensamientos, y todo aquello que no puede existir sino en la mujer, que conserva con el pudor el primer tesoro de la belleza de su sexo, el querer, digo, encontrar todo esto entre el inmundo cieno del vicio en el alma de una prostituta. Aludo, como todo el mundo sabe, á una novela célebre, en que se hace de una prostituta el modelo de una mujer de nobles pensamientos y afectos tiernos y sublimes.

Ninon de Lenclos, pues, recibió en su casa á Voltaire, y

hubo de parecerle tan bien aquel muchacho, no precisamente bien por lo físico, porque Ninon de Lenclos estaba ya vieja, sino por las aventajadas prendas que en él encontraba, que hasta le dejó una manda en su testamento. Hé aquí dos educaciones diversas que recibió Voltaire, la de los colegios con los jesuitas, educacion que no suele inspirarnos el mayor afecto, pues aun de aquellos maestros que suelen captarse nuestra veneracion, recien salidos del colegio, y libres de su severa disciplina, no solemos hacer gran caso, y la educacion que recibió en casa de Ninon de Lenclos. Hubo de hacer pues Voltaire lo que hacen todos, y admirador de Ninon, hubo de tomar por modelo, en cuanto cabe en la diferencia de sexo y edad que existia entre ellos, á aquella que en la hora de la muerte se le habia manifestado como bienhechora. Rozóse asímismo con muchos hombres de calidad de Francia, vió las costumbres de la época, tomó del siglo de Luis XIV las formas literarias, tomó empero el espíritu nuevo de la corte en que vivia. Cuál era esta sociedad, ya lo he dicho; pero es menester volver otra vez á ver cómo continuaban en ella las tradiciones literarias.

Ya he indicado á Fontenelle como el principiante de la nueva escuela, y á Bayle como fundador de la secta filosófica atrevida, del mismo modo que Fontenelle era el de la secta filosófica tímida: he indicado tambien á Crebillon como continuador de las tragedias de Corneille y de Racine, si bien con mas horrores y dándolas cierto color novelesco que desdecia de los argumentos que usaban los escritores del gran siglo. Por aquel tiempo, sin embargo, habia otros célebres coetáneos de Voltaire, de quienes no puede menos de hacerse mencion, á no cometer una injusticia. Existia Juan Bautista Rousseau, bastante diferente del Rousseau que despues tuvo tanta celebridad, y que fué discípulo de Boileau; Juan Bautista Rousseau tomó de su maestro la belleza de la forma, y aunque clásico, copió asímismo algo de la frialdad y falta de ternura, que sin ser un críti-

co muy severo puede muy bien atribuirse á las obras de su maestro. Juan Bautista Rousseau compuso odas sagradas, y al mismo tiempo epígramas violentos y hasta obscenos, y cantatas amorosas, tiernas y decentes. En estas composiciones se manifestó poeta algunas veces; pero sus epígramas despertaron contra él las preocupaciones, y habiéndosele achacado ciertas coplas contra personajes conocidos, fué condenado por el parlamento de París como libelista. Juan Bautista Rousseau estuvo por algun tiempo relacionado con Voltaire; se miraron sin embargo con poco afecto, y cuentan que habiéndole enseñado el poeta Rousseau al poeta Voltaire su oda á la posteridad, dijo este que era una carta que no llegaría á donde iba el sobrescrito. Pero fuese por este chiste ó por otras causas, lo cierto es que entre Rousseau, que conservaba la escuela de Boileau, que ponia en verso los salmos, que aspiraba á darse, si no la esencia, el color de creencias religiosas, y que quería perpetuar todas las tradiciones de un siglo, del cual era heredero aunque débil; y el hombre que sentia en sí la sed de innovacion, ese empuje, ese ímpetu que le llevaba á trastornar la sociedad, no podian existir relaciones amistosas.

Por aquel tiempo sostenia la gloria del púlpito el obispo Massillon, elocuente como el que mas en su estilo, pues todavía no se habia empañado toda la pureza de diccion y de tono del siglo en el cual habia empezado su carrera. Pero rindiendo al mérito sobresaliente de Massillon el tributo que merece; reconociendo que está muy distante del mal gusto que despues reinó en el siglo XVIII, todavía se puede muy bien con el cardenal Maury, en su *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito*, encontrar en el mismo Masillon indicios de decadencia, si se le compara con Bossuet. No habia en él aquella fé robusta y firme, aquel tono áspero, pero vigoroso; era, por decirlo así, el aspecto que presentaba Bossuet, el de un edificio macizo, bello en medio de su solidez, mientras el de Masillon era por el contrario un edificio mas delicado, mas elegante, mas vis-

toso, pero falto de aquella fuerza, de aquella solidez que aterra, que admira en su antecesor. Sin embargo de que Massillon en su sermon sobre el corto número de los elegidos, de tal manera supo conmover los ánimos, que hizo levantarse atemorizado su auditorio; aunque con otro pensamiento digno del mismo Bossuet, al pronunciar el elogio fúnebre del rey Luis XIV, teniendo á la vista el espectáculo que presentaba el templo, lleno de grandes personajes ataviados con toda la pompa que se usa en semejantes ocasiones, pronunció aquella magnífica sentencia que constituye su exordio, igual al mas elocuente discurso, empezando por decir: *Dieu seul est grand, mes frères; solo Dios es grande, hermanos mios* (sublimes expresiones hablando de un rey á quien llamaban grande): todavía no se puede encontrar en Massillon mas que lo que en los primeros hombres de la decadencia.

Florecia por aquel tiempo de Lamothe Houdardt, de quien he hablado como uno de los críticos que tomaron mas parte en la reñida, y un tanto necia, contienda sobre el mérito comparativo de los antiguos y de los modernos; filósofo que quiso ser poeta y no acertó á serlo; pues no daba con el arte de hacer versos; autor que si en una tragedia como su *Inés de Castro* supo mover los afectos, á pesar de ser el plan mal imaginado y pésima la versificacion, como escritor en prosa abrió el camino á una crítica nueva; pero no tuvo fuerza bastante para hacer triunfar sus ideas. Él fué quien primero modificó la doctrina de las unidades, y propuso sustituir á la unidad de accion lo que llamó, no sin fundamento, unidad de interés. Llevó las innovaciones muy adelante, pues pretendió escribir tragedias en prosa, cosa que hasta entonces no se habia visto. Fué sin embargo de agudo ingenio, pero de escasa ó ninguna fantasía, y Voltaire en sus primeros años hubo de adoptar muchas de sus opiniones, y algunas cosas que ahora se están sosteniendo, se hallaban ya esplicadas ó al menos apuntadas en sus escritos. Pero todos estos, aunque gozaban fama en su tiempo;

aunque Massillon la conserva todavía; aunque Rousseau la conserva tambien, si bien menor, y de Lamothe la tiene mas baja que lo que se debe, todos eran nada comparados con Voltaire. Desde luego empezó Voltaire su carrera por ser puesto en la Bastilla, como debia empezar en aquellos tiempos. Dícese que no hubo razon alguna para encerrarle en aquella prision. Corria por aquel tiempo una obrilla pequeña, una composicion suelta de versos, en que el poeta se entretenia en decir todas las cosas fatales que habia visto, y en la cual se decia:

J' ai vu ces maux, et je n' ai pas vingt ans.

He visto estos males, y aun no tengo veinte años; y aunque Voltaire tenia 22, pues esto era en 1716, sin embargo, se creyó que habria este error de fecha, no dudando que sería posible en los hombres, como lo era en las mujeres, y como lo es en los hombres ahora, rebajarse la edad en algunos años.

Corria por aquel tiempo tambien un libelo atroz contra el Regente Duque de Orleans, obra de un tal Lagrange, que se habia adquirido alguna fama y héchose verdaderamente digno de ella por la tragedia titulada *Amasis*, composicion de mediano mérito y trama un poco novelesca, pero que realmente empeñaba los afectos, principalmente representada en el teatro: y cuando una obra logra esto, si no es de un mérito sobresaliente, no deja de tener alguno. Con motivo de la amarga invectiva en verso de este poeta á que acabo de referirme, andaban muy inquietos los ánimos y vivas las sospechas, y cayeron estas sobre Voltaire al empezar á correr la satirilla nueva, siendo mozo, y travieso, y viviendo en sociedad poco amiga del regente, por lo cual, á uso de aquel tiempo fué, como he dicho, castigado, encerrándole sin formacion de causa donde los reos de estado solian serlo.

Poco despues se libertó de la prision, y empezó como

era menester que empezasen todos los grandes ingenios en Francia, esto es, componiendo una tragedia. Aun en tiempos modernos casi todos los que versifican en Francia han pasado por esta prueba, si bien en nuestros dias no es tan precisa, y de ella se han eximido nombres tan esclarecidos como Beranger y Lamartine.

Escogió Voltaire para su ensayo el argumento griego de Edipo. No se dudaba entonces que la adopcion de las formas griegas era una cosa justa y necesaria; pero, aunque se entendia quizá mas que ahora de lo que propiamente se llama literatura, no se habia acertado con la union entre la literatura y las costumbres. Faltaba por eso filosofía; no se podian los hombres empapar bien en la idea ni de lo que era el cristianismo ni el espíritu de caballería de la edad media, ni de que dominando aquel y esta habian mudado las costumbres de Europa; ni de que si el siglo XVI trajo algunas ideas clásicas, las fundió con las antiguas formándose en los siglos XVII y XVIII un mundo, que ni era el mundo de la edad media, ni el de la Grecia, ni el de Roma, sino un compuesto de todos ellos, pues todas las edades se componen en parte de estos materiales que dejan las que van delante, y eso sucede tambien en nuestra edad y sucederá igualmente en las venideras. Pero entonces se creia que la forma antigua llevaba consigo la índole ó alma de los escritos, los cuales en todos tiempos debian aspirar á igual clase de belleza.

El asunto de Edipo habia sido ya tratado en la escena francesa: el mismo Lamothe habia hecho dos, uno en prosa y otro en verso: Corneille habia hecho un Edipo, en que habia amores, que no eran por cierto de la época del argumento; en la cual trajedia decia un personaje: «por muchos que sean los estragos que ejerza la peste en Tebas, es mas funesta todavía la ausencia para los amantes verdaderos.» ¡Bella galantería, señores, en aquellos tiempos heróicos y un tanto bárbaros, en que no se conocia la galantería, porque la mujer entonces era un mero instru-

mento doméstico, destinado, no al deleite solamente, pero á poco mas, siendo así que despues ha llegado á un puesto infinitamente mas alto. El *Edipo* de Voltaire no adolecia de los defectos de que adolecio el de Corneille. Se atrevió el autor á traducir una escena de Sófocles del Edipo tirano ó rey. Sin embargo, aunque á su despecho, porque ya era tan innovador que creia que podia quitarse el amor de la comedia, aunque de ello tenia ejemplos en la *Atalia* y en *Ester*, tragedias en que no hay amores, pero que son un tanto frias, todavía puso los amores en el teatro y fueron los de Yocasta, madre de Edipo, que por lo menos habria cumplido cuarenta años, con Edipo, jóven de veinte y pocos mas. Semejantes galanteos, aun en tiempos modernos, por desgracia en la sociedad existen, pero no cuadran bien en el teatro. Fuera de esto la tragedia estaba escrita imitando la escuela de Racine, en estilo no tan correcto, pero mas pomposo, mas apartado de las reglas que seguia Corneille, con algunos mas vicios que Racine, y asímismo asomaban tambien en ella ciertas máximas filosóficas de que Racine se hubiera guardado, como cuando dice:

Nos prêtres ne sont pas ce qu' un vain peuple pense
Nôtre credulitè fait toute leur science:

No son nuestros sacerdotes lo que cree el pueblo: nuestra credulidad constituye toda su ciencia; cosa que desde luego, aunque dicha de un sacerdote pagano, visto estaba que iba dirigida á herir á todos los sacerdotes. Esta tragedia de *Edipo* agradó mucho, y el príncipe de Conty hizo versos en su alabanza, que manifiestan muy bien lo que era la poesía mediana de aquel tiempo. Dice el príncipe que habiendo Voltaire bebido en la fuente de Aganipe, para su primer ensayo hizo la tragedia de *Edipo*.

Pero á Voltaire no le bastaba la poesía trágica. Hizo en seguida la tragedia de *Erifile*, un tanto débil pero en la cual se ven tambien algunos rasgos de atrevimiento, que re-

produjo despues en su *Semiramis*. Hizo á *Marianne*, argumento tratado en castellano con el título de *El Tetrarca de Jerusalen*, y por aquel mismo tiempo concibió la idea del poema *La Henriada*. Pero de resultas de la persecucion que padeció en aquel tiempo, tuvo que pasar á Inglaterra, y en Inglaterra vió un mundo enteramente nuevo, mundo que él procuró describir despues á los franceses y que describió á su manera; mundo que procuró copiar, pero del que no trasladó sino una parte; porque Voltaire, dicho sea de paso, era el menos á propósito para copiar á los ingleses que existir puede; pues si ha habido hombre (y no lo digo sino por elogio si bien mezclado con cierta censura) si ha habido hombre en quien verdaderamente haya estado encarnado el espíritu francés con sus prendas y sus faltas, ha sido sin duda alguna el filósofo Voltaire. ¿Qué era, señores, la Inglaterra en aquel tiempo á los ojos de Voltaire, y qué debia ser á los ojos del que desapasionada y un tanto filosóficamente la mirase? Voltaire salia de Francia, de la Francia del siglo de Luis XIV, de la Francia de la regencia, devota la una, libertina la otra, pero en ambas dominando absoluta la potestad real; ambas en situacion en que la corte era omnipotente; ambas en una situacion en que si habia irreligion no habia diversidad de cultos; ambas en situacion en que la filosofía encubría su crítica, pues Fontenelle era tímido y Bayle escribia en Holanda; y Voltaire pasaba á Inglaterra donde habia un gobierno libre, donde tras de un rey que habia sido degollado habia venido otro que fué lanzado del trono y sustituido por otro elegido por el parlamento; donde la imprenta era asímismo libre, sin previa censura; donde dominaba una religion no católica y eran permitidas todas las demás; donde escribian sobre materias de fé hombres cuyas obras parecian entonces un esceso de atrevimiento.

Voltaire encontró en toda su fama á Locke, filósofo profundo; Locke, hombre de suma lógica, y que sin embargo ha sido el padre de la escuela sanjuanista que reinó hasta hace poco tiempo, sin atreverse á profesarla; pues si

engañado por una falsa filosofía llegó á decir que creia posible que Dios diese el don de pensar á la materia, cumpliendo con lo que su patria dicta en punto á pensamientos religiosos, no se atrevió á sacar las consecuencias de su doctrina, aunque bien claras se presentaban, y como dice Madama Staël, se inclinaba ante Dios, bien que puede añadirse, porque veia que se inclinaban todos. Habia florecido Newton, gran matemático, á quien debe el mundo la óptica, la ley de la atraccion y otras mil cosas; hombre, en quien Voltaire procuró descubrir un sociniano, pero que era cristiano si bien protestante. Pero no todos los hombres que por aquel tiempo florecian en la Gran Bretaña, no todos los célebres escritores eran de la misma especie en cuanto á creencias. Verdad es que habia nombres que Voltaire ha procurado remontar á mucha altura, y que sin él no hubieran salido del mismo bajo lugar en que les tenian sus paisanos: estos eran Tindal, Collins, Shaftesbury y otros autores de poca nota que con mas ó menos valentía habian hablado contra los dogmas de la religion. Pero florecia al mismo tiempo Swift, que en medio de la libertad con que escribió el cuento en que presenta las distintas religiones bajo los nombres de Martin por Lutero, de Juan por Calvino y de Pedro bajo el aspecto católico, todavía defendia los dogmas de la iglesia anglicana. Vivia por aquel tiempo Addison, escritor atildado como el que mas, que habia refundido en uno la índole de la literatura clásica con la índole del lenguaje sajon, y cuyos escritos, si no son ya el mejor modelo del estilo inglés, y de la pura diccion de la misma lengua, pasan todavía por unos de los mejores. Florecia tambien Steel, escritor con Addison del famoso periódico el *Espectador*, parcial de la libertad, pero asímismo protestanse y creyendo en la religion revelada, no menos que Addison, de quien se cuenta que hallándose en sus últimos momentos y llamando á un amigo suyo para que se acercase á su cama y notára la tranquilidad con que veia acercarse su hora postrimera, «ven, le dijo, á ver

como muere un cristiano.» Existia tambien Bolingbroke, hombre de singular ingenio, de grande erudicion, travieso, sin principios políticos fijos, que varias veces habia mudado de partido segun sus intereses; hombre empero de gran talento, poco estimado de sus paisanos, irreligioso, libertino, porque en los hombres en quienes falta el principio religioso, raras veces dejan de estar unidos el libertinage y la falta de probidad. Acababa de morir Dryden, escritor el mas fecundo de Inglaterra, y que en los últimos años de su vida se convirtió al catolicismo. Empezaba á vivir Pope, de quien hablaré despues, poeta por el estilo de Boileau, pero algo menos escaso de afectos; escritor de aquellos que no contemplan mucho la naturaleza en su exterior, ni las bellezas campestres; ni tampoco consideran los arcanos del corazon humano, ni profundizan las pasiones fuertes, sino que al revés, se contentan con ver la sociedad en los salones. Notaba las costumbres, ya para satirizarlas, ya para aplaudirlas, y lucia mas que su viva imaginacion la claridad de su ingenio.

Esta fué, señores, la Inglaterra que vió Voltaire. ¿Pero qué vió sobre todo, qué fué lo que mas le llamó la atencion? Que allí no dominaba la religion católica; que allí habia una religion dominante, pero que esta no era la única, sino que se permitian otras varias; que allí con la libertad habia habido algunos principios atrevidos que se habian corregido por las creencias con ellos enlazadas; que la libertad política permitia muchas cosas; que en aquel pais en tiempos antiguos habia habido un escritor como el famoso Shakspeare, cuyas grandes perfecciones brillaban, aunque oscurecidas por sus defectos, en aquel teatro que hasta entonces habian mirado con desden los franceses. Voltaire tomó de Shakspeare todo lo que mas cuadraba á sus ideas, y volvió á Francia llevando en sí una revolucion, llevando lo que él llamaba literatura inglesa; pero una literatura que en su espíritu innovador se habia de tal manera fundido, que no era la literatura de la nacion vecina,

sino la que empezó á dominar en Francia, y de allí pasó á las demás naciones, y despues procuró pasar á Inglaterra, habiendo sido cabalmente en Inglaterra misma donde entre todas las partes del mundo llegó á tener menos influjo.

Vuelto Voltaire á Francia, ya erá otro hombre. No era todavía no, ni podia ser el patriarca de Ferney, si bien era ya un hombre que venia á revelar verdades nuevas. No era ya solamente el poeta, era un cabeza de secta, el cabeza de una nueva religion. Sin embargo, uno de los primeros ensayos que hizo despues de su vuelta, de manera alguna descubre que sus innovaciones hubieran de llevarse tan lejos: este fué la tragedia de *Bruto*. En esta tragedia creyó que habia dado una muestra de lo que era la tragedia inglesa. Sin embargo, quien abra esta tragedia, en que hay no obstante grandes primores, conocerá que no puede compararse en ciertos pasajes con las tragedias de Corneille, y muy poco ó nada con las de Shakspeare. Verdad es que por aquel tiempo habia sido muy celebrada en Inglaterra la tragedia de *Caton* por Addison; pero esta obra, mas política que poética, en que el partidario whig trataba de ensalzar la libertad, valiéndose del héroe romano para asestar sus tiros á los toris, tan poco papel hizo en la literatura inglesa, que cayó casi inmediatamente despues de su muerte, siendo en tiempos posteriores rarísimas veces representada ó citada; y si señaló su paso por la region del mundo, no fué por la region literaria solamente, sino por la region política: político fué el objeto de la composicion, y políticas las razones que llamaron hácia ella la atencion y la prestaron fama. Esta tragedia es la que se parece un tanto á la de Voltaire.

Pero al mismo tiempo habia concebido Voltaire la idea de su poema la *Henriada*, y nada podia hacer mas contrario al espíritu que en él dominaba, que dar lo que se llama un poema épico, pues los poemas épicos descansan sobre principios contrarios á los que él habia adoptado, y requieren calidades agenas de las que él tenia. Se duda mu-

cho, señores, de que Voltaire fuera en ningun tiempo poeta: y digo se duda, porque si bien su fama se conserva á grande altura entre sus conciudadanos, los que tienen concebidas ciertas ideas de la poesía, creen que no conviene el título de poeta al hombre que trataba de destruir todos los elementos poéticos que hay en la naturaleza humana. Y en efecto, el hombre cuya fuerza filosófica desconoció que hay en nosotros, en nuestra mente, en nuestra alma, cosas que no están sujetas al análisis, y todo lo quería examinar á la luz de la razon; el hombre que con su ingenio agudo procuró dar muerte al entusiasmo; el hombre que como Voltaire hizo la cruel obra de *Cándido*, parece que no podia contener el verdadero espíritu poético dentro de su pecho, dentro de su alma; ¿qué digo de su alma, señores? él dudaba que la tenia. Pero en donde hay espíritu poético, puede existir hasta con principios irreligiosos, pues existe á despecho de ellos: es como una protesta que hace la naturaleza. Voltaire, pues, era poeta, pero de cierto modo. En la poesía, como campo tan vasto, hay diferentes departamentos, donde habitan, ó mejor diré cultivan el terreno, personas de diferentes calidades: aquí está el departamento de los hombres de imaginacion arrebatada; allí el de los hombres de afectos vivos: estas son las primeras regiones de la poesía; pero hay otra de bastante mérito donde están los hombres de ingenio agudo, sutil, y estas calidades predominaban en Voltaire; por eso su poesía ligera es la mejor, y á fuerza de ingenio lograba hacer cosechas en otros terrenos, donde solia coger frutos, pero de donde tenia que salir muy pronto.

Menos que á otra parte pudo llamarle su vocacion al poema épico, porque el poema épico requiere una gran dosis de entusiasmo, exije que la época del argumento sea distante de la nuestra, porque los héroes á distancia adquieren proporciones de gigante y abultados sus hechos por la imaginacion del poeta, toman dimensiones colosales. Nada de esto habia en el poema de Voltaire. Eligió un argumento

filosófico; un rey de Francia del tiempo de las disputas religiosas, y pensó en hacer de su *Henriada* un poema filosófico en el que, ya discute en cierto modo acerca de la religion protestante y de la religion católica, ya se declara á favor de la diversidad de religiones, ya describe el dogma de la Trinidad. No era así como componian sus obras Homero, ni Virgilio, ni el Tasso, ni aun Milton. Voltaire, hombre de sociedad, carecia de aquella aficion á los espectáculos que presenta la naturaleza, que es menester que reluzca en las obras de verdadera poesía, y en un poema épico tanto como en obra alguna. Con razon han dicho algunos críticos que en la *Henriada* de Voltaire no hay bastante yerba para dar de comer á un caballo, y en efecto apenas se vé en ella una escena campestre. Pero hay mas, Voltaire en su *Henriada* no creó caracteres; lo que hizo fué dibujar caracteres históricos imitando, aunque no perfectamente, las obras del pincel de Tácito, pero no haciendo creaciones. Así pues, la *Henriada* es un poema regular, casi hermoso, de versos bellos, pero algo soporífero, sin caracteres, sin verdadero interés en el argumento, sin verdadera poesía general, aunque hay algunos trozos de poesía particular; obra á un tiempo de decadencia como poética y de principio como filosófica, de lo cual es un monumento notable.

Por aquel tiempo empezó tambien Voltaire á publicar sus *Cartas sobre los ingleses*, que fueron el manifiesto de una nueva filosofia. Miró la Inglaterra como dige antes que la habia considerado, por un aspecto no mas, y falso, puramente como una nacion incrédula; siendo así que era una nacion libre donde habia algunos incrédulos; y tomando mucha parte de ella descubrió á Francia lo que era importante que supiese, lo que debia producir grandes y graves resultas, á saber, que habia un mundo nuevo, diferente de aquel en que estaban viviendo los franceses en los últimos años del reinado de Luis XIV. Que hiciese este descubrimiento ya hablando de la inoculacion de las viruelas, precaucion tan combatida en aquellos tiempos, ya de los descubrimien-

tos de Newton, ya celebrando á Shakespeare, ya la tragedia de *Caton* de Addison, ya las particularidades del gobierno y sociedad de los ingleses, estas son partes diversas, en algunas de las cuales hay verdad, en otras no, y en otras vá mezclada la verdad con el error. Pero lo que importa es el pensamiento revolucionario que aquel hombre estaba manifestando con sus *Cartas sobre los ingleses*, obra con la cual puede decirse que empezó verdaderamente su carrera de innovador, y que fué el primer acto importante de su vida. Cómo la desempeñó hasta llegar al patriarcado de Ferney y la índole de las obras que fueron levantando la fama de sus autores en el mismo tiempo, y sobre todo de las de Montesquieu, será materia de la leccion siguiente.

LECCION QUINTA.

Señores:

Continuando mi tarea, y prosiguiendo en el exámen de la literatura francesa (porque en el siglo XVII, y mas todavía en el XVIII, del cual estoy tratando, era la dominadora del mundo), llevaré adelante las consideraciones que en mi última leccion tuve la honra de exponer sobre el mismo gran personaje, que hablándose del siglo XVIII es fuerza que le ocupe todo; pues si bien tuvo rivales en fama; si acaso algunos fueron iguales á él en talento; si tal vez hubo quien por distinto estilo se remontase á superior altura, nadie le igualó en influencia. Así, cuando se trata del siglo XVIII, es preciso tener siempre presente á Voltaire, y tanto mas, cuanto que, como he dicho, su influjo no se ciñó á la Francia entera ni á su edad tampoco, pues entonces lo ejerció, y todavía lo está ejerciendo en todos los ámbitos del mundo.

Dejamos, señores, al ilustre Voltaire, no enteramente en su oriente, sino remontándose ya á su meridiano; y cuando hablo de su meridiano, me refiero á la fuerza y vigor de su ingenio, porque cuando ya estaba en su ocaso, cuando ya sentia en sí la decadencia, que no es posible deje de

sentir hombre alguno, aunque él la sintió de otra manera; entonces cabalmente, debilitado su ingenio, pero no menguadas sus fuerzas, fué cuando se halló en el apogeo de su gloria. Pero cuando le dejé, acababa de hablar de su *Henriada*, de sus tragedias, de sus *Cartas sobre los ingleses*; acababa de presentarle cuando vuelto de Inglaterra, trajo consigo á Francia una nueva filosofía; no ciertamente la filosofía inglesa, sino una filosofía que algo habia tomado de Inglaterra y mucho mas de la mente del filósofo mismo. Por aquel tiempo distínguese Voltaire como poeta trágico. Sobre todo en sus primeros ensayos imitaba á la manera de Racine, no igualando á aquel hombre insigne, no teniendo la magnífica elegancia que se admira en aquel poeta, como tampoco alcanzando aquella elocuencia robusta y al mismo tiempo desaliñada, y aquellos pensamientos altos mezclados con un tanto de mal gusto, que remontaron á Corneille y á los poetas españoles. Algo despues fué alterando su manera ó estilo, aunque en su tragedia de *Bruto* todavía se mostró pomposo y elegante al uso de los trágicos de su nacion y edad, al paso que pretendia haber imitado al teatro inglés, del cual era Bruto una copia, ó á lo menos una composicion trabajada segun las reglas, ó adecuada al gusto que reina entre los poetas y espectadores ingleses. Distaba sin embargo mucho la tragedia de Bruto de las composiciones mas estimadas por los literatos, y mas gratas al público de la Gran Bretaña. Por la pompa contínua de su estilo tan agena de la sencillez suma, de la grosería enérjica, ó de la poesía elevada que distinguen los dramas de Shakespeare y de casi todos sus paisanos, mereció la tragedia de que vamos hablando, que cuando Voltaire se la leyó á Fontenelle le diese este por consejo, que se dejase de escribir tragedias, porque no era para ello su numen demasiado brillante, á lo cual respondió el criticado poeta, *pues para enmendarme voy á leer vuestras pastorales*, aludiendo á las églogas de Fontenelle, malas por cierto, y malas por desdecir hasta lo sumo de la sencillez,

propia de semejantes composiciones. En verdad el Bruto de Voltaire se parecia al *Caton* de Addisson, pero el *Caton*, aunque obra de un inglés, en nada corresponde al teatro de aquella nacion, siendo, como ya he dicho, obra política mas que otra cosa. Voltaire, despues de haber segun él se figuraba compuesto una tragedia á la inglesa, y despues de haber en otras mostrádose continuador de la escuela de composicion dramática del tiempo de Luis XIV, aspiró ya á formarse una manera nueva, á lo cual hubo de convidarle el amor propio no infundado, y hubo por otra parte de llevarle la costumbre de escribir, y escribir mucho, la cual suele dar á los autores con la mayor facilidad en producirse la calidad de espontáneos, pues se dejan arrastrar por su natural inclinacion al concebir y expresar sus pensamientos. Voltaire adoptó, pues, una manera menos elegante, mas suelta que la de Racine. El primer modelo que dejó de este su nuevo género fué la tragedia con el título de *Zayre* ó *Zaira*, traducida con el de *Zaida* de un modo muy ajustado, y en versos sueltos duros y flojos por el afamado Don Pablo Olavide, y puesta despues en versos castellanos sonoros é inchados, y en estilo muy otro que el del original, variado el nombre en el de *Jaira*, por el poeta, de quien hablaré al fin de mis lecciones, el desgraciado Don Vicente García de la Huerta. *Zaira* es una tragedia de clase nueva, y si como obra literaria está sujeta á muchos reparos, sin embargo pocas hay que mas embelesen, que mas empeñen la atencion representadas. Su enlace y desenlace tienen mucho de novelesco, de inverosimil: están fundados principalmente en una carta equivocada, triste recurso, de que no usaron los grandes poetas anteriores. El estilo asímismo se aleja mas del de Racine; es natural, descuidado, fácil; pero no puede negarse que hay en ella un patético tan sublime y que á pesar de todas sus inverosimilitudes, arrebata tanto, que es una de las tragedias que mas conmueven aun leidas, y mucho mas en la escena, de manera que si muchas tie-

nen mas mérito literario, pocas aventajan á *Zaira* en el placer dramático que causa en oyentes ó lectores. Sin embargo, esta tragedia ha caido hoy; y cuando las de Corneille y de Racine van resucitando, gracias al mérito eminente de sus insignes autores, y quizá tambien al de una actriz sobresaliente, las de Voltaire se hallan olvidadas, cosa que no es de estrañar, pues están sujetas en medio de sus perfecciones, á objeciones de suma monta. *Zaira* es inverosímil por muchos títulos. A pesar de que Voltaire criticó tanto á Racine porque habia puesto en sus tragedias caracteres del siglo de Luis XIV en vez de poner los caracteres de la época del argumento, en *Zaira* el mismo Orosman, personaje principal, no es mas que un francés enamorado. Esto aun sin contar con los versos que pone en boca del mismo sultan:

Vertueuse Zaire, avant que l' hyménee
Joigne à jamais nos cœurs et notre destinée;
J' ai cru, sur mes projets, sur vous, sur mon amour,
Devoir en musulman vous parler sans détour.

Virtuosa *Zaira*, antes que el himeneo una para siempre nuestros corazones y nuestros destinos, he creido deber hablaros como musulman, sin rodeos, acerca de mis proyectos, de vos y de mi amor: donde olvidó el poeta que no se conoce el himeneo donde existe la poligamia, y donde la mujer es sierva, y aun puede decirse destinada á una sola cosa material puramente. Sin embargo, señores, en la misma tragedia la nobleza del episodio de los cruzados; el carácter de Lusignan, personage poco célebre en la historia y á quien Voltaire dá importancia y nobleza y virtudes en su tragedia, la pasion del sultan Orosman, arrebatada y tierna; la ternura apasionada de *Zaira* que todo lo quiere sacrificar á su amante, al mismo tiempo que se avivan en su pecho con preponderante poder el afecto á su religion y el cariño á su familia, todas estas cosas for-

man un conjunto hermoso que arrebata, y hacen á esta tragedia digna de ser contada, á pesar de todas sus inverosimilitudes, entre las primeras producciones del entendimiento humano en su clase.

Es verdad, señores, y véase lo que hace lo que llaman algunos privilegio, de lo hoy dicho con voz poco castellana genio, y que puede llamarse el superior talento ó el numen; es verdad que cuando el mismo Voltaire quiere en esta misma tragedia imitar un modelo mas alto, aunque mas imperfecto, se quedó, hasta por confesion de su mismo compatriota el insigne Villemain, inferior y corto. No puede Orosman en medio de sus celos, llegar á la sublimidad de Otelo; no pudo remontarse Voltaire como se remontó Shakespeare, en cuya obra se observan las perfectas graduaciones que llevan los movimientos del corazon del hombre, cuando el traidor, obrando en el ánimo receloso, noble é impetuoso de Otelo, le vá precipitando en el delito, y convirtiendo en ferocidad sus naturales ímpetus, aunque violentos, inclinados á lo bondadoso.

Siguió Voltaire haciendo otras tragedias, tambien de sumo mérito, aunque de ninguna puede decirse que le constituye dramático de primera clase. Hizo la tragedia famosa de *Alcira*. En esta tragedia hay algunas bellezas; pero ¡cuántas inverosimilitudes no se notan en ella! ¡qué error tan grave el de pintar á los indios como si fueran filósofos del siglo XVIII! Y sin embargo, todavía en esa misma tragedia hay afectos bien expresados, accion, viveza, empeño en las pasiones, de modo que merece ser contada entre las buenas, sobre todo en los versos en que tributa un homenaje al cristianismo. ¡Cosa singular, señores, que aquel hombre que no veia belleza en el cristianismo; que en medio de su claro entendimiento no vaciló en denigrarlo ante la Europa y el mundo, cuyo ingenio era mas claro que viva su fantasía ó tierno su corazon; que aquel hombre tomase de una religion que despreciaba algunos pensamientos sublimes, y tuviese que tributar la debida alabanza á la

superior moral de nuestra religion, como por ejemplo en los versos siguientes:

Des Dieux que nous servons connais la difference;
Les tiens t'ont commandé le meurtre et la vengeance;
Et le mien, quand ton bras vient de m'assassiner,
M'ordonne de te plaindre et de te pardonner.

Conoce la diferencia de los dioses que servimos: los tuyos te mandan el asesinato y la venganza, y el mio cuando tu brazo acaba de asesinarme, me ordena compadecerte y perdonarte. De sentir es que quien podia de esta manera comprender la superioridad de nuestra religion sobre las otras; que este hombre que podia cuando asestó sus tiros al fanatismo, haber solo depurado la religion de ciertas cosas que la desfiguraban, no contento con la gloria que de este modo podria haber adquirido, hubiese empuñado la antorcha misma con que iluminaba al mundo, para aplicarla á la sociedad y producir el incendio que devoró á la Europa entera en su tiempo, y que todavía está ejerciendo su influjo.

Ya se conocia mas la idea de Voltaire al pintar el fanatismo, grave vicio que no trataré de defender de manera alguna, pues si bien bajo pretesto de fanatismo se ha combatido á veces á la religion verdadera, tambien debemos huir de los extremos, y sobre todo de aquellos extremos vituperables y ridículos que quieren alzar otra vez un trono, el cual no puede alzarse, porque faltan cimientos en que fundarle. Digo, señores, que Voltaire, al tratar de hablar contra el fanatismo, eligió para representar á este, no á un héroe de la religion que detestaba, sino á un héroe de una religion falsa, á quien en otras partes de sus escritos no ha dejado de aplaudir hasta cierto punto, á Mahoma. La tragedia de *Mahoma* es un cuento inverosímil; pero no se pueden leer sin conmocion algunas escenas trágicas; siendo sobre todo hermosa la del cuarto acto, en que

acercándose el anciano Zopòro al altár, ruega por sus hijos, á quienes no conoce, y aquellos dos jóvenes, poseidos del fanatismo, que reparando en aquel anciano, quieren quitarle la vida; aquel amor acendrado de un hermano á su hermana, sin saber la existencia del parentesco que hay entre ellos; aquel modo con que obedecen al legislador; aquel golpe dado al viejo, y el reconocimiento que éste hace de sus hijos; aquella bendicion que les echa; aquel perdon que les concede, constituyen una de las escenas mas terribles que se hallan en la tragedia. No sucede así respecto al acto 5.°, y en cuanto al estilo de la composicion, peca unas veces por demasiado hinchado, y otras por cierta debilidad que se nota en todas las tragedias de Voltaire, que siempre fácil, nunca pudo llegar sin embargo á la elegante llaneza de Racine.

Escribió por fin Voltaire en el apogeo de su gloria la tragedia de *Merope*, mas elegante en el estilo y mas correcta que otras obras suyas, no arreglada enteramente á la manera de Racine, pero muy limada. En la misma pensó Voltaire desentenderse de las pasiones amorosas, no sacándolas á relucir en el contexto del drama. Bien es verdad que no fué el inventor de ello, pues la *Atalia* y la *Ester* de Racine son dramas en que no hay amores; bien es verdad que Voltaire copió las bellezas de su *Merope* de la tragedia del italiano Maffey, pues aunque lo censuró, citando de ella algunos versos, como aquellos en que la doncella de la reina responde al tirano:

......Dissimulato in vano
Soffre de febre assalto......

que Voltaire tradujo:

On ne peut vous cacher que la Reine a la fievre.

todavía en el plan no pudo hacer sino leves mejoras; mas á pesar de esto *Merope* es una obra admirable.

Escribió tambien Voltaire *La muerte de Cesar*, tragedia en que no solo no hay amores, sino que tampoco hay mujeres, pues son hombres todos los que hacen papel en ella. En esta tragedia, segun observa M. Villemain hubo de quedarse tambien corto comparado con Shakespeare. En efecto, cuando Voltaire representa la grande escena en que Antonio arenga al pueblo delante del cadáver de Cesar, su discurso en que incita á la multitud á la venganza, no puede compararse con el artificioso lenguaje que Shakespeare pone en boca de Antonio, y que es una brillante muestra de la riqueza de imaginacion y agudeza de ingenio del poeta inglés, al cual, si bien de escasa instruccion, parece que habia revelado sus arcanos respecto al hombre la naturaleza.

Estas fueron, señores, por aquel tiempo las principales composiciones dramáticas de Voltaire. Casi por la misma época, ejercitándose con igual facilidad, fecundidad y maestría en la prosa, escribió su *Historia de Cárlos XII*, obra de elegante y fácil estilo, narracion rápida y animada, por lo cual ha sido el autor comparado con Quinto Curcio, no sin injusticia en mi entender, pues el historiador francés casi en todo hace ventaja al latino, por cierto no del siglo de oro, y hasta de autenticidad dudosa. Entonces escribió su importante obra intitulada el *Siglo de Luis XIV*. Esta obra está escrita en un estilo correcto, sencillo, claro; pero se advierte en ella demasiada admiracion hácia Luis XIV, pues es de observar que Voltaire raras veces elogió la libertad política, y se complacia en idear el poder real fuerte y respetado, introduciendo mejoras filosóficas, de lo que estaba dando un ejemplo Federico II, rey de Prusia, y le dió bastante despues José II, emperador de Austria. Escribió pues su *Siglo de Luis XIV* con aquella crítica externa que todavía dominaba entonces, y con las preocupaciones que era menester que tuviese; pero de un modo que deja poco que desear, atendido lo que era el siglo, y que honra sobre manera su gusto. Escribió tambien *El templo del Gusto*, obra

ingeniosa en prosa y verso, en que calificaba muy bien un crecido número de autores.

Por el mismo tiempo empezó á hacerse una revolucion en su fortuna. Hasta entonces habia sido un literato, de aquellos patrocinados por la corte, que no salian de las relaciones que median entre el patrono y el cliente; pero despues subió á superior esfera. Por aquel tiempo en una corte de Alemania se estaba criando un príncipe, á quien la naturaleza habia dotado de singulares cualidades, de entendimiento agudo, ingenio vivo y maligno, un valor que si no existia al principio, llegó despues á formarse completamente, extraordinaria firmeza de voluntad, raro dominio sobre sus pasiones, malignidad feroz, cierta propension á ver todas las cosas por su lado mas sombrío; en sus primeros años, como suele suceder, deseoso del bien, y despues cuando con la edad llevó algunos desengaños, filósofo frio é insensible materialista, como debia serlo un hombre de esa especie, y teniendo por lo mismo todos los defectos que es preciso que lleve consigo la idea de que no existe el alma, y de que no hay otra cosa mas allá de este mundo. Este príncipe, conocido con el nombre de Federico II de Prusia, emprendió una correspondencia con Voltaire, y con esto empezó á remontarse mas la fama del escritor francés. Otros monarcas despues imitaron el ejemplo del de Prusia, y le hicieron su corresponsal. La fama del monarca prusiano creció con el tiempo, acreditándole de hábil guerrero y diestro gobernador; pero esto no remontó mas el valimiento de su amigo con la corte de Francia, pues si bien entonces se consentia mucho á los escritores cortesanos; si bien se toleraban ciertas doctrinas en la corte de Luis XV, tan famosa en los anales de la corrupcion, este monarca todavía no permitió á Voltaire que le tratase con familiaridad, y se contentó, despues de muchas instancias, con darle el título de gentilhombre, que no equivalia á los nuestros, permitiéndole despues, aunque con alguna repugnancia, la entrada en la Academia francesa. Es fama tambien que ha-

biendo hecho Voltaire una ópera en que se adulaba (porque era bastante adulador en medio de su filosofía), á Luis XV comparándole con Trajano, y hallándose cerca del rey, hubo de preguntarle (cosa que no suele hacerse con los reyes) en vez de esperar á ser preguntado: «¿está Trajano contento?» Menos gustó el rey de la comparacion descabellada con aquel insigne emperador romano, que le chocó la familiaridad del poeta, y sin responderle tomó motivo de aquí para tratarle con mas desvio. Pero señores, mientras que Voltaire así se mantenia en el apogeo de su fama, é iba subiendo en poder, se levantaban á su lado otros hombres, los cuales bien pueden ser comparados con él, así por sus grandes talentos como por haber ejercido un notable influjo.

Habia nacido casi al mismo tiempo que Voltaire, ó un poco antes, en la ciudad de Burdeos, un jóven de una ilustre familia de togados, pues en Francia en aquel tiempo las togas eran hereditarias, comprándose los empleos de consejeros del Parlamento, que correspondian á nuestros oidores, aunque tenian alguna mas dignidad, y perpetuándose de padres á hijos. Este jóven, conocido despues con el nombre del presidente de Montesquieu, manifestó desde luego un ingenio vivo y una feliz disposicion para observar; y para cultivar su entendimiento y alumbrarlo con la luz de la experiencia, se dedicó á los viajes, carrera en la cual por mas que contra ella se hable, puede encontrarse mucho aprovechamiento. Visitó, pues, la Europa, y la visitó como grande observador, trayendo un caudal de observaciones á su patria. Estudiaba, y al mismo tiempo que estudiaba bastante, tenia un ingenio sobre manera agudo, altamente francés, mas agudo que sólido, aunque de sólido no le faltaba mucho. Vuelto á su patria, empezó á escribir y á dar á sus conciudadanos el fruto de sus tareas y las observaciones que habia recogido en los paises que habia visto. Admiró sobremanera la Inglaterra, de cuyo gobierno y costumbres quedó muy prendado. Pero nótese lo que dije anteriormente

hablando de Voltaire, que por el contraste que existia entre la Inglaterra y las islas Británicas, se tomaban estas, principalmente la Gran Bretaña, por un modelo muy otro del que eran. Así habiéndole preguntado á Montesquieu qué opinaba de las naciones que habia visitado, dijo: «cuando uno vá á Alemania, le preguntan si es príncipe; cuando vá á España, si es grande; cuando vá á Francia, si está bien con la corte; y cuando vá á Inglaterra, qué clase de hombre es.» ¡Qué error, señores! al contrario, en Inglaterra cabalmente es donde antes de admitir á un hombre en una sociedad, se pregunta á qué familia pertenece, si es hijo de Lord ó de Baronet, si es primogénito ó segundo, teniendo sumo cuidado de señalar á cada uno cuando se sienta á comer el puesto que ha de ocupar segun su calidad, al descendiente de duque antes que el de marqués, etc. No es, pues, en Inglaterra donde se pregunta qué clase de hombre es, sino de qué familia es: qué clase de hombre es, se pregunta ahora en Francia, y donde llegará á preguntarse el dia en que la democracia que ahora hay llegue á convertirse en mesocracia, será en nuestra España. Ahora no se piensa en eso: ahora se preguntan cosas concernientes á la época revuelta en que vivimos.

Vino, pues, señores, este jóven á Francia, y por primer fruto de sus tareas dió á luz las *Cartas persas*, ó como dicen algunos, las *Cartas persianas*. Era esta, señores, una sátira viva, singularmente atrevida, sátira sobre todo que lo era del reinado de Luis XIV, el cual á la sazon contaba tantos admiradores, y del sistema de Francia, tal cual existia en aquellos tiempos. No era sin embargo la sátira viva de Voltaire; se conocia que aquel hombre, en medio de las reformas que apetecia, era conservador, al paso que Voltaire era destructor; pero habia atrevimiento en usar del ingenio en ciertas cosas, y la libertad de pensamientos que descubrian las *Cartas persas* anunciaba que en Montesquieu tenia Voltaire si no un colaborador, un rival. Pasando á considerar las *Cartas persas* en su estilo literario,

es menester confesar que manifestaban un ingenio por demas vivo, claridad, agudeza, todo declarado en rasgos un tanto conceptuosos y en períodos cortos, y si deseo de lucir el ingenio, y á la par de acreditar el talento pensador, nunca lo segundo sin atender á lo primero.

Posteriormente apareció este insigne escritor como un hombre de mas valor; y no digo solamente de mas valor por el mérito literario, sino por la grandeza del argumento de que usó. Hablo de su obra sobre las causas de *la Grandeza y decadencia de los Romanos*, en la que se inmortalizó Montesquieu, no solo como crítico concienzudo, sino como político consumado. Descubrió las artes políticas de Roma, sin dejarse deslumbrar por la consideracion de la grandeza romana, y enseñó que en medio de la ponderada magnanimidad y justicia del Senado y del pueblo rey, su política era, en vez de noble y franca, al revés, interesada, artera y cruel en extremo. Sin embargo, señores, como quiera que los hombres todos tienen que rendir culto al siglo en que viven, y sea muy difícil que se eleven, ó cuando se elevan sobre él no lo hagan sino á poca altura, el mismo Montesquieu en esta obra no manifestó los conocimientos que en nuestros dias son cosa corriente; no dudó un momento de todo cuanto la historia romana cuenta de los primeros años de Roma, relacion que en nuestros tiempos se ha puesto tan en duda, cuando el famoso aleman Niebuhr y otros muchos, creen que toda la historia romana no es otra cosa que mytos, ó fábulas ó poemas, que recogidos dieron materia á su historia, como la de Tito Livio y otras, pasadas despues á ser tenidas como relaciones las mas auténticas.

Y aun sin ir tan allá como Niebuhr, cuyas conjeturas, aunque ingeniosas y fundadas en una vasta y profunda erudicion, no pasaron de serlo, y tienen quienes con no poco sólido fundamento las contesten y den por yerros de bulto, todavía hay en nuestro siglo autores como Levesque, en su *Historia crítica de la república romana*, y algunos, que que-

dándose mas ó menos cortos en los términos á que llevan la duda, no creen la historia de los primeros dias de Roma bajo sus reyes, como acreedora á ser tenida por cabalmente verdadera. No así Montesquieu, el cual, con mucha formalidad, y no menor fé, dice que es cosa singular que los seis primeros reyes de Roma hubiesen sido todos ellos grandes varones. Imposible es, señores, que lo fuesen en el sentido en que esta calificacion se entiende entre pueblos cultos; imposible que fuesen sus hechos, tales cuales los cuentan los historiadores romanos, y los griegos posteriores á la grandeza de Roma y todos los modernos que á estos siguen, como meros copistas. No cabe cosa semejante en una ciudad representada por los mismos historiadores, como mera guarida de bandoleros en su orígen y primeros dias. Pero Montesquieu con toda su agudeza, creyó en la historia romana de Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y otros por el mismo estilo, en muchas cosas insignes, pero no en la crítica. Y si acaso no llevó su credulidad hasta el punto de tener por ciertos el robo de las Sabinas, la batalla de los tres Horacios con los tres Curiacios, y la que bien puede llamarse fábula de Lucrecia (no dando señal ni de que dudase aun de estas cosas), admitió como verdades otras noticias de los mismos tiempos, las cuales bien merecen, si ya no ser rotundamente negadas, quedarse en el concepto de dudosas. Pero como era natural, no alcanzó aquel hombre insigne, tan buen juez en lo general de lo que conocia, pero no dotado de osadía extremada, el conocimiento que se tiene ahora de la ley agraria, ni de lo que eran las tribus de Roma y las familias romanas, ni en fin de otras cosas que la superior experiencia moderna desde *Viso* hasta ahora ha descubierto completamente. Sin embargo, señores, de estas tachas ¡cuánto no hay en esa obra que admirar! Ningun hombre puede conocer verdaderamente la política antigua; ningun hombre puede alcanzar grandes conocimientos en la política moderna, si no maneja y admira la obra sobre la *Grandeza y decadencia de los Romanos*.

En cuanto al estilo, tiene esta obra las mismas perfecciones y adolece de los mismos vicios, si bien en calidad y cantidad diferentes, por ser tan diferente el argumento, que los que se advierten en las *Cartas persas*. Se complace en los períodos cortos, para dar muestras de ingenio sutil y sentencioso; no tiene el hermoso estilo fluido que tanto agrada en Bossuet y en escritores de otro siglo, tanto en Ciceron, cuanto en los autores griegos y aun en italianos, y hasta en españoles de las épocas de buena literatura. Nada de eso hay en Montesquieu, cuya falta es la de tener con los períodos muy cortos las calidades de los autores que, como Séneca, se complacen en dar esta forma á su estilo, forma que declara ciertos giros en el pensamiento.

Pero estos trabajos eran cortos comparados con el que acometió Montesquieu despues; habiéndose deshecho de su cargo de consejero del parlamento para dedicarse enteramente á los estudios, se retiró á Burdeos y emprendió una obra que durará sin duda tanto cuanto las edades del mundo, en la cual descubrió gran número de defectos, pero que es la que mayor influjo ha ejercido en la suerte política del linaje humano, y mas digna ha llegado á ser de admiracion. Hablo de la obra titulada *El espíritu de las Leyes*. Señores, haría poca justicia á una obra de esta naturaleza, si hablase de ella al final de una leccion, cuando ya debe estar cansado mi auditorio. Quédese pues para la leccion siguiente el hablar del *Espíritu de las Leyes*, así como de otras obras, que por el mismo tiempo distinguieron á la literatura francesa del siglo XVIII.

LECCION SEXTA.

Señores:

Hacia el fin de mi última leccion hube de hacer una pausa, no tanto porque habia ya pasado el término de mis trabajos aquella noche, cuanto porque no me pareció que convenia á última hora hablar de un punto tan importante, como la obra titulada *Espíritu de las leyes*. Habia estado hablando de su autor, le habia seguido en las *Cartas persas*, y en la grande obra sobre la *Grandeza y decadencia de los Romanos*; habia juzgado su mismo carácter y los grandes argumentos en que ocupó su cabeza y su pluma; hablé de él al mismo tiempo como escritor en quien se encuentran grandes rasgos de elocuencia, como hombre de ingenio vivo, despierto, agudo, pero falto de aquella hermosa sencillez que reluce en los verdaderos clásicos, que brilla en los autores griegos, que mas apagada resplandece en los latinos, de que se encuentra un reflejo en los grandes escritores franceses del tiempo de Luis XIV, así como en los de Italia del siglo XVI, y en los de nuestro siglo de oro. Pero la obra del *Espíritu de las leyes* era de otra magnitud, de otra grandeza que las anteriores. No diré que sea mayor su mérito, pues, aunque en mas reducidas dimensiones, la obra sobre la *Grandeza y decadencia de los Romanos* encierra tantas

bellezas, contiene tan buenas cosas, como la otra obra que es de harto mayor importancia. Pero señores, háse de medir en gran manera el mérito de los escritores por la importancia de los asuntos que tratan, si estos están bien desempeñados; y cuando se habla del *Espíritu de las leyes*, se asombra uno al considerar lo vasto de la materia, y admira la obra insigne de Montesquieu á pesar de sus grandes defectos.

Señores, de esta obra se han hecho grandes críticas, y en verdad, no obstante sus muchas perfecciones, es indudable que las merece. Háse dicho de ella una cosa que apenas puede traducirse en castellano, pues es un juego de voces francesas, aplicadas á la obra de Montesquieu con grande injusticia, y que sin embargo, como todas las críticas amargas, tiene un tanto de verdad; pues el que quiere censurar al prudente no le llama arrojado, sino cobarde; el que trata de zaherir al valeroso no le llama cobarde sino temerario. Así se ha dicho del *Espíritu de las leyes* que era una obra *de l'esprit sur les lois*, que quiere decir *de agudezas acerca de las leyes*. Voltaire, rival del autor, que fué quien dijo este chiste, ha sido criticado, y sin embargo el chiste es en cierto modo aplicable á la obra de Montesquieu. En efecto, echando una ojeada sobre aquel vasto argumento lleno de erudicion, se vé que procuró reunir vigorosamente, con novedad y haciendo uso de su inmensa instruccion, todos sus pensamientos, y que sin embargo se dejó llevar demasiado de la viveza de su ingenio. No hay duda, pues, en que cedió al deseo de incluir en su obra muchas agudezas; ¡pero cuánto no hay que admirar en ella, señores! ¡qué bella, qué llena es su narracion sobre el establecimiento del sistema feudal, y sobre las condiciones generales de las leyes! ¡Cómo, en medio de algunos defectos, supo echar una ojeada, al mismo tiempo que rápida, segura y penetrante, sobre la constitucion inglesa, de que era admirador extremado, quizá, pero justo, porque al cabo, aun reconociendo que la constitucion inglesa no es lo que

algunos creen, todavía es preciso rendirle homenaje como al modelo mas acabado (considerándole puesto en práctica y en sus efectos) que ha producido el entendimiento humano en materia de gobiernos constitucionales!

Señores, Montesquieu en su erudicion es verdad que fué á veces poco escogido; que dió demasiada fé á escritores poco verídicos y contó muchas anécdotas no solo dudosas sino falaces; que se entretuvo en citar la legislacion de los siameses ú otros pueblos del Asia ó Africa, como si hubiesen tenido código en aquellos paises, y él le hubiese tenido á la vista; pero estas imperfecciones desaparecen al lado de perfecciones grandes; y aun en el mismo juego de ingenio de que abusó alguna vez, es admirable.

Mirada la obra por el lado literario, presenta grandes perfecciones y tambien imperfecciones de bulto. En esta mas que en las anteriores ha seguido Montesquieu la manera de Séneca; períodos breves, rasgos brillantes. En una palabra, al leerla se me figura estar viendo relámpagos llenos de claridad, en vez de la lumbre viva y segura que luce en aquellos grandes modelos de los siglos que he citado.

Con esto, señores, acabó su carrera el presidente de Montesquieu, y bastan las obras que he citado para colocarle, no solo en primer lugar entre otros escritores de su siglo, pues los hay en él harto dignos de ocupar un puesto eminente, sin saberse cuál le merezca superior, sino tambien para ponerle entre los mas insignes escritores de todos tiempos.

Entre tanto, señores, como oscurecido por aquella gloria, pero brillando siempre con la suya muy diversa; sin remontarse á la altura que su rival por un lado, pero subiendo mas alto que todos los de su tiempo por el suyo, y cultivando siempre varias materias, seguia Voltaire mirando al presidente de Montesquieu con cierto desden, que este le pagaba por cierto. Sabido es, señores, que cuando Voltaire fué á Berlin al lado de Federico II, y habiendo perdido la gracia del rey hubo de volver á Francia, donde

apenas le era lícito entrar, y donde anduvo errante, hasta que al fin fijó su residencia en Suiza; entonces el presidente de Montesquieu, en lugar de compadecer aquella situacion en que se veia el hombre á quien debia admirar, dijo que Voltaire no encontraba donde fijarse, y que podia aplicarse la frase *Ut eadem terra quæ modo victori defuerit deepet ad sepulturam*, que citaba, *como si la misma tierra que antes habia faltado al vencedor, le faltase para sepultura*, y añadió: «*Le bon esprit vaut mieux que le bel esprit*» «*un ingenio juicioso vale mas que un ingenio ameno.*» Pero Voltaire en aquel tiempo era mas que un bel esprit ó ingenio ameno. Despues de haber adquirido fama con sus tragedias, fama que le hizo ser colocado al par de Racine y de Corneille, pero fama que la posteridad no pone en lugar tan alto; despues de haber dado á la escena mas movimiento, pero no el competente; despues de haber mostrado todo lo que puede hacer un hombre de agudo ingenio y claro entendimiento cuando se dedica á la poesía, aunque falto de aquel numen que arrebata al poeta á las regiones mas altas, y le hace descubrir los misterios de la naturaleza humana; despues de haber escrito sus *Cartas sobre los ingleses* y compuesto su *Historia de Carlos XII*, como asímismo muchas poesías sueltas, clase de composiciones en que sobresalia mucho, pues en ellas mas se necesita ingenio que imaginacion ó viva ternura; despues de haber ido tomando todas las vias por donde se vá á la inmortalidad, se habia sobremanera distinguido en el campo de la historia. Señores, ya hablé de su *Siglo de Luis XIV*, obra en que se juzga con acierto de la literatura y de los sucesos políticos de la misma época; obra en que domina la admiracion á aquel gran déspota, á pesar de que se supone haber sido Voltaire amigo de la revolucion que á fines del siglo XVIII conmovió toda la Europa; obra en que se alaba mas de lo debido la suerte de Francia bajo el pod r absoluto, y en que las consideraciones que se hacen sobre política se resienten un poco del filosofismo del autor. Acometió despues la obra

titulada: *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*, á la cual puso un largo discurso preliminar sobre la filosofía de la historia, obra inferior á la que precedia, y en que se dejó llevar del defecto que en sus últimos años manifestaba en todas sus composiciones, á saber, el de dar rienda suelta á su humor á la burla, y caer en bajezas intolerables cuando trataba de ridiculizar la religion que habia civilizado al mundo, y á la cual se debe el estado próspero en que se encontraba y hoy se encuentra la Europa.

En el *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones*, Voltaire ha sido acusado de suma superficialidad, vindicándole de esta acusacion algunos de sus parciales, y sobre todo un extranjero, religioso, aunque no profesaba nuestra religion, docto y que por algun tiempo tuvo gran fama, debiéndola sobre todo á haber tratado, aunque rápidamente, la misma materia que trató Voltaire. Hablo, señores, de Robertson, autor escocés, que compuso la *Historia del reinado de Carlos V*, y de quien hablaré posteriormente cuando trate de Inglaterra; diciendo ahora de paso que su fama se halla muy menguada comparada con lo que fué en otro tiempo, y que adolece del mismo defecto de superficialidad que otros han tachado en el autor francés. Este vindicó á Voltaire en su introduccion á la *Historia de Carlos V*, diciendo que no era superficial sino mas que medianamente instruido; y en efecto, si por un lado la acusacion de superficialidad, y aun la de no tener la mejor fé, caen sobre Voltaire y merecidamente, por otro no hay que creer que era un hombre tan falto de instruccion vasta, como algunos enemigos suyos han supuesto. Desgracia es de los hombres que tienen un ingenio demasiado vivo y un entendimiento demasiado claro, ser acusados generalmente de poco profundos aunque no lo sean; y al revés, es propension del linage humano considerar como profundo todo lo que parece indigesto, desaliñado y confuso. En Voltaire hay á veces errores, y errores graves, errores crasos; hay errores cometidos de mala fe, pero hay asimismo gran abun-

dancia de instruccion, gran variedad de conocimientos, pues en ninguna obra mas que en aquella de todas las suyas (y en las suyas mas que en las de ningun otro brillaban la agudeza de ingenio y la claridad de entendimiento) en ninguna obra se ven, lo que se llama sentido comun, ejercerse sobre los sucesos con tanta maestría, ni tan bien comprendidas las preocupaciones vulgares, ni juicios tan desapasionados, escepto cuando su odio á nuestra religion le dominaba. ¿Pero cuál era su falta? señores. Cabalmente su falta principal, y en esto estoy de acuerdo con otros críticos franceses, su falta principal fué aquella que él creía ser su principal dote, la filosofía: ¿y por qué le faltaba? Señores, aquel hombre insigne que habia visto muchos errores, que habia destruido muchas preocupaciones, que habia comprendido que la historia no debe ser solamente la exacta narracion de los hechos militares y políticos, sino que debe pasar, si ha de juzgarse por lo que él ponia por título de su obra, á tratar de las costumbres y espíritu de los pueblos, de sus constituciones y de sus leyes y aun de su literatura; aquel hombre, pues, tan superior á todos bajo este aspecto, habia tomado una manía, y esta manía fatal anubló de tal manera su entendimiento, que le hizo faltar al verdadero criterio, suponiendo que la religion cristiana era la causa, ó cuando menos la compañera inseparable de la barbárie de la edad media. Señores, hablando ante un pueblo cristiano y católico, y hablando de Voltaire, del hombre que principalmente se propuso zaherir y derribar á la religion cristiana, y señaladamente á la católica y á la corte pontificia, parece que debería ceñirme á pronunciar una especie de anatema contra el escritor, que contribuyendo en gran manera á destruir en Europa el espíritu religioso, ha causado á la sociedad tantos daños. Pero no es por este lado por donde voy á considerarle. Concedo por un momento que la religion catolica, que aquella religion que habia sobrevivido á tantos siglos y resistido á tantas persecuciones, y que debia resistir todavía á una persecucion ma-

yor, fuese lo que á Voltaire parecia que era (no se escandalice nadie, porque de esta concesion disto mucho). Aun así, si lejos de haberse anublado su entendimiento con la idea de las persecuciones religiosas, al contrario hubiese estado alumbrado de la luz de la razon desapasionada, filosóficamente hablando, debia haber considerado el influjo benéfico del cristianismo en aquellos tiempos, para conservar viva la sociedad, cuando la fuerza brutal, contrapuesta á la dignidad pontificia, no era mas que uno de los esfuerzos que hacia para perpetuarse la barbárie. Debia haber visto que lo que se llama en idioma moderno el progreso, existe siempre en la sociedad; que si bien en la edad media desaparecieron aquellas artes que tanta gloria dieron á Grecia y á Roma, y se perdieron con ellas muchas cosas, que al par que lisonjean nuestros sentidos dan alimento á nuestra imaginacion, quedó sin embargo algo vivo que iba constantemente adelantando; quedó un pensamiento grande, que no habia nacido en los tiempos de Grecia y de Roma, el del alma, ese pensamiento que hacia que el hombre aun mas vulgar creyese en su conciencia, y del cual carecieron hasta los mas famosos ciudadanos de Atenas y de Roma. Debió háber considerado que reinando este gran pensamiento, produjo la gran consecuencia de la abolicion absoluta de la esclavitud. Debió haber considerado que si bien los Papas abusaron de su poder, porque de todo poder se abusa, al mismo tiempo hicieron grandes servicios á las sociedades venideras. Nada de esto conoció Voltaire; al contrario, ciego de ira contra el cristianismo, se ponia de parte, no del espíritu de progreso que con él iba envuelto, sino del espíritu contrario.

Esta es la falta principal de aquella grande obra. Nada hablaré de su estilo: ¿qué puede decirse, señores, del estilo de Voltaire que no sea en su alabanza? Si carece de las altas perfecciones del de Bossuet; si le falta la imaginacion de aquel varon insigne, sobre todo el estar poseido de aquel afecto vivo á la religion, si no tiene aquella ternura que

brilla en Fenelon, y de que no dió grandes muestras aquel hombre frívolo aunque á veces arrebatado, en cambio es siempre fácil, nunca hinchado, siempre claro, siempre ingenioso. Es autor que con dificultad se cae de las manos. Verdad es que á veces pierde un tanto de vista la gravedad histórica. Verdad que se olvida á menudo de la filosofía de que era tan devoto, y se olvida de ella principalmente atribuyendo á menudo á causas frívolas, lo que considerado filosóficamente deberia haberle aparecido como nacido de causas poderosas. Pero tambien por partir la narracion en trozos pequeños, faltaba asi en ella con la unidad un verdadero conjunto. La obra suya de que hablo tampoco tiene el colorido brillante de su *Historia de Carlos XII*, ni aun el del *Siglo de Luis XIV* de menos brillo, aunque de superior correccion, pero tiene casi todas las dotes de sus buenas obras, y aun á muchas de ellas se aventaja, no solo por ser de mas grandeza é importancia en argumento, sino por mostrar mas altas y dilatadas miras, por encerrar mas copia de doctrinas y lecciones, y por la franqueza de su manera.

Casi contemporáneo del *Ensayo* es su *Siglo de Luis XI*, al cual solo apellidó *Precis*, compendio, y que tiene las faltas del *Siglo de Luis XIV*, y sus perfecciones no, siendo composicion, en que el autor mostrándose tímido, no osó ni aspirar á la verdad histórica, ni remontarse á consideraciones elevadas. Sin embargo hallan aun en esta obra algunas descripciones como la bellísima del levantamiento de los genoveses contra los austriacos, no muy fiel pero animada, y mas del estilo de los historiadores clásicos que del de Voltaire mismo.

Este, al tiempo que escribia su historia, se entretenia en componer novelas y cuentos, que eran otros tantos modos de esparcir las máximas de lo que él consideraba su filosofía. No eran sus cuentos lo que algunas novelas modernas, en que se ven tratados todos los asuntos que mas ocupan á la sociedad; no eran obras escritas detenidamente, en que

se crean caracteres y se pintan las pasiones y afectos humanos: eran sí obras hechas de prisa con sumo ingenio, con claridad, en que se apuntaban varias ideas, que todavía no habian ocupado mucho al mundo. La novela de *Zadig ó el Destino*, copia de algunas obrillas inglesas, es mas modesta que otras, si bien aun en ella la religion es objeto de burlas. El *Ingenuo*, en que abundan los chistes, es una sátira amarga así del cristianismo como de la corte de Luis XIV, á la cual habia celebrado cuando como historiador contaba los hechos de aquel monarca. La famosa obra de *Cándido ó el Optimismo*, de la cual calificó con razon Madama Staël como feroz y cruel la alegría, no es en efecto toda ella mas que una amarga sátira de la Providencia, en que el autor riéndose, se complace en ver todos los males que aquejan al género humano, y en observar las desgracias que á veces, pero no siempre, sobrevienen á los que menos las tienen merecidas; lo cual, sin embargo está compensado con la idea que tienen todos los hombres civilizados de que hay algo mas allá de este mundo, donde se corregirán las injusticias de que somos víctimas en esta vida. *Cándido* está escrito con mas ligereza que ninguna otra de las obras de Voltaire, y por supuesto son mas que otra cosa alguna; está escrito con un chiste tal, que apenas hay quien no se ria continuamente al leerlo, no con la risa grosera que suelen provocar los autores de cierta clase, sino con la sonrisa constante que excitan el ingenio agudo y un chiste delicado y perpétuo. *Cándido*, en medio de todo esto, en medio de que merece mas reprobacion que ninguna otra obra de Voltaire, es una de las que mas le honran como escritor, pues manifiesta hasta donde llegaba su mérito (no hablo de los pensamientos, que ya he calificado en otras ocasiones).

Al mismo tiempo no abandonaba Voltaire la poesía: de sus tragedias he hablado ya; y aun puede decirse que despues de las cuatro ó cinco que he citado, *Zaira*, *Merope*, *Alcira*, *Mahoma* y *La muerte de César*, no produjo, sino en su vejez, de que hablaré despues cuando pinte á este

grande astro bajando á su ocaso, no produjo, repito, otra tragedia de mérito igual á las nombradas. Pero se ejercitaba en la poesía ligera, si por poesía ligera debe entenderse aquella en que sobre todo se ejercita el ingenio, mas que la imaginacion, y por aquel tiempo compuso un poema que han considerado algunos como el mayor borron de su fama y que otros, admitiendo que debe dar márgen á grande censura, miran como una de las mas ricas joyas poéticas de Francia y uno de los mas claros títulos del autor á la gloria de escritor insigne. Hablo del poema titulado *La Doncella de Orleans*. Señores, cosa extraña es que un francés que amaba á su patria, haya encontrado ridícula la accion de aquella muchacha, que poseida en parte por un espíritu de religion y en parte por el ardor patriótico, siquiera sirviese de instrumento á personas mas espertas, pero poniendo su pecho á las armas y su confianza en Dios, rescató á la Francia del yugo de los ingleses. De sentir es que aquella á quien en nuestros dias se hubiera levantado una estátua, solo haya inspirado á Voltaire la idea mezquina de mofarse á su costa, pintándola como un objeto de desprecio, como un juguete de la superstición, como una muchacha fanática, tosca y grosera, en fin, con calidades que sin duda hubo de tener, porque es preciso que las tuviese en aquel tiempo, siendo de condicion humilde. ¿Pero cómo es posible que un hombre en quien viven pensamientos nobles, uno que blasona de poeta, y en quien debia haber á la par que sensibilidad entusiasmo, desmienta las circunstancias y los altos méritos que en aquella doncella admirable é infeliz compensaban los defectos y aun los ponian en oscuridad completa borrándolos de la vista con la aureola que ciñe aquella heróica imágen?

El poema no tiene ni el mérito poético que algunos le atribuyen. Hay quien ha comparado en él á Voltaire con Ariosto, pero esta comparacion no es exacta. Sin duda Ariosto unas veces era bufon y otras sensible, unas veces imitaba y otras producia; sin duda en el *Orlando* hay todas las dotes que puede tener un poeta, versificacion ele-

gante, facilidad suma, pureza de lenguaje, mas que todo imaginacion fecunda y lozana. Pero en la *Doncella de Orleans* si hay maestría, ingeniosos chistes, trozos de poesía agradable ¿dónde está la vena poética de Ariosto? Señores, Voltaire no tenia la del poeta de Ferrara: Ariosto, es verdad, no creia en la caballería, pero ha formado un myto caballeresco; Ariosto en algunos momentos era capaz de entusiasmo; Voltaire no era capaz de él y en su poema de la *Doncella* le descartó de intento. Y esto en un asunto, que bien comprendido, mas que otro alguno le admitia. ¿Y cómo es posible ser, no diré ya de mérito eminente poético, sino poética siquiera, una obra en que se hace mofa de los afectos mas vivos y puros del alma, y de los pensamientos mas elevados, en suma, de todo cuanto es sublime y tierno en la humana naturaleza? Algunas pinturas satíricas bien hechas, algunas descripciones vivas en que sin embargo asoma la imitacion á cada paso, no son, no, prendas de un poema que merezca aprobacion. La *Doncella* pues, solo corresponde á la clase de las novelas críticas de Voltaire, siendo obra prosáica como la que mas entre cuantas han compuesto los hombres, no obstante estar escrita en verso, que no es el verso solo lo que constituye la verdadera poesía.

Al mismo tiempo escribió Voltaire una porcion de obras que van comprendidas en la coleccion de las suyas con el título de *Miscelánea*. En todas ellas sobresale su agudo y claro entendimiento. Quien quiera conocer á Voltaire; quien quiera observar hasta qué punto eran su juicio sano y sus tiros certeros cuando iban dirigidos á objeto vulnerable, no solamente debe estudiarle en sus grandes obras, sino en esa *Miscelánea*; y de mí sé decir que en algunas de sus obras menos conocidas, en algunos de sus diálogos oscuros es donde he encontrado cosas que mas me han sorprendido.

Pero por aquel tiempo, señores, iban creándose dos escuelas que hubieron de tener mucho influjo en Francia, y que igualmente habian de tenerle en el mundo. La una era la escuela de Voltaire: la otra era la de un hombre ra-

ro, solitario, salido de la oscuridad, filósofo, y no segun la filosofía de aquellos tiempos, pero desdeñando el título de misántropo, atrabiliario, sensible y á un mismo tiempo culpado de actos de insensibilidad, de una elocuencia de su género, dotado de una imaginacion fuerte, que no es verdaderamente un modelo acabado, segun el rigor de la crítica clásica, pero que es un modelo de singular belleza en su especie, y hombre que levantó una bandera filosófica asimismo, y sobre todo popular, que por mucho tiempo ha sido seguida en el mundo, bandera contraria á la de Voltaire, aunque por algun tiempo y muy despues de muertos los dos capitanes, ambas tremolaron juntas. Una y otra escuela tuvieron mucho influjo, pero en el principio prevaleció la de los enciclopedistas, que reconocia á Voltaire por maestro. Entre las ideas famosas del siglo XVIII fué una componer una obra donde estuviesen como depositados todos los adelantamientos que habia hecho el linage humano, dando por órden alfabético una especie de tratado de todas las ciencias. Sabido es que esta obra titulada *Enciclopedia*, fué convirtiéndose en empresa á la par filosófica que mercantil; que por ser obra tal como hecha por discípulos de Voltaire, y que contenia muchas cosas que todavía no corrian en Francia, fué impresa mucha parte de ella fuera de aquel reino, y de ahí vino una pérdida pecuniaria considerable para la Francia, y que dió márgen á lamentarse de que se privase á la nacion de este recurso. Sus fundadores, ambos apasionados de Voltaire, ambos discípulos suyos, ambos sus admiradores, y en cierta manera sus continuadores, pues aunque solo uno de ellos apenas le sobrevivió, todavía ejercian ambos poderoso influjo cuando Voltaire estaba ya decaido y anciano; sus fundadores, digo, fueron principalmente d'Alembert y Diderot, el primero, hombre insigne entre los de segundo órden del siglo XVIII, habilísimo matemático, crítico elegante y tibio y casi helado escritor, que juzgaba todas las cosas con frialdad tal, que era incapaz de ver bien los defectos, pe-

ro no de ser sensible á las bellezas, equivocando estas asímismo, especialmente las poéticas, de juicio por otra parte severo, aunque ageno al entusiasmo, no comprendiese cosa alguna de las esferas mas altas porque se lanza, y donde se ejercita el pensamiento. D'Alembert, cuya virtud se ha celebrado, á pesar de no ser la que recomiendan la religion cristiana ni la severa filosofía, era hombre sin embargo bueno, de costumbres suaves, si bien de bastante hiel, pero hiel que sabia á veces dominar impidiendo se desahogase sobre los otros, y á veces desahogar envolviéndola con cierta dulzura aparente que la embotaba, pero sin quitarle el daño, ni abonar la intencion del que así la derramaba. D'Alembert fué el que escribió el famoso discurso preliminar de la *Enciclopedia*, obra inmortal, alabada hasta por autores ortodoxos, puesaun el mismo Abate Andrés, que escribió en italiano sobre el origen, estado y progresos de la literatura, hizo de ella grandes elogios por su estilo correcto, elegante y fluido, si bien falto de color, de brio, de alma, de cuanto admira y empeña á los lectores. Diverso en todo era de d'Alembert, su compañero el famoso Diderot. Este escritor, cuya fama estuvo algun tiempo tan subida, que casi igualó á la de Voltaire; que despues vino á decaer y luego ha vuelto á remontarse un tanto; este escritor, hoy colocado en segundo lugar entre los del siglo XVIII, era un hombre sobremanera notable. Hay en él contradicciones de las mas extraordinarias: sus doctrinas son las mas desconsoladoras del universo; quiere reducir al hombre casi á la condicion de una máquina; duda de la virtud; erige por dogma el materialismo, y aun culpa en Voltaire el deismo, aunque por cierto en Voltaire se rozaba el deismo con el ateismo. Diderot, sin embargo, que por sus doctrinas debia ser la frialdad misma, al contrario, siempre es arrebatado: ¡cosa singular, que el hombre que por convencimiento debiera haber excluido de sí enteramente el entusiasmo, pues segun las doctrinas materialistas, el entusiasmo no es mas que una locura, se

dejase llevar por él en todo cuanto escribió, de tal manera que en todo es hinchado, porque en todo es entusiasta! No cabe manera mas apartada del estilo clásico que la de Diderot: elevándose mas que lo debido, va casi siempre (si es lícito hacer comparaciones entre el estilo y el movimiento) caminando, no con paso firme, sino á encontrones y saltos, y haciendo esfuerzos así como grandes, de violencia visible. De todos los buenos escritores (y aun entre los buenos si no entre los superiores debe ser contado) Diderot es aquel en cuyo estilo hay menos trabazon, no por ser sus períodos los mas breves, sino por el modo de concebir ó de distribuir los pensamientos. Con todo, siendo de gusto corrompido, preocupado y de mala especie de preocupaciones y rutinero en unas cosas, segun nuestras ideas actuales, á la par que extremado innovador en otras, todavía, lo repito, hay en él méritos dignos de llamar la atencion y conseguir la alabanza de críticos despreocupados. En él tiene principio la crítica de nuestros dias, porque con su talento y carácter innovador, mas que otro antes de él conoció ser necesario hacer variaciones en la crítica corriente, y no solo en la severa que reinaba en el siglo anterior, y de que era continuador *Treson* en su año literario, siguiéndole algunos, bien que pocos; no solo en la rigorosamente ajustada á los preceptos de Aristóteles y de Horacio, sino hasta en la del mismo Voltaire, su maestro.

Señores, cuando la obra de los enciclopedistas floreció en Francia; cuando Voltaire estaba en toda la altura de su fama, entonces ya las doctrinas francesas empezaron á tener prosélitos en otras naciones. Si la literatura del siglo de Luis XIV habia sido admirada de toda Europa, no habia encontrado imitadores: era ella misma una imitacion si bien acertada, hecha con talento, pero imitacion al cabo, de las bellezas de Grecia y particularmente de Roma. Pero la literatura del siglo XVIII, la literatura nueva, que se iba levantando en Francia unida á la filosofía, hizo prosélitos desde luego, señaladamente en las naciones vecinas. Comunicó-

se en alguna parte á Inglaterra, á Inglaterra, de donde en cierto modo habia traido su orígen; pero en Inglaterra, nacion religiosa, de orígen sajon, diversa de las demas del mundo, fué una planta exótica trasplantada por unos cortesanos, como son aquellas que no sirven mas que para brillar en algun jardin ó para adorno de alguna sala, pero que no dan frutos ni flores. Vino con diversa suerte tambien á España, donde el estado de la religion y de la monarquía no permitian fuera trasplantada, sino muy privada de lo que le hacia ser peligrosa y de algo tambien de lo que la hacia ser útil. Pasó asímismo á Italia, en circunstancias no análogas enteramente á las en que se encontraba España, pero sí muy parecidas y que le dieron un carácter particular. En suma, la literatura enciclopédica volteriana, que produjo la literatura de Europa de mediados del siglo XVIII, si en algunas partes apareció no mas que como una nueva era ó escuela literaria, casi siempre manifestaba algo mas que anunciaba el gérmen filosófico que dentro contenia.

Al mismo tiempo empezaba á brillar el hombre á quien he aludido anteriormente y cuyo poder habia de ser famoso porque habia de traer en sí el orígen de la revolucion política, que amenazaba á la Europa á fines de aquel siglo. Este hombre no tuvo desde luego prosélitos fuera de Francia, como los tuvo Voltaire, y digo desde luego, porque despues ha tenido tantos ó mas que el filósofo de Ferney. En la leccion siguiente despues de examinar la influencia de la secta enciclopedista y volteriana en la literatura inglesa, italiana y española, hablaré del hombre á quien acabo de referirme, de Juan Jacobo Rousseau, y seguiré considerando el estado literario y filosófico de Francia en su tiempo.

LECCION SÉTIMA.

SEÑORES:

Se acordarán los que hayan asistido á mi última leccion, y debo decirlo á los que no hayan asistido, que continué hablando de Francia; y en verdad en examinar las cosas de Francia he ocupado principalmente las últimas lecciones, porque sabido es que la Francia en el siglo XVIII, si bien no ejercia el ascendiente que ejerció á fines del XVII, ó sea en el siglo á que dió su nombre el monarca Luis XIV, todavía así en la literatura, como en la filosofía que en aquel tiempo nació en su seno, dominaba á todas las naciones del mundo. Hablé, señores, como en las lecciones anteriores de Voltaire, del presidente de Montesquieu, y aludí á otro astro que iba apareciendo por aquel tiempo en el horizonte filosófico y literario, astro maléfico á la par que admirable, que produjo los mayores efectos en las generaciones que inmediatamente le sucedieron, y que todavía los está ejerciendo, si bien su influjo ya es de corta entidad, pues su teoría se halla en el dia desacreditada; astro, el cual sin embargo, en medio de las manchas que le oscurecen, despide un resplandor tan vivo, que es difícil aun al mismo que lamenta los errores de Juan Jacobo Rousseau, dejar de hacer justicia al espiritualismo profundo, á la sensibilidad apa-

sionada, al colorido brillante que sobresalen en sus escritos, y le constituyen en un escritor no sin defectos, pero dotado de perfecciones de la mas alta naturaleza.

Sin embargo, todavía no debo mas que apuntar lo relativo á este insigne personage (insigne á pesar de sus graves faltas), porque es preciso primero, habiendo hablado de los enciclopedistas, y siendo necesario examinar la historia literaria de las demás naciones de que debo hablar, volver la vista á Inglaterra, á la cual habíamos abandonado, cuando habiendo ido á ella Voltaire, trajo de allí mucha parte de su filosofía, creando en su idea una Inglaterra allá á su modo, y fundando la escuela que por tanto tiempo estuvo dominando á Europa, y cuyo influjo se extendió tambien á la misma Gran Bretaña. Señores, he hablado del reinado de la reina Ana en Inglaterra, época en la cual, ó poco despues, pues fué en los primeros dias del reinado de Jorge I, visitó aquel pais Voltaire. Durante muchos años habia reinado en Europa el gusto llamado clásico, gusto que yo no impugnaría si fuese clásico verdadero, que respeto en lo que tiene de clásico, que prefiero á las extravagancias monstruosas de que he sido tal vez involuntario apóstol; pero al cual niego completamente que sea el verdadero gusto clásico. El gusto clásico que nació en Grecia, y llevó el carácter de espontaneidad de aquel pueblo primitivo, que unió con la belleza de lenguaje la sencillez de estilo, y el cual todavía conservó en Roma parte de su pureza, si no su natural sencillez, y que en Francia en tiempo de Luis XIV brilló aun con bastante lustre, en los últimos siglos se habia convertido en una imitacion, que amenazaba con la muerte á toda la literatura. Digo, pues, que cuando reinaba ese gusto, malamente llamado clásico, aunque de clásico tenia algo, se creyó que Inglaterra tenia como todas las demás naciones su siglo de oro, y aunque pueda decirse que le tuvo en efecto, no cuando se le señaló por los extranjeros, que fué en el reinado de la reina Ana, cuando como dije, florecieron Addison, Swift, Steele,

Gay y otros de menos nota, y empezó á escribir el famoso Pope. Dije de aquellos escritores que tenian mucho de la escuela francesa, algo de la de Luis XIV y un poco de la escuela griega, porque en Inglaterra siempre se ha estudiado mucho la literatura griega, y mejor que en ninguna parte, escepto en Alemania, al paso que siempre ha prevalecido el espíritu sajon, tratado en balde de ahogar y que respira en toda la literatura inglesa. Como las naciones tienen su carácter peculiar, y la lengua primitiva y las costumbres de Inglaterra son sajonas, preciso era que ese principio sajon, que se habia mezclado con los principios despues introducidos, apareciese mas ó menos en su literatura, aun en los momentos en que esta pretendia mas acercarse á los modelos clásicos que repugnaban al genio de aquel pueblo.

El reinado de la reina Ana, señores, habia dado, en lugar de ingenios de primera clase, en lugar de aquellos, que usando una palabra del idioma moderno llamamos *genios*, en lugar de entendimientos superiores, habia dado, repito, lo que llaman los ingleses *wits*, esto es, hombres llenos de lo llamado en francés *esprit*, y que siendo nuestra lengua pobre para espresar estas gradaciones del entendimiento, puede traducirse por *ingenios agudos*. En efecto, todos los literatos que florecieron en tiempo de la reina Ana, mas brillaban por la agudeza de ingenio y por la claridad de entendimiento, que por las dotes de viva imaginacion ó por la vehemencia de sus afectos ó pasiones. No se veia en ellos aquel entusiasmo que arrebataba á los escritores del tiempo de la reina Isabel; no se descubria entre ellos un ingenio portentoso como el del hombre citado por mí tan á menudo, y cuya lectura no cesaré de recomendar á los que puedan leerle; un ingenio como el de Shakspeare, inculto, pero á quien parece que la naturaleza abrió su libro y le descubrió los secretos del corazon humano; que sabia crear personas como reales y verdaderas, tales que todos creemos reconocerlas, pues vemos en

los rasgos y en las facciones que en ellas relucen ser criaturas, que si no existieron pudieron haber existido; que supo crear lo que otro ingenio en España creó tambien, esto es, caracteres perfectamente cabales. Y digo que otro ingenio supo crearlos tambien en España, porque solo puedo comparar á Shakspeare con Cervantes; y los españoles debemos conocer en qué consiste esta creacion de caracteres verdaderos, cuando acordándonos del hidalgo de la Mancha, le tenemos tan retratado en nuestra imaginacion, que al ver dibujado su semblante por los pintores, decimos si es ó no es parecido, prueba de ser un ente, del cual puede decirse que ha adquirido realidad completa. De este modo habia creado Shakspeare, y de este modo no creaban los escritores del tiempo de la reina Ana.

Ya dije que habia florecido entonces Addison, elegante escritor, correctísimo en su estilo, cabal modelo de la union de ciertas prendas clásicas con las dotes naturales de su lengua, fiel al fundamento sajon de la misma. Dije tambien que entonces habia florecido Steele escribiendo en los periódicos intitulados *El Parlanchin* (The Tattler) *El Espectador* (The Spectator) y *El Ayo* (The Guardian), y dije que se habia señalado Swift en algunas cosas comparable á nuestro Quevedo, en otras y en mas parecido al francés Rabelais. Entre los poetas del mismo tiempo ocupaba un lugar notable Gay, fabulista mediano, aunque ingenioso, falto de la elegante concision de Fedro, y de la llaneza y naturalidad inimitables de La Fontaine, y cuya ópera intitulada los *Mendigos*, composicion grosera, aunque llena de vigor en algunos pasajes y en la pintura de ciertos caracteres, fué recibida con extraordinario aplauso. Escribia con muy general y sabida aprobacion Alejandro Pope, mirado como príncipe de los clásicos ingleses. Alejandro Pope no era, señores, sin embargo, un poeta de primer órden; tenia mas imaginacion que Boileau, aunque se le asemejaba un tanto; tenia menos correccion que los escritores franceses; era con todo eso un hombre de la escuela francesa, aunque de ella

en muchas cosas se apartase. En Pope se ve poco del estudio de la naturaleza. He dicho que hablando de la *Henriada* de Voltaire decia un crítico que no se encontraba en ella bastante yerba para dar pasto á un caballo, aludiendo á la falta de aficion á las escenas de la naturaleza que se encuentra en aquella obra de un francés ingenioso, mas filósofo que poeta y en ninguna cosa mas filósofo que en aquel malhadado poema épico. Pues bien, Pope era de la clase de poetas que se entretienen en considerar al hombre con preferencia á la naturaleza inanimada, y en considerar en el hombre al de la sociedad y no al de la naturaleza. Era excelente para pintar las ridiculeces de los hombres y sus pasiones, pero sus pasiones sociales: sentia poco, y por consiguiente ignoraba bastante el efecto que producen los grandes espectáculos de la creacion en el alma. No sentia tampoco el efecto de las pasiones violentas, ni conocia cómo estas obran en toda su fuerza. Como poeta didáctico, brilló sobremanera: su *Ensayo sobre la crítica*, es una obra en que relucen bellezas de una índole superior. Mas se remontó todavía, por ser mas alta la naturaleza de su argumento, en su *Ensayo sobre el hombre*, obra en que quiso sustentar la doctrina, de que todo vá en el mundo lo mejor posible; doctrina, como he dicho en mi leccion antecedente, combatida por Voltaire en su novela de *Cándido* con ferocidad festiva. En el *Ensayo* de Pope hay filosofía, en parte verdadera y en parte falsa; bellísimos versos, en cuanto lo consiente la índole de la lengua inglesa, aunque un tanto faltos de aquellas prendas de mayor nervio, facilidad y cadencia que acertaron á dar á los suyos Milton, no solo en su *Paraiso perdido*, sino en su *Allegro*, en su *Penseroso*, en su *Comus*, en su *Lauson agonistes*, ó Dryden en sus mejores momentos, ó Shakspeare en algunos pasages; hay versos donde abundan los antítesis, y donde se expresan máximas de moral y de política con arte, con algo afectada precision, pero no sin naturalidad, con elegancia y con brio. En la *Epístola de Eloisa á Abelardo* tomó otro rumbo; pintó ya la pasion en

aquellos momentos de arrebato; pero en esto encuentro yo su defecto; la pasion que pintaba rayaba á veces en desesperacion, porque no podia pintarla viva sin extremarla. Gran mérito sin embargo se encuentra en esta epístola, que traducida al francés y despues al castellano, cuando estaba prohibida por la inquisicion, servia para divertir y extraviar á nuestras doncellas, que se entretenian en leer ciertos anatemas contra el matrimonio, y que contiene perfecciones, primores, y expresion de pasion de una naturaleza muy alta, siendo muy recomendable por lo mismo.

Emprendió tambien Pope la traduccion de los poemas de Homero, y allí se vé la diferencia que existe entre el clasicismo de los tiempos modernos y el clasicismo tal cual se encuentra en los modelos mas acabados que nos ha dejado la antigua Grecia; porque en ellos es donde debe encontrarse el gusto clásico, mucho mas todavía que en la imitacion de ellos hecha en la soberbia Roma. Pope, traduciendo la *Iliada*, sustituyó á la sencillez de Homero cierta elegancia moderna. Verdad es que se las habia con una lengua muy diferente de la griega; que traduciendo en versos pareados tuvo que sujetarse á la dura ley del consonante, y mas que á la ley del consonante, á otra ley terrible que impone el mecanismo de esta composicion, pues pide que el pensamiento, como puesto en versos pareados, vaya ajustándose á las coplas (1), mecanismo que influye sobremanera en la formacion de los conceptos, y constituye á los poemas hechos de este modo en poemas de naturaleza distinta de aquellos en que campea la imaginacion suelta y sin trabas de esta especie. Tradujo, pues, Pope la *Iliada* y la *Odisea* con todas estas desventajas, y dió un modelo que admiró, cuya fama no se redujo solamente á la Gran Bretaña, pues por algun tiempo fué muy celebrado en todo el mundo, y aun hoy está mirado como una obra de mérito, en que está bien

(1) Usase la voz coplas por la inglesa *couplets*, es decir, á los pares de versos, que tienen cada uno entre sí cierta existencia, aparte de los otros pares anteriores y posteriores.

entendido el texto, pero ignorado el espíritu de los poemas griegos. Así, como fiel traslado del clasicismo griego, no merece el Homero de Pope lugar preferente, antes bien sirve para demostrar cuánto se apartaba el clasicismo de aquellos dias del verdadero clasicismo de la antigua Grecia.

Estos eran, señores, los principales poetas ingleses del reinado de la reina Ana; de sus prosistas he hablado igualmente. Pero por aquellos tiempos florecia un hombre célebre, orador, político, y escritor aventajado, de grande ingenio, de imaginacion arrebatada, que habia hecho buen estudio de los clásicos, superficial empero, dejándose arrastrar casi siempre por sus pasiones, faccioso, voltario, que pasó al servicio del pretendiente al trono de su patria, despues de haberle sido contrario como ministro, enemigo de la religion cristiana, cosa que para los ingleses es gravísimo defecto y para todos debe serlo. Hablo señores, de Lord Bolingbroke, á quien tanto ensalzó Voltaire, y cuyas arengas en el parlamento se han perdido, no siendo costumbre en aquellos tiempos copiar en taquigrafía los discursos de los oradores, pero de quien decia Lord Chatham que así como otros lamentaban en literatura la pérdida de las décadas de Tito Livio, y otros la de varias otras obras, él no echaba de menos sino la pérdida de los discursos de Lord Bolingbroke. Este hombre, mirado como literato, tenia dotes muy altas; su estilo se parece al estilo latino, si bien tiene ciertas particularidades que le distinguen. En él hay número porque gustaba de explicarse en períodos largos; en él hay verbosidad, pues la verbosidad es inseparable de todos los que usan largos períodos; en él hay fuego y en él se advierte cierto espíritu faccioso, que, al mismo tiempo que le vivifica, le constituye falto del calor verdadero que da una conciencia pura; en él hay en suma todas las dotes de grande escritor, pero no de escritor de primera clase.

Al mismo tiempo florecia un gran señor en Inglaterra que tambien tuvo sus dias de fama, y hoy es recordado con gusto. Era costumbre en Inglaterra, pues, que tanta nom-

bradía habian adquirido los periódicos sobre crítica y moral, al uso del *Espectador*, dar á luz obras de la misma naturaleza, en las cuales se ensayaron y brillaron todos los escritores ingleses de fines y mediados del siglo décimo octavo. Una de estas obras intitulada *El Mundo* (The World) se señaló en su tiempo entre las de su clase, por algunas críticas chistosas, y cierta elegancia de estilo, y entre los autores que en ella escribian, sobresalia el hombre á quien acabo de referirme, lord Chesterfield. Era este señor hombre de crédito como político, y como orador en el parlamento, y como escritor tuvo alguno, si bien no de la clase mas elevada, admirándose en él solo la correccion elegante, y faltándole el nervio, el sabor castizo, y el brio que dan á los escritos grandes ó nuevos pensamientos. Unas cartas suyas á un hijo á quien tenia grande amor, dirijidas á darle buena crianza, y á enseñarle y prepararle para la vida del mundo y los negocios, gozaron de aura popular, y mas que entre los ingleses, entre los extranjeros, aunque tambien algunos de los primeros las ponian entre las obras que llaman clásicas de su literatura. Las reglas que en ella están contenidas tocante á la educacion, no podian gustar mucho á la moral y algo gazmoña nacion inglesa, á la cual fueron destinadas, á pesar de que se escribieron en un siglo en que las ideas, un tanto libres, un tanto libertinas, reinaban en Inglaterra, y no cuando la revolucion de Francia y un rey severo como Jorge III en estos últimos años volvieron las costumbres inglesas á su austeridad primitiva. Por eso un crítico, de quien hablaré despues, el famoso doctor Johnson, que tuvo por aquel tiempo el cetro de la literatura de su pais, caracterizó dichas cartas de que enseñaban los principios morales de una prostituta, y los modales de un maestro de baile. En efecto, el célebre Lord Chesterfield, un tanto irreligioso, discípulo de la escuela de Voltaire, instruido sin embargo, no falto de ingenio, escribiendo á un hijo suyo y queriendo correjir ó precaver en él los defectos que aun en nuestros dias tienen algunos ingleses,

de ser un tanto duros, é incultos, se entretuvo sobre todo, en aconsejarle los buenos modales, y que prefiriese la cortesía á la virtud verdadera, pues que con la virtud inculta no podia captarse la general benevolencia. Tanto inculcó estas máximas en sus *cartas*, que vino á hacerse fastidioso, y hubo de resultar para su castigo, que el mozo aquel, hijo natural por cierto, salió tan diferente de como queria su padre, que si se señaló por su instruccion, tambien fué notable por su tosquedad poco comun. Lord Chesterfield, señores, tuvo en sus dias bastante fama, y todavía merece alguna, si bien no de las superiores; bien que mas la conserva como hombre de talento y cultura, que como escritor aventajado.

Florecieron por aquel tiempo en Inglaterra otra porcion de poetas ilustres, pero de ellos ninguno de la escuela francesa. Thompson, que escribió las *Estaciones*, era un poeta lleno de verdadero espíritu poético, aunque algo falto de gusto, pecando por sobra de verbosidad, y que cuando encontraba una idea, le daba vueltas y la iba presentando por mas de un lado, hasta fastidiar á los lectores. Se ensayó en un género malo, que fué el llamado descriptivo, donde la descripcion de objetos visibles es la parte principal y casi única de la composicion, género que despues extremaron los franceses, llevando á lo sumo sus defectos aun poetas de mérito no corto. En Thompson habia fuego, y mas que fuego sensibilidad, ternura, y los objetos y las escenas de la naturaleza externa despertaban en su alma afectos análogos á ellos, por lo cual pintando las estaciones, describe bien sus caracteres y el efecto físico y moral que producen en los sentidos y en la mente humana, y despide rayos de la mejor poesía, esto es, de la mas natural y espontánea, de la mas sentida, ya cuando pinta la primavera hermoseando los campos cuanto cabe que hermosee los de Escocia, ya cuando al describir el invierno, sin olvidarse de hablar de las escenas campestres, propias de la estacion, le pinta en las ciudades. Thompson, en cuya alma se conoce que habia

cierto candoroso arrebato por lo que creia bueno y miraba con amor, se inflama en patriotismo, aunque poco ilustrado, disculpable, y con estro lejítimo aunque con estilo no poco difuso, canta las glorias de la Gran Bretaña, y por otro lado con alma devota, como buen escocés y segun era propio de la clase de su carácter, inflamados con la contemplacion de las obras de Dios sus afectos piadosos, prorumpe en el magnífico himno, bellísimo trozo de poesía con que termina su poema de las estaciones.

Tambien hizo Thompson tragedias, pero con poco acierto. El drama inglés en su tiempo estaba en un período de completa decadencia, y además el talento sencillo del autor se adecuaba mal á la invencion de caracteres, y á la necesidad de sustituirse el autor á los diversos personages por cuya boca habla, dote necesaria en los autores dramáticos, y de la cual carecen aquelles á quienes una idea sola domina.

Contemporáneo de Thompson era un poeta llamado Gray, á quien adjudicaron muchos ingleses el cetro de la poesía de sú edad durante algun tiempo, y cuya reputacion, si no del todo decaida, está hoy considerablemente menoscabada. De él hay entre otras composiciones una que conserva gran parte del crédito de que en otro tiempo gozó, la cual es la famosa «*Elegia en un cementerio.*» Era Gray sin duda mas que mediano poeta; pero adolecia de un defecto de que adoleció la antigua poesía docta ó sábia de nuestra España; esto es, de componer mas que por inspiracion natural y estro intenso, por espíritu literario. Correspondia su poesía á la llamada artificial, esto es, á aquella en que predomina la obediencia al arte, aun cuando en ella se note bastante de natural talento. Gray, como nuestro Fernando de Herrera, atendia mucho á expresarse en lenguage no parecido al de la prosa, con lo cual, si á veces se dá dignidad al estilo, con frecuencia se peca cubriendo con elegantes frases ó perífrasis pobres pensamientos, y poniendo en la expresion, á veces forzada, el mérito principal de las composiciones. No obstante estas faltas, hay en Gray mérito poé-

tico de valor crecido. Le tiene su oda á los jóvenes del colegio de *Eton*. Le tiene mayor, sin duda alguna, y en ciertos pasages de la mas alta calidad, la *Elegia en un cementerio*, de que ya he hablado. Bien es verdad que en ella abundan las imitaciones llevadas hasta á ser plagios, pecado comun en poetas de la clase de este autor. Se ha notado que el primer verso de la elegia

The curfew tolls the knell of parting day
La campana de la queda toca el doble del dia que se muere,

no es mas que una imitacion de los dos bellísimos versos de Dante

E gia la squilla s'ode di lontano
che pare'l giorno pianger che si muore

Ya se oye á lo lejos la esquila que parece que llora al dia que se vá muriendo, y se han notado otras copias de agenos pensamientos; pero los hay de estos nuevos y felices, y todos cuantos contiene la obra están expresados con elegancia y con fuerza, porque, como he dicho otras veces, en la poesía hay varias regiones, varios puestos, unos mas elevados que otros, y no en una sola clase de perfecciones consisten el mérito y la belleza.

Por aquel tiempo florecia otro poeta, que ha tenido mas fama fuera de Inglaterra, que por muchos años fué tomado en Francia casi como modelo de la poesía inglesa, y ¡cosa singular y que prueba cuánto duran las preocupaciones! un poeta, que á pesar de haber caido casi en desprecio en Inglaterra donde nunca gozó del aura popular que tuvo en la nacion vecina, todavía por un crítico tan insigne como M. Villemain es escogido, ó mejor diré, nombrado como uno de los mejores poetas ingleses de su tiempo, insigne por lo tierno y vehemente de la pasion, cuando si, en algunas cosas tiene mérito, en general lejos de estar poseido de la melancolía que quiere aparentar, trata de lucir su ingenio y

su imaginacion á punto de dar á su melancolía trazas de no digna de otro título que del de grotesca. Hablo, señores, de Young que fué tambien autor de algunas tragedias de corto mérito, y entre ellas de una intitulada la *Venganza*, donde lo horrible ni es verosímil, ni por lo extremado conmueve. Pero la obra por la cual adquirió este poeta su renombre, la cual lleva el título de pensamientos nocturnos (night thoughts traducido (noches, ó noches lúgubres) si bien no falta de algunas bellezas, dista infinito de la perfeccion y sobre todo de la clase de ella que vulgarmente se le atribuye; y lejos de ser representacion de la poesía inglesa de la cual se la ha supuesto uno de los principales tipos, es al revés composicion anomala en la literatura de su pais tanto cuanto puede serlo en la de otro pueblo alguno.

Algo antes que estos poetas, pero tambien en el siglo XVIII, se habia señalado en la composicion de tragedias Rowe, en quien, con un tanto de la regularidad del clasicismo francés, habia algo del espíritu de Shakspeare y de los dramáticos de su era. De las tragedias de Rowe *Jane Shore* es acaso la mas aventajada.

Mas clásico ó mas francés era Aaron Hill que tradujo la *Zaire* de Voltaire con fidelidad y brio, logrando que fuese oida en el teatro con grande aplauso. Predominó con esto por algun tiempo en el teatro inglés el gusto dramático, ó dígase la forma de las tragedias de la nacion vecina, no solo en lo tocante á la observancia de las unidades de tiempo, lugar y accion, sino porque en ellas en vez de la mezcla de estilos, notable en Shakspeare, que hace á personajes de diversas clases espresarse de muy diferente modo, y aun á un mismo personaje usar de expresiones, ya encumbradas, ya humildes, segun las situaciones varias en que se ven, se advertia ser siempre iguales el estilo ó el tono, manteniéndose en una elevacion mediana, aunque sin acertar á dar á esta el color antiguo, la correccion, y la elegancia que sabian usar los insignes trágicos franceses. Con los nuevos dramáticos vino á decaer tanto en concepto de su pais aun el

mismo Shakspeare, á quien antes idolatraban, y despues todavía con mayor entusiasmo han idolatrado los ingleses, que el doctor Goldsmith en su vicario de Wakefield, queriendo ridiculizar en boca de ciertas supuestas señoras el lenguaje de moda de aquellos dias, hace que hablen de Shakspeare y de ciertos vidrios músicos que debian de estar en voga entonces: *Shakspeare and the musical glasses.* Grave escándalo ver así puesto á la par con una cosa ridícula al gran poeta, cuya fama, aun despues ha llegado á punto de hacer sus obras veneradas entre los ingleses casi al par de la Biblia.

He hablado, señores, solo de los principales escritores ingleses de aquel tiempo. El número de los medianos de la misma época es grande, pero no digno de llamar nuestra atencion, cuando solo por mayor vamos examinando el estado de la literatura. En aquellos dias empezó á escribir en lengua inglesa un escocés, verdadero discípulo y colega de los enciclopedistas franceses, cosa singular en hombre de aquella nacion devota. Era este el afamado historiador y filósofo David Hume, célebre sobre todo en la literatura extranjera por su *Historia de Inglaterra.* Señores, conozco pocas cabezas que mas merezcan el epíteto de pensadoras que la de David Hume. Dícese generalmente que los ingleses son una nacion pensadora, y esa idea ha prevalecido mucho tiempo en Europa, y los ingleses han aceptado la expresion, para ellos de cumplimiento, aunque con cierta desconfianza, como conociendo que no la merecen mucho; pero bien mirado, el pueblo inglés es un pueblo eminentemente poético; eminentemente literato; lleno de prendas altas, aunque no de ingenio vivo, de afectos fuertes, de imaginacion arrebatada, pero pensador no; y digo mas, entre los autores ingleses raro es el pensador que se encuentra, al paso que en Francia, á la cual tanto se acusa de no pensar, abundan los pensadores profundos. Pero Hume era una cabeza privilegiada. Cometió errores; fué irreligioso, cosa rara en Inglaterra; dudo, así como de la religion, de la

libertad, precisamente porque la libertad política era cosa de su patria, y la servidumbre, aunque gloriosa, era el blason de Francia: dudó de la libertad política, pues animado de su espíritu analítico, vió que encerraba en sí mucho error; erró en la historia, porque habiéndose formado una idea y desprendido de muchas preocupaciones, adoptó sin embargo un principio falso, y lógico como era, desenvolvió ese principio en todas sus consecuencias. No obstante, señores, David Hume era uno de los entendimientos mas claros que ha habido, no diré solo en Inglaterra, sino en Francia misma. Tenia aquellos principios, que en mi concepto son los únicos racionales, salvo cuando se trata de fé religiosa, á saber, los principios de una duda profunda. Tenia además un ingenio admirable y agudo para atacar, para batir en brecha las doctrinas agenas. Su *Historia* reluce, no por la profundidad, no por la copia de documentos, porque examinó pocos, no por la imparcialidad, aunque aspiró á ella, sino por la claridad suma, por el acierto con que juzga á los partidos, por cierto lenguaje, que si jamás sube á ser una belleza clásica propia de poeta, como la que admiramos en los escritores antiguos, se mantiene en muy respetable altura. No es sin embargo su *Historia* su único, su mejor título á la gloria: lo que en mi sentir debe leerse de él con preferencia es la obra que tituló sus *Ensayos*. En estos, en que se examinan una porcion de cuestiones, y en que á mi entender se resuelven muchas desacertadamente; en estos ensayos, en que su espíritu escéptico se manifiesta mas que en alguna otra obra, es donde relucen mas sus dotes de pensador profundo. En ellos se ven estas dotes mas que en su *Historia*, cuando siguiendo el sistema de Voltaire veia en el reinado de Carlos I, no á los hombres animados de un espíritu de independencia, sino disputando sobre las sobrepellices, sin considerar que las sobrepellices representaban un principio, y que los hombres mismos que tanto se burlan de los signos externos, cuando hablan de pensamientos de gloria, agrupan todas las ideas de patriotismo

al rededor de un pedazo de trapo llamado bandera; sin mirar que en esos signos externos están simbolizados los principales pensamientos y afectos humanos. Erró, pues, burlándose de lo que debia no haber merecido su admiracion por lo que en sí era, pero sí su estudio. Hume fué la expresion mas brillante del espíritu francés en Inglaterra: siguiéronle luego otros; pero la literatura inglesa despues de 1750, es asunto que debe ocuparnos en otra leccion, y ahora debemos volver con el pensamiento á otras partes de Europa.

Señores, en medio de lo que he hablado de España, Francia é Inglaterra, he olvidado la tierra privilegiada de la Europa moderna, la que cuenta los mas insignes poetas, los primeros artistas, y aun hombres científicos, si no los mas eminentes, á lo menos en tanto número cuanto otra nacion alguna, y de no menos valor; la que dió á Galileo en el siglo XVI, la que ha dado á Volta en nuestros tiempos, la que blasona de ser madre de todas las ciencias, la Italia, de la cual no puede separar la vista el hombre amante de las ciencias y de las artes. Esa Italia sin embargo estaba como dormida en la primera parte del siglo XVIII, no enteramente dormida, porque aquella nacion siempre ha producido hombres insignes, pero dormida respecto á lo que habia producido y brillado en punto á ingenios en épocas anteriores y posteriores. Parece que la naturaleza humana, no de otro modo que los campos, despues de haber dado producciones copiosas necesita descanso, y esa Italia que en el siglo XVI dió de sí tan esclarecidos varones, que los dió todavía muy señalados en el siglo XVII, y que debia darlos de no corto mérito á fines del siglo XVIII y principios del XIX, tuvo una época en que estuvo, por decirlo así, mas estéril que en otros periodos. Sin duda el que quiera dedicarse espresamente á la literatura italiana, ya sea por conocimientos propios, ya consultando las obras de Tiraboschi y Bettinelli, podrá encontrar grandes escritores en ese tiempo; pero nosotros, en este curso de lecciones sobre la historia de la literatura, no podemos parar la imaginacion sino en los inge-

nios privilegiados, que forman parte de ese conjunto de hombres que constituyen la gloria ó expresan el carácter de su siglo.

Florecia en aquel tiempo en Nápoles un sábio oscuro, cuya fama ha crecido en nuestros dias, mas como filósofo que como escritor; hablo de Vico: floreció tambien Giannone, célebre jurisconsulto, que por haber escrito una historia de Nápoles, su pais, en que se arrojó á usar ciertas espresiones contra la corte de Roma, se vió obligado á huir. Distinguíase tambien por aquellos dias el marqués Scipion Maffei, erudito, docto, elegante, que acometió la empresa de dar á su patria glorias dramáticas, de las cuales carecia mas que otra alguna, á pesar de haber tenido en el siglo XVI una ú otra mediana, arreglada y fria tragedia de Tristino, de Ruccellai, del mismo Tasso, y comedias algo mejores, pero no buenas, de Machiavelo, y de Ludovico Ariosto. Maffei compuso su *Merope*, de la cual, como en una leccion anterior he dicho, se burló un poco Voltaire, si bien imitándola á punto de copiarla ó traducirla, excediendo casi en todo á su original, pero quedándosele inferior en algun pasage. Otra escuela de escritores apareció en Italia hácia aquel tiempo, cuyo origen, cuyo tono, cuyo estilo, así como sus ideas, eran de la vecina Francia. A ella correspondian escritores como Algarotti, Beccaria, Filangieri, de quienes hablaré en ocasion posterior.

¿Qué hacía en tanto nuestra España, de la cual parece que estamos olvidados? Señores, se iba levantando poco á poco de la postracion intelectual en que llegó á caer, y andando con paso tardo, incierto, débil, apoyándose en la Francia, así en lo intelectual como en lo político. En mi leccion siguiente pasaremos á considerar qué era nuestro estado literario en los últimos dias del reinado de Felipe V y durante el de Fernando VI. Formábase entonces nuestra literatura de una mezcla de la francesa del siglo de Luis XIV, con la del tiempo y escuela de Voltaire, de donde tuvo origen nuestra literatura de fines del siglo XVIII, nada parecida á la antigua.

LECCION OCTAVA.

SEÑORES:

Siguiendo mi costumbre de enlazar cada leccion con la antecedente, recordaré á aquellos de mis oyentes que asisten á la de hoy habiendo asistido á la anterior, y haré presente á los que por primera vez concurren, que en mi última leccion, despues de haber en la penúltima hablado del estado intelectual y moral de Francia, y del influjo que ejerció en las demás naciones, y particularmente en aquellas cuya historia literaria estoy examinando, habia pasado á considerar cual era el estado intelectual y moral de Inglaterra é Italia. Hoy, siguiendo el mismo camino, debo echar la vista á nuestra España, á la cual tengo olvidada hace algun tiempo, aunque segun indiqué desde el principio, considerando la literatura del siglo XVIII como español, antes que á otra cosa debia atender á la historia literaria de nuestra patria. Pero es el caso que en la época de que estoy tratando, época para nuestra patria, ya no de oscuridad tan completa como fué la de los primeros años de aquel siglo, todavía España no daba de sí producciones que deban hacer época en la historia de los adelantamientos y de las buenas producciones del entendimiento humano, y sobre todo no producia aquellos grandes talentos que produjo en época anterior, ni los que dió á luz despues en la edad de Carlos III, ni los que aun está produciendo en nuestros dias, si

bien así como en las cosas miradas de cerca aparecen menor la grandeza y de mas bulto las imperfeciones que cuando se las figura mayores, y mas exentas de faltas la imaginacion al descubrirlas desde lejos la vista; los talentos de que hoy está España siendo madre, nos aparecen inferiores puestos en cotejo con los de otra edad, á los cuales dan formas gigantes, á pesar de la distancia, el estar envueltos en las nieblas de la lejanía de lo pasado.

Dejé, señores, á España, dominando en ella Feyjoo como crítico, y siendo el escritor de mas nota si no el de mas mérito de su tiempo, aunque Feyjoo, como tambien he advertido, descuidando las materias literarias que solo trataba de paso y con nada feliz fortuna, atendia particularmente á las filosóficas, entreteniéndose en desvanecer las supersticiones y los errores vulgares, que tenian relacion con las ciencias naturales, y con el estado general de adelantamiento moral é intelectual del pueblo todo. De su mal gusto literario he hablado asimismo refiriéndome á algunos malísimos versos suyos, y aun en su parte crítica, cuando versa sobre asuntos puramente literarios, se nota la flaqueza de su juicio, arrimado siempre á la luz de los escritores franceses, pero no acertando con ella á guiarse en la region de la literatura española. Al mismo tiempo empezó á aparecer en España una corta grey de autores de mérito mediano, en cuyo estilo y diccion, un tanto correcto aunque desmayado el primero, y limpia de graves faltas la segunda, iba mezclada cierta tímida ajustada imitacion de los franceses, con algunas de las perfecciones, y tambien con algunos de los resabios del estilo y de la diccion de la escuela antigüa de literatura castellana. En sus pensamientos, aun casi todos ellos pobres, y sobre todo nada originales, al paso que en su frase, ni se servian de los arcaismos hoy en uso, ni estaban tan olvidados de la índole de nuestra sintáxis, ni del verdadero caudal de nuestra lengua, como lo están hoy no pocos escritores. Además, en lo que tomaban de la nacion vecina, estaban un tanto atrasados ó por voluntad propia, ó en fuer-

za de las circunstancias, copiando solo pensamientos del siglo de Luis XIV, y desentendiéndose de la escuela filosófica francesa, que en aquellos dias iba cobrando el dominio absoluto de la literatura allende los Pirineos. No florecieron por otra parte en España entonces hombres de singulares calidades, cuyas perfecciones ó faltas sean dignas de particular nota.

Corto era además, como he dicho, en nuestra patria el número de escritores. En el *Diario de los literatos* donde hay algunos artículos bastante dignos de aprecio, y que aun en nuestra época tan adelantada todavía pueden ser estudiados con aprovechamiento, y tenidos en alguna estima, empezó á asomar una poesía nueva en una sátira que lleva por título *Sátira de Jorge Pitillas*, contra los malos poetas ó escritores. Era tan comun este argumento, que la *Sátira de Jorge Pitillas* apenas tenia novedad, pues contra los malos escritores habia tambien dirigido su sátira Boileau, aunque este en otros momentos remontó su vuelo, y á nada menos aspiró que á hacer una sátira de las costumbres del linage humano. Pero la *Sátira de Jorge Pitillas* no pone la mira á tanto: es una coleccion de imitaciones hechas con bastante espontaneidad, expresadas con bastante brio en un lenguaje fácil y elegante hasta cierto punto, y vestidas con cierto colorido español, donde al mismo tiempo que se está trasluciendo la imitacion, hay cierto aire de cosa de nuestra patria. En efecto, la sátira, empieza con el verso

No mas, no mas callar,

vá imitando el famoso

¿Semper ego auditor tantum? Numquam ne reponam?
Vexatus toties....

de Juvenal, y el

Yo á lo blanco siempre llamé blanco
Y á Mañer le llame siempre alimaña.

es una traduccion de Boileau en su

S'appelle un chat un chat et Rolet un fripon.

de lo cual hay en aquella composicion otros varios ejemplos.

Sin embargo, era un paso grande, vista la corrupcion de nuestro estilo en época anterior, que estas imitaciones fuesen de tal manera fundidas en la composicion, que tuviese ella las trazas de original, siendo además expresada en un lenguaje natural, con una versificacion fácil, en la cual no se sentia ni aun la apretura en que pone al ingenio la traduccion de la idea que trata de trasladar.

Por el mismo tiempo salió á luz una obra que ha merecido elogio de D. Manuel José Quintana, crítico á quien reverencio, si bien disto de su opinion en este punto; crítico de la escuela clásica francesa, pero privilegiado en esa escuela misma, y que con todas sus faltas, pues confieso que, segun mi modo de juzgar tiene algunas, todavía debe ser tenido por uno de los primeros entre cuantos ha producido España, y merece ser respetado por la generacion presente aun en los mismos casos en que se desvíe de sus opiniones. D. Manuel José Quintana dió grandes elogios al *Deucalion* del conde de Torre Palma, obra que sin ser una produccion de alto mérito, es una composicion poética muy notable. Dice D. Manuel José Quintana que tiene trozos de poesía descriptiva de los mas animados y valientes que hay en castellano, aunque conserva algunos resabios del antiguo culteranismo. Es cierto; pero puede añadirse que quizá los resabios que conserva del antiguo culteranismo son una de las cosas que constituyen su mérito verdadero.

El *Deucalion* no es mas que una perífrasis de un trozo de las metamórfosis de Ovidio. Sabido es que el diluvio de *Deucalion* está descrito por el poeta latino en su mejor obra; que Ovidio, escritor elegante y fácil, es uno de los poetas mas agradables, aunque no debe ser tenido en tan alto precio cuanto otros poetas antigüos.

El poeta castellano copió, tradujo, perifraseó al latino. Pero en sus octavas, muchas de las cuales son bellísimas por lo robusto de la expresion, y por lo sonoro de los versos y del período, hay asímismo pensamientos nuevos que presentan imágenes hermosas. Bella, natural, tierna es la

de aquella madre que arrebatada por las aguas y ya vencida por ellas

va al hijo entre las ondas levantando.

Mas hermosura de pensamiento y de expresion tiene todavia otra octava, donde se pinta á un hombre huyendo en su caballo del desatado torrente, y que en el punto mismo en que va á salvar á una persona de su afecto montándola á las ancas se encuentra con que ha ocupado aquel lugar su enemigo, terminando todo con decir que en aquella trágica escena

.......al dudoso
Trance que de tan rara lucha pende,
Pone funesta paz la onda que asciende.

Este último verso, sobre la belleza de su sonido, que no obstante un tanto de dureza, le hace con todo por este lado de los mejores que hay en castellano, encierra un hermoso pensamiento, y el epíteto de funesta dado con acierto en aquel lance á la paz, es una de las antítesis mejores que pueden imaginarse, sin que peque de afectada, como las mas veces sucede á esta figura retórica, ni que desdiga por lo conceptuosa de la triste magestad de la pintura.

Basta de hablar de autores medianos, aunque por desgracia no es posible tratar con detencion si no de escritores de esta clase refiriendonos á aquella época; pero dige mal basta, porque es preciso todavía irnos entreteniendo con los escritores de aquel tiempo. En él floreció tambien un autor de tragedias que, como es de creer, habia estudiado á los franceses y tambien la poética de Luzan, y el cual escribió ajustándose á las reglas de Aristóteles, despreciando la irregularidad del teatro antigüo y las obras de Calderon, de Lope de Vega, de Zamora, de Rojas, de Moreto, de Tirso de Molina. Este fué D. Agustin Montiano, que compuso dos tragedias tituladas *Virginia* y *Ataulfo*, de las cuales hablo sin haberlas leido completamente, y no las he leido completamente porque no me ha sido posible acabarlas de leer. Esto es cuan-

to puedo decir de semejantes composiciones, á las cuales precedia un discurso sensato, escrito medianamente y lleno de las máximas de crítica francesa clásica, dominantes en aquellos dias. Tambien en Francia habia habido autores por este estilo, y uno de ellos era el Abate d' Aubiguac que escribió reprobando las obras de Corneille y de Racine por no ajustarse en su sentir á las reglas clásicas, y compuso tragedias donde estaban observadas todas las tales reglas, cayendo en el mismo defecto que acabo de citar en nuestro Montiano, que es el de no poder ser leido.

Entonces tambien empezó á señalarse otro escritor, cuya fama ha durado casi hasta nuestros dias; que todavía la conserva entre los hombres de gusto no muy acrisolado, y el cual, en el ánimo de otros, ha perdido mas de lo que debiera; de tal manera, que á quien ha vivido algunos años le sorprende la diferencia de crédito en que está semejante autor y en el que antes estaba, pues si la generacion presente casi le ha dado al olvido, en nuestras mocedades todavía le veíamos gozar de estimacion y aplauso. Hablo del jesuita D. Juan ó D. José Francisco de Isla, comunmente conocido con el nombre del padre Isla. Este escritor lo fué de varias producciones que alcanzaron gran fama en la edad pasada. Su *Dia grande de Navarra* es una bufonada muy leida, admirada y decantada, sobre todo por los navarros. Es dudoso si su autor quiso hacer de los navarros burla ó elogio. Verdad es que esto mismo comunicaba á la composicion cierto chiste, ó como dirían los que hablan á la francesa, cierto picante; pero aparte de la naturaleza de la tal obra; aparte de esa especie de duda en que dejaba acerca de si era un favor ó un disfavor á los paisanos del autor, nacido en Navarra, tiene ella algunos chistes, aunque no de la mejor ley, como eran los del autor en todos sus escritos. Tenia el padre Isla una gracia grosera; tenia instruccion, pero de mala especie, en algunas cosas; y si porque habia estudiado los autores franceses, quería ir al corriente con su siglo, en muchos de sus pensamientos y en

no poca parte de su estilo, se advertian los resabios de sus estudios pasados. En fin, señores, si escribió la famosa *Historia de Fray Gerundio*, si reprendió las gerundiadas, tambien empezó una obra suya, la traduccion del *Compendio de la Historia de España* del padre Duchesne, traduccion hecha con diccion pura, pero no en buen estilo, con una gerundiada mayor que cuantas en su otra obra reprendió, pues hablando del autor, cuyo nombre en francés es *De la Encina*, dijo que el autor francés habia desmentido con su historia el proverbio latino: *non dabit quercus palmas*. Escribió tambien el padre Isla un libro, que tuvo bastante fama en otro tiempo, con el título de *Las cartas de Juan de la Encina*, si bien con tan pobre argumento, que solo tenia por objeto el burlarse de un malhadado cirujano que habia compuesto en mal estilo un libro sobre el método de curar los sabañones. Sin embargo, á pesar de la pequeñez del asunto, eran leidas y hasta celebradas tales cartas, de un modo que apenas puede concebir la generacion presente, á la cual han llegado muchos de los chistes de aquella composicion que los tenia buenos, aunque ignorándoles el orígen los mismos que los saben y suelen repetirlos. ¿Quién, por ejemplo, al oir blasonar de un triunfo al que ha llevado una derrota, no sin ir acompañada de ignominia, no recuerda los triunfos de Vasco Figueira, y sobre todo el triunfo primero, que dice desafia Vasco Figueira á Pero Coello, y Pero Coello azota á Vasco Figueira? ¿Y cuán pocos saben que este chiste está sacado de las *Cartas de Juan de la Encina*?

Muy superior fama á la alcanzada por estas tuvo, y hasta cierto punto sigue teniendo, el mismo autor por su obra que lleva el título de *Historia del famoso predicador, Fray Gerundio de Campazas*. Pocos ignoran, señores, que si bien esta obra por ningun título fué escrita con intencion de ridiculizar la relijion católica, sino solo á fin de mejorar por medio de la sátira el estilo desvariado é indecentemente profano, usado en aquella época por casi todos los pre-

dicadores en el ejercicio de su sagrado ministerio, como quiera que para criticar semejantes faltas era preciso escribir sermones burlescos, la inquisicion hubo de prohibir la obra; pero consiguió hacer lo que hacia con las obras prohibidas, esto es, darle un mérito superior al que realmente le correspondia. En efecto, mientras la *Historia de Fray Gerundio de Campazas* estuvo prohibida, se miraba como una gran cosa el haber logrado hacerse con ella, y hasta le comunicaba cierto valor el tener que esconderla cuando se presentaba alguna persona timorata. La inquisicion desapareció y la *Historia de Fray Gerundio* ha quedado, y casi puedo decir que no ha quedado, pues serán muy pocos los que la lean en nuestros dias. Sin embargo, no deja de tener mérito. Verdad que es una imitacion del Quijote, tan inferior á su original cuanto cabe serlo; pero tiene bastante chiste, ridiculiza muy bien los defectos que se propone censurar. Fué bien calificada cuando se dijo (por el traductor de Hugo Blair) que estaba atestada de una erudicion inoportuna y defectuosa, pero alguna erudicion contiene, y algun ingenio manifiesta. Entre sus chistes buenos, que no son pocos, hay otros malos, y estos en mayor número que aquellos; pero de los primeros muchos siguen corriendo con voga, aunque la haya perdido el total de la composicion de que están sacados. La invencion de la obra de Fray Gerundio es pobre: no hay en ella un solo carácter ideal ó nuevo, pero hay pinturas de costumbres y profesiones bien dibujadas y coloridas, fiel traslado de los objetos que representan, aunque afée lo tosco del pincel la semejanza. El estilo, sin adolecer de los graves defectos del de los escritores que censura, no está enteramente limpio de ellos por otra parte. En fin ha sido privilegio de la obra de que voy tratando uno de que solo suelen gozar las de mérito superior, y es haber logrado que algunas de sus expresiones y palabras se hayan introducido en nuestra lengua, donde se dice *gerundiada* y *estilo gerundiano*. ¿Y quién de nosotros no repite alguna vez aquel epígrafe de un capítulo que dice: *Deja Fray Gerun-*

dio los estudios y métese á predicador? Chiste de buena especie, y sátira cuya aplicacion ocurre con frecuencia.

Florecia al mismo tiempo otro hombre, discípulo de Feyjoo, erudito como pocos, pero de una erudicion apelmazada, que no ignoraba los adelantamientos modernos, á quien se deben grandes descubrimientos y que registró cuanto habia mas escondido en nuestros archivos. Sus obras están olvidadas en nuestros dias, aunque bien sería que volviésemos á ellas la vista alguna vez, siquiera para admirar su instruccion vasta y aprovecharla. Hablo del padre benedictino Fray Martin Sarmiento. Su estilo no es la prenda en que mas reluce: era todavía el de los de su época, y mas que otros indigesto é inelegante, aunque no falto de correccion y pureza.

No me acuerdo que antes del reinado de Carlos III haya en España otro escritor que merezca mencion particular cuando se trata de la literatura del siglo XVIII. Pero es menester observar una cosa. Se notaba, señores, que la literatura por aquel tiempo estaba incierta, dudosa, tímida, sin haber encontrado su asiento; que desechaba casi todo lo antiguo sin pararse absolutamente á examinarlo, y que ansiaba lanzarse á lo moderno sin saber sentar el pié en la region por donde iba, ni emprender resueltamente la senda por donde podia llegar á aquella á que se encaminaba. Nuestra literatura del siglo XVIII era esencialmente imitadora, é imitadora de mala especie, no imitadora como lo habia sido en el siglo XVI de la literatura latina y de la italiana, sino de la literatura francesa, y tampoco de la literatura francesa del dia, sino de la literatura del siglo de Luis XIV. Por aquel tiempo estaba floreciendo en Francia una literatura nueva animada con nuevos pensamientos, y si bien la literatura que nosotros imitábamos era preferible á la francesa contemporánea, como ya estaba completamente desfigurada, tenian nuestras obras todos los inconvenientes de la imitacion, y pocas ó ninguna de las verdaderas bellezas de los modelos que trataban de copiar los autores. Al mismo tiempo nuestra patria to-

davía andaba, por decirlo así, cómo anda el niño que no camina con firmeza; todavía andaba como anda el que ha pasado una grave enfermedad, que apenas recobrado de ella, camina cojeando, doblándosele las rodillas, y presentando en fin todas las señales de debilidad.

Pero al fin nuestra patria caminaba, y cuando se camina, aunque sea débilmente, siempre se adelanta algo.

Así estábamos, señores, mientras en Francia seguian las cosas su curso natural. Volviendo pues (aunque en una misma leccion haya de esplicar dos cosas diversas, porque no haré mas que apuntar lo que despues esplanaré), volviendo al estado en que se hallaba Francia, que era sin duda alguna entonces la nacion principal del orbe literariamente considerada, no olvidaremos que acababa Montesquieu de dar su *Espíritu de las leyes*; Voltaire acababa de escribir su *Ensayo sobre las costumbres* y su *Siglo de Luis XIV*; Diderot y d' Alembert daban principio á su *Enciclopedia*; el movimiento seguia en sentido filosófico, y la literatura se resentia de ese mismo movimiento. El hombre principal del siglo, por unos criticado, por otros aplaudido, todavía no habia llegado á adquirir el alto predominio que tuvo despues; pero festejado por los reyes, halagado aunque sin ser querido hasta por la corte de Francia; llamado por el rey de Prusia, dominaba ya la sociedad del mismo modo que la literatura con su estilo claro, correcto, no lleno de aquellas dotes que resplandecen en Bossuet, no con la sencillez clásica de Fenelon, pero sin hinchazon, manifestando un juico claro como ninguno en el mundo; mezclando todo esto con una sencillez admirable, sin afectacion, y dedicando todas estas dotes de estilo á estender y sustentar los dogmas de su filosofía. Pero al mismo tiempo iba á levantarse no de Francia misma, sino de un pueblo de la Suiza donde se hablaba el idioma francés, de una república de un estado protestante donde habia imperado la secta de Calvino y habia ejercido una intolerancia igual á la de la misma Roma á la cual combatia; de aquel pais donde se hablaba un francés correcto, demasiado correc-

to, iba, digo, á levantarse un hombre de especie nueva que habia de influir tanto como Voltaire en el mundo; que habia de dirigirse particularmente á la política; que habia de conmover no solo los tronos, sino la sociedad toda; que habia de tener no solo admiradores como su famoso contemporáneo Voltaire, sino devotos, hombre en quien relucian muchas dotes del verdadero clasicismo, á pesar de que de este se apartase en otras y no pocas cosas; hombre diferente de los de su siglo; hombre en quien iban hermanados con la filosofía moderna que despreciaba, aunque en parte profesándola, el espiritualismo, la devocion verdadera y los principios religiosos, si bien no los de nuestra religion; hombre en fin en quien habia cosas que le constituian en un ente de especie nueva, y al cual, quien quiera que tenga un alma sensible no puede menos de admirar, aunque le admire llorando. Ya se entenderá que quiero hablar del filósofo de Ginebra, de Juan Jacobo Rousseau. Cómo empezó su carrera; el influjo que ejerció en Francia; cómo le era disputado este influjo; cómo al mismo tiempo la filosofía, en medio de estas contiendas siguió creciendo; cómo se estendió á Italia y empezó á dar frutos; cómo no penetró directamente en Inglaterra, donde habia una literatura aparte; cómo vino á España y se modificó en tiempo de Cárlos III, será asunto de la leccion siguiente y de algunas posteriores.

LECCION NOVENA.

SEÑORES:

En mi última leccion acabé apuntando lo que será el principal, sino el único asunto de la presente, y aun anticipé algo de mi opinion acerca del célebre hombre cuyos escritos examinaré esta noche, del famoso ciudadano de Ginebra, sobre cuyo carácter y elocuencia han sido muy diversos los pareceres, si bien aun aquellos que le niegan la virtud no han podido menos de concederle cierto grado de elocuencia superior, y no podia dejar de ser así cuando se consideran los efectos grandísimos que sus predicaciones han producido en la moral y en la política de los estados.

Habia procurado, señores, hacer una pintura general del carácter del hombre extraordinario de que voy hablando. Ahora, siguiéndole en los sucesos de su vida literaria, aunque con ella vá mezclada su vida como hombre, iremos juzgando su carácter y sus escritos, en los cuales no hay que examinar solamente la parte literaria, porque no es posible separarla de las cosas con ella enlazadas. En el siglo pasado y mas en el presente, se llegó á conocer la trabazon que existe entre el pensamiento y el modo de expresarle, y si en aquel se conoció el consorcio de la verdadera filosofía con la literatura, en el siglo presente la crítica mas ilustra-

da, cuando vá siguiendo la expresion, vá siguiendo el pensamiento; cuando vá observando las perfecciones de estilo, vá ascendiendo á la formacion en la cabeza de los pensamientos y afectos nobles y sentidos, únicas fuentes de belleza, pues donde no hay alma que piensa bien y dotada de sensibilidad, es imposible encontrar verdadera hermosura ni aun literaria.

Juan Jacobo Rousseau no fué lo que suelen ser los literatos. Nació en condicion humilde, no tanto sin embargo que estuviese enteramente destituido de educacion; no tanto como otros que en circunstancias mas desventajosas vencieron con su talento todas las dificultades y consiguieron ganarse un nombre en las varias regiones del vasto pais de la literatura. Los padres de Juan Jacobo Rousseau eran artesanos de Ginebra, república de que dije algun tanto en la leccion pasada; de Ginebra, donde se hablaba la lengua francesa, y donde se profesaba la religion protestante; de Ginebra, donde habia un gobierno libre, y donde se usaba la voz de *ciudadano* cuando esta no era conocida en Europa, sino al hablarse de los de Roma y de Grecia; de Ginebra, donde la religion protestante habia producido cierto encogimiento, cierta severidad, ciertos pensamientos profundos, poca gala, y mucha miga, por decirlo así, en el estilo. Allí se educó este muchacho, y pasando los primeros tiempos de su vida en la condicion humilde y agena de las letras de que dá razon en la obra, admirable en verdad á la par que deplorable de sus *Confesiones*. Su juventud no fué la mas arreglada; no hizo buenos estudios, y quizá de esta circunstancia nacieron las principales particularidades de sus escritos. En su vaga lectura hubo de dar preferencia entre otras obras á *Los claros Varones* de Plutarco. Señores, cuando se hace mencion de esta obra, no puedo menos de llamar la atencion hácia ella por ser de donde han salido tan grandes enseñanzas, aunque al mismo tiempo contenga no pocos errores. Plutarco, á quien algunos caracterizan de escritor sumamente sencillo, y que no tiene tanto de esto, pues es declamador y del tiem-

po de la decadencia de Grecia, tenia talento admirable para pintar los claros varones. Los pintaba como debian verse los hombres de la antigüedad, en nada parecidos á los de la época presente ni á los de la edad media; superiores á ellos en muchas cosas é inferiores en otras, producto de una sociedad distinta, cuya imitacion no puede ser recomendable si quiere hacerse ajustada, en este siglo comerciante, industrial, cristiano, grande con otro género de grandeza, donde no se conoce la esclavitud, cuya imitacion, repito, no puede menos de llevar á estravíos queriendo copiar lo que no es copiable. Sin embargo, Rousseau se formó allí en ciertos pensamientos nobles y se encendió en afectos generosos. Lo demás que leyó hubo de ser vario. Leyó, sin embargo, mucho á un autor, del cual se vé la huella en todos sus escritos, autor estimado en todos tiempos, y mas ahora cuando los franceses, vuelta la vista al campo de la literatura antigua, no la tienen solo clavada en el famoso siglo de Luis XIV, sino que pasando mas allá y estendiéndola sobre manera á la época que llaman del renacimiento, encuentran en aquellos escritores del siglo XVI dotes, por mucho tiempo desatendidas, atentos como tenian exclusivamente los ojos á la pompa de un siglo de especie nueva. Leyó, pues, Rousseau sobre todo á Miguel Montaigne, literato no de profesion, pero bastante instruido, de ingenio original, dado á la duda, filósofo por lo mismo, aunque no sea siempre la duda una filosofía. Lo que Rousseau estudió en Montaigne fué cierta originalidad de pensamientos y cierta libertad en la frase. Todo lo que leyó sin embargo hubo de olvidarlo. Fué en su juventud desgraciado; y inutil es entrar en particularidades sobre la vida errante, vaga, que llevó y de que ha dado cuenta, en la cual hubo lastimosos yerros y flaquezas que él se creyó obligado á confesar, con escrúpulo semejante al de la mas miserable anciana arrepentida, la cual arrodillada á los pies de su confesor vá rebuscando delitos en su conciencia. Hubo al fin de venir á París, y en París se encontró la elegante sociedad del siglo XVIII.

En aquel tiempo estaban divididos, como he dicho antes, en dos campamentos los ingenios ó escritores; pero con tan desiguales fuerzas, que si bien en el real de los que sustentaban el gobierno existente, el siglo pasado y la literatura antigua se contaban adalides insignes, la suma de los talentos, del ingenio, del influjo, todo estaba en la hueste que se llamaba de los filósofos. El cuartel general de estos, para seguir la alegoría de que estoy usando, era la reunion de los enciclopedistas. Allí estaban el frio d'Alembert, el ingenioso Diderot, el Baron de Holbach, el aleman Grim, hombre ingenioso que mezclaba un poco de la ligereza francesa con cierta pesadez alemana, y cuya correspondencia en estos últimos tiempos ha sido publicada y esclarece mucho la historia de la vida y pensamientos de los filósofos de sus dias. Entre estos se encontró Juan Jacobo Rousseau, jóven al principio y despreciado, por lo cual no hubieron de ver en él sus orgullosos compañeros mas que un recluta para la hueste de la filosofía. Copiaba música, y en su originalidad y en su sensibilidad verdadera, desde luego cobró aversion á la música francesa, que no era entonces lo que es ahora, y se apasionó de aquella música, en todos tiempos hermosa, que expresada en un lenguage músico de suyo, hace las delicias de Europa, y tiene entre nosotros, aun en nuestra pobre capital, dos templos diferentes en competencia. Hizo por aquel tiempo una ópera titulada *El adivino del lugar*, que no fué cantada hasta despues que su autor hubo adquirido fama, y que produjo una revolucion en la música, aunque á los oidos acostumbrados á complicadas armonías y aun mas artificiosas melodías, ha de parecer en extremo sencilla y pobre.

Por aquel tiempo una academia de provincia habia pensado presentar una materia á los escritores, tratando la cual compitiesen por un premio, cosa que se practicaba mucho en Francia, que se ha practicado en España, que no se ha abandonado en nuestros dias, que tiene sus ventajas, pero que rara vez da lugar á producciones de mérito

mas que muy mediano. Poco podia empeñar la curiosidad ó excitar el talento el programa propuesto por una academia de provincia, y de una provincia retirada como Borgoña, que habia dejado de ser famosa; pero la novedad de la cuestion propuesta hubo de causar curiosidad y empeño á autores y lectores. Era la cuestion de que se trata resolver si el cultivo de las letras ha contribuido ó no á hacer mejores á los hombres, ó sea á la mayor felicidad del linage humano. Cuentan generalmente los enemigos de Rousseau, y no disimularé que su dicho corre muy válido y con trazas de cierto, que quiso, como era natural, sustentar la afirmativa, y que Diderot le dijo: no hay cosa mas fácil que sustentar ese pensamiento, que es como la puente de los asnos; tomad la contraria, y de ese modo adquiriréis fama. Puede que así fuese, y sin embargo de este dicho, mas deshonroso á Diderot que á Rousseau, en el discurso de este último, que no es por cierto una de sus mejores obras, hay una sinceridad tal, que al parecer desmiente la anécdota tan repetida. ¡Y quién sabe, señores! ¿Quién puede penetrar los arcanos del corazon humano? ¿Quién sabe si aquel jóven, ignorante hasta aquel momento de sus alcances y de la índole de su talento, llevado por la corriente pensó como los demás, y en el momento mismo de emprender su obra, despues de haber meditado, resuelto ya á tomar la contraria, ó sea á hablar contra las letras y las artes, y á ponderar el efecto funesto que en su opinion habian producido en el mundo, descubrió verdades donde solo habia visto una paradoja que podia sustentarse con ingenio? En aquella obra se le reveló asímismo el numen que habia de poseerle, el verdadero fuego que ardia en su pecho, y que le abrió una carrera distinguida, carrera funesta en la cual adquirió triunfos y palmas, que los mismos hombres del dia deben confesar legítimamente concedidos.

De esta obra de Rousseau dice M. Villemain con bastante acierto, que la cuestion de que trataba no es una verdadera cuestion, pues no estaba bien planteada. En efecto, es

imposible concebir el linage humano tal cual es, sin conocer su perfectibilidad; es imposible conocer al hombre tal cual es, sin conocer que ha nacido para el estado social; y es imposible concebir el estado social sin que reciba el entendimiento algun cultivo. Pero si en Rousseau hubo yerros; si este mismo discurso fué la fuente de sus primeros errores, todavía hubo en él una cosa grande, un principio que si bien se ha contado entre los principios filosóficos del siglo XVIII, era contradictorio de aquella filosofía. Desde luego Rousseau vió en el linage humano una cosa distinta de aquella clase de perfectibilidad, á que trataban de elevarle los filósofos materialistas. Sin embargo, el discurso premiado por la academia de Dijon no es una obra de primera clase: si bien hay ya en ella aquel número, y aquella fluidez de períodos que regalan el oido y embelesan la mente, y que con tanto lustre habian de aparecer en sus posteriores escritos, y muy en breve en las cartas de la *Nueva Heloisa*, ya en aquella donde se pinta la desesperacion del amante en su destierro voluntario entre los peñascos de la *Meillerie*, ya en otras donde alternativamente defiende con vigoroso raciocinio y calorosa frase el pro y el contra sobre los desafíos y el suicidio, ya en las que describiendo arrebatos del amor ahora contento, ahora desesperado, introduce á veces descripciones de la naturaleza inanimada, sacando de ella motivo á tiernos afectos, como sucede en la navegacion nocturna en un bote por el lago, trozo de la mas sencilla, sentida y melodiosa poesía, donde no se echa de menos el verso entre las regaladas cadencias de la prosa. Aquella no es elocuencia ciceroniana, ni demosteniana, ni la de la clásica antigüedad, ni la de Italia, ó España en el siglo XVI, ó la de Francia en el XVII; pero de clásica tiene la sencillez en medio de la fogosidad, y de mérito sentirse en ella el alma, dote principal del autor en sus escritos y aun en sus acciones, y disculpa de sus faltas en los primeros y en las segundas.

Premiada la obra de Rousseau por la academia de Di-

jon, propuso el mismo cuerpo nueva materia de competencia, y es de sospechar que al proponerla se pensase algo en la persona que habia llevado el premio primero: fundada parece esta sospecha cuando se considera cuál fué el argumento que se propuso. Aquel, señores, era explicar las causas de la desigualdad entre los hombres. Con la obra que escribió sobre esta materia, dió Rousseau un paso nuevo en la senda por donde habia entrado. Cometió grandes errores; vituperó una cosa tan ventajosa al hombre, y al mismo tiempo tan de su esencia como es la sociedad, para la cual se ve que ha nacido; en su locura pretendió hasta volver á las criaturas racionales al estado de salvages, ó por lo menos recomendó este estado como la perfeccion humana, error de mucho bulto que algunos despues han repetido, pero que ya no es uso cometer; error grave, pues como digo, una de las cosas que al linage humano distinguen es la comunion de afectos que solo en la sociedad se tiene y cultiva, bajo una religion, bajo un estado, bajo un gobierno, donde todos los afectos puros se subliman, donde los grandes pensamientos se elevan, y donde por fin camina el hombre á su destino, que no es otro sino el de auxiliar y hacer bien á sus semejantes y emplear sus fuerzas en favor de sí propio y de los que le rodean, perfeccionándose á sí propio al mismo tiempo. Rousseau sin embargo, lamentándose de la desigualdad entre los hombres, la achacó á la propiedad, sin pensar que la desigualdad que en la sociedad sentimos claro es que no puede estar si no en la naturaleza misma, y que por medio de las leyes y de la moral, mas que la desigualdad del hombre que se crea, es la desigualdad que se mitiga y corrige. Mucho ruido causó su obra: entre otros, Voltaire, que despues fué su enemigo acérrimo, con aquel chiste singular en que lucia su claro ingenio, le escribió una carta, de que voy á citar algunos pasages: «He leido, decia, vuestra nueva obra contra el linage humano, y por ella os doy las gracias. Jamás se ha visto á un hombre emplear tanto ingenio para querer hacérnos bestias. Ganas dan de echarse á cuatro

pies al leer vuestra obra. Sin embargo, como hace muchos años que he perdido la costumbre de andar de esta manera, dejo ese paso natural á los que son mas dignos de ello que vos y que yo.» Respondió Rousseau justificándose, y fácil era hacerlo; y digo que era fácil justificarse de lo exagerado de esta crítica, pero no tanto de lo fundado que en ella se contenia. En esta misma obra fué donde Rousseau quiso levantar su voz contra la propiedad, y dijo que el que primero habia cercado un campo, puesto en rededor de él una zanja, y dicho, esto es mio, fué el primer fundador de la sociedad civil, y que habria ahorrado males á la tierra quien hubiese venido á cegar el foso y á arrancar las estacas diciendo: guardaos de dar oidos á ese impostor, y acordaos que la tierra es de todos y los frutos de nadie: sobre lo cual dijo Voltaire que en lugar de haber hecho esto, debería haber imitado al que cerró el campo, y que haciendo lo mismo otros varios, se habria formado pronto un lugarcito muy lindo. Perdóneseme, señores, que repita aquí este trozo, citado ya por mí en las lecciones sobre derecho político constitucional, que he dado desde este mismo asiento.

Pero no era Rousseau hombre en quien podian hacer mella los sarcasmos de Voltaire. Tenia vanidad (¿quién no la tiene, y mas habiendo para ella motivo?); pero tenia algo mas que vanidad; tenia una cosa superior á ella, aunque mas vituperable por otro lado, tenia orgullo, y grande, y sabido es, que si la vanidad por una parte recelosa y por otra satisfecha, teme las censuras y codicia los aplausos, el orgullo, cuidando de no exponerse á las primeras, las tiene en poco cuando llegan, y menosprecia los segundos á causa de los altivos pensamientos inseparables del orgulloso. Esta clase de carácter era el de Rousseau; y así aun cuando las pullas y burlas de Voltaire hiciesen en él algun efecto, mal podia ser bastante á retraerle de su carrera. Entonces estaba emprendiendo una de las obras que le han dado mas fama, una de las suyas que es

mas leida, cuyo mérito es mas contestado, y en la cual no diré mas que en otra, pero sí tanto cuanto en la que mas, hay trozos admirables de elocuencia. Hablo de la novela singular titulada *Julia ó la Nueva Heloisa*. Singular la llamo, y singular la llamó su autor mismo. Su argumento en verdad nada vale: viene toda ella á ser una coleccion de cartas, escritas con poca naturalidad, donde son escasos los incidentes y no bien imaginados, y los caracteres se reducen á hablar Rousseau expresando sus propios pensamientos y pasiones por boca de personas diferentes, ya pinte á una mujer jóven, que cede á la seduccion y en medio de eso blasona de su pureza, y despues siendo casta esposa, vive con su seductor en amistad estrecha, sin haber en ella delito, porque si ocurren á los dos malos pensamientos, son estos al punto mismo desechados; ya pinte al amante, en lo general con nada que lo distinga de otros entes de su clase, y en ciertos arrebatos como el mismo autor era; ya retrate á un inglés como se creia en aquel tiempo que eran los ingleses, filósofo frio, porque domaba sus violentas pasiones, ya idee un marido, suizo filósofo, y flemático, que casándose con una mujer, cuyo desliz anterior no ignora, cuidándose poco de que su virtud padezca detrimento, trae al lado de su esposa al amante antiguo y le convierte en amigo comun; retratos todos de abstracciones ó comunes ó imposibles, sin que nada dé individualidad ó verdad á aquellas fisonomías. Fuera de esto no hay en la novela nada que desenredar, ni una narracion que empeñe la atencion y la tenga suspensa. Julia tiene un amante, este la seduce: el padre de ella la casa con otro: los dos amantes viven en paz hasta que la mujer muere de una calentura de resultas de haberse mojado cayendo en las aguas de un lago. Con tan pobre argumento, con caracteres ó tan comunes ó tan falsos, se puede pues y se debe preguntar: ¿cómo la obra de que se vá hablando goza de tanta y tan merecida fama? ¿En qué consiste el mérito de la *Nueva Heloisa*? Consiste, señores, en su singular elocuencia. En ella descubre

completamente Rousseau aquel sentir suyo de las obras de la naturaleza que es fuente de su talento y de las bellezas de su estilo; siendo notable, señores, que quienes sienten bien en sus almas y por lo mismo pintan con acierto las escenas campestres, son casi todos hombres de afectos vivos y tiernos, porque hay cierta relacion entre las perfecciones de la naturaleza externa y nuestras almas; relacion que se descubre en el modo como estas últimas comprenden y sienten las primeras. Rousseau, al revés que Voltaire, era por demás sensible á los efectos que las obras de la naturaleza producen en la mente del hombre. Tenia asimismo pasiones de las mas arrebatadas y de especie singular. No es, por ejemplo, la que pinta en Saint Preux una pasion puramente física como era el amor entre los antiguos, ni es tampoco una pasion con trazas de culto como la de Petrarca á Laura, tan imitada por los escritores que despues han descrito la pasion amorosa en prosa ó verso; es, sí, una pasion violenta, sensual y espiritual á un tiempo mismo, donde hay decoro en el deleite por ser este del alma en superior grado; pasion legítima por lo cual quiero dar á entender, no que sea conforme á las leyes divinas ó humanas ó digna de alabanza ó aun de disculpa, sino que es conforme á la que siente una criatura humana con apetitos de tal, pero dotada de un alma noble sobre manera. El estilo de Rousseau vá acorde con los vivos y tiernos afectos de que estaba el autor poseido. Su fuego pasma y enciende á los lectores. Asombra por otra parte y embelesa el número y facilidad de sus períodos y la sencillez de su diccion. Es en suma la *Nueva Heloisa* un conjunto de modelos de elocuencia en varios pasajes. Sin embargo, el que esté hecho á la sencillez hermosa de los modelos griegos; el que admire las acabadas copias que de ellos sacaron los romanos en la magestad de su lengua y carácter; el que conozca los ajustados modelos de imitacion de Grecia y Roma que se hicieron por algunos en Italia en el siglo XVI, por pocos en España en la misma época, y en Francia por muchos durante el siglo XVII, encontrará que la elo-

cuencia de Rousseau no tiene la sencillez de la elocuencia de Bossuet, de Massillon, de Fenelon. Es una elocuencia de otra naturaleza; pero que de hinchada ciertamente no peca. Nótase desde luego en el autor el gusto á que antes he aludido respecto á los autores antiguos; nótase en su diccion que habia cultivado un tanto los autores franceses del siglo XVI. En cuanto á las cuestiones que Rousseau trata en su obra, ya he aludido á algunas de ellas, pues lo que dá empeño á esta novela no es su argumento, sino estar llena de elocuentísimas y agudísimas disertaciones. Tómese por ejemplo la disertacion relativa al desafío: el inglés sacude un bofeton al amante de Julia: este quiere, como es natural, vengarse, y su querida le escribe una carta donde se examina la cuestion de los desafíos con maestría, como pocas veces se ha examinado. Sin embargo, tanto distaba aun el mismo Rousseau, que chocaba con todas las preocupaciones, de poder sobreponerse á ellas, que como trata de dar dignidad al amante, teme que la carta sea un sermon predicado en desierto. Véanse tambien como otros magníficos ejemplos del pró y el contra las dos cartas de que he hecho mencion, una defendiendo el suicidio, y otra condenándole. Se ha dicho que son mas poderosos los argumentos de la primera, si bien parece que el autor mas se inclinaba á condenar el suicidio que á defenderle; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que son dos alegados hermosos en que una lógica viva de un argumentador vehemente está animada por una diccion pura y una fluidez de lenguage admirables. Entre las cartas de otra naturaleza citaré tambien aquella otra en que el desgraciado amante, obligado á privarse de la presencia de su querida, se vá á un lugar agreste de Suiza y allí desde una peña escribe una carta en que se vé que si la prosa con número, con cadencia, no iguala á la poesía, tiene bellezas de otra especie que deleitan á la par que encantan los corazones sensibles.

Basta de hablar de esta obra, de la cual se ha dicho que encierra bastantes lecciones inmorales; pero no se crea que

su inmoralidad es la inmoralidad grosera que manifestaron otros autores. Mas temible es por lo mismo, y aunque el autor se defiende del cargo de inmoralidad en un prólogo singular, en el cual dice que ninguna doncella lea su obra, porque si la lee es perdida; y aunque dice que no deben tener temor de leerla los que hayan leido la *Aloisia*, que era una obra italiana llena de obscenidades, y escrita no me acuerdo si en el siglo XV ó en el XVI, yo diré que las obscenidades de la *Aloisia* pueden servir á lo mas para entretener á un disoluto, al paso que las inmoralidades mas delicadas, mas nobles, mas seductoras de *Julia* son mas perjudiciales, y pueden producir efectos mas funestos. Y sin embargo, en medio de esa inmoralidad, hay en el autor ya, como hubo desde los primeros tiempos, un manantial de nobles pensamientos, cierta vena de ideas verdaderamente laudables. Pero no era, señores, en la novela la *Nueva Heloisa* donde estas ideas debian sobresalir mas: Rousseau habia emprendido otra obra, cuyo argumento le hace ser superior en importancia: habia concebido nada menos que la idea de hablar de la educacion del hombre, de formar al hombre para la sociedad, pero de formarle á su modo, pues él condenaba la sociedad existente, y de formarle de una manera nueva. Escribió pues la obra inmortal de *Emilio*. Asunto es este que debe formar una leccion aparte, pues no es justicia que entre á examinar esta obra cuando se halla muy adelantado el término que me he propuesto en esta noche, cuando se resienten de cansancio mis fuerzas, y cuando mi salud por desgracia no iguala á los deseos de servir al auditorio que tanto me favorece.

LECCION DÉCIMA.

Señores:

En mi última leccion hablé de los escritos del famoso Juan Jacobo Rousseau, y como estos, si no igualan en número á los de otros, dán por su importancia tanta materia á reflexiones, dejé para la leccion presente el considerar algunos, de que no pude hablar en la última. Al mismo tiempo hoy tendré acaso que extenderme, mas que á considerar los escritos de este autor, á echar una ojeada á la sociedad en que estaba representando un papel tan brillante y haciendo un efecto tan prodigioso, que si no tuvo discípulos como el filósofo de Ferney; si no ejerció el influjo que éste; si por algun tiempo no se sintió su poder en los gobiernos; si no fué rival á la par que amigo de los reyes, tuvo lo que no ha tenido ningun hombre moderno, tuvo devotos, como he dicho en mis lecciones pasadas, ejerciendo un influjo mas poderoso todavía que el de Voltaire, influjo sobre los pueblos por medio de sus maestros, influjo el cual por sus yerros, no obstante las muchas bellas cualidades que concurrian en el autor, fué ejercido para entronizar errados principios, y dar de sí fatales consecuencias.

Antes de hablar de la parte de la historia de Rousseau relativa á su influjo político, anuncié que hablaría de la obra inmortal de *Emilio*, no porque la crea una obra llena de verdad, no porque juzgue que el sistema de educacion

allí propuesto pueda recobrar el concepto que ha perdido, sino porque en medio de sus faltas, contiene bellezas de órden superior, que todos los hombres sensibles admirarán en todos los siglos, aun separándose del principio que las dicta. He pintado á la sociedad francesa de principios del siglo XVIII; á Voltaire dominando en ella; levantada la bandera de los enciclopedistas por d'Alembert, deista dudoso, ó, diciéndolo con mas propiedad, ateista tímido, y por Diderot ateista osado, que defendia el ateismo con entusiasmo á pesar de la frialdad de esta doctrina. En medio de estos se apareció Juan Jacobo Rousseau declamando contra la misma civilizacion, pero alzando la bandera del espiritualismo que en ninguna parte tremoló mas hermosa que en la obra de *Emilio*. El principio que adoptó y explicó y recomendó en la parte de su obra relativa á la educacion, así como es erróneo en general, no es por otra parte nuevo. En todos los *utopistas* modernos y en la utopia de *Tomás Moro* que ha dado á todos los sistemas parecidos su nombre, hay algo semejante, y en la república de Platon y algun otro escrito de la antigüedad hay mucho de la misma especie. Esto no obstante, es bello su empeño de querer formar la razon del hombre y no meramente cargar su memoria, si bien por otro lado por medio de la segunda se influye con acierto en la primera. Es hermoso recordar á las madres sus obligaciones, y entre ellas la de criar á sus pechos á los hijos que les ha dado la naturaleza, aunque haciéndose cargo el autor de la corrupcion de las costumbres, y de que abundan madres poco dignas de cumplir con obligacion tan principal y sagrada, conoce y confiesa que madres de tal especie aciertan en dejar la crianza de sus hijos á una extraña, si mercenaria por otro lado, sencilla, sana y robusta. Es acertado en el *Emilio* recomendar la atencion á la parte física del hombre, que con la moral tiene conexion tan estrecha, y es dignísimo de alabanza en la misma obra el empeño de formar el alma á la virtud antes que el entendimiento. Y sin embargo, señores, lo repito, el total del

sistema de educacion propuesto en el *Emilio* es completamente equivocado y reducido á la práctica en cuanto cabe, pues reducirle completamente es imposible, sale funesto en sus consecuencias, distando infinito de dar, así en lo moral como en lo intelectual, los buenos frutos que su autor se promete. Porque en verdad, señores, sin ser yo de aquellos que se oponen á los adelantamientos de la sociedad, desacreditando cualquier tentativa para abrirse en la region del entendimiento nuevos caminos por donde se descubran cosas nuevas, diré que es frecuente, al querer apartarse de las sendas trilladas, ir á parar en despeñaderos. Esto cabalmente sucedió á Rousseau cuando quiso separarse de los sistemas de educacion conocidos y generalmente seguidos, pues buscando la sencillez y verdad (como advierte bien el insigne M. Villemain), imaginó á fin de formar la razon de su educando, á un preceptor haciendo de contínuo una especie de comedia, ó poniéndole ante los ojos para darle á conocer bien las cosas en su parte moral ó racional una perpétua fantasmagoría, de donde resulta enseñarse la verdad por medio de un engaño constante, y de donde bien podria seguirse, conocida la tramoya, desacreditarse su efecto, aunque hubiese sido saludable al principio. Tampoco es acertado por querer formar el cuerpo descuidar tanto como quiere el autor, ó diciéndolo con mas propiedad, desatender por tiempo tan dilatado el alma, ni queriendo el buen cultivo del entendimiento, desechar al punto que él hace el instrumento de la memoria y el medio de la lectura. Ello es que en los dias de mayor fama de Rousseau, cuando hubo quien tomó por aciertos hasta las extravagancias de su plan de educacion, y redujo su teórica puntualmente á práctica, empezando hasta por dar á su hijo y discípulo el nombre de Emilio, sacó un ente cuya moral en nada sobresalia, y cuyo entendimiento no se distinguia ni por lo agudo ni por lo claro, habiéndole alumbrado la luz del saber, de intento llegada á sus ojos muy tarde, de un modo no poco inperfecto.

Un trozo hay en la obra de Rousseau que vamos examinando, el cual por la materia de que trata, y por las doctrinas que contiene, es digno en gran parte de reprobacion, dándole yo la mia muy severa como debo desde este sitio, pero que con todo encierra hartas cosas admirables y aun recomendables aun sin tomar en cuenta lo magnífico y hechicero de su elocuencia. Hablo de la famosa profesion de fé puesta en boca de un imaginario vicario de Savoya, en la cual se explica y recomienda la doctrina del deismo. Pero ¡qué deismo! cuán diferente del de Voltaire y del de sus discípulos, y del de casi todos los filósofos de aquellos dias! Bien es cierto que el materialista Condorcet, en su *vida de Voltaire*, celebra la tal profesion de fé como un acto de noble arrojo de *Rousseau* contra la religion cristiana, advirtiendo que cuando salió á luz, ni Voltaire se habia todavía atrevido á tanto, á lo menos en una obra séria. No es menos cierto que recien salido á luz el *Emilio*, d'Alembert, segun refiere el mismo Rousseau en sus confesiones, escribió á este que habia compuesto la mejor obra del siglo, elogio que saliendo de boca de aquel filósofo debe adjudicarse en la composicion elogiada á la parte de ella donde se predica otra religion en vez de la cristiana. Pero los hombres de aquel tiempo en su aprobacion y aplauso de todo cuanto combatia la fé antigua segun estaba establecida, desconocieron en el que miraban como nuevo campeon en la liga anti-religiosa, un hombre en sus principios mas parecido á sus contrarios que á ellos mismos. Bien ha notado esto en nuestros dias M. Villemain á quien tantas veces he citado, y cuyas pisadas voy siguiendo aunque de lejos y con menos firme paso como muy inferior en fuerzas y tino en la parte de estas lecciones que trata de la literatura francesa. Bien hubo de notarlo Voltaire, cuyo entendimiento, además de ser extraordinariamente claro, iba alumbrado por la llama de la envidia que en él excitaba la fama de un hombre llegado en poco tiempo á ser su rival y rival poderoso. En efecto, lo mas notable en Rosseau deista era que levantaba

la bandera del espiritualismo enteramente contraria á la que tremolaba en la hueste de los filósofos del siglo XVIII y que la levantaba y defendia con fé viva, con sincero y fogoso entusiasmo, y con sin par aliento. Así cuando la cultura europea, variando de índole, de ser hija del cristianismo, y fundada en la creencia del alma pasaba á ser su contraria, ó á lo menos cuando la parte mas principal y lucida de los escritores habia dado al movimiento intelectual del siglo en Francia, un impulso que de allí se comunicaba á otros pueblos, y que le llevaba á un deismo tan cercano al ateismo que con él se confundia, siendo el dogma dominante el de un materialismo mas ó menos embozado, mas ó menos claro á la vista de los mismos que le profesaban; cuando las obras de Helvecio recien publicadas aun ó trabajándose sin remontarse á la primera fama tenian no pocos admiradores ó cuando menos aprobadores de su doctrina; cuando en el deismo del patriarca Voltaire se veia clara la negacion del alma, hé aquí que se levanta un hombre rehabilitando la parte espiritual de la humana naturaleza, y si empleando para ello en cierto modo las armas de la nueva filosofía, protestando que no las empleaba ó que no las usaba para el mismo fin que solian usarse, devoto aunque errado en su devocion, y cuyo estilo elocuente y arrebatado como hijo de sus pensamientos declaraba bien nacer de otra fuente que de aquella en donde bebian la mayor parte de los ingenios de nota y fama. Al ente privado de libertad y semejante en todo á los brutos, de los cuales se distinguia por la mejor configuracion de sus manos y por la dichosa casualidad de haber acertado con el uso de la palabra, á este ente, que era el hombre de Helvecio, el hombre descrito y calificado en la corte de Federico II de Prusia de «*hombre máquina*» si bien por un autor de corto mérito y no mayor celebridad, que era el médico *Lamettrie*, el hombre que reconocian Diderot, d'Holbach, y todos sus amigos, capitanes de la hueste filosófica, contrapuso *Rousseau* un hombre con alma, responsable á Dios de sus acciones, mo-

vido, no por cálculos de interés, sino por consideraciones de obligacion y justicia, y capaz de afectos tiernos, y de pensamientos nobles y levantados. Así en su doctrina habia una parte de cristianismo, y de lo que en el cristianismo es admirable, de lo que le distingue de las creencias de la antigüedad y aun de las mejores sectas filosóficas antiguas ó modernas, donde es cuestion dudosa la espiritualidad en el dogma primero. Rousseau, pues, en la filosofía hizo algun servicio á la causa de la humana felicidad atajando en su carrera á la filosofía envilecedora de la dignidad del hombre, y creando en sus devotos una secta diversa de filósofos que en un punto importantísimo hacian guerra á los sectarios de otra filosofía, y sin querer venian á ser auxiliares del cristianismo. Así hasta en su no muy decorosa comparacion de Sócrates con el Divino Redentor del linage humano con agudeza notó, y con algun provecho hizo patente la ventaja de la moral cristiana á la pagana, aun considerando esta última, en uno de sus mejores modelos, en el primero y mas admirado filósofo moral entre los gentiles. Por otro lado Rousseau es vituperable y peligroso, consistiendo cabalmente el peligro de su doctrina en que, acercándose mas á la verdad, de ella descarría y aparta, empleando para el intento una elocuencia por demás seductora, donde brillan el raciocinio y la imaginacion á la par, animado todo por un estilo sencillo un tanto y numeroso, y por una diccion llana y no poco correcta, con cierto sabor al siglo décimo sexto.

El siglo en que vivió Rousseau, por lo mismo que le dió tantos admiradores ó adoradores, no pudo hacer justicia completa á su doctrina. Por eso en él hizo tanto y tan grave daño cuanto bien, y por eso llegó á ser exagerado á la par que Voltaire por la gente piadosa. Pero el siglo XVIII pasó ya, señores, y nosotros á alguna distancia de él estamos ya bien situados para juzgarle, y á cuantos en él florecieron y ganaron fama. Así hablando de Rousseau puede descubrirse en él lo que se ocultó á sus contemporáneos

en el entusiasmo de admiracion apasionada ó de no menos violenta ira, y nosotros mirándole como hombre á quien ni amamos ni odiamos, no deslumbrados ya por sus luces, habiendo visto el efecto de sus predicaciones, como igualmente el de las máximas de los filósofos de otras sectas, bien podemos, generacion nueva y presente, sin dejar de advertir sus yerros y las consecuencias que deban tener y tuvieron, descubrir y dar á notar sus perfecciones hasta morales, y sin absolverle de culpa hacerle completa justicia.

Me he detenido tanto en el *Emilio*, porque fué una obra que causó en el mundo un efecto pasmoso. He hablado de sus doctrinas, y acaso puede echárseme en cara que lo he hecho excediéndome de los límites debidos, porque solo por su aspecto literario debería haberle examinado y presentado á mis oyentes, pues aquí de literatura y no de otra cosa trato; pero á mi entender es imposible y ageno de una buena crítica al tratar de las formas, no atender á la sustancia, á la esencia, que tanto en ellas influye. Y si esto es cierto tratando de las composiciones literarias de todos los siglos y pueblos, lo es mas particularmente cuando se está considerando la literatura del siglo XVIII, especialmente la francesa, en que ideas muy nuevas influyeron en los pensamientos de los autores, y dieron á las obras peculiar carácter, de donde salió la sociedad nueva en que vivimos, señalada en sus primeros años por yerros graves y atroces violencias, venida ahora á seso, y si no perfecta, sentada y juiciosa, y en cuanto es dado á la humana flaqueza, agena de preocupaciones de diversas y encontradas clases. Poco me queda que decir del *Emilio*. La naturaleza de su argumento no consentia en él ciertos primores de estilo y galas de imaginacion que tanta hermosura dan á la *Nueva Heloisa*. Pero el estilo del autor es el mismo. La ya citada profesion de fé del vicario de Savoya es un trozo de superior elocuencia, no de la de Bossuet, sino de otra clase menos pura y sencilla, menos varonil, aunque no ciertamente afectada, sino, para decirlo con propiedad, de una

clase de sencillez y pureza diferente de la de los antiguos y mejores modelos, viniendo á ser un sermon herético en verdad y algo mas, pero un sermon bueno considerado literariamente, si bien en él acaso hay mas calor ú otra especie de calor que el debido y conveniente en semejante clase de obras. Lo demás del *Emilio*, composicion puramente didáctica, solo admitia cierto linage de belleza. Esa, como he dicho y no me cansaré de repetir, se encuentra en él, y la desnudez de adornos de mal gusto, la lógica admirable, la pasion á veces, y en todas ocasiones lo fluido y numeroso del período, como en las otras composiciones del mismo escritor, causan en sus lectores, no meramente gusto, sino hasta embeleso. Que seduce mucho es innegable; pero aun á aquellos que no se dejen seducir por la doctrina puede admirar y deleitar el modo empleado para proponerla y sustentarla.

El *Emilio*, señores, tuvo lo que en aquel tiempo se consideraba como una honra; y cuenta que no voy á juntarme á la opinion de aquel tiempo, y solamente aludo á ella para que se vea lo que son ciertas épocas, y cómo la autoridad cuando desconoce el siglo en que vive, cuando se excede de sus justas facultades ó las usa mal caminando á ciegas, lejos de producir con sus órdenes y actos el efecto que se promete, cae en el vilipendio, y cae con ella el principio que representa. Digo, pues, que el *Emilio* tuvo la honra de ser quemado por mano del verdugo, por un decreto del parlamento, y que esto se considerase honra en aquel tiempo, manifiesta lo que fué Francia en aquellos dias. Acompañó al decreto contra la obra un mandamiento de prision expedido contra su autor, el cual distó á tal punto de ser llevado á efecto, que Rousseau vivió, protegido por señores de la primera distincion, libre dentro de la misma Francia; nuevo testimonio de que andaban á la sazon del todo desavenidas las costumbres y las leyes. Mas en su lugar y con mayor justicia, como se haria ahora mismo en tiempos de libertad, un arzobispo de París, piadoso, arrebatado,

un tanto preocupado, no de entendimiento el mas agudo, aunque no necio ni ignorante, usando de su derecho, ó mejor diré cumpliendo con su obligacion, fulminó contra el autor del *Emilio* una pastoral. Esta dió ocasion á una obra tambien de las mas bellas de Rousseau. El arzobispo de París, príncipe de la iglesia, se dirigió al pobre escritor que se titulaba ciudadano de Ginebra, y que tenia á orgullo darse un título semejante, y Rousseau le escribió una carta con la novedad de titularse: *Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, á Cristoval de Beaumont, arzobispo de Paris*. En hora buena que Voltaire se riese de ella y lo ridiculizase en aquel verso

Beaumont pousse à Jean-Jacque et Jean-Jacque à Beaumont

y que despues digese que era una ridícula copia del *César imperator Ciceroni imperatori;* ello manifestaba cuáles eran los tiempos que se iban acercando. La obra de Rousseau es una obra maestra de lógica, en que hay muchos raciocinios errados, porque recaen sobre falsos principios, pero en que admitidos los principios, están bien deducidas todas las consecuencias.

Escribió tambien otra obra, en la cual se acercó á los moralistas mas severos; hablo de la famosa *Carta sobre las comedias*. Allí se vé toda la belleza de imaginacion, toda la ternura de corazon del autor. Reprobó el teatro para un pueblo pequeño como Ginebra; pero conoció que debia tolerarse en las grandes poblaciones. Dijo que el teatro tenia inmoralidades, y que las tendria en todos tiempos; indicó medios por los cuales podria mejorarse, y un tanto sin embargo se engañó en los que indicaba. El teatro á mi entender no es inmoral absolutamente; pero considerarlo como escuela de moral, prometerse de él grandes efectos, y querer igualarle con la enseñanza religiosa, sobre todo, como hizo Voltaire, que con tan claro entendimiento en todas las cosas, le tenia tan turbio cuando se trataba de declararse

contra la religion, cuando le comparó y antepuso al púlpito; decir que ha producido tantos milagros, y que ha contribuido á la mejora de las costumbres en el mundo, eso, señores, es una de las mayores demencias imaginables. Rousseau vió lo que era el teatro en sí; le juzgó con demasiada severidad, pero con acierto. Verdad es que se equivocó cuando volviendo su vista á las repúblicas antiguas, y sobre todo á aquella Esparta, objeto de su loca y constante predileccion, mal empleada y no mejor entendida, pretendió descubrir allí los únicos espectáculos que convienen á pueblos libres y virtuosos. No hay duda, sin embargo, en que es bella la descripcion que hace de una fiesta espartana, á la cual concurren separados los hombres de distintas edades, diciendo los viejos:

Nous avons eté jadis
Jeunes, vaillants et hardis
Fuimos en tiempos pasados
Mozos, valientes y osados.

Y siguiendo á estos los hombres en la fuerza de su edad con las expresiones:

Nous le sommes maintenant
A l'épreuve à tout venant
Lo somos en este instante
Contra el que venga delante.

Y acabando con los muchachos que dicen:

Et nous bientot le serons
Qui tous vous surpasserons
De aquí en breve lo seremos
Y á todos excederemos.

Pero esta fiesta, que sin duda tiene hechizo por la sen-

cillez de costumbres, que acredita en quienes la hacian; aun sin contar con que no pasa de ser un culto á la fuerza corporal, dando el valor guerrero por único objeto al hombre, trasladada á los tiempos modernos sería una farsa ridícula por no cuadrar con nuestra civilizacion cristiana y pacífica, de lo cual se vió claro el ejemplo en Francia, cuando en el período mas loco y feroz de la revolucion tuvo fiestas parecidas, causando con ellas ó fastidio, ó risa, ó enojo.

Pero en medio de semejantes yerros ¡cuán admirable composicion es la carta de que estoy ahora hablando! ¡Qué calor hay en ella tan verdadero! ¡Qué ternura! ¡Qué admiracion de la naturaleza! ¡Qué afectos tan sencillos! ¡Qué ódio tan firme á la corrupcion de la sociedad, si bien este ódio se extiende á la civilizacion misma, sin considerar que la civilizacion bien entendida puede y aun debe ser fuente de virtudes, y que cuando la filosofía verdadera alumbra al hombre, por la via de la sociedad perfeccionada en cuanto es posible, atendida la imperfeccion de la naturaleza humana, podemos encontrar en los verdaderos progresos sociales la dosis de felicidad que nos es dado tener en la tierra!

Estos, señores, fueron los principales trabajos de Rousseau; pero hay otra obra que ejerció por algun tiempo mas influjo; hablo de su malhadado *Contrato social*. Y no se crea, como algunos poco leidos se figuran, que Rousseau en su contrato social se redujo á esplicar ó sustentar la tesis de lo que se ha llamado soberanía nacional, que ya otros habian sustentado mucho antes, en España nuestro Mariana, en Inglaterra una porcion de autores, en Francia algunos, en la edad media Santo Tomás de Aquino y otros en siglos remotos. Rousseau pasó mas adelante y hasta enseñó la tiranía, porque buscando la libertad política en el poder del pueblo y tomando por modelo las repúblicas griegas, hizo el elogio de lo que se debe llamar el gobierno absoluto, pues gobierno absoluto puede ser el de una re-

pública, siendo muy cierto que donde no hay poder alguno en los gobernados y todo está en los gobernadores; aun cuando el cuerpo político sea nombrado por eleccion, constituido ya el gobierno, quienes están en él, vencen todas las resistencias y á nombre del pueblo establecen el poder absoluto que suele ser una tiranía. Este daño grandísimo hizo el *Contrato social*, y esta aplicacion hizo de él el famoso tribuno Robespierre, cuando llevándole á efecto reconoció la soberanía popular, reservando á los gobernadores, producto de la voluntad espresada en la eleccion, el derecho de cortar las cabezas de los gobernados. El mismo Benjamin Constant dice: «no conozco tiranía que no tenga su justificacion en la eterna metafísica del *Contrato social*» y si esta obra pudo ser celebrada en Europa, ya en sus tiempos hubo quien la llamase el *Contrato anti-social*, y en nuestros dias es mas citada que leida: Verdad es que desde entonces se han hecho adelantamientos en las ciencias políticas, adelantamientos hechos con la direccion de dos maestros excelentes, la experiencia y su hijo el escarmiento.

Rousseau escribió tambien una constitucion para Polonia, y en esa misma constitucion se encuentran sus ideas. No hablaré de las otras obras de este autor; no hablaré de sus *Cartas escritas desde la montaña*, en que profesa aquella su clase de cristianismo lleno de errores, pero defendiendo muchas doctrinas del cristianismo verdadedero contra los ateistas; hablaré de su última obra, que no se puede leer sin cierta curiosidad, sin cierto empeño, sin cierto dolor; hablo de sus *Confesiones*, escritas con sencillez admirable, con todo el calor que dá de sí el asunto. Las *Confesiones* de Rousseau son una de las obras que mas empeñan y embelesan. En hora buena, señores, que no se encuentre en ellas lo que en las confesiones de otro grande autor admiran los que las han leido; en hora buena que San Agustin, doctór de la Iglesia, de clarísimo ingenio y agudo entendimiento, aunque á veces ofuscado por el mal gusto de su tiempo, el cual, al paso que se entregaba demasiado á cier-

tas sutilezas de ingenio, defendia con natural elocuencia la verdadera religion; en hora buena, digo, que en medio de estos defectos de su tiempo se levante sobre el mismo Rousseau. Esto es efecto de la mayor sencillez de San Agustin y de la superior doctrina que defendia. Rousseau no fué ni ser podia un escritor de la clase del Santo Doctor de la Iglesia. Pero si se le quedó inferior en muchas cosas, en otras llegó á igualarle y á excederle. Sin embargo, por lo que hace á la humildad que tan bien parece en la virtud, y que es tan propia del acto de la confesion, no merece el filósofo de Ginebra grado alguno de alabanza, pues al revés se figura en un dia de juicio ante un tribunal como el de Dios, y allí dice que osará presentarse entre la turba de los demás hombres, y apareciendo con su libro abierto, provocar á todos los que le rodean á decir si se atreven: « he sido mejor que este hombre. » Sin embargo, en esa misma obra donde cuenta su vida vagamunda, confiesa errores vergonzosos; cuenta hasta la falta mas pequeña, hasta haber robado un poco de fruta cuando era chico, y hasta su enlace, no criminal pero vergonzoso, con una mujer soez, vulgar, que despues recibió honores de la Convencion como viuda de Rousseau, y el feo delito de haber puesto en el torno de los expósitos á mas de un malhadado fruto de aquellos torpes amores.

Todo esto hizo Rousseau cuando se creia tan bueno como el mejor entre todos los hombres; pero en medio de ello, en medio de que esa obra suya descubre en él malas cualidades, ¡qué calor tan verdadero respira! ¡Cuán preferible es ese orgullo, á cierta especie de ruin hipocresía, en la cual hay tambien el orgullo, que tenian los filósofos, sus opositores! ¿Y cómo no han de mover á lástima los escrúpulos de un entendimiento enfermizo que vá contando todas las faltas cometidas por su dueño, y al fin, como si se considerase obligado á ello del modo mismo que lo están los católicos, hace una confesion tan sincera, cuanto es dable hacerla, y en lugar de comunicarla á un hombre cuyo deber es tenerla

reservada, la revela á los mismos mortales corrompidos, de quienes sabia que habian de reirse de sus debilidades é insultar sus flaquezas?

Esta es, señores, la carrera literaria de Rousseau. Por lo demás, su vida siguió siendo bastante oscura. Retirado casi siempre cerca de París, obligado al cabo á huir de Francia por sus escritos, y mas por lo desdeñoso de su genio, metiéndose en contínuas riñas, á pesar de que en él habia lo que se puede llamar los principios constitutivos de una buena índole, hubo de aceptar en Inglaterra un asilo que le ofreció un hombre, de quien he hablado anteriormente, un hombre contrario en todo á Rousseau, un inglés de los de mas claro entendimiento, pero desnudo de pasiones, filósofo por excelencia, materialista, y tan padre de la duda, que negó hasta la casualidad; David Hume, el amigo de Voltaire, el que con su presencia, un poco tosca aun para escocés, gente de no grande elegancia, sin querer por esto agraviarlos, se recreaba en venir á Francia, donde era festejado por lo mas fino y culto de entre las damas de la corte de Luis XV. Este hombre, á quien se entretienen en pintar las memorias de aquel tiempo, queriendo hacer del galan vestido con un uniforme mal hecho que solo servia para realzar lo feo de su traza, un hombre de bien con todo no obstante su mala filosofía y su frialdad con la vanidad inseparable de la naturaleza, quiso hacer de protector de Rousseau, y se le llevó á Inglaterra, pais libre, donde no debia temer persecuciones, y donde viviría bajo el amparo de las leyes y con el socorro de una pension de la corte. Jamás podian haberse juntado dos caracteres mas diversos. Hume nada tenia de malo, como he dicho, pero falto de pasiones, propendia al bien por cálculo, sin entusiasmo al ser generoso: Rousseau era todo al revés; en él todo era entusiasmo, todo pasion arrebatada. La frialdad de aquel hombre le helaba, y no la comprendia; sospechó de él, y sus sospechas se cambiaron en certidumbre cuando vió que Hume oponia á ellas su imperturbable

flema. Lástima dá contar la riña sangrienta en que terminó aquella amistad, mal formada entre hombres tan desconformes, riña en la cual ninguno de los dos dejaba de tener razon absolutamente; riña en que los dos pagaron las consecuencias del grave yerro que habian cometido, formando una amistad que no podia tener buen paradero. Lástima dá oir contar á Rousseau, y esto pinta mas que otra cosa su carácter, cómo una vez cuando estaba dudoso de si Hume le habria llevado á Inglaterra para engañarle, se cubrió su rostro de lágrimas, y abrazando á su amigo le decia como frenético: «no, no, David Hume no es traidor,» y que Hume le respondió en francés mal pronunciado, y como quien no entiende aquel extremado arrebato sin motivo, dándole palmadas en el hombro: «Ah mon bon monsieur, mon bon monsieur.» Rousseau dice que creyó ver en la poca emocion con que correspondia á sus esclamaciones, una prueba clara de su fria y calculadora perfidia.

He concluido con Juan Jacobo Rousseau: en mi leccion siguiente quizá volveré á hablar de él, no para examinar sus escritos, sino para ver la parte que tuvo en el gran movimiento del siglo XVIII durante la última mitad de él. Solo queda ya en Francia un hombre de primera clase que examinar y de quien hablar, que es el conde de Buffon. Faltan, sin embargo, que recorrer las obras de muchos autores de segunda clase, y aun debemos examinar lo que era el movimiento filosófico de los entendimientos cuando ya la revolucion se iba acercando. Queda tambien que volver la vista á otros paises descuidados hasta ahora, y que en varios ramos del saber dieron producciones diferentes de mas ó menos mérito, teniéndole algunas muy crecido.

En efecto, la filosofía francesa dominaba en Francia y en todo el orbe civilizado, libertándose de ella mas que otra nacion Inglaterra, que con su libertad de hablar é imprimir, su religiosidad suma en medio de la tolerancia de varias religiones, y los hábitos de pensar de los ingleses, hábitos nacidos de las peculiares circunstancias de su pa-

tria, se habian creado un mundo literario aparte y propio suyo.

Pero esta filosofía tan innovadora, en lo puramente literario era tímida y rutinera. Las formas de toda composicion seguian siendo en Francia las mismas que en los pasados tiempos, y si se alteraban en otros paises era para ajustarlas á los preceptos del gusto francés antiguo. Pero como la esencia de las cosas influye en las formas que llevan, la clásica sencillez de los antiguos estaba harto desfigurada. Respetándose las reglas añejas se habia desacreditado lo que de las composiciones sujetas á aquellas reglas era antes el alma y la vida. Así el espíritu innovador prestaba su carácter á las formas de que se seguia revistiendo. Una elegancia nueva sustituyó á la antigua mas sencilla y no menos bella. Notábase la falta de fé ó asomaba en las composiciones una fé nueva, que las alteraba. Así se iba preparando el siglo á la renovacion tremenda que al punto de terminar le esperaba, y de la cual habia de salir un órden nuevo que en la literatura, como en todas las cosas, y en ella tanto cuanto en la que mas por ser hija de la sociedad y á la par expresion suya, habia de manifestarse mezcla de lo antiguo y lo moderno, con carácter no tan definido, y con mucho de ecléctico, propiedad de quien tiene en la mente la memoria de muchos errores, de algunos aciertos, y de no pocas dudas.

LECCION UNDÉCIMA.

Señores:

Toda mi última leccion fué ocupada en hablar del célebre escritor Juan Jacobo Rousseau, así como lo habia sido la anterior: en esta se presenta una tarea de distinta naturaleza. Los hombres cuyos escritos mas influjo tuvieron en la suerte del mundo al principio del siglo XVIII, casi todos nacieron en Francia, pues si bien Inglaterra en el mismo tiempo tuvo escritores insignes, su literatura completamente separada de la del continente, nunca pudo ejercer en el resto de Europa el influjo que la francesa; y aunque en algunos puntos se acerca mas á la pureza clásica, y en otros es mas perfecto modelo de la literatura romántica, por adolecer del defecto de no tener relaciones directas con las demás naciones, no puede empeñar tanto la atencion de los lectores, ni la de mis oyentes. Sin embargo, no lo que mas entretiene es únicamente lo provechoso, y cuando vayamos recorriendo el campo de la literatura; cuando hablemos de algunas medianías y al mismo tiempo del tono general literario; cuando examinemos cómo en virtud de los trabajos de los hombres insignes habia subido de punto la civilizacion, entonces nos ocuparemos en una leccion tan provechosa cuanto lo es la anterior aunque no sea tan entretenida. Ni está acabado todavía el catálogo de los hombres

ilustres de aquel siglo; hay otro de quien me tocará hablar esta noche, aunque temo que á pesar de la importante naturaleza de sus trabajos, por no haber en él tanta variedad como en los otros, no podré decir lo bastante para llenar toda la leccion presente.

Los que han escrito acerca del siglo XVIII, y entre ellos el insigne Mr. Villemain, cuyas huellas en la parte francesa me glorío de seguir, advirtiendo que á él debo mucha parte de lo que explico á mis oyentes, alterándolo como creo conveniente, pues la pequeñez de mi ingenio todavía quiere conservar su independencia, y el ilustre Mr. Barante, famoso historiador de los duques de Borgoña, que en un libro breve en dimensiones pero rico en pensamientos ha tratado de la literatura del siglo XVIII, todos están acordes en colocar al autor de quien voy hablando á la par con los otros hombres mas célebres del siglo, Voltaire, Rousseau y Montesquieu. Ya entenderán los que me escuchan que no hablo de otro que del conde de Buffon, autor de la *Historia Natural*, cuya fama tanto y con tanta justicia ha sido ensalzada. Su obra es diferente de las de los otros esclarecidos varones de su siglo. El conde de Buffon, si bien aspiró á la celebridad (¿y quién puede hacerse famoso sin aspirar á ella y sin sentir en su pecho un tanto de amor á la gloria, que es la fuente de los pensamientos levantados y de los afectos nobles?), el conde de Buffon, digo, si bien aspiró á la gloria, la buscó por caminos mas tranquilos que los otros tres. Nació, señores, en una condicion mediana, mas cercana á la alta que á la baja; pertenecia á la clase de la nobleza, como indica su título de conde, aunque no era la suya de la mas antigua, sino de la nobleza borgoñona y media: pasó su juventud en los viajes; era galan de persona, y vestia con gusto y finura y muy al uso, realzando su buena presencia su adorno. En sus viajes cultivó su ingenio y se hizo hasta admirar por su bizarría, pues cuentan de él que tuvo un famoso desafio. Todo anunciaba en fin, ser él un hombre dedicado á hacer carrera y lucir en el

mundo frívolo y brillante, y nada prometia que habia de convertirse en un gran literato. Anduvieron los tiempos; dedicóse á la Historia Natural; creóse entonces el famoso jardin de plantas, de que es una pobre imitacion aunque bonita nuestro Jardin Botánico; colocóse en él una coleccion de fieras para el estudio de la zoologia, y el conde de Buffon por sus estudios anteriores, juntamente con otro hombre célebre, Mr. Daubanton, fueron puestos al frente del establecimiento. Entonces concibió Buffon la idea de escribir su grande obra. Empezó por una teoría atrevida sobre la fundacion del mundo, y en aquella composicion, verdaderamente hechicera para un hombre de imaginacion, hizo ostentoso alarde de la variedad y viveza de su fantasía, de la alteza de sus pensamientos y de las prendas encantadoras de su estilo. El suyo era citado por los enemigos de los filósofos del siglo XVIII, y no solo por estos, sino por los enemigos de Rousseau, enemigo él mismo de los enciclopedistas, como un modelo del verdadero estilo clásico, como uno de los que recordaban los famosos escritos de los autores del siglo de Luis XIV, como un modelo que reproducen los mas perfectos de la antigüedad. Sin embargo, dando á Buffon todo el elogio que merece, no puedo avenirme con la calificacion que de él se hace, ni la merece como autor clásico en el sentido de tal y como lo fueron los inmortales ingenios de Grecia. Buffon era hombre de la sociedad moderna, y su lenguage era un tanto pomposo, aunque no de mala especie de pompa. En un discurso célebre que hizo para ser recibido en la Academia francesa, dijo, con algunos principios que despues controvertiré, que el estilo era todo el hombre; y de ello él mismo era la prueba, pues se cuenta que solia para componer vestirse al uso del tiempo, muy galan, con bordados y vueltas de encaje, y su estilo se resiente del estado del ánimo de su persona, pues en cuanto es posible, bien puede decirse que es estilo de aquella clase de adorno que el autor para componer se ponia.

No es de mi obligacion, ni tampoco de mi competencia, y lo que es mas, no alcanzarían mis fuerzas á tanto, el juzgarle como hombre científico en la materia que cultivó. De intento se puso á luchar con el célebre naturalista sueco Linneo, hombre distinto porque carecia de natural elocuencia, no siendo la palma de esta lo que pretendia. Se empeñó Buffon en desacreditar su clasificacion, que sin embargo con algunas alteraciones ha venido á prevalecer en las regiones del mundo científico. Pero Buffon, engañándose á menudo como filósofo y como físico, dando rienda suelta á su imaginacion, lo cual no es el medio mas seguro para acertar en las ciencias, escribió como poeta; pues si bien no pretendo decir que son enteramente poetas los que escriben en prosa, sustento que gran parte, y muy principal de lo que constituye al poeta, son los vuelos de la fantasía y los afectos vivos, que son una reverberacion de pensamientos altos y nobles. Prendas poéticas mas que otras hay en la Historia Natural de Buffon. Poética y magnífica en el concepto y en la expresion es su hipótesis sobre la formacion de la tierra; poética y hermosa su descripcion de la creacion y del hombre apareciendo por la vez primera solo habitante racional así como señor del mundo: propias de la poesía y de la mejor poesía las pinturas de los animales, donde á la par que se representan sus movimientos y figura con gala de diccion y riqueza de conceptos, mas que con exactitud científica ó verdad, se les prestan las pasiones y propiedades humanas, no obstante ser el autor cartesiano, y reducir con Descartes, su maestro, á meras máquinas á las bestias.

Sabido es cual fué su teoría respecto á la formacion del mundo, y que adoptando el sistema de los que están por ser producto del fuego en lugar del de los que opinan serlo del agua, supuso que el globo era una parte desprendida del sol por el roce de un cometa, y habiendo existido durante mucho tiempo en estado incandescente, al fin fué enfriándose hasta ponerse en situacion de ser habitable.

Que esta hipótesis pueda ser cierta, nadie osará ponerlo en duda; que está demostrada, tampoco hay quien pueda afirmarlo; que sin darle mas probabilidades que otros escritores dieron á las suyas, la revistió de colores tan hermosos que hizo de ella un bello poema, es cosa en que deben convenir todos cuantos tengan gusto literario; que con ella se alistó en el gremio de los filósofos de su tiempo, puede decirse; pero en esto está la diferencia entre él y todos los demás de su siglo. Montesquieu, por un lado desdeñando á los filósofos y por otro intentando pertenecer á su gremio en cierta manera, celoso de Voltaire, aunque afectaba encubrir sus celos con la indiferencia, no sin visos de superioridad despreciativa, despues de vender su empleo, se retiró á sus tierras, y allí, insensible á las censuras que sobre él venian de parte del partido religioso y jansenista ó defendiéndose con rigor de ellas, pasó su vejez en tranquilidad, tenido por del partido filosófico y con razon por un lado, por mas que dijese que estaba de él muy distante. Voltaire al reves, adulador de los reyes, y al mismo tiempo atrevido, blasonando de filosofismo, creyendo que su mismo espíritu y manejo cortesano eran medios de extender las doctrinas filosóficas en que pensaba imbuir los ánimos de los poderosos de la tierra, para despues reducirlas á práctica, huyendo á veces, y á veces haciendo frente á sus enemigos, astuto, tímido, que de tal merece ser calificado en no pocas ocasiones, aunque en muchas acreditó osadía, no arrió bandera ante el partido religioso, y al contrario tuvo tremolada la suya como en competencia, llegando á adoptar aquel famoso dicho de que hablaré despues y del cual si hubiese vivido se habria arrepentido, el dicho de: *écrasser l'infame*, calificando y queriendo dejar excerada como infame la religion que ha civilizado al mundo y que ha hecho á la sociedad los mayores beneficios. Rousseau mas religioso, mas independiente, despreciador orgulloso de todas las potencias de la tierra y mas que de ninguna otra de la de los filósofos, pasó su vida entera en una especie de desdeñoso

cinismo, acometiendo á los que le acometian, espiritualista contra los materialistas, deista contra los católicos. Nada de esto era Buffon. Fuesen cuales fuesen sus principios, no bien supo que su teoría de la formacion de la tierra habia dado márgen á las alabanzas de algunos, que le contaban ya alistado en las banderas filosóficas, y á las críticas de otros que le vituperaban por eso mismo, cuando se sometió resignado á que examinase su obra la universidad de Paris, llamada entonces de la Sorbona. Es de creer, señores, sin figurarnos á Buffon demasiado presuntuoso ni demasiado humilde, que no hubo de creer á los teólogos doctores de aquella universidad los mas competentes para juzgar su teoría; pero cuadraba con sus deseos dar tal ejemplo de deferencia á la autoridad religiosa. La Sorbona se juntó gozosísima de ver sujeto á su fallo por propia voluntad un autor insigne, y extrayendo de la obra presentada á su exámen algunas proposiciones, las dió por mal sonantes ó capaces de ser mal interpretadas. Respondió á esto Buffon con humildad explicando lo que en su obra disonaba, de tal manera, que con la explicacion se acreditaba de religioso; y del hecho de proceder así, y aun del tenor de las explicaciones mismas, bien puede colegirse sin pecar por exceso de malicia, que el autor un tanto se burlaba. Pero quedaron á salvo las apariencias, compusiéronse las cosas, siguió corriendo sin nota la historia del mundo, y Buffon quedó por filósofo en concepto de los que estaban interesados en que no dejase de serlo y por buen cristiano en concepto de los devotos, no menos interesados en tenerle de su partido.

Pasada la parte de su obra que habia dado márgen á esta crítica y á este peligro, se lanzó el insigne escritor por otro camino mas llano. Ya he hablado, señores, de sus descripciones de los animales, que son en verdad hechiceras, y he dicho que no hay que buscar completa exactitud, mas al contrario, pues prestando á las bestias pasiones humanas, y describiéndolas tal cual se las figuraba su imaginacion poética, incurrió en errores como exacto naturalista, pero re-

montó cada vez mas su fama como escritor, llegando á ponerla entre las mas altas. Sirva de ejemplo de lo que voy diciendo, su magnífica descripcion de la figura y calidades del caballo, comparada y digna de compararse con las mas hermosas que hay en la poesía, con la del libro de Job, con la contenida en una comparacion dos veces repetida en la *Iliada* de Homero, y copiada por Virgilio en su *Eneida*, por Tasso en su *Jerusalen*, por Voltaire en su *Henriada*, con la del mismo Virgilio en sus *Geórgicas*, con la bella cuanto las antes citadas, pero profusa en epítetos y algo redundante y aun no falta de ripio, que hace nuestro Pablo de Céspedes en su poema de la pintura. Gloria es de un escritor en prosa haber igualado con altos modelos de poesía, pero falta es de un naturalista como pretendia serlo y era Buffon, figurarse ó describir al caballo tal cual le imaginan y pintan los poetas, noble, brioso, alentado, ansioso de entrar en las lides, estremeciéndose al son de la trompa guerrera, cuando en realidad es animal tímido y espantadizo al cual hasta su propia sombra asusta por pintarse en la retina de sus ojos muy abultados los objetos.

Ha sido comun comparar á Buffon con Plinio, comparacion que en mi sentir le agravia, pues sin desconocer yo el mérito literario del escritor romano (en materia de estilo solamente, pues como naturalista no es mas que un compilador, inferior por demás á Aristóteles) al cabo Plinio no pasa de ser un escritor de época de decadencia, con calidades de tal aunque con superiores prendas para su tiempo, que en sus mejores obras se resiente no poco de afectacion dando al estilo cierta palidez ó lima excesiva y de mala especie, y no acertando á darle la correccion buena y verdadera, y distante de la sencillez del siglo de Augusto y mas todavía de la de Grecia en sus buenos dias, al paso que Buffon, si no completamente dotado de la pureza de la clásica antigüedad, á ella se acerca explayándose, si no con absoluta sencillez, sin afectacion en sus períodos.

Al hablar de Buffon hube de citar, señores, su discur-

so leido al ser recibido como académico en la Academia francesa. Repetí y aun celebré entonces la muy citada y aplaudida expresion del mismo discurso, donde se declara que «*el estilo es el hombre todo*,» y dije asimismo que en el discurso que elogiaba habia entre singulares perfecciones, algun yerro no leve. Tal es, señores, en mi sentir, una que se dá allí por máxima crítica, y que es tal, que constituye una de las principales diferencias entre la práctica que recomienda, y la escuela verdaderamente clásica. Y cuenta, señores, que cuando reparo yo en esta diferencia notable, aunque lo hago admirando á los que poseen y muestran en sus obras un gusto clásico acrisolado, y aunque creo que muchos entre quienes le tienen y manifiestan distinto lo hacen sin conocerlo, pues á ser clásicos aspiran, y no aciertan, todavía opino que por otras sendas fuera de la seguida por la clásica antigüedad, puede llegarse á cierto grado de perfeccion, señaladamente cuando el estilo sirve para declarar pensamientos que los antiguos no tuvieron ó no expresaron. Por eso (siguiendo en mi digresion), he mostrado que admiro á Rousseau, cuya acalorada elocuencia, si bien sencilla y natural, no es clásica; y admiro sobre manera á Buffon, no solo en lo que á los clásicos se aproxima, sino aun en cosas en que de ellos se desvia. Pero en punto á la máxima de Buffon que iba citando, señores, al volver á ella, á ella tengo que llamar la atencion de mi auditorio, porque el observarla es una de las particulares faltas, ó dígase si se quiere calidades de muchos escritores de nuestros dias. Es la máxima á que aludo, que en el estilo deben usarse con preferencia los términos generales. De atenerse á esta regla se sigue, huir de llamar las cosas por sus nombres, y caer en la perífrasis; defecto principal de los falsos clásicos franceses del siglo XVIII y principios del XIX, y no de los de aquella nacion en el siglo XVII, ni de los romanos, y señaladamente no de los griegos, verdaderos modelos y maestros, cuando de belleza clásica se trata.

Siguiendo en esto, señores, insistiré en decir que escritores que pretenden ser de diferentes y aun encontradas escuelas, apellidándose clásicos unos y románticos otros, concurren en uno á mi entender grave vicio, que los clásicos antiguos no conocian, que de las reglas del romanticismo (si este tiene algunas fijas) desdice, y que quita al estilo nervio por huir de afearle. La idea de la desigualdad de las palabras llevada al extremo, cuando solo debería ceñirse á desechar algunas voces y frases bajas, mueve á no pocos autores á esquivar el uso de la voz propia, y señalar los objetos por medio de generalidades. Así por miedo á ser trivial se es trivial por otro lado y muy de veras, viniendo á suceder que á no pocos de los que esmerándose en producirse en elegante estilo manejan la pluma, puede decirse lo que Teresa Panza á su buen Sancho: «Desde que os hicísteis miembro de caballero andante (dígase desde que os habeis metido á escritor) hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.»

Ceso de hablar de Buffon, y con él ceso de hablar de los principales hombres de Francia en el siglo XVIII, y cuando digo de Francia, repito lo que he dicho antes de los principales autores del mundo, pues sabido es el influjo que Francia ejerció en aquel tiempo sobre el orbe entero. Réstanos ir considerando otros hombres de menor cuantía, y al hacerlo no nos detendremos tanto en los nombres particulares, cuanto iremos examinando las diversas clases de escritores para ir registrando los departamentos de la vasta region de la literatura. Al mismo tiempo será preciso que pasemos á otros pueblos á examinar el movimiento literario que en ellos se iba efectuando; en Inglaterra, algo mezclado con el de la literatura francesa, pero conservándose una literatura aparte, esto es, existiendo á la par con la escuela francesa de Hume la de otros insignes escritores de la escuela indígena anglo-sajona; en Italia, olvidada la literatura antigua y floreciendo la literatura francesa; en Beccaria, en Filangieri, en Metastasio y otros; en España, en el reinado de Carlos III, empe-

zando á florecer tambien, y presentando algunas lindas flores. Al mismo tiempo que hable de estos hombres inferiores, no debo perder de vista que uno de los principales, de quien he hablado tanto al tratar de Francia, todavía existia y escribia, y aunque menguado en su fuerza, y un tanto debilitada la viveza de su imaginacion, conservaba el vigor de su ingenio y su claridad de pensamientos y estilo, principales dotes que siempre le distinguieron. En los últimos años, convertido en patriarca de una nueva religion contraria á todas, recibia mas acatamientos que en otro tiempo, y hasta con las últimas producciones de su pluma siguió ejerciendo un influjo mucho mayor que el que ha ejercido literato alguno en los tiempos antiguos ni modernos. Reñido Voltaire (ya habrán todos conocido que de él hablaba) con su amigo Federico, se habia retirado á vivir en Suiza. Cuál fué el motivo de la riña era fácil de comprender para quienes conocian los caracteres de aquellos dos hombres. Federico, déspota, ateo, sin creer en cosa alguna, burlándose de todo, y teniendo un alma maligna, gustaba, segun decia, de desprenderse de su carácter de rey, y reunia en torno de sí una porcion de literatos con quienes quería tratar familiarmente, reservándose solo el derecho de olvidar la familiaridad ó llevarla al extremo y á ciertos terrenos, sin consentir que los otros la llevasen hasta los mismos; en una palabra, era un tigre que gustaba de jugar con los hombres, pero que por lo comun dejaba en los compañeros de sus juegos impresa la señal de sus uñas. Voltaire, soberbio ya con sus triunfos, que blasonaba de haber visto en aquel rey un discípulo suyo, porque él mismo se daba por uno de los mas humildes discípulos del escritor francés, entendió de veras lo que debió entender de burlas ó con restricciones; se puso en un pie de igualdad con el rey; se metió en riñas con los literatos de la corte; se las hubo con un Maupertuis, literato de alguna fama, pero extravagante; no quiso ceder al deseo del soberano que le mandaba como amigo reconciliarse con su

contrario (y estas espresiones de mandar y amigo espresan bien las calidades de Federico y la situacion en que se hallaba Voltaire), y hubo de huir de aquel ingrato hospedage, teniendo el disgusto de que en su huida fuese alcanzado por los soldados prusianos, que poniéndole al pecho las puntas de las bayonetas, le detuvieron una noche en su cama hasta que hubiese entregado ciertos versos, que suponian se habia llevado del rey.

Se retiró Voltaire á Las Delicias, lugar pequeño cerca de Ginebra; pero habiendo sido molestado por los calvinistas de Ginebra, hubo de mudar de residencia y escogió otro punto de Suiza en el cual fundó una colonia que llegó á ser floreciente y cuyo nombre ha sido despues asociado al del escritor, pues es conocido con el de patriarca de Ferney. Desde allí era desde donde seguia ejerciendo su influjo. Allí iba poniendo en práctica su filosofía; allí fué donde creyendo dar un gran golpe á los materialistas, de los cuales por cierto no era muy contrario, reconoció la existencia de Dios; pero tuvo el atrevimiento de poner en el monumento que levantó al Ser Supremo, la siguiente inscripcion, mas blasfema que todas las blasfemias escritas en sus obras: *Deo erexit Voltaire*: es decir, Voltaire erigió esta fábrica reconociendo la dignidad de su rival: es decir, estas dos grandes potencias se reconocen mútuamente. Allí para blasonar de su tolerancia recogió cuando los jesuitas estaban perseguidos á un buen padre Adan, del cual decia que no era el primer hombre del mundo; allí al mismo tiempo, con aquella mezcla de pensamientos y afectos que se encuentran en el linage humano, y que hace que cuando juzgamos á los demás y aun á nosotros mismos con mero espíritu de justicia, no nos sea posible acertar cuál de los diversos impulsos nos predominan y llevan en los motivos que determinan nuestras acciones; allí, digo, ya fuese por vanidad solamente, ya por efecto de cierta sensibilidad arrebatada aunque no profunda, levantó la voz contra las injusticias que se cometian en los tribunales de Francia y ganó algu-

nos de sus mayores y mejores lauros, ya invocando la revision de la causa de un infeliz condenado á cruelísimo suplicio, y muerto por infundadas sospechas de haber dado muerte á su hijo, porque este queria mudar de religion, y logrando, ya que no habia llegado á tiempo para salvar á la víctima inocente, rehabilitar su memoria; ya en otro caso parecido con mejor fortuna consiguiendo evitar que se ejecutase otra no menos injusta sentencia; ya procurando revocar y hacer infame la sentencia, en virtud de la cual el caballero de Labarre, muchacho atolondrado, perdió la vida, siéndole cortada la cabeza y antes la mano por actos de irreverencia y locura altamente vituperables, sí, pero dignos solo de mucho mas leve castigo; ya alzando su voz para impedir ó revocar otros fechos de la justicia y rigores, no menos injustos y bárbaros en casos en que no habian tenido los motivos de religion parte alguna, y añadiendo en estos últimos á su accion, el mérito de no ser dictada por su parcialidad antireligiosa. Allí en fin, presidió y dirigió la gran mudanza que se hacia en los ánimos en Europa, y de la cual habia de nacer la mudanza casi completa en las leyes y en la sociedad misma. De ello, señores, en gran parte ha nacido lo que siguió, reformas útiles, perniciosos trastornos, extremarse los discípulos al seguir y aplicar las lecciones del maestro, mezclarse las doctrinas de este con las de otras escuelas que con ella coincidian en ser destructoras, y en suma, mejora en el total, pero mejora acompañada de gravísimos males que la compensan en parte, y el estado en que se halla el mundo, sintiendo aun las buenas y las malas consecuencias de aquella época de que Voltaire y Rousseau fueron los principales representantes. Y hablando de lo puramente literario, la literatura tomó el carácter propio de las materias que trataba, de los pensamientos que dominaban en la mente de los autores, y de los afectos que á estos movian, juntándose con esto la decadencia propia de toda cosa humana, despues de haber estado en grado alto de encumbramiento, el tener la misma

decadencia cierto carácter peculiar que la distingue de otras.

Y sin embargo de ser Voltaire el patriarca de la literatura, como lo era de la nueva filosofía, en la primera se manifestaba hasta un punto considerable mas del siglo ó de la era en que fueron sus mocedades, que de los tiempos de su vejez, que lo eran de la dominacion asimismo. De los escritores del siglo de Luis XIV en que él nació, no tenia la hermosa magestad, pero sí la sencillez elegante. Siguió siendo fácil y correcta su prosa, aunque la naturaleza de sus ideas la fué haciendo cada dia mas y menos grave, dando rienda suelta á su aficion á pullas, rara vez con dignidad, y en algunas ocasiones del todo indecentes. En sus poesías ligeras, en medio de la vejez, conservó toda su preeminencia, descubriéndose en ellas hasta cierto punto, la vena misma de Horacio, aunque no con todas las prendas superiores del poeta romano en este linage de composicion, con otras altísimas, no tan tierno en su melancolía, aunque acertando á veces á expresar y aun á sentir bien la suya, pero urbano, chistoso, fácil, hermanando lo cortesano con lo filósofo, dando al sensualismo epicúreo el colorido poético que le compete.

No resistia al mismo tiempo á su prurito de componer tragedias, y en estas, sí, se desviaba cada vez mas de los buenos modelos á que habia procurado acercarse en las primeras composiciones dramáticas, si bien variando aun entonces los medios que empleaba por ser diferente el objeto á que tenia puesta la mira, del á que aspiraban los antiguos dramáticos franceses. Las últimas tragedias de Voltaire, frias como suelen y casi deben serlo las compuestas en la vejez, y descuidadas en la trama y en el estilo, como de hombre que se ha hecho á trabajar mucho y apriesa, vienen á ser á modo de folletos filosóficos, en que predica su nueva doctrina, viéndose en ellas solo al autor que por boca de diversos personages, sin caracteres bien pintados ni aun clara y distintamente concebidos entre multitud de versos fáciles y flojos, sale de cuando en cuando con pareci-

dos, donde expresa las máximas de su escuela para enseñanza del mundo.

De Ferney, en fin, escribia Voltaire sus cartas, despues casi todas publicadas, y cuya importancia filosófica y aun literaria no era corta. No dejaba al mismo tiempo de componer obrillas sueltas, muy cortas las mas, de las que juntas en lo llamado miscelánea, llenan bastante lugar en el conjunto de sus obras. En estas suele encontrarse algo de lo mejor del autor; rasgos de singular sagacidad, pensamientos de extraordinaria exactitud, y todo ello despidiendo destellos de ingenio, y todo ello expresado con claridad admirable, sin que otra cosa lo afee que el amor á la burla, con frecuencia llevado al extremo, y que dá de sí muestra de una manera y en ocasiones inoportunas. Desde su retiro tambien el dominador y maestro de su siglo, si á veces se complacia en su obra, otras veces se dolia del rumbo que llevaban las cosas, y como crítico agudo y superficial con gusto medianamente severo, vituperaba los vicios de estilo y diccion que en los escritos se iban haciendo comunes.

Basta de hablar de Voltaire hasta que llegue la época de su muerte, que época es en el mundo literario y filosófico por las circunstancias que la acompañaron. En la leccion siguiente volveremos á considerar, así los discípulos de su escuela, como sus impugnadores demasiado débiles, y pasando á otras naciones, iremos examinando el estado literario de todas ellas, en cuanto es dado hacerlo á un catedrático, que mas es en esta ocasion uno que estudia con su auditorio, que uno que viene á enseñarle.

LECCION DUODÉCIMA.

SEÑORES:

En la última leccion anuncié que estaba agotado el catálogo de los hombres de primera clase que florecieron en Francia en el siglo XVIII, y como tenia anunciado en las lecciones anteriores, con decir que estaba agotado en Francia, dí á entender que lo estaba igualmente en el mundo; tal fué el influjo que en el siglo XVIII tuvo aquella nacion sobre las demás de Europa, lo cual equivale á decir sobre todo el mundo civilizado. Sin embargo, la civilizacion inglesa, que siempre se apartó de la francesa, aunque con ella tuviese algun roce, dió durante el siglo XVIII muchos hombres eminentes, pero pocos de ellos que ejerciesen influjo fuera de su patria, si bien cuando digo pocos, no digo ninguno, pues hay alguno ú otro cuyo nombre ilustre pertenece á todo el orbe literario, y del cual hablaré en el curso de estas lecciones.

Hasta ahora he seguido el método de hablar de ciertos hombres grandes, considerándolos aparte del género que cultivaron: ahora, cuando voy á tratar de medianías, debo seguir otro rumbo, porque no es posible recorrer individualmente la carrera literaria de todos estos autores que

no son de primera nota, y vale mas examinar el género que cultivaron.

En el siglo XVIII fué cultivada con sumo esmero aquella clase de producciones, que si no han llegado á su apogeo, se han mantenido á grande altura durante el siglo XIX; aquella clase de literatura que no deja de ser de sumo empeño, porque entretiene á crecido número de lectores; que ha venido á ser el vehículo de todas las ideas, poema épico de nuestro tiempo, sin que pretenda compararle con las grandes producciones de la epopeya de la antigüedad, ó de Italia é Inglaterra, y que es uno de los principales conductos por donde se comunican al mundo las ideas y los afectos en que ejerce su jurisdiccion la literatura. Ya se entiende que hablo de la novela, nombre que hará á muchos sonreir, considerando cuán poca cosa es, y en cuánto desprecio estaba antes tenida; pero todos conocerán que la novela es una de las producciones del ingenio humano, en el cual, si bien abunda la medianía, y la medianía es nada, hay tambien obras de mérito sobresaliente, una composicion que en nuestros tiempos ejerce considerable influjo en un crecidísimo número de lectores, y la cual dió de sí muy sazonados frutos corriendo el siglo XVIII. Permítaseme aquí, señores, una digresion sobre este punto.

Sabido es que la novela, no conocida de los griegos ni de los romanos en los dias de la clásica antigüedad, nació en Grecia en los tiempos ya adelantados de la decadencia de la literatura. En el siglo XIV dió frutos muy notables en el famoso *Decameron de Boccacio*, aunque, bien mirado, no pasa esta obra de ser una coleccion de cuentecillos picarescos, en que es de apreciar la belleza del estilo y lenguage, y tal cual rasgo que pinta las artes mujeriles ó alguna idea esquisitamente patética, como es la del desdeñado amante que en obsequio á su dama ingrata, mata para regalarla el halcon, único recurso de su pobreza, y además objeto de su cariño.

En el siglo XV nuestra *Celestina*, ó tragicomedia de

Calixto y Melibea, si en vez de ser considerada lo que su título la declara, es reputada, como para ello hay fundamento, una novela en diálogo, es ya una produccion de mérito altísimo. Algunos de nuestros cuentos picarescos, sátiras groseras de bajos vicios, no dejan de tener mérito como pintura de caractéres, siendo algo de celebrar en el *Lazarillo de Tormes*, en el *Guzman de Alfarache*, en la obra posterior de la *Vida del gran Tacaño*, y en otras obras de inferior fama y nota. No hablaré, señores, aunque bien podria contarla entre las novelas, de la inmortal obra que á tanta altura remontó el nombre de España, del esfuerzo particular del ingenio humano, que produjo aquel singular concepto de la poesía del espíritu humano luchando con la prosa, de la imaginacion desvariada en competencia con el grosero y un tanto rudo buen juicio, de la composicion rica á la par en pinturas ideales, en caracteres, donde reluce la mas completa individualidad, y en retratos de profesiones y costumbres, del *Quijote* en suma, que tan universal y alto aplauso ha merecido, del cual es de creer que seguirá gozando mientras sepan los hombres apreciar en su valor debido las superiores creaciones del humano entendimiento. No hablaré, señores, de esta obra, calificada de distinto modo en punto á la clase en que debe ser colocada, sin que ose darle una calificacion, ó diciéndolo con mas propiedad, reputándola yo una obra aparte de las demás, como en mi pobre concepto debe ser juzgada alguna otra, tambien de mérito eminente.

El siglo XVII no fué favorable á las novelas. Entre nosotros las que corren con el nombre de *Doña Maria de Zayas* no son dignas de nota. En Francia, á mediados del mismo siglo, apareció la novela vestida con trage nuevo. En largas composiciones, apellidadas novelas heróicas, con profusion de lances inverosímiles, en no mal urdidos nudos, con pensamientos alambicados y pomposos, y afectos forzados y pedantes, salian á luz personages de Roma y Grecia ó de los pueblos llamados bárbaros de la remota antigüedad,

pensando, hablando, obrando como hombres del tiempo moderno, caballeros y señores de la corte de Francia, reinando los Luises décimo tercio y décimo cuarto. De esta clase eran la *Clelia* y otras de Scuderi, muy celebradas en sus dias, ó la menos estimada y mas conocida *Casandra*, de M. de la Calprenede; digo conocida de los españoles, por correr en los tiempos de la niñez del que ahora tiene la honra de estar ocupando esta cátedra, una traduccion que entretenia al vulgo de lectores. A estas obras dió un golpe mortal el sesudo y un tanto frio, aunque en general sano crítico Boileau, ya en sus sátiras, ya en su arte poética, cuando vitupera que se pinte á Caton galanteando y á Bruto hecho pisaverde:

«*Caton galant et Brutus dameret*,»

ya en un chistoso diálogo donde pone á los héroes de estas novelas, expresándose en su gerigonza de ternezas al uso de los modernos galanteos, y saca en medio de esto á un buen francés de pocas letras que reconoce á los tales héroes por vecinos de su barrio, y los saluda diciendo:

«*Ce sont des bourgeois de mon quartier*» *bonjour Monsieur Caton, Monsieur Brutus, Mademoiselle Clélie, etc.*

Pero en el mismo siglo y hácia sus fines algunas obrillas cortas y de mérito dieron por fin el tono á la novela moderna. Eran estas la *Zaida* y la *Condesa de Cleves*, producciones de una señora.

Pero pasando al siglo XVIII, del cual nos hemos apartado, no obstante deber ceñirnos á él, distraidos por atender al origen y progresos de la novela, que en la época, objeto de estas lecciones, cobró mas importancia, diré que muy á principios del siglo se distinguió en este ramo uno de los ingenios mas agudos del mundo, y que en él mas han lucido; aunque los españoles, no sin algun motivo, pretendamos disputarle sus glorias. Hablo, seño-

res, del ilustre M. Lesage, de quien hay una comedia (*Turcaret*) de singular mérito, y que despues de las de Moliere, merece figurar en primera clase. Imitó este autor y tradujo mucho á los españoles, á veces no encubriéndolo. Su *Diablo Cojuelo*, por ejemplo, es una imitacion del de nuestro Luis Velez de Guevara, como el mismo autor francés lo confiesa, y del original español es la graciosa ocurrencia de destapar las casas quitándoles el techo, para coger de sorpresa á los que en ellas están entregados á todo linage de ocupaciones. Pero así como la parcialidad necia de casi todos los críticos franceses, hasta celebra en el autor, su paisano, esta invencion, sin hacer caso de que él no niega ser de Velez de Guevara, igual no mas ilustrada pasion en algunos de nuestros compatricios, niega al refundidor extranjero el incontestable mérito de haber mejorado considerablemente el modelo que copiaba. Otras y mas reñidas son las disputas respecto á la mejor obra del mismo escritor, *Las aventuras de Gil Blas de Santillana*, publicadas asimismo á principios del siglo próximo pasado. Imposible es, señores, al mentar esta obra, dejar de dar mi parecer sobre la cuestion de quién es su autor verdadero, cuestion reñida con tan agudo ingenio, con erudicion tan diligente, y, forzoso es decirlo tambien, con tan poco juiciosa y tan arrebatada parcialidad, de aquella que justificándose á sus propios ojos con llamarse patriotismo, á nada atiende mas que á triunfar por cualesquiera medios; que hablar sobre ella chocando con respetables autoridades, es excesivo atrevimiento. Nadie ignora que en esta averiguacion puede poco el deseo de acertar con la verdad, y mucho el empeño de españoles y franceses, aquellos en convencer á Lesage de plagiario, estotros de sacarle acreditado de original enteramente. El Padre Isla, traductor del *Gil Blas*, afirmó lo primero con singular osadía, pero no pasó de la afirmacion á la prueba, no mereciendo el nombre de tal las escasas y débiles razones que en abono de su opinion emplea. Con harta mas sutileza y muy superior

copia de datos ha sostenido D. Juan Antonio Llorente la misma causa, pero de ningun modo con pruebas de aquellas victoriosas que producen por fuerza el convencimiento. Volviendo M. de Neufchateau por la honra de su paisano el escritor francés y por la fama literaria francesa, no sin fuertes argumentos, defiende que la historia de *Gil Blas* es francesa, y de parte de ella casi llega á probarlo, pero no ciertamente de la obra toda. Otros franceses ni se dignan entrar en la disputa, y dan la novela por de Lesage, como cosa no contestada ó incontestable. Tampoco faltan españoles que por el lado contrario afirmen ser *Gil Blas* un plagio averiguado, como si la obra original española existiese conocida, ó como si su existencia, aunque ella misma no, fuese un hecho notorio. Entretanto, como ser españoles no debe quitarnos la calidad de justos ni la de discretos, bien será que no perdamos de vista que ínterin no aparezca un *Gil Blas* original castellano, ó una prueba cierta de que le hay ó ha habido, si bien no es fácil dar con ella, asiste á los franceses derecho para mirar y dar la composicion como del autor que la publicó llamándola suya. Hame dicho una persona erudita, que en una de nuestras apartadas posesiones del Asia, en las islas Filipinas, ha visto un manuscrito en que está contada la anécdota del licenciado Pedro García, y su alma enterrada, segun sirve de prólogo al *Gil Blas*; pero contada en estilo y frase tan del gusto y corte de los siglos XVI ó XVII, que no es posible atribuir la composicion á otro, distinguiéndose por cierta clase de chiste y de diccion, solo en aquellos dias conocida, y perdida en los nuestros, aunque sustituida con otro género de perfecciones. No dudando yo, como no debo, de la veracidad de este testimonio, desconfio sin embargo del juicio del testigo, aunque erudito y entendido parcial, y que pudo ver en una traduccion bien hecha, primores que cuadraban con su deseo, sin contar con que en un trozo corto como el de que se trata, es fácil imitar el estilo y diccion de una época, hasta engañar al juez mas hábil y ejercitado.

Sin hacer, pues, alto en esta circunstancia, que solo probaría ser una parte del *Gil Blas* original española, osaré decir cuál es mi juicio, fundándole en los datos que poseemos. Paréceme, segun ellos, que una parte de la obra es debida al ingenio de Lesage, y que otra hubo de deberse á alguna ú algunas obras españolas que él tuvo á la vista. Sin contar con que en la novela de que tratamos se encuentran caracteres y sucesos conocidos de Francia y de cierta época, como ha advertido M. de Neufchateau, una parte muy considerable de Lesage es una pintura nada fiel de las costumbres españolas, y al contrario otra parte lo es tan fiel y acabada, que no puede haber salido del pincel de un extranjero, y menos de uno que nunca visitó á España. Los caballeros cortesanos de *Gil Blas* tomando rapé, cenando con comediantas, haciendo juicios críticos de las comedias, no son ciertamente de la corte de Madrid reinando Felipe III, sino de la de Francia durante la regencia del Duque de Orleans, que es cuando el autor escribia. Lo que de estos puede decirse de otros personages y de varios sucesos aun, no tomando en cuenta el lance de Inesilla de Cantarilla, de quien se enamoró su hijo, y sabido por él sér su madre, se dió muerte á sí propio, lance que saben todos que pasó á la célebre cortesana francesa Ninon de l'Enclos, hasta en su vejez de peregrina hermosura. Por el contrario, pinturas de cosas y personas hay en la misma obra tan españolas castizas, que solo por mano de autor español pueden haber sido hechas. Tengo, pues, por probable que Lesage tuvo un manuscrito español á la vista, y que si en parte le tradujo, le añadió no poco, le enmendó y aun le mejoró comunicando á su trabajo el colorido propio de su ingenio, haciendo lo que con el *Diablo Cojuelo* de Guevara; pero haciendo mas por el mismo estilo, hasta punto de hacer á *Gil Blas* mas obra suya propia que la otra. Este juicio, fundado en conjeturas, mal puede agradar á una ú otra de las partes contendientes, pero errado ó no, es hijo de la imparcialidad y del buen deseo.

Sea quien fuere el autor de *Gil Blas*, tal cual le puso Lesage, es obra de mérito altísimo. Carece en verdad de enredo y desenredo, y aun puede decirse de una fábula verdadera. Ninguno de los caracteres empeña en su favor los afectos: ninguno tiene aquella individualidad que dá á una creacion de la fantasía cuerpo y alma, dejando su estampa y concepto en el ánimo del lector, como recuerdo de una persona conocida. Pero á trueco de esto, con qué viveza y verdad están en esta novela retratadas las ridiculeces humanas y los caracteres de ciertas clases de personas. Bastan dos pinceladas á cada retrato, y sale pasmoso por la vida que lleva. El estilo, sin sombra de afectacion, sin pretension á gala poética ó de otra clase corre fácil, limpio, siempre animado, sin que la historia empiece, sin que lo hagan los personajes, empeña por sí, porque su lectura divierte, suspende y arrastra. El conocimiento de la naturaleza humana en sus flaquezas es en toda esta obra asombroso, y por eso quedan de muchos de sus pasajes tan vivos recuerdos, que á cada paso se están aplicando. ¿Quién en la modestia falsa de un autor, que tal vez se engaña á sí mismo, no cita al arzobispo de Granada y sus homilías? ¿Quién hablando de amantes engañados que aborrecen el desengaño, no los halla retratados en D. Gonzalo Pacheco? ¿Quién no vé un modelo de mil copias en el doctor Sangredo, que dudoso de la bondad de su soberano remedio, sigue matando enfermos porque acaba de publicar una obra recomendándole, y no quiere pasar por inconsecuente? En suma, apenas hay situacion en la vida que no se encuentre pintada ligera, acertada, graciosamente en *Gil Blas*, produccion de las mas ingeniosas entre cuantas conocen los hombres.

Pero en el siglo XVIII otra novela vino á compartir con la de Lesage la gloria de ser de las composiciones de primera clase en su género. Los ingleses empezaron á escribir novelas y á señalarse en este género con obras, de las cuales algunas gozan todavía entre ellos de mucha acep-

tacion, aunque su fama no traspasa los límites de su poética. Entre estas se señalan las de Smollet, conocido como continuador de la historia de Inglaterra, de Hume, y cuyo único mérito como historiador es la buena compañía en que anda, no de otro modo que nuestro Miniana es atendido por ser su historia continuacion de la de Mariana. Mejor Smollet como novelista que en sus demás escritos, entre groseros chistes y figuras grotescas, acierta á veces con algunas gracias, y con pintura de caracteres no faltos de verdad ni de novedad, no solo en su *Rodrigo Random*, la mas conocida de sus obras, sino en su *Humphrey Clinker* y en su *Peregrino Rickler*. Pero no es él por cierto á quien corresponde el elogio merecido que antes he hecho, y un puesto eminente «*en el alto asiento de la inmortalidad.*» Este se debe al inglés Fielding, y no ciertamente por todas sus obras, aunque en todas ellas haya mérito no comun, aun con faltas graves, sino por su inmortal novela de *Tom Jones Fielding*, hombre de agudísimo ingenio, y de no poca si bien no viva imaginacion, de vida algo desarreglada y magistrado, de su cabeza y de la experiencia de sí propio y de los agenos, sacó los materiales de su admirable novela. En ella es de admirar entre otras dotes, la suma perfeccion de la fábula, tanto que me arrojo á decir que en este punto no admite competencia con trama alguna, ni de poema ni de composicion dramática, ni de otra novela ó cuento, tanto es el acierto de su enlace y desenlace en medio de una profusion de sucesos y de personas increible, sin que casi nada huelgue, contribuyendo todo al nudo, de manera que no puede desperdiciar el lector un incidente; en suma, ostentando en grado superior las dos prendas de unidad y variedad juntas, que es cuanto apetecerse puede en la composicion de una historia verdadera ó imaginada.

Pero si no tuviera el *Tom Jones* otro mérito, aunque este es alto, aunque suele echarse aun de menos en obras de igual ó parecida clase, todavía no alcanzaría á calificar

á su autor de otra cosa mas que de un ingenio fecundo é inventivo, y en la invencion arreglado. Otras y de superior esfera son sus calidades eminentes. Admira su conocimiento del hombre, aunque en general, visto por su mala parte, en sus flaquezas, hasta en sus vicios. El hermoso contraste de una alma negra é hipócrita acompañando á una conducta arreglada y de nobles pensamientos y generosos afectos, en union con faltas y hasta leves vicios, grangeándose amor y hasta aprecio, es de lo mas atinado y delicado que imaginarse puede, y ha sido despues imitado con acierto alguna vez, pero nunca de modo que copia alguna iguale al modelo. El concepto feliz en sí está desempeñado con maestría suma. Se vé un pobre expósito, criado por un hombre dignísimo, lleno de virtudes aun, con talento y agudeza, pero crédulo á fuerza de bondad, crecer, y con acciones que harto le descubren á un juez entendido, acreditarse de calavera, hasta de malo con la gente de alma fria, interesadas miras, y reputada sensatez y buena conducta, al paso que se capta de los viciosos é irreflexivos aprobaciones mas de lamentar que las censuras de sus contrarios. Se vé al lado de este muchacho lleno de faltas y de prendas, y al cual se cobra amor sumo, no obstante las primeras, crecer otro de legítimo nacimiento, prudente hasta en la niñez, helado en sus afectos, de buena conducta real y verdadera, atento de continuo á su interés, y empleando los medios mas viles para servirle, capaz de cualquier delito, y con todo eso considerado como hombre estimable por la gente sensata y honrada, pero pacata y no entendida. Al lado de estos dos caracteres principales bullen otros, todos concebidos con acierto, dibujados con maestría, de tal modo pintados, que se nota en ellos, si no individualidad, semejanza á los de ciertas clases y profesiones. Lástima grande es, señores, que, segun antes he advertido, el autor, acostumbrado en su tribunal á ver descubiertas las mas feas calidades del linage humano; el autor cuya moral no es mala, pero sí desabrida; el autor, en quien asoman pen-

samientos sobre la legislacion criminal, sobre el sistema carcelario, y sobre otros puntos que sirven de fundamento á mil proyectos de los reformadores modernos se dedique á retratar á los hombres, si con fidelidad suma, solo por el lado menos favorable, descubriendo en ellos con perspicacia pasmosa, cuánto motivo ruin, interesado, puede influir en sus acciones. Y aquí, señores, permítaseme hacer una observacion importante. Es propension de los autores de nuestros dias denigrar á la naturaleza humana, y sobre todo á la edad presente. Pero si está bien que por un lado se afeen los vicios constantes del hombre, y algunos particulares de ciertas épocas; si no es mal hecho ni injusto notar en nuestros dias faltas, algunas en verdad propias ya de ellos, ya casi exclusiva y ya mas particularmente que de otros, no es razon, no es verdad decir, ni que en el linage humano predomine lo malo hasta tal punto, ni que nuestro siglo exceda en bajeza de pensamientos y dureza de afectos á todas las épocas pasadas. Sí, hoy mismo, y quizá hoy como nunca al lado de malas acciones, de pensamientos ruines, de interesados deseos, de nada tiernos ó sobrado feroces afectos, hay tambien nobles ideas, desprendimiento, celo del bien público y del de los particulares; en suma, virtudes que por ir acompañadas de la ilustracion no desmerecen; de modo que si juntar y poner patentes nuestros vicios para corregirlos no es injusto ni inoportuno, la justicia y la conveniencia unidas claman igualmente porque se den á notar y pongan en el realce debido las calidades meritorias de nuestros contemporáneos. Vemos, señores, los males, porque penetramos mas que nuestros mayores, sin decir por eso que los excedamos en todo; pero el espíritu de observacion que nada desperdicia, que todo lo abarca, y pasa á examinar prolijamente, sin perdonar clase alguna de la sociedad ni institucion de cuantas la rigen, es si no peculiar de nuestra generacion, vulgar en ella, cuando no lo era en las anteriores. Vemos así los males, y horrorizándonos su fealdad, no atendemos á los bienes que los compensan, y especial-

mente con grave yerro nos olvidamos de que si en una ú otra cosa está en decadencia el mundo, en él se halla propagada y vá difundiendo la ilustracion, y que con ella, digan cuanto quieran sus contrarios, vienen virtudes porque guiados por ella, pueden caminar los hombres á la perfeccion de su ser en lo moral, así como á los adelantamientos sociales y materiales, sin esperanza de arribar al punto único, si no son neciamente presuntuosos, y sin desconfianza de acercarse bastante, siempre atendiendo á lo que consiente la debilidad humana.

Pero Inglaterra al mismo tiempo produjo otro novelista, cuya fama, hoy considerablemente decaida, y puesta sin duda mas baja que en el puesto de que es merecedora, fué algun tiempo altísima, señaladamente entre los críticos franceses, á algunos de los cuales llegó á enloquecer á fuerza de infundirles admiracion. Acuérdome, señores, que en mis niñeces, nosotros, en quienes era costumbre tomar hechos de nuestros vecinos hasta los juiciosos críticos, solíamos no poner tasa á nuestros elogios de las novelas del autor de que voy hablando. Diderot las ensalzó como la obra que ocupaba de contínuo su pensamiento: el sesudo jesuita Andrés en su obra del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, rompe hasta en apóstrofes á los imaginarios personajes de estas composiciones, para expresar mejor su admiracion, dando á entender cuánta realidad ha acertado á dar á sus personages el autor, objeto de su alabanza. Voy hablando, señores, de Richardson, autor de la *Pamela*, de la *Clarisa* ó *Clara Harlowe*, su obra maestra, y del *Sir Carlos Grandisson*. Con estas novelas, con que se recreaban nuestros padres, y no solamente los españoles, sino los de otros pueblos, aunque algunos habia que con ellas bostezasen, ya hoy bostezan algunos, y los mas ni hacen esto ni se recrean, no siendo costumbre leerlas porque estamos acostumbrados á mas viveza en la narracion, y mas brio en el estilo. Sin embargo, Richardson es autor de mérito igual al de Fielding; pero aunque novelista, tambien

de un mérito muy distinto en la misma clase. Era hombre que en cierta manera representaba en la literatura el principio ó el carácter de los puritanos antiguos ingleses contrapuestos al de los realistas llamados caballeros, siendo de muy escasos estudios, impresor de profesion, reducido á una sociedad poco culta é instruida, pero no de todo punto ignorante y grosera, como es en la aristocrática Inglaterra lo que llamamos en España en frase vulgar gente de medio pelo, de ingenio sin duda nada comun, y de no poca aunque pesada imaginacion; se formó una turba de admiradores, en la cual predominaban las mujeres, recibiendo de ella consejos y aplausos, muy pagado de si mismo y de sus obras, como correspondia á quien sobre la general flaqueza del linage humano tenia que adolecer de las anejas á semejantes circunstancias. Su primera novela la *Pamela ó la virtud recompensada*, tiene un plan bastante sencillo. Una criada de buenas costumbres requerida de amores por su amo, caballero de clase y rico, resiste con valentía y virtud á las seducciones y violencias de este, hasta dejarle tan cansado y al mismo tiempo tan enamorado, que sin otro medio para lograr sus intentos, apela al del matrimonio y le contrae con ella, que en medio de su resistencia le habia cobrado amor asimismo. Hase notado que al delinear el autor y matizar prolijamente la pintura del carácter de esta jóven, dá á la que pretende hacer virtud eminente no pocos visos de cálculo, de suerte que parece ella ir, para decirlo con claridad, tanteando su propia resistencia, y ajustando por lo que ha de conceder y ha de negar cuánto provecho ha de sacarle. Así lo entendió, entre otros, el citado autor de *Tom Jones*, que en otra novela suya tomó por héroe á un supuesto hermano de *Pamela*, y pintó á esta como casta, pero como gazmoña é interesada, y á su marido como un simple. Del mismo parecer han sido no pocos críticos ingleses. Fuera de esto en *Pamela* el estilo es pesado, inelegante, y aun si es lícito expresarse así, poco literario; pero en la misma

obra se nota gran conocimiento del linage humano, y habilidad para pintar caracteres, yéndolos haciendo visibles y reales á los ojos de los lectores en menudencias y en prolijas conversaciones que tienen trazas de realidades, aunque realidades pesadas. Harto superior es en mérito *Clarisa ó Clara Harlowe*, que es la produccion por la cual obtuvo Richardson las alabanzas que antes he citado. M. Villemain recuerda algunas de las que le dió Diderot de tan extravagante arrebato, que se distinguen entre las de un crítico y escritor en quien era constante costumbre juzgar y escribir con calor loco y á veces facticio. Este tal llega á decir que cuando le preguntan sus amigos al verle alterado si algo le ha ocurrido relativo á su salud, hacienda, amigos ó parientes, suele responder: ¡Oh amigos mios! Grandes dramas son *Pamela*, *Grandisson* y *Clarisa*. Pero sin tomar en cuenta estas rarezas, la mejor obra de Richardson contiene perfecciones no comunes. Es pesada: su accion peca por demás de lánguida: su estilo vale poco como un trozo de composicion, y aun suelen pecar sus caracteres por cierta fastidiosa y estirada virtud con trazas falsas de hipocresía, que es falta hoy mismo de varias clases inglesas. Pero á trueco de esto si las pinturas no están hechas con valentía y en pocos rasgos, ¡cuán verdaderas son y qué bien acabadas! Si van con lentitud los incidentes, ¡con cuánta naturalidad se enlaza y desenlaza el nudo de la fábula! Si su moral tiene un tinte de gazmoñería, ¡cuán hermosa y pura es sin embargo! ¡Qué patética es la sencillez de las narraciones de sucesos trágicos, en que sin pretender el autor hacer efecto por medios violentos, lo consigue del modo mas cumplido, tanto mas elocuente, cuanto le falta la ambicion de ostentar lo vulgarmente entendido por elocuencia! En suma, señores, la obra maestra de Richardson es una obra admirable, en mi sentir, y no pecaron mucho en punto á gusto sus admiradores. Y sin embargo es obra que, por carecer de algunas de las prendas de su género de novela, debe cansar en general, des-

cubriendo solo sus bellezas á ciertos jueces de alma tierna y gusto sencillo.

He citado tambien á *Grandisson*, otra de las obras que dieron fama á Richardson, y composicion superior á *Pamela*, pero inferior á *Clarisa*. Acertó en ella, por ejemplo, al pintar en *Clementina* los efectos de una sensibilidad extremada, y no erró al reproducir en *Enriqueta* su tipo de una mujer virtuosa, pundonorosa, terca, de reserva un poco demasiada, y cuya virtud tiene algo de calculadora en la realidad, y mas todavía en la apariencia; pero tropezó y fracasó al intentar dar en su héroe Sir Carlos Grandisson el modelo de la perfeccion en un caballero, pues dotándole de todas las prendas imaginables, le hizo tan helado, tan sin pasion, en una palabra, tan fastidioso, que en una sociedad semejante sugeto cansaría á cuantos le tratasen, sin contar con que el autor, poco entendido en las cosas y los modos de la mas culta y alta sociedad, si dió á su imaginario caballero nobles pensamientos, no acertó á adornarle con aquellas gracias que son los perfiles y tildes de los que en el mundo brillan y se captan generales aprobaciones.

Olvidéme, señores, de que al principio del siglo XVIII y á fines del anterior habia florecido en Inglaterra otro novelista eminente, cuya mejor obra corresponde á la literatura del siglo de que vamos hablando, y quiero remediar mi olvido volviendo atrás, con lo cual si incurro en la culpa de faltar al órden y método haciéndome acreedor á justa censura, me liberto de la injusticia que por mi omision cometería no hablando de autor y trabajo de tanto mérito, como los á que ahora aquí aludo. Trato, señores, de Daniel Defoe y de sus *Aventuras de Robinson Crusoe*, obra hasta ahora poco conocida en España, por serlo mucho el *Nuevo Robinson* del aleman Campe, imitacion muy inferior á su original, que traducida por D. Tomás de Iriarte con pureza, en él muy comun, y muy singular en nuestros traductores, corria y corre en las manos de

los niños en nuestras escuelas. Era Defoe hombre original, autor fecundísimo, dado á la política, y en ella muy celoso del honor y provecho de su partido, el whig; incansable escritor de folletos sobre las cuestiones que ocupaban en su tiempo al gobierno de su patria, y compositor asimismo de varias obrillas de invencion, entre las cuales solo la que cito ha alcanzado gran fama y posee mérito eminente. El del *Robinson*, de Defoe que falta cabalmente al de Campe con particularidad, consiste en la verdad que dió á su obra. Fué esta tanta, que generalmente era creida la obra diario real y verdadero de un pobre náufrago que llevaba relacion exacta de las miserias que pasó durante su estancia en una isla desierta. La piedad de este supuesto personaje con arreglo á su religion es verdadera y fervorosa: su confianza en la Providencia y en sus propios esfuerzos nunca se desmiente: sus agonías y esperanzas parecen las de un ente que ha existido; tal es el acierto con que están ideadas y expresadas, y de todo ello se deduce una leccion, así como justa y oportuna, nueva, á saber, cuánto es el poder del hombre aun abandonado á sí propio, cuando sin rendirse al peso de la desdicha, aprovecha las dotes físicas y morales que le ha concedido con larga mano la naturaleza, ó dígase la Providencia.

Estas, señores, fueron las principales novelas que produjo Inglaterra en el siglo próximo pasado. De alguna otra digna de recordacion hablaré, pero será al nombrar á su autor, que por su mérito particular, así como muchos ilustres franceses de quienes he hablado aparte, considerando el conjunto de sus obras, merezca mencion y alabanza, aunque no en tan alto grado.

Francia en los dias primeros y mediado el siglo XVIII no produjo novelas de primera nota, salvo la *Manon Lescaut*, del clérigo Prevost, autor fecundo, pero cuyas composiciones, si no faltas de mérito, tampoco se señalan sino por contener una série de incidentes creados con rica inventiva y enlazados con acierto. La obra suya de que he

hecho especial elogio, se recomienda por su esquisita y sencilla ternura, y por la felicidad con que empeña nuestros afectos en favor de las buenas calidades de un ente, en lo general depravado, y con sumo acierto concebido. Rara vez la pasion del amor, tan á menudo pintada por poetas y novelistas, lo ha sido con igual acierto en lo que tiene de violenta y de fina.

De los cuentos de Voltaire he hablado, y asimismo de la *Nueva Heloisa*, de Rousseau, obras aparte que no sería razon mirar y juzgar como novelas, sino como joyas de las muchas que adornan y realzan la riquísima corona literaria de sus autores. Otras varias obrillas adquirieron celebridad en la misma nacion por aquel tiempo, aunque hoy la tienen perdida. No merecen sin embargo tanto descrédito la *Mariana* y el *Rústico subido á mayores*, de Marivaux, autor que en estas obras, así como en sus numerosas comedias, entre mil afectaciones con pretension de prolijo análisis de los afectos humanos, mas de una vez tuvo singulares aciertos descubriendo menudencias y pequeñeces de las que por nuestro ánimo pasan. Pero las obscenas composiciones de un Crebillon, hijo, ó del mismo Diderot, han llevado su merecido con estar de todo punto olvidadas, teniendo en este castigo una señal de la pena de que son mas merecedoras; esto es, del desprecio. Casi tan olvidados están, aunque por los recien citados vicios no lo merezcan, los cuentos morales de Marmontel, algun dia muy famosos, y en los cuales si la inmoralidad no es general, ni en ocasion alguna llega á ser torpe, la moral no es la mas pura. Tienen además el defecto de ser un mero afectado remedo de ciertas rarezas y costumbres de sociedad de su siglo, en que no se vé al hombre mas que en sus exterioridades no siempre bien retratadas. Mas singular aparece esto en algunos de dichos cuentos, donde se suponen ser los personajes de otra nacion y tiempo que de la Francia de aquellos dias. Sirva de ejemplo el intitulado *Alcibiades*, en que se pinta al mismo personaje y

á Sócrates, y en el cual con no menos razon que el imaginado francés que pone Boileau saludando al uso de su tiempo á los héroes y heroinas de las novelas de Scudery, podria suponer el lector que alguien dijese: «Ya os conozco bajo nuestro disfraz.» «Bonjour M. l'abbè de Sócrate, M. le Chevalier d'Alcibiade,» rasgándoles el ropaje griego sobrepuesto para enseñar el cuellecito y capa, ó la casaca y chupa bordada, el espadin y las medias de seda, en suma, los adornos que se llevaban entonces.

Otra obra del mismo autor le remontó á mucha y por cierto increible celebridad, atendida la cortedad de su valor, puestos en cotejo con la cual, son un prodigio los cuentos morales. Hablo de la composicion á modo de poema en prosa imitado del Telémaco, cuyo título es *Belisario*, honrado por Voltaire con tan altas alabanzas, que si fueron sinceras, acreditan á qué extremos de parcialidad pudo llevarle su fanatismo antireligioso. Marmontel, filósofo de la escuela del patriarca de Ferney, irreligioso y libertino en sus mocedades, y que en su vejez, testigo de la revolucion, se señaló en aborrecerla, y llegado á ser diputado en el consejo de los Quinientos, clamó en él con empeño por el restablecimiento de la religion cristiana, en el capitulo XV, abogando por la tolerancia con no malas razones, pero detrás de las cuales asomaba la incredulidad, sentó la máxima, aunque cierta, trivial, de que la luz de las hogueras no es la de la verdad, y que con aquella no se iluminan las conciencias. Censuróle por esto la Sorbona, dando márgen al célebre ministro Turgot para decir, que siendo errónea la doctrina de Marmontel, por fuerza habia de ser cierta la contraria, de que la luz de las hogueras era propia para traer al camino de la verdad los entendimientos. Dió que reir esta ocurrencia, y por ella, y por los elogios de Voltaire, y por la imprudente condenacion de la obra, fué moda durante algunos dias citar como trozo admirable por lo filosófico y bien escrito, el pobre capitulo XV del pesadísimo *Belisario*. Pasó la moda, y con ella

se llevó la obra toda el olvido, arrastrando tambien á los *Incas*, obra del mismo autor, y poema en prosa de la misma escuela.

Baste por ahora de novelas, señores. A este ramo de la literatura esperaban dias de bastante brillo, igual si no superior al pasado, y aun superior podria decirse por serlo el número é importancia de dichas obras, que despues han visto la luz, si bien sin exceder á las mejores de su clase antes conocidas. Pero estas composiciones son casi todas del siglo XIX, y salen del recinto que voy recorriendo, aunque tal vez algun dia me arroje á traspasar sus límites y á hacer una escursion mas ó menos formal en el campo de la literatura de la edad presente.

Habiéndome detenido tanto en hablar de las novelas inglesas así como de algunas francesas, y no de las de otras naciones, como Italia y España, porque ninguna hubo entonces, ó ni una á lo menos de mediana nota, fuerza es que deje para una leccion posterior el exámen de otros ramos de la literatura en la Gran Bretaña á mediados del siglo XVIII. De allí vendremos á nuestra patria, que tenemos como abandonada. En ella veremos cómo en los primeros años del reinado de Carlos III, si todavía no se habia dado á luz obra alguna importante, ni por su mérito ni aun por su argumento ó dimensiones, iba elevándose algo la capa del terreno literario, tan baja pocos años antes, y que al fin del mismo reinado habia de ponerse en respetable, si bien no en la mas elevada altura.

LECCION DÉCIMATERCIA.

SEÑORES:

BIEN conozco que en el punto á que hemos llegado de nuestra tarea, no podemos prometernos naturalmente la enseñanza ó el entretenimiento que tuvimos en los principios ni los que tendremos en los momentos de terminar. Nos habíamos estado ocupando en examinar las obras de los hombres mas eminentes que en el siglo XVIII florecieron: antes habíamos echado una ojeada rápida á España, y lo que allí faltaba de saber y de esclarecidos ingenios en la época de tinieblas que recorríamos, lo suplia el patriotismo y el empeño que tomábamos en la suerte de nuestra patria. Despues de haber hablado al tratar de Francia, de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y Buffon, hemos tenido que pasar á paises para nosotros menos conocidos, cuya civilizacion es una cosa aparte de la del continente, que ha producido hombres esclarecidos, pero que en el primero y segundo tercio del siglo XVIII no llegó á producir ninguno de aquellos nombres que quedan grabados en nuestra memoria, porque pertenecen á la region mas alta de la literatura, porque adelantan el saber humano en todos sus ramos y que por circunstancias tales están perpétuamente siendo objeto de nuestra admiracion.

En mi leccion anterior hablé de los novelistas ingleses y tambien de los franceses, pero me detuve en los de Inglaterra; ahora hablaré igualmente de autores ó literatos de aquel pais, entre los cuales se cuenta algun novelista. Ya en mis lecciones anteriores he dicho algo de la escuela de Pope, escuela en gran manera francesa, que se llama clásica y que lo es en efecto, pero no del verdadero clasicismo griego; he hablado de la escuela de Gray, parecida á la de nuestro Herrera, en la cual si bien hay imaginacion, pretendiendo siempre tenerla en alto grado, cuando escasea se suple su falta con un lenguage insólito, juzgado propio para hermosear las ideas mas triviales; escuela donde como en otras muchas hay algo útil y que sería de alabar si á veces no se cubriera con lo apellidado poético de la expresion lo pobre del pensamiento. Por aquel tiempo asomaron en Inglaterra varios hombres de fama, que todavía entre sus conciudadanos gozan de gran veneracion, y que son asimismo algo conocidos de nosotros. Uno de los principales fué Oliverio Goldsmith, hombre bastante sencillo, crédulo, bueno, sensible, nada prevenido, contínuamente metiéndose en apuros, de que con trabajo salia: y como escritor bastante original y de mérito nada comun en ciertas ocasiones. Muchas fueron sus obras y entre ellas son notables las poéticas. Abandonando el estilo adornado de Gray; entregándose mas que Pope al estudio de la naturaleza; dotado de aquella sensibilidad que es una de las prendas principales del poeta aunque no iguala al talento creador, supo dar á sus obras un encanto grande para sus conciudadanos y no pequeño para los extranjeros. Fué asimismo autor de una novela de bastante mérito, y si no he hablado de ella en la anterior leccion, fué por parecerme que era menester hablar no solo de la novela sino tambien del novelista. La novela de que hablo tiene por título el *Vicario de Wakefield*, y está traducida al francés y aun creo que ha de haber alguna traduccion castellana. El *Vica-*

rio de Wakefield es una pintura sencillísima de la vida, y sobre todo de la vida campestre de Inglaterra, vida que vá perdiéndose pero de que aun quedan reliquias; es la pintura de un hombre sencillo, candoroso, cuya bondad burlada interesa; de un padre de familas rodeado de personas bastante buenas, pero ligeras é imprudentes en su sencillez, las cuales á veces caen en errores por efecto de sus pasiones ni violentas ni levantadas. Encanta la sencillez de su estilo; de modo que parece que vemos la pieza azul y la pieza parda de su casa, de que habla en el capítulo primero; parece que vemos aquella mujer atendiendo á la cocina, queriendo casar á sus hijas y usando de artificios torpes que descubren su deseo, actos no reprehensibles ni tampoco de alabar, groseros y que lícitamente creen usar las que se tienen por buenas madres de familia.

Es bella sobre todo la pintura del personaje principal, clérigo protestante, casado, que, como el autor advierte en su prólogo, junta en sí las tres calidades de párroco, labrador y padre de familia; en la prosperidad modesto, y firme en la fortuna adversa, instruido, con buen entendimiento y no inferior juicio, pero falto de conocimiento de mundo, aunque supliendo á menudo con su sana intencion y comprehension natural, la falta de sagacidad que solo puede dar el trato de gentes, vano con inocente sencillez de sus obras, amable en suma en alto grado y con quien congenian empeñándose en su suerte los lectores. De menos mérito, pero tambien de alguno es el carácter del hombre singular cuya rectitud vá acompañada de no comun extravagancia y al cual la credulidad de los que le rodean y sus propios caprichos dan el aspecto de un malvado en una ocasion importante. En otros caracteres, como por ejemplo en el del seductor, no acierta el autor á salir de trivialidades que ni siquiera constituyen perfecta semejanza con un objeto ordinario. La familia del vicario, al revés, está toda admirablemente retrata-

da é inventada concordando con la índole del ingenio del autor concebir y pintar bien caracteres sencillos. Los incidentes de la parte primera de esta historia bien ideados asimismo se siguen con rapidez y verosimilitud. Encanta la sencillez y viveza de la narracion en nada afectado estilo que siendo llano y no aspirando á mucho, tampoco peca de grosero é inelegante. No corresponden en este lindo y breve cuento los últimos capítulos á los primeros, pues al fin de la obra se agolpan y atropellan los sucesos no solo con ofensa de lo verosímil sino de un modo que entretiene poco; y si bien el carácter del vicario no decae un ápice, no sucede lo mismo con los demás de la historia. Quien lea esta, no solamente en su original, sino en las traducciones de ella hechas en varias lenguas, donde parte de sus perfecciones desaparecen, conocerá cuán merecidos son mis elogios, no obstante la debilidad de la parte fatal de la obra, siendo achaque muy comun en los escritores, flaquear en fuerzas al ir acabando sus trabajos, pues hasta de los compositores mismos se nota que suelen, si bien de esto hay excepciones en las óperas, los segundos actos ser mas endebles que los primeros.

No es el *Vicario de Wakefield* la única obra de Goldsmith que escribió muchas de mérito desigual, pero es la mas conocida y de las mejores suyas, aunque un crítico moderno, en esencial bueno y justo, pero en este caso, segun yo opino, equivocado, la dá por tan inferior que califica de injusticia la de juzgar al escritor por esta produccion, si ha de ponérsele en el lugar debido. Como autor en prosa, escribió historias de Grecia y de Inglaterra, todas ellas de escaso mérito en las calidades que la historia requiere, aunque escritas en fácil, elegante y no incorrecto estilo. Imitando á Montesquieu en sus *Cartas Persas*, y á otros autores de obras por el mismo estilo, quiso tambien pintar poéticamente las costumbres de su patria y época, y lo hizo figurando un viajero chino que venido á Europa, escribe á su tierra lo que nota y juzga en las per-

sonas, costumbres, escritos y hechos de los europeos. En esta composicion, que salió en forma periódica con el título de *El ciudadano del mundo*, dista mucho Goldsmith del gran modelo francés que hubo en parte de copiar; pero manifiesta grandes dotes de ingenio y las prendas de escritor aventajado. Pero sean las que fueren las buenas calidades de Goldsmith como autor en prosa, en mi pobre concepto y aun en el de muchos á mí muy superiores, son harto mejores las que tiene considerado como poeta. Su *Viajero* (*Traveller*) y su *Aldea abandonada*, «(*Deserted Village*)» son composiciones de mérito muy notable, y aun su romance ó balada del *Ermitaño* incluida en el ya citado cuento del *Vicario de Wakefield*, es un trozo de poesía lindo, cuyo mérito pierde menos por ser obra leida por los chiquillos en las escuelas inglesas, y donde se descubre que quien la compuso era capaz de producir, de brillar en mas importantes composiciones. La poesía de Goldsmith, nada parecida á la de Gray y varios de la misma escuela del siglo XVIII, tiene cierta vena poética natural, en que no se vé claro el estudio, aunque no peque de desaliñada ni de vulgar. Si la fantasía del autor no es de las que mas se remontan, alcanza bastante en la esfera á que se estiende, al paso que su ingenio, acompañado de cierta sencillez bondadosa y sensibilidad que no hace esfuerzos para escitarse á sí propia y dar muestras de su existencia, comunican á la índole y contestura de su composicion un carácter de ternura verdaderamente poética.

Mientras Goldsmith se señalaba en Inglaterra en prosa y verso, nacia en Escocia una escuela de eminentes prosadores. En el reino que acabo de nombrar, tenido hasta entonces por casi bárbaro, no obstante haber florecido en el siglo XVI un autor insigne como Buckanan, en cuyas obras se encuentra un modelo de los mas puros de la latinidad moderna, y donde se hablaba un dialecto inglés corrompido, á mediados del siglo de cuya literatura vamos

tratando se juntó una pandilla de hombres ingeniosos y eruditos, que creciendo despues en número y fama alcanzaron á la capital Edimburgo el un tanto jactancioso nombre de Atenas del Norte, tomado por los mismos naturales en un arrebato de vanidad, y dado despues por algunos estraños en señal de alabanza, y por otros muchos como apodo. Ya he hablado de David Hume, de la escuela de los enciclopedistas franceses con algo de su patria, hermanado con lo que tomaba de sus vecinos, y uno de los pensadores mas profundos y originales que ha conocido el mundo, si bien por desgracia su espíritu de duda le llegó á encontrar certidumbre solo en su ateismo frio y desacertado. De distinta clase y no participando de sus pensamientos irreligiosos pero sí de algunas de sus calidades de escritor eran varios de los escoceses que en aquel tiempo se distinguieron, y que todos, no obstante la diferencia de sus opiniones, le admiraban y honraban como autor y le estimaban y querían como amigo. En la clase de historiadores Robertson llegó á ser puesto á su lado por el voto de la Gran Bretaña y de toda Europa, aunque hoy, estando la fama de ambos bastante rebajada, todavia queda la de Hume muy superior á la de su rival. Este empezó á darse á conocer por una historia de Escocia, obra de no mas que mediano mérito, en la cual se notaba una extremada elegancia de estilo; y no sin razon, señores, digo extremada, pues hasta en la elegancia cabe extremo cuando solo se consigue darla á la composicion á costa de cierta sencillez y naturalidad, que es una de las dotes mas preciosas de los escritores. La segunda y mas célebre obra del mismo autor fué su *Historia del reinado del emperador Carlos V*, precedida por una dilatada introduccion, cuyo título es «*Ojeada sobre el estado de la sociedad en Europa hasta el siglo XVI*,» introduccion preferida á la misma historia, y á la cual se puso por única tacha ser demasiado estensa para prólogo y para el asunto que abarcaba demasiado breve, pero cuya fama, sostenida hasta nuestros

dias, en ellos ha menguado, y que en mi sentir y en el de críticos de mas valer, si no carece de mérito, tampoco tiene todo el que en tiempos pasados se le atribuia.

Robertson era admirador de Voltaire, y tanto le alabó, que en una nota de la composicion de que voy hablando, dice aludiendo al *Ensayo sobre las costumbres* del insigne francés, que quienes hasta entonces solo reputaban á Voltaire autor agudo é ingenioso, si como él hubiesen ido averiguando y verificando sus citas, habrian visto que al blason de pensador podia agregar la palma de verdaderamente erudito y profundo. No negaré yo, señores, que Voltaire no es superficial hasta el grado que algunos le suponen; no negaré que en sus citas, tachadas generalmente de falsas ó desfiguradas, hay bastante exactitud; pero su error consiste, no tanto en la falta de profundidad del saber, cuanto en la superficialidad del juicio. Como él y por las mismas razones, tampoco Robertson conoció la índole de las edades medias anublándole el entendimiento para verla ó juzgarla bien las preocupaciones filosóficas de su siglo, de cuya filosofía era moderado sectario, hermanando muchas de sus ideas con la fé religiosa propia de un teólogo calvinista. Incurrió, pues, en el yerro de no ver en la civilizacion Europea de los siglos medios sino lo que veia y representaba Voltaire, culpándolos con razon á veces de bárbaros pero á menudo acusándolos con injusticia de barbárie, y sobre todo no descubriendo en su falta de ilustracion lo que era de alabar si no en sí por los efectos á que forzosamente iba encaminado. Otros yerros cometió principalmente respecto á España por ligereza de juicio, y aventurar demasiado el propio sobre cosas de que poco habia leido, como por ejemplo cuando en la constitucion aristocrática de Aragon donde la libertad era de los nobles que provocaban al monarca y oprimian al pueblo, vé un modelo de lo apellidado libertad en los tiempos modernos, equivocando lo que era privilegio de algunos tiranos con lo que es derecho comun de todos, ó cuando en el *justicia*

mayor descubre y señala una autoridad que no tenia, y la celebra cuando si fuese cierta habria sido fatal por demás á la causa del órden y buen gobierno.

Tambien la *Historia de Carlos V* se resiente de preocupaciones filosóficas, francesas y protestantes. Como inglés, parcialidades nacionales no debian influir en su juicio á favor de Carlos ni de Francisco I, su rival, y sin embargo, como era de la escuela francesa, adoptó la idea comun en Francia de considerar al emperador como hombre perverso y doble, y al monarca francés como un verdadero caballero lleno de franquéza y lealtad. Esto vicia completamente su historia, pues sin dejarnos llevar de lo que se llama patriotismo, lo cual no suele ser otra cosa que espíritu de error y mentira, que nos mueve á defender las faltas de nuestros propios paisanos; sin caer en el error de quienes miran la *Historia de Carlos V* bajo el aspecto contrario, teniendo á este príncipe por el verdadero modelo de los monarcas, todavía no puedo ni debo considerar la historia de su reinado bajo el aspecto que Robertson la considera. El rey Francisco I de Francia no fué ese leal caballero que Robertson nos pinta. Valiente era, pero falto de fortaleza: en Madrid no hacia otra cosa que quejarse del tratamiento que llevaba en su prision, el cual, si era duro para rey, no dejaba de ser decoroso. Cedió á todo cuanto quiso Carlos V para conseguir su libertad, y en el momento en que volvió á poner el pie al otro lado del Bidasoa, se preparó á faltar al cumplimiento de la palabra que habia empeñado para salir de su encierro, y á cubrir su mal proceder con la miserable farsa de hacer que le obligasen á ello los estados de Borgoña. Aun la famosa carta que se le ha atribuido, en que decia: «todo se ha perdido menos el honor,» induce á error por estar desfigurada, pues ya la carta ha parecido íntegra, y á esas palabras que tanto han admirado los hombres, no dichas con el elegante laconismo con que se repetian, añadia otra que les quita todo su mérito, pues decia: despues de

menos el honor, «*et la vie sauve*» y la vida salvada.

Fuera de esto Robertson tiene en su *Historia de Carlos V* el mismo estilo elegante que en su *Historia de Escocia*. Hanle culpado con razon de haberse separado bastante de aquel estilo sajon que caracteriza la lengua inglesa, y que si bien admite cierta mezcla del estilo latino, todavía no debe prevalecer en el conjunto. Hase dicho tambien que carece su estilo de flexibilidad, y en efecto yo he notado que es tan amanerado en las frases, que en la *Historia de Escocia* y en la de *Carlos V* usa de las mismas espresiones para hablar de dos batallas; pues hablando de una dada en Escocia, dice en un pasaje: «diez mil hombres cayeron en aquella jornada, una de las ma fatales que Escocia habia visto» y hablando de la batalla de Pavía usa de las mismas palabras, lo cual indica que un autor tiene cierto número de frases hechas y lejos de dejar correr la pluma libremente, las vá empleando segun las circunstancias.

Robertson emprendió despues la *Historia de América*, obra desproporcionada á sus fuerzas, y no siendo vituperable por no acertar, pues era imposible escribir bien la *Historia de América* con los escasísimos materiales que tenia. Andaba entonces en voga una *Historia de los establecimientos europeos en Ultramar*, por Raynal, el cual habia declamado desaforadamente contra España y contra nuestros delitos en la conquista del mundo americano. Presentóse Robertson con visos de mas templado, y se creyó que iba á justificarnos, y hasta nuestra Academia Real de la Historia hubo de nombrarle académico, pero sin dar al nombramiento la debida formalidad, ó revocándole luego de forma, que el autor escocés siguió dándose el título recibido, sin que estuviese su nombre en la lista del cuerpo de que él se llamaba. No satisfizo la *Historia de América* á los españoles, ni era posible que los satisficiese, y tampoco entre los extraños aumentó la fama de su autor, porque en verdad la obra, aunque escrita en buen

estilo y con visibles deseos de ser imparcial, solo tiene un mérito muy mediano. En una nota de ella Robertson, citando á Solís como historiador, dice de él que «*no conoce otro autor alguno cuya celebridad sea tan superior á su verdadero mérito*;» y andando los tiempos y decayendo el crédito del escocés moderno como el del español antiguo, el doctor Southey, ilustre autor y crítico inglés, fallecido hace poco, de sumos conocimientos en punto á la lengua y literatura castellanas, y académico de la Real Academia Española, ha aplicado á Robertson rotunda y absolutamente la sentencia por él fulminada contra Solís con igual injusticia. No me propasaré yo tanto ciertamente y contaré á Robertson por uno de los buenos historiadores de la escuela de Voltaire, menos vivo que éste pero mas noble, de estilo agradable sin pecar por lo florido, aunque sí por lo poco espontáneo; equivocado en su conocimiento general de los tiempos, cuyos sucesos narró y juzgó, y aun no exento de la tacha de superficialidad; autor estimable, en suma, pero como escritor de historias no digno de ser puesto en el lugar á que se han remontado en nuestros dias algunos autores franceses y alemanes, y quizá algun inglés, ni merecedor de un concepto igual al de Hume, aunque este peque tambien de preocupado y de inexacto.

Al lado de Robertson se distinguian hombres de diverso mérito y este muy alto en su diversidad; los mas de ellos buenos escritores, adornando con bello estilo las materias que trataban, pero cuyas obras en general, mas corresponden á la historia de la ciencia que á la de la literatura. Los nombres del economista político Adan Smith y de los filósofos Reid y Dugald Stewart, así como de otros varios de aquel pais, de aquellos dias y de aquella escuela, merecen ser tenidos en tan alta estima cuanto otros de los buenos autores del mundo en todas las tierras y edades. Un poeta llamado Home en su tragedia *Douglas*, tuvo asimismo alta fama de que no era indigno

enteramente, por tener su drama cierta naturalidad y patética sencillez; pero esta composicion, no ajustada ni al gusto de las obras de Shakspeare y á los dramáticos ingleses antiguos, ni al de los franceses, y recomendable por ciertas pero no por todas las dotes necesarias en obras semejantes, está en el dia aun en Inglaterra olvidada ó poco menos y en el Continente es del todo desconocida.

Al mismo tiempo que Robertson y sus amigos brillaban en Escocia, se estaba señalando en Inglaterra un autor y crítico, que llegó á remontarse á una celebridad altísima, y aun á ejercer sobre sus contemporáneos tal predominio, que por alguno y breve tiempo fué reputado el tirano de la literatura. Era este el doctor Samuel Johnson, que escribió por sí solo un diccionario de la lengua inglesa, empresa encargada en Italia, en Francia y en España á un cuerpo de los mas distinguidos literatos, y que el laborioso y erudito inglés desempeñó sin ayuda, sino con una perfeccion imposible de conseguir en esta clase de obras, con superioridad á las del mismo género de otras naciones, lo cual por otra parte no es superior encarecimiento. Johnson era hombre en todo singularísimo, de aspereza estremada, de aspecto feo y casi feroz, de cuerpo gordo y mal formado, de desaliño en el vestido hasta rayar en desaseo, afligido con una dolencia escrofulosa que aumentaba lo desagradable de su presencia, todo lo cual iba hermanando y cuadraba bien con la dureza de su condicion, con sus principios de política *tory* llevada al estremo, con su intolerancia en todas materias, y con su insufrible soberbia y grosería. Tuvo este autor, apellidado por sus paisanos el gran moralista y el gran crítico, hasta la honra de que hubiese un escritor, su amigo, que le iba siguiendo constantemente ufano de su amistad, y recogiéndole todos sus dichos para formar de ellos una coleccion, que despues dió á luz, la cual acredita á su autor de hombre de escasísimo talento; y con rara contradiccion es á la par una de las biografías mas entretenidas y agradables, si no

la mejor entre cuantas se han escrito en cualquiera tiempo.

Las obras de Johnson, varias en número y bastante parecidas en su índole, tienen todas bastante mérito, mereciendo algunas la calificacion de tenerle muy subido. Ninguna de ellas, sin embargo, es de grande estension ó importancia, siendo las mas ensayos críticos, ya sobre puntos morales, ya sobre literarios; y debiendo contarse en esta misma clase sus vidas de los poetas ingleses, que con rara escepcion son de sus mejores composiciones. En todas ellas el estilo, sobre ser latinizado, es hueco y campanudo, complaciéndose el autor en las perífrasis y en espresar las ideas en términos abstractos, cosa la mas distante posible del gusto clásico griego. Su crítica en general es solo de las formas, por ser esta la que se usaba entonces: es á veces caprichosa y preocupada, pero en muchas ocasiones sana, y en todas aguda. Su moral austera y aun desabrida es buena, y se sale bastante de la esfera de las trivialidades. Todas las calidades de que acabo de hacer mencion se encuentran en la obra periódica del autor de quien trato, intitulada: *The Rambler*, que en castellano puede traducirse por el *Vago*, no aplicando esta voz en el sentido en que se usa para señalar á los hombres culpados de lo que se llama vagancia, sino en la significacion que espresan los franceses con su voz *Flaneur*, esto es, de un hombre que sin ocuparse puntualmente en una cosa, anda en busca de vano entretenimiento: en su novela de *Rasselas*, *Principe de Abisinia*, pobre en incidentes y nada rica en punto á caracteres, pero llena de disertaciones en estilo bello, aunque con las faltas peculiares del autor; y en fin, en las ya citadas vidas de los poetas ingleses, donde si Milton es tratado con injustísima aspereza como poeta por haber sido republicano en su vida política, y si á otros autores por parcialidades semejantes se muestra igual falta de justicia, la crítica es en general aguda y atinada, aunque reducida á la esfera en que se encerraba por aquellos tiempos.

El estilo de Johnson no es ya de moda en su patria, y con razon en mi humilde concepto, porque adolece de faltas graves, no siendo de las menores descastar un tanto su idioma, despojándole de lo que tiene de sajon, complacerse en las abstracciones y en los términos á ellas consiguientes, y no conservar un solo rasgo de sencillez en medio de su pompa. Tiene además el defecto de nacer de un alma, aunque irritable, fria, y de una condicion vana y soberbia que se descubre hasta en el presumido corte de la frase. Pero á vuelta de estos vicios contiene notables prendas, elegancia, correccion, número, y en la solemnidad que dá á su moral severa y trivial muchas veces, cierto aire de autoridad propio para esforzar sus preceptos, y que sienta bien en quien se titulaba y era llamado por los demás el gran *moralista*.

Coetáneo de este autor fué otro cuya fama tambien ha decaido habiendo sido muy alta, y la índole de cuyos escritos, políticos puramente, y de aquel género apasionado propio de las lides en que se contiende por el poder, no escluye sin embargo las dotes literarias que es nuestra ocupacion privativa ir examinando. El escritor al cual me refiero tuvo entre otras singularidades la de ser vano y orgulloso, y la de poner su vanidad y orgullo en lo que no suele ponerse, á saber: en no dar gloria á su nombre, aunque sí quería darla á sus obras, pues tuvo singular empeño escribiendo anónimo en no ser conocido; y lo consiguió á punto tal, que hoy, si bien hay fundadas conjeturas sobre quién era, no es este punto enteramente averiguado. Hablo, señores, de ciertas cartas que con el nombre latino de Junius, aludiendo sin duda á los famosos romanos Lucio y Marco Junio Bruto, salieron á luz en un periódico inglés: fueron admiradas sobre manera, y formadas despues en un librito, y con frecuencia reimpresas, ocupan un puesto alto, ya se rebaje un tanto, ya siga ensalzándose su mérito en la literatura de la Gran Bretaña. Verdad es que á esta obra daban valor las pasiones de que era intérprete, y que

á su vez escitaba, y no es menos cierto que realzaba el valor de la produccion la impaciente curiosidad de saber quién era el artífice. Pero aun descartando estas consideraciones, las cartas de Junius tienen un mérito indudable. En ellas va hermanada la invectiva vehemente con una atencion demasiado esmerada, á la belleza de las formas. Descúbrense en el autor pasion, saber, estudio, y el arte de dar á cuestiones personales importancia que empeñe en su favor en altísimo grado. Ni es mérito corto el de aprovechar las pasiones ajenas cuando estaban encendidas, y usarlas en propio provecho, circunstancia que si disminuye el empeño con que es leida la obra en tiempos tranquilos y posteriores, realza el mérito del escritor que escribiendo para sus contemporáneos, y por conseguir un objeto, logró en mucha parte sus fines, alcanzando ademas una gloria, si no poco oscurecida, todavía existente. Los vicios de esta composicion, sin tomar en cuenta los pertenecientes al autor y á la obra, mirando esta y aquel por un aspecto político, consisten en descubrirse demasiado el trabajo con menoscabo de la espontaneidad, y en contener mucho de lo que en pintura y poesía es conocido con el nombre de *manera* en sus limados y correctos períodos. Sin embargo, como trozo de literatura su carta al rey, las escritas al duque de Bedford, aunque abominables estas consideradas moralmente, y algunas mas, merecen ser todavía consideradas como trozos de verdadera elocuencia. En una lid con un rival de los muchos que tuvo Junius, quedó este, si no vencido, harto maltratado; y las cartas de su contrario merecen ser citadas tambien, porque como composicion literaria, sobre tener mérito nada comun, el suyo forma un contraste notable con el de su antagonista. El autor á que me refiero no era anónimo, sino al revés, muy conocido, no solo como político militante, sino como autor de notables trabajos filolójicos, y uno de los mas diestros en el manejo del inglés castizo. Juan Horne Tooke, de quien estoy hablando, y de quien volveré acaso á hablar en lo sucesivo, en su disputa

con el desconocido Junius, igualándole en muchas prendas, le escedió en la espontaneidad de su estilo y en lo castizo de su diccion, apareciendo sin menoscabo de la correccion y aun de la belleza de las formas, tan fácil y natural, cuanto escesivo en el aliño y amanerado era su adversario.

Otra obra, de clase muy superior á las que acabo de citar, y de las que no solo corresponden á la literatura de un pueblo particular, sino á la del orbe entero, remontó la fama de Inglaterra en el tiempo de que voy hablando. Aludo aquí, señores, á la famosa *Historia de la decadencia y caida del imperio romano*, por Eduardo Gibbon, produccion portentosa por lo vasto de su concepcion, y por lo agudo de su crítica, importante como el asunto que abrazó, y de importancia superior entre cuantas vieron la luz en la época en que fué publicada. Yo, señores, que me precio de admirador de esta produccion sin igual; yo que he criticado á Robertson y acusado á Voltaire por no haber conocido la índole de la edad media, tengo ahora que llevar mi acusacion al estremo sobre el mismo punto, tratándose de la historia de Gibbon. No cabe autor que haya profesado con mas vigor los dogmas de la escuela filosófica francesa del siglo XVIII, y aun de esta filosofía tomó particularmente la parte religiosa, y de esta las opiniones mas frias. El de suyo era asímismo flemático y burlon, ageno de pasiones, lo cual, si es gran dote en un historiador mirándolo por cierto lado, al considerarlo por otro aspecto no deja de ser una falta. Así concibió este autor una idea radicalmente errónea de la naturaleza de su argumento, idea de que él mismo bastante despues se burló con ingenioso chiste, cuando declarándose contra la revolucion francesa protestó que al defender la religion pagana contra la cristiana, habia sido conservador, sustentando la causa del culto establecido. Cuál fué esta idea equivocada, el mismo autor lo declara en sus memorias. Despues de haber estudiado por mucho tiempo; despues de haberse dedicado sobremanera al estudio de la lengua francesa, y haberse ensayado escri-

biendo en francés con mediana fortuna; despues de haber pasado de la religion protestante á la religion católica, por haber leido la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes*, por Bossuet; despues de haber vuelto á reconciliarse con la religion protestante, y despues de haber abandonado toda religion, á uso de los filósofos de aquel tiempo, se encontraba un dia en Roma cerca del Capitolio, y vió pasar una procesion de frailes descalzos, á cuya vista la idea de aquellos frailes pisando el terreno de las antiguas glorias de Roma, le hizo concebir la de escribir la *Historia de la decadencia y caida del mundo romano.* Gibbon hacia gran caso de Voltaire, y le tenia muy leido, y sin embargo no conoció que esta idea no era original suya, sino del patriarca de la filosofía francesa, que en su *Henriada* ó *Enriqueida*, hablando de Roma habia dicho que allí

Des prêtres fortunès foulent d'un pied tranquille
Le tombeau des Caton et la cendre d'Emile
Huellan en paz dichosos sacerdotes
De Emilio y de Caton las sepulturas.

El pensamiento, como habrán de notar mis oyentes, es el mismo; la sustitucion de los cultos de la iglesia cristiana á la grandeza de los héroes del paganismo en el pueblo mas poderoso de la tierra.

Digo, pues, que embebido el gran historiador inglés en esta idea, vió en la caida del imperio romano con su religion y sus costumbres, un suceso digno de ser lamentado; vió en la caida del politeismo la de un monumento de las artes, y en la elevacion del cristianismo sobre sus ruinas, la de la barbárie que por algunos años hasta cierto punto le acompañó; no advirtió á pesar de su sagacidad no comun, que en la religion nueva habia un principio renovador de la sociedad, de union, de igualdad sublime, porque convertia el espiritualismo de opinion en dogma, levantando con esto la dignidad humana. Nada de esto qui-

so ver, y al revés deslumbrado con la hermosa imágen de un poder gigante en un imperio ilustrado, encontró el mayor grado de perfeccion de los hombres en sociedad, no en la libertad de las repúblicas griegas, segun una opinion bastante comun, aunque errada; no como la vieron otros en la grandeza aristocrática de los romanos, que al cabo cuando conquistaba al mundo era en algo digna de la admiracion que algunos con exceso la han tributado, sino en el despotismo de los emperadores, en el despotismo de los Trajanos y de los Marco Aurelios objeto de sus alabanzas en el principio de su historia. No conoció, pues, que el principio de aquel gobierno era vicioso, y de ahí nacen sus yerros. Otros se encuentran en su estilo, pues separándose del de los escritores ingleses, quiso adoptar el de los franceses, aunque si sus paisanos le achacan ser perfectamente francés, es este un juicio en que no puedo convenir absolutamente. Los que hemos estudiado la literatura francesa, juzgamos que Gibbon quiso en su historia escribir como un autor francés y no acertó á hacerlo; su estilo en sus formas tiene defectos de que algunos escritores franceses adolecen, pero nunca en tan alto grado como él, y se dá á notar porque en lugar de hacer una narracion sencilla y natural cuenta (como se dice) por implicacion suponiendo ciertas noticias sabidas, y hablando con arreglo á ellas. Dá esto á su narracion cierto carácter confuso á que se agrega que yendo en busca de una elegancia contínua dió á su estilo cierta pompa simétrica no del mejor gusto, y á su diccion el defecto grave de no ser castiza ni aun con arreglo á las doctrinas mas laxas en este punto, si de inferior importancia, juzgando y hablando literariamente tampoco de modo alguno desatendible. Entregóse por otra parte con exceso á la ironía, á veces con acierto y gracia, otras veces con menos feliz fortuna, casi siempre de un modo repugnante porque casi siempre manejaba esta arma contra el cristianismo. No por eso llegaré á la severidad con que le trata un crítico (inglés por cierto) que echándole en cara la cons-

tante imitacion de Voltaire dice que le remeda « como remedaría un elefante á un mono.» Esta comparacion es injusta, y como otras de igual naturaleza no carece del todo de justicia; porque si por un lado el burlon historiador inglés suele ser chistosísimo en su grave ironía, por otra parte no deja de manifestar en una ú otra ocasion pesadez al emplearla, pesadez que tenia trazas de cuadrar con su rara figura, de notable fealdad por tener apariencias de un ente á medio formar, gordo, de facciones pequeñas hundidas en carne, de enorme vientre y piernas cortas y delgadas, de pequeña estatura y en suma de aspecto que lejos de descubrir ingenio agudo, parecia de persona tarda de comprehension y ruda.

He apuntado, señores, las faltas de Gibbon, y no sin darles al apuntarlas toda cuanta importancia merecen. Pero á trueco de ellas ¿qué mérito hay en la obra inmortal de que estoy hablando á mi auditorio? La *Historia de la decadencia y caida del imperio romano*, es de las obras mas honrosas á la diligencia y á los alcances del entendimiento humano. A cualquiera materia de las varias á que se dedica Gibbon en su trabajo lleva consigo una erudicion asombrosa y un juicio crítico agudo siempre, y atinado en casi todas las ocasiones. Observó de él Robertson en una nota de una obra suya sobre la India, que tratando del cultivo de la seda venido de la China, muestra el insigne historiador tales conocimientos en la materia, que estarían muy bien en un escrito dedicado á tratarla exclusivamente. Lo que de este punto puede afirmarse de otros. Ya examine el autor la disciplina militar de las legiones romanas, ya al describir la catedral de Santa Sofía la pinte y juzgue como aficionado inteligente, ya en las antigüedades eclesiásticas ostente á la vuelta de temerarias y erróneas opiniones, erudicion esquisita, siempre admira, siempre deleita. En su estilo mismo si es de censurar la falta de naturalidad y á veces de gracia sencilla, no deja de haber trozos animados y de singular hermosura, notándose

LECCION DÉCIMACUARTA.

SEÑORES:

Dige al terminar mi última leccion, que distraidos con el grande espectáculo que durante el siglo XVIII nos estaban presentando Francia é Inglaterra, aquella influyendo en todo lo demás del mundo, esta teniendo alguno si bien reducido influjo fuera de sí misma, nos hemos olvidado un tanto de volver la vista hácia nuestra patria, la cual no fué en aquella época floreciente en la literatura, así como á otro pueblo que llama nuestra atencion cuando de literatura se trata, á la culta Italia, patria de las letras y de las artes; á aquella que en todos tiempos ha producido ingenios aventajados; á aquella que en los tiempos de César y Augusto nos dejó modelos acabadísimos, insignes de poetas y prosadores, á la patria del Dante y del Petrarca, á la que tan sazonados frutos dió en letras y artes, pero la cual en los tiempos de que vamos hablando apenas habia salido de una postracion, no tan grande como la nuestra al empezar el siglo XVIII, pero grandísima considerada con relacion á su anterior grandeza.

Ya dige que á principios del siglo XVIII habia habido pocos escritores que llamasen la atencion en Italia, no que faltasen completamente, no que quienes se dediquen

á examinar la historia literaria de ese pais dejen de encontrar en él respetables medianías, sino que considerándole con arreglo á lo que fué en dias mejores, no produjo en el siglo XVIII aquellos hombres que son de la historia literaria de todos los paises y en el suyo de la clase mas alta, comunicando á la gloria de su patria todo el brillo que despiden sus obras y sus nombres. En una de mis lecciones anteriores he hecho alguna referencia á Vico, escritor filosófico y profundo, lleno de novedad y cuyo crédito fué posterior á la época en que escribió, poco notado por sus contemporáneos y aun por quienes vivieron en dias inmediatamente posteriores á los de su vida y muerte. Si por literatura solamente se entiende belleza de estilo, gala, elegancia, correccion en el lenguaje, poco tiene el filósofo Vico que le recomiende y aun apenas merecia especial mencion su nombre; pero ensanchando los límites de la república literaria aunque sin entrarse en los términos del pais de las ciencias exactas ó naturales, es digno de ser citado y respetado el agudo y profundo escritor de la *Ciencia Nueva*, que tal es el título de la obra dedicada á discusiones históricas de superior importancia. El eminente jurisconsulto Gravina tambien escribió en el mismo siglo; pero no obstante haber hermanado conocimientos literarios con sus demás prendas, y aunque á su proteccion ilustrada y generosa se deba haberse formado Metastasio, todavía sus escritos por la materia y por la forma, si algo añaden á la fama de Italia, no es por su aspecto puramente literario por donde la aumentan. La gloria francesa de los dias de Luis XIV vino á resplandecer cuando el brillo de la italiana estaba si no apagado oscurecido, y en el siglo XVIII imitadora la patria de Dante y Maquiavello como todas las demás naciones, tuvo una escuela nueva de escritores secuaces de los franceses en las doctrinas y que con la materia tomaron no poco de la forma de sus modelos. Apartándose estos enteramente, ó de intento, ó sin poderlo remediar, de las tradiciones antiguas de su patria donde tan

bien amalgamados estaban el clasicismo romano con el espíritu de la edad media, fueron á buscar inspiracion á una tierra donde la escuela llamada clásica habia dado de sí hermosísimas producciones, admirables modelos en que sin embargo faltaba un tanto la espontaneidad; pero fueron á buscar inspiraciones cuando estos modelos, si no desatendidos, estaban en cierto modo olvidados, y las buscaron y encontraron en la literatura francesa de sus dias, en la de Voltaire, en la de su secta. La situacion de Italia en lo religioso y en lo civil no era propia para satisfacer á ánimos levantados, y esto mismo llevó á varios escritores á admirar, á estudiar, y aun sin querer á copiar, no á sus autores antiguos, sino á extranjeros en cuyas obras habia doctrinas que en sí contenian remedios verdaderos ó imaginados para los males graves de su patria. Milan fué el lugar donde primero se presentó esta escuela, á la cual pertenecia un hombre de injenio agudo y ameno, por algun tiempo de fama muy superior á sus merecimientos, parte de aquella sociedad que ocupaba los ócios y servia al entretenimiento, y alguna vez á las amargas burlas del filósofo duro, mezcla de buenas y malas calidades, pero en quien predominaba la mala intencion, hija de la falta absoluta de sensibilidad, del famoso Federico II de Prusia, de quien he hablado alguna vez en estas lecciones, como es fuerza hacerlo en quien escoje la filosofía ó literatura del siglo XVIII por su argumento. El escritor de quien voy hablando, Algarotti, gozó de gran valimiento con el monarca prusiano, con el cual vivió algun tiempo entre otros injenios que como él no pasaban de la medianía; y vuelto á su patria despues de haber recorrido á Alemania, Francia é Inglaterra, contribuyó á propagar el sistema de Newton y la filosofía de Voltaire, objetos unidos en aquellos dias en estrecho lazo. Las calidades del estilo de este autor, al cual daban mas valor sus relaciones que sus obras, eran todas francesas, y el mismo carácter tuvieron las de otros escritores de las mismas

doctrinas, aunque de injenio mucho mas aventajado.

El conde Firmian, gobernador de Milan por el emperador de Alemania cabeza de la casa de Austria, era en aquellos tiempos un protector, no solo de la literatura, sino hasta de la filosofía, y de la filosofía, segun la acepcion que á esta palabra se daba entonces, que venia á ser la propagacion y defensa de doctrinas innovadoras y reformadoras. Aunque reinaba por los mismos dias en Austria la piadosa y nada literata María Teresa, todavía no era su gobierno opuesto del todo á la secta filosófica, aunque tampoco le fuese amigo, siendo de aquella corte de donde habia de salir el filósofo poco atinado, pero sincero y ardiente, José II, y el mas moderado y feliz Leopoldo, cuyo despotismo ilustrado, conforme á las ideas de su época, dió andando el tiempo tanta felicidad, y á la par tanta satisfaccion al gran ducado de Toscana. En los escritores milaneses y de otras partes de Italia de esta escuela, el mérito literario es corto. Imitando á los franceses no los imitaban en lo mejor, y así como tomaban de su filosofía si no lo peor lo mas vago y menos práctico, así de su estilo solian copiar lo declamatorio, arrastrándolos á hacerlo así el sincero y ferviente pero exagerado amor á la humanidad, que estaba de moda entre no pocos pensadores y autores de aquella época. El libro sobre la legislacion penal de Beccaria fué la produccion mas señalada, ó por lo menos la mas famosa por algun tiempo, entre cuantas produjo la secta filosófica italiana. Extremando las cosas con la sana idea de mitigar los rigores de leyes penales, severas hasta ser bárbaras, pasó al yerro no de condenar el uso de la pena de muerte, lo cual es principio muy defendible, sino de negar á la sociedad el derecho de dictar ley tan severa. Sabido es que estribaba su obra en el principio de que no teniendo hombre alguno derecho de disponer de su propia vida, y siendo la sociedad una agregacion de derechos individuales, como nadie puede dar lo que no es suyo, no pudieron los primeros dar á la segunda una facultad de que care-

cian. Con razon observa Benjamin Constant que las consecuencias de este principio llevarían forzosamente á no conceder á la sociedad el derecho de dictar pena alguna rigorosa. Pero dejando esto aparte, y advirtiendo solo de paso que si Voltaire habia escrito contra la atrocidad de la leyes penales de Francia, bien podia escribir en el mismo sentido un discípulo suyo en tierra en que era la legislacion no menos bárbaramente dura, y en donde el defecto muy general en los imitadores de extremarse en la copia por no quedarse inferiores al modelo, estaba favorecido por la naturaleza de los injenios meridionales, mirada la obra de Beccaria por su aspecto literario no es digna ni de alta alabanza ní de censura. Su estilo no es declamatorio al punto que el de otros italianos, y reina en él cierto espíritu de plácida bondad que agrada al lector por darle del escritor la mas favorable idea, prenda que aun considerada por su valor literario no le tiene corto en un escrito. Imposible es, señores, dejar de admirar que en medio de las tinieblas, todavía reinantes en Europa en aquellos dias tocante á la naturaleza de las leyes penales; cuando en la ilustrada Francia estaba en uso el atroz suplicio de la rueda en circunstancias ordinarias, y en casos extraordinarios otros rigores de crueldad mas esquisita; cuando en Italia como en todo el mundo, salvo en Inglaterra, se empleaba la bárbara prueba del tormento en un pais sujeto al despotismo y hasta á la inquisicion, si mas mansa que la de España, no por eso agena de opresora crueldad, se levantase una voz elocuente, aunque no de la mejor clase de elocuencia, é intérprete de una sensibilidad, aunque estremada, digna de respeto y aprecio, para pedir en nombre de la razon y de la justicia á favor de los acusados y aun de los delincuentes, mejoras cuya necesidad estaba generalmente ignorada, y que al ser pedidas tenian el inconveniente de ser una protesta de la parte desvalida de la sociedad contra la poderosa y predominante. Y lo que mas merece celebrarse en la obra de que acabo de hablar son las consecuencias que ha tenido,

pues si algunas de las ideas que encierra están hoy con razon desacreditadas, las humanas doctrinas que contiene abogadas por otros han llegado á prevalecer y han triunfado en los códigos de todas las naciones, desterrándose de ellos y de la práctica los actos de barbarie que antes afeaban la legislacion y solian acarrear descrédito y odio al ministerio de la justicia.

Bastante posterior á Beccaria fué un escritor italiano, de Nápoles, cuya obra por ser hija de las del célebre milanés debe ser citada en seguida, aun á trueco de no observar en todo rigor el órden de las fechas al tratar de los mas notables escritores. Hablo de la obra titulada *Ciencia de la legislacion* de Gaetano ó Cayetano Filangieri. Esta produccion en algun tiempo gozó de tanta fama, que especialmente en Italia fué por no pocos lectores reputada superior al prodigioso trabajo de Montesquieu sobre el espíritu de las leyes, y aun fuera de Italia estuvo considerada como una de las producciones de primera clase que mas honran al injenio humano. Y debe añadirse en loor y justicia de los gobiernos absolutos de aquella época, que las opiniones reformadoras de este autor, sacadas de quicio en muchos puntos, y mezcladas con máximas tan favorables al gobierno popular, que condenaban al de Inglaterra por serlo poco, no solamente por ningun título le acarrearon persecucion ó desabrimiento de parte del gobierno napolitano, sino que al revés le proporcionaron favor, dignidad y hasta poder político, que el favorecido supo usar sin causar inquietudes ni trastornos por reducir á práctica lo que en la teórica se distinguia por su atrevimiento. La obra de Filangieri contiene algunas máximas sanas, de ellas no pocas triviales, y yerros en número no corto, siendo en total una obra mas propia para acreditar las rectas intenciones y el loable celo de su autor, que la elevacion de su entendimiento. Así los aplausos dados en algun tiempo á la *Ciencia de la legislacion* de Filangieri han cesado de todo punto, cayendo mas que en desconcepto en olvido. Los méritos literarios de su obra se

reducen asimismo á una respetable medianía. Adoleciendo Filangieri de los mismos defectos que Beccaria, así en el modo de tratar las materias que son argumento de su obra, como en gran parte en el estilo, como su antecesor se muestra discípulo de la escuela francesa en las formas de su composicion y en su estilo, tanto como en sus pensamientos, y siendo harto mas declamador tiene alguna perfeccion mas y superiores faltas. No es la menor la de que no pueda leerse su obra sin fastidio, lo cual no sucede ciertamente con Montesquieu, cuyo estilo, aun con graves faltas, deleita y suspende, y produce en los lectores completa y seguida satisfaccion, aun dejando aparte la superioridad en el valor de su ideas y doctrinas.

Por los mismos dias poco mas ó menos, esto es, mediado el siglo XVIII, se distinguieron en Italia otros autores que por la naturaleza de los argumentos que trataban, así como por la de su injenio y estudios, no eran de la escuela francesa sino continuadores de la antigua de su patria, aunque con la alteracion que produce en el estilo el transcurso del tiempo trayendo consigo ideas nuevas. La historia literaria de Tiraboschi es de la clase á que acabo de referirme. Como obra de crítica literaria es merecedora de elogios, si bien no pasa de ejercer su censura sobre las palabras, y cuando mas sobre las formas: como depósito de noticias no es digna de menos alabanza, y como trozo de composicion es acreedora, si no á desmedido aplauso, á aprobacion y aprecio. Lástima fué que saliéndose un tanto este historiador del terreno á que debia ceñirse, no contento con examinar y juzgar la literatura de su patria, al querer dar razon del orígen de su decadencia, hizo una excursion al campo de la literatura castellana creyendo encontrarle allí, é introduciéndose en region para él no muy conocida, mas de una vez tropezó y cayó, siendo en su ceguedad injusto. Produjo esta censura una defensa de las glorias literarias de España hecha por el abate Lampillas, jesuita español lanzado á Italia de resultas de la

persecucion de que fué víctima la compañía de Jesus, el cual escribiendo en lengua italiana acertó á expresarse con elegancia y mediana pureza, no siendo de olvidar por un español su crédito, pues al cabo en honra de su patria redunda, aunque tal vez peque la defensa por exagerada, y no del mayor tino.

Al hablar, señores, de Lampillas, bien será referirse á otros españoles sus compañeros, y á la distincion que alcanzaron manejando la lengua de la nacion á que fueron llevados por su desventura. Hablando, señores, del siglo XVIII, y siendo quien habla español, aun respetando con rigor los límites del campo de la literatura, algo debe decir de la compañía que he citado, obra de un español, nacida en los tiempos en que la heregía de Lutero y despues la de Calvino ganándose por prosélitos á gobiernos y á pueblos enteros, dividieron de un modo permanente el orbe cristiano; famosa por haber cultivado con acierto y gloria las letras humanas no menos que por su admirable órden y arreglo interior, orígen de su grandeza, aumentos y conservacion; aborrecida por haber ella abusado enormemente de su poder; ensalzada principalmente despues de su caida por enlazarse su causa con la de un partido político como ella vencido andando los tiempos, y cuerpo en suma cuyos parciales se han extremado en la alabanza, así como en el vituperio sus detractores. La compañía famosa de que hablo, en el dia de su caida no contaba ya dentro de sí los esclarecidos varones que un tiempo la acreditaron, señalándose en la oratoria sagrada ó en las letras humanas; pero falta de tan altos injenios todavía se señalaba por el espíritu que la regia, espíritu sobradamente ponderado por su bondad ó por su crueldad, y en la hora presente pintado como de una exquisita perfeccion en lo malo á que ha dado mas crédito la calumnia, tomando la forma vulgar de una novela, pero digno de atencion aun cuando distase de llegar al punto en que se le ha supuesto, y todavía por muchos se le supone. La idea de su poder abultada daba susto; sus

hechos, si no cuales sus amigos los pintaban, causaron con todo fundado disgusto, y sus contrarios creyeron llegado el momento de darle el último golpe, no sin razon por estar su existencia en pugna con las ideas dominantes del siglo, y servirles de obstáculo cuando trataban los gobiernos de convertirlas en obras. Así la compañía de Jesus fué abolida en Francia por decreto del parlamento de París, respetado tribunal con pretensiones de cuerpo participante en la legislacion y el gobierno: así fué expelida de Portugal no sin horribles é injustos castigos hechos en las personas de los jesuitas, y así cayó en España á manos del conde de Aranda, personaje de gran arrojo y firmeza, de no poca rectitud, reformador bien intencionado, algo escaso de luces y aun de injenio, y sobrado en fama, que dió muerte á aquel cuerpo temible, y mas que esto temido, con un acto despótico, tiránico, justamente afeado por hombres de paises donde las leyes imperan, y digno de disculpa si no de alabanza en una nacion donde á un poder que debia venir á tierra no era posible derribarle de otro modo. Pero hecha esta escursion al campo de la política ó de la filosofía, casi indispensable hablando del siglo XVIII en que tan unidas estaban la filosofía y la literatura, y mas tratándose de una sociedad que aun como literaria tenia merecimientos y lustre, tiempo es de pensar en lo que cumple á mi propósito aludiendo al efecto literario que en Italia y España tuvo la expulsion de los jesuitas de la Península española á la italiana. Este fué, si no de los mayores, considerable en cierto grado. Dedicáronse los desterrados á cultivar la lengua del pais donde habian hallado acogimiento, y á dar á luz en ella obras apreciables. De la de Lampillas he dicho ya, señores, lo suficiente. No haré mas que aludir á las de Arteaga y Eximeno; pero citaré especialmente el gran trabajo publicado en varios tomos con el título «*Del origen, progresos y estado actual de toda la literatura,*» por el abate D. Juan Andrés, trabajo cuyo precio no iguala á la magnífica promesa contenida en su título, porque

corresponder á tanto no era posible, obra de erudicion superficial, pero extensa, de crítica no profunda, pero sana, y tal en fin, que dando honra á su autor puede servir de entretenimiento y aun de provecho á los lectores. No hablo de trabajos de estos mismos desterrados hechos en su lengua patria, porque en este momento tengo puesta mi atencion y la de mi auditorio en la literatura italiana y no en la de Castilla. Así por las traducciones de D. Carlos Andrés conoció España las obras de su hermano; así por una version se hizo castellana la defensa de la literatura española hecha por Lampillas. A Italia envió, pues, nuestro gobierno la gloria que tareas literarias de españoles podian haber acarreado á su patria.

Dejando aparte las obras de estos autores, tiempo es de que volvamos á otros italianos que en los dias á que estamos refiriéndonos, estériles en verdad para su patria, aunque no lo serian acaso para pueblo que contase menos y no tan altas glorias, se señalaron en diversos caminos. En el siglo XVIII cabalmente nació, creció y vivió con lustre el drama lírico en la tierra considerada por eminencia de la música, y en el grado mas alto de la poesía. El drama lírico, señores, habia nacido en Francia en las óperas de Quinault, poeta demasiado zaherido por Boileau, y demasiado ensalzado por Voltaire, y poeta aunque débil digno de mediano aprecio, y habia continuado su vida con alguna reputacion y tal cual mérito en composiciones de la misma clase por otros autores. En Italia fué su creador Apostolo Zeno. La naturaleza de este drama, señores, en mi sentir muy inexactamente asemejado á la tragedia griega, porque esta era casi imitada en su declamacion artificial, y además tenia coros, es tal, que necesariamente le expone á tener graves faltas. La rapidez con que por fuerza ha de caminar la accion, imposibilita desenvolver bien los caracteres dándoles individualidad y la identidad que lleva á tomar por reales y verdaderos los entes imaginados, é imposibilita otra cosa de muy inferior, pero todavía de alguna importan-

cia, á saber: la regular formacion del nudo basta traer sin precipitacion su natural desenredo. Prescindamos de los trozos de poesía lírica que en composiciones tales van mezclados con la dramática, pues personas de cierta escuela crítica no condenan un tanto de esta mezcla de que las tragedias de la archi-clásica Grecia dan mas de un ejemplo. Apostolo Zeno, primer poeta dramático-lírico de Italia, tuvo que batallar con estos inconvenientes y con otros nacidos de la naturaleza de su intento poético, el cual llegaba á una mediania respetable, pero no rayaba mas alto. Su invencion no era notable, y si habia en su memoria poética y en sus conceptos algo del robusto injenio de Corneille, se quedaba muy atrás del trágico francés en esta clase de merecimiento.

Pero Apostolo Zeno, autor mediano y poco leido aun en la historia literaria de su patria, hace mas papel como fundador de una especie de drama, que como poeta eminente. Cuando él componia habia nacido en Roma de padres humildes un muchacho llamado Pedro Trapassi, cuyos primeros años fueron señalados por un gran talento poético de compositor repentista ó *improvisatore*, á quien patrocinó prendado de su talento que admiró, habiéndole encontrado por casualidad en la calle, el gran jurisconsulto y buen literato Gravina, que pasando á Nápoles hubo de abandonar el cultivo de la poesía por el estudio de las leyes, si bien en la misma ciudad fué donde abandonando la ocupacion posterior por su vocacion primera, adquirió los primeros títulos de su fama, y el cual trasladado á Viena á ser como Zeno poeta de los emperadores ó césares, allí se granjeó altas glorias empuñando el cetro de la literatura italiana con el nombre que le dió su primer protector, cambiando el de sus padres en el de Metastasio. Este insigne poeta, cuyo concepto ha andado algunos años bastante decaido en la misma Italia, nó carecia de talento dramático y le tenia lírico, si bien era de la escuela de los autores cuya elegancia adolece de falta de nervio, cuya fantasía solo

se eleva en la region media y siguiendo vuelos agenos, y cuya ternura mas que profunda ó intensa es amable y graciosa. En sus manos la lengua italiana, de suyo sonora y musical, toma un carácter de dulzura un tanto uniforme, y aun con algunas excepciones de la afeminacion que con poco motivo echan en cara los extranjeros al idioma que lo fué de Dante. Achácanle sus paisanos y censores haber usado aun de su lengua únicamente ó con notable preferencia un corto número de voces, con lo que aminoró el caudal de su habla patria. Como poeta dramático puramente tenia dotes no cortas, pero de las de calidad comparativamente inferior, y carecia de muchos de los requisitos indispensables para remontarse á la mayor altura, esto es, de la creacion de caracteres y del arte de desenvolver el progreso de las pasiones, y llevar por medios naturales el nudo y desenredo de la accion en el drama, si bien es verdad que lo novelesco y falso de sus personajes, procediendo en parte de culpa del poeta y de la errada escuela que seguia, en otra parte procede de la naturaleza del drama lírico, incapaz de perfeccion como drama, y que vá perdiendo aun la que Metastasio llegó á darle.

Para justificar los elogios y tambien las censuras hechas de Metastasio como poeta lírico, basta aludir á sus muy conocidas graciosísimas canciones y algunas árias, y principalmente á varios coros de sus óperas. ¿Quién no recuerda su Primavera, en la cual con su acostumbrada felicidad de expresion tiene versos que con recitarlos solo se cantan, y en que á esta perfeccion se agrega otra mas alta, cual es la de que su estilo, sus imágenes, en suma todo el tono, como que traen á la memoria el tibio regalado ambiente de los últimos dias de invierno, cuando recreada la vista con el prado ya esmaltado de flores y otro sentido con suaves aromas, la vida medio apagada en el invierno como que se renueva con inexplicable deleite? ¿Y cuán hermoso es unir con un afecto moral hasta de pena el efecto físico y moral tambien producido por la llegada de la deleitosa estacion en nuestro

ánimo, al paso que en nuestros sentidos? Y sin embargo aun en esta lindísima obra se advierte, bien que menos que en otras del autor, un tanto de vago ó comun en los pensamientos, y de uniforme y débil en el estilo. Aludo, señores, á los conocidos versos

Gia riede Primavera
Col suo fiorito aspetto
Gia grato il zefiretto
Scherza sul'erbe é i fior.
Tornan le fronde á gli álberi
L' erbette á i prati tornano
Sol non ritorna á me
La pace del mio cor.

No me atrevo, señores, á traducir en verso ó prosa perfecciones que siéndolo son de aquellas que mas desaparecen traducidas. Véase al mismo autor tomando tono mas robusto al tratar de estacion de menos graciosa belleza y pintando la entrada del estío en su composicion que lleva este nombre:

Or che nega i doni suoi
La stagion de fiori amica
Cinto il crin di bionda spica
Volge á noi la state il pie;
E gia sotto al raggio ardente
Cosi bollono le arene,
Che á la bárbara cirene
Piu cuocente il sol non é.

Allí mismo, imitando á Horacio con oportuna mezcla de afectos tiernos y melancólicos á que convida la contemplacion de la naturaleza, afectos deliciosos tambien, y que en Me-

tastasio solo tienen la falta de no ser originales ni señalados por intensidad ó viveza, oigámosle pintar el amor en la vejez, cuando dice con exquisita ternura en el pensamiento y en la expresion:

Ea quei sui non piu vivaci
Rivolgendomi talora
Sulla man che m'inamora
Freddi baci imprimero.

O casi traduciendo el bellísimo

Pone me pigris ubi nulla campis
Arbos estiva recreabar aura
. . . .
Dulce ridentem Lalagem amabo
Dulce loquentem.
Mi conduca il fato mio
A i Numdi ó al mar gelato,
Io saró sempre beato
Idol mio, vicino a te.

¿Quién asimismo no se acuerda de su despedida que fué moda entre nosotros imitar, sin que lograsen igualarla *Melendez* ni *Arriaza*? ¿Quién no tiene en la memoria la otra no menos célebre cancion?

Grazie all'inganni tuoi
Al fin respiro Nice.

Que muy literalmente y no siempre con felicidad tradujo Melendez en su conocida version que empieza:

Merced á tus traiciones
Al fin respiro, Lice.

Veamos por otro lado en sus coros ejemplos de poética no menos bella y mas robusta, entre los cuales se cuentan el de la Olimpiada y el de la Judit ó Betalia libre. Ni faltan perfecciones de la misma clase en sus árias, ya contengan alegorías en un drama importunas, ya sean parte de la accion misma y recapitulacion de pensamientos contenidos en el recitado. Ya tierno, sencillo y rápido como en la Olimpiada en el ária:

Se cerca, le dice
L' amico dov'é
L' amico infelice
Risponde mori.

Ya en otras varias que sería enojoso citar deleita siempre, y en algunos casos hasta admiracion excita.

Pero estas no son dotes dramáticas. En las propiamente tales, señores, Metastasio es mas débil, si bien, como dije, no carece de algunas. Sus caracteres no son de hombres ni mujeres, sino de entes imaginarios, copias de los personajes novelescos de las composiciones francesas del siglo XVII, que un dia dieron fama á los Scuderis y Lacalprenedes. Sus afectos son tiernos, y á veces verdaderos, pero triviales y monotonos. Acuérdome que un crítico italiano comparando el Achille in Saio de Metastasio con la Ifigenia de Racine, pretende que el poeta italiano pinta mejor que el francés al héroe griego, y de su opinion cita como prueba el ária cuando Aquiles, disfrazado de mujer, y enamorado de Deidamia, al excitarse en su alma una pasion celosa, se expresa así en un arranque de furia y valor:

Involarmi il mio tesoro
Ah! dov'e quest' alma ardita?
Ha di togliermi la vita
Chi vuol togliermi il mio ben:

M' avilisce in queste spoglie
Il poter di due pupille
Ma Io so ch'io sono Achille
E mi sento Achille in sen.

En mi pobre concepto, señores, este es un Aquiles fogoso, pero caballero moderno, así como el de Racine es un oficial valiente del ejército de Luis XIV; pero lo peor en el italiano es que tiene menos de ente real y verdadero, y mas de una abstraccion comun de pensamientos alentados y pasiones ordinarias.

Con mas motivo admiradores del poeta de quien tratamos han encomiado el arte de sus exposiciones. Citaré, por ejemplo, un caso citado ya, y al traerle á cuento entraré en una menudencia, porque en mi entender es, segun advierte el crítico italiano su elogiador, un modelo en el difícil arte de exponer el argumento de un drama sin violencia. Es el pasage á que se alude la exposicion del *Artaserse*, cuyas primeras palabras son las siguientes:

Arbaces. — Addio
Mandane.—Sentimi Arbace
Arbaces. — Ah chel' aurora
Adoratá Mandane é gia vicina
E se mai noto a Serse fu che adonta
Del bárbaro suo cenno
Io venni á questa regia, in mia difcra
A me non basterebbe
Un transporto d'amor che mi consiglia:
Non basterebbe á te d'esserli figlia.

Aquí se nota que desde luego sin forzar las cosas, naturalmente, y no para enterar á los espectadores de lo que deberían saber y tenerse dicho los personajes del drama, que los dos interlocutores son amantes, que se despiden,

cuáles son sus nombres, á qué hora de la noche se citan, que la conferencia es en palacio, que Jerjes es padre de Mandane y ha prohibido á Arbaces la venida al palacio; en suma, casi todo el nudo del drama segun está en el momento primero de formarse. Quien conozca cuanto suelen pecar por este lado insignes poetas, apreciará el mérito de la exposicion á que acabo de referirme; quien dé el valor debido á cada calidad poética, convendrá en que esta habilidad en la mecánica del drama, si digna de alabanza y nada comun, no constituye un merecimiento de primera clase.

He hablado, señores, bastante de Metastasio, porque á fines del siglo XVIII su gloria en Italia y nuestra España era altísima, é influia no poco en el gusto poético y crítico dominante. Y aquí bien será que note un yerro de bulto del insigne crítico M. Villemain, que profesando hablar solo de la literatura francesa del siglo XVIII se entra en la de otros pueblos, y diciendo que no quiere hablar de Metastasio le trata con dureza en parte injusta, y llega á censurar á Voltaire por haberle elogiado, citando en falso á escritor tan conocido como el patriarca de la literatura y filosofía francesa durante su larga vida. Dice M. Villemain que Voltaire califica un trozo de Metastasio de digno de Corneille cuando no es declamador, y de Racine cuando no es débil, y disintiendo de este parecer procede á examinar el pasage así alabado, y le encuentra en la bella alegoría contenida en un ária de Arbaces en el citado Artajerjes, tachando con razon de poco dramático este pasage, aun sin negarle el mérito que en clase de poesía lírica le corresponde.

El pasage á que me refiero está traducido y no citado por M. Villemain, y yo le citaré en su original despues de traducirle. La siguiente es su version:

Voy surcando un mar bravo sin velas ni remos; braman las hondas; el cielo se encapota; el viento crece y falta el arte, y me veo compelido á ser llevado por la vo-

luntad de la fortuna. Infeliz de mí, en tal estado quedo desamparado por todos, y solo tengo conmigo á la inocencia que me lleva á naufragar.

Hé aquí los bellos pero intempestivos versos italianos de que puede dar solo mala idea mi endeble prosa:

Vo solcando un mar crudele
Senza vele, é senza sarte:
Freme l'onda: il ciel s' imbruna
Cresce il vento é manca l' arte
E il voler de la fortuna
Son costretto á seguitar.
Infelice in questo stato
Son da tutti abbandonato:
Meco solo é l' innocenza
Che mi.... á naufragar.

Ahora, pues, señores, Voltaire dice lo que M. Villemain le atribuye, pero no lo dice con motivo del ária que acaba de citarse. Al revés, si no me engaño, en alguna ocasion la cita, pero para vituperarla como parte de un drama. Los trozos de Metastasio elogiados por Voltaire como dignos de Corneille cuando no es declamador y de Racine cuando no es débil son dos, ambos de la ópera titulada La Clemenza di Tito. Hélos aquí. El primero es cuando teniendo Tito ante sí á Sexto, de quien sabe que conjurado con otro ha tratado quitarle la vida, le convida á franquearse con él, prometiéndole perdon y hasta secreto en las hermosas frases siguientes:

Apri il tuo eore á Tito
Confidati all' amico. Io ti prometto
Ch' Augusto nol saprá.

El segundo es cuando habiendo quedado solo el mismo emperador, no bien se ha retirado el reo, prorumpe.

en medio de un soliloquio en las expresiones que van á oir quienes me favorecen con su asistencia á esta cátedra.

Il torre alcun la vita
E facoltá commune.
Al piu vil della terra.... Il darla è solo
Dei Numi e dei regnanti.

Estos dos pasajes, aunque una crítica nimiamente severa podia tachar un tanto de novelescos y rebuscados, son merecedores del elogio con que Voltaire los honra, y baste de citar un desliz de hombre como M. Villemain, desliz que traigo á cuento solo por el interesado motivo de solicitar indulgencia cuando cometo mas graves culpas, pues bien merecen benevolencia los de flacas fuerzas, si se nota que tropiezan y caen los hombres de superior ingenio y erudicion vasta y profunda. Solo añadiré, hablando todavía de Metastasio, que en lo heróico y en lo patético en la citada *Olimpiade*, en la *Clemenza di Tito*, de que acabo de hablar, en la *Dido*, y en casi todas sus óperas y en sus oratorios, sin dejar de merecer la tacha de novelesco y de imitador, todavía suele caminar por las huellas de Virgilio y de otros con paso firme y gracioso, causando si no admiracion, satisfaccion en grado no poco subido.

La extremada dulzura de Metastasio, cuyo acento suena mas como el de Tasso, su autor preferido, que como el de Ariosto, y en nada como el de Dante, cuyo eminente valor estaba casi ignorado en los dias del *poeta Cesareo*, trajo en pos de sí despues de excesivos aplausos censuras no menos extremadas, y aparecer en Italia una escuela nueva cuya robustez de estilo y diccion, un tanto áspera, renovaba la poesía del coloso de la edad media, autor de la comedia divina. Pero hablar de estos poetas será asunto de otra leccion, porque son de la época en que se enlaza con el siglo décimo noveno el décimo octavo. Tiempo es de que volvamos la vista á nuestra España, y ese será el asunto de

nuestra leccion inmediata, en la cual tendré la satisfaccion de contemplar la literatura de mi patria en harto mejor estado que el en que se habia visto desde el reinado de Felipe III, si bien no, como es fuerza confesar, en la situacion gloriosa en que se hallaba la de pueblos mas felices, faltando entre nosotros los gigantes intelectuales, que honrando á sus respectivas naciones, ocupan varios puntos de la república literaria del mundo todo; pero habiendo en compensacion autores de mérito no corto de aquellos cuya fama es casi únicamente de su patria, pero que prestan á esta en la mejora de su cultivo mental importantísimos servicios.

LECCION DÉCIMAQUINTA.

SEÑORES:

Despues de haber perdido de vista á nuestra patria durante largo tiempo, porque el estado general de la Europa durante aquellos largos años llamaba mi atencion, y debia llamar la de mi auditorio, tiempo es de que volvamos á considerar la situacion de España en aquellos dias, si bien no puedo prometerme, como mas de una vez he dicho, que sea fácil dar del estado de nuestra literatura una idea sumamente ventajosa. Sin embargo, estaba entonces progresando. En el reinado de Felipe V se habian creado las academias, y ayudados los esfuerzos de aquel monarca por Fernando VI, se habia adelantado en la tarea de sentar principios conformes á un mediano buen gusto.

Pero el que reinaba, si bien sano en cuanto condenaba las extravagancias, si bien acertado en cuanto encaminaba los espíritus á las fuentes de la belleza literaria y artística, pecaba en señalar para ir al objeto apetecido un camino harto estrecho, y en señalar un solo manantial de perfeccion, siendo al revés varios estos, y mas de una las sendas que á ellos guian. La corrupcion que habia no solo invadido, sino casi aniquilado nuestra literatura en el reinado de Cárlos III, causó que al restablecerse en el de Felipe V, en vez de un objeto idéntico al ya destruido, se asentó en nuestra tierra otro nuevo y de extraño orígen. La

planta del clasicismo, ya no sacada del terreno natural y primero donde floreció, sino de un renuevo plantado en Francia, y el cual prosperó en el suelo de la nacion vecina, aunque perdiendo mucho de su anterior esencia, venida á España se aclimató aquí imperfectamente, no dando frutos tan lozanos ni sazonados como habia producido en las tierras de su primero y segundo nacimiento.

Ningun ingenio extraordinario se manifestó en nuestra patria en la mitad primera, y aun en parte de la segunda del siglo XVIII, aunque escribieron entonces hombres de alguna erudicion, de regular talento y de sólido juicio. El rey Fernando VI, subido casi al mediar el siglo al trono que por breve plazo ocupó con mas felicidad pública que gloria propia ó aun del Estado, si no mereciese gloria regir bien y en paz á los pueblos, era un príncipe pacífico, quizá extremado en la economía, salvo en uno ú otro gasto para satisfacer vehementes pero no feas afecciones, amante de las letras y de las artes en cuanto cabe serlo á una imaginacion no viva, y en la cual una terrible dolencia ejercia el mas funesto influjo. Terminada no en verdad en la juventud, pero sí antes de empezar la vejez la vida de aquel monarca, pasó el cetro español á las manos de un príncipe nacido en España pero educado en Italia, pues niño todavía, habia pasado á aquella region á gobernar un estado que hubo de trocar por otro de harta mas grandeza, joya un tiempo de la corona heredada por su padre, y que restituyeron si no á la monarquía española á la estirpe que la regia, triunfos dignos en cierto grado de recordar los dias de Carlos I y Felipe II. No era Carlos III de quien hablo un hombre de mas que mediano entendimiento, y si á algo se inclinaban sus alcances era á ser cortos, pero se señalaba por lo recto de sus intenciones, por lo firme de su voluntad, por su apego á sus amigos, por su consideracion á sus fieles servidores, por su elevacion, si superticiosa á veces, no tanto que le embargase contribuir á los adelantamientos de la razon humana, especialmente en

los primeros años de su reinado. Reinando en Nápoles este príncipe habia patrocinado las nobles artes y las letras humanas con empeño y magnificencia, y no obstante su piedad habia favorecido las ideas filosóficas de su siglo aun en lo relativo á reformas templadas en puntos religiosos. Ardia en efecto en aquellos tiempos como cuando mas, si bien algo encubierto el cisma (y tal nombre le doy aunque no llegó á serlo declarado), que separaba á algunos personajes respetables del clero y á la mas crecida porcion de los magistrados y tribunales de algunas máximas de disciplina eclesiástica sustentadas por la corte romana, la cual tildaba á sus contrarios llamándolos jansenistas, recibiendo en cambio sus parciales el apodo de ultramontanos. Ya he dicho en otra ocasion que con el advenimiento del primer Borbon Felipe V, la secta á la cual me refiero tuvo en España parciales, y Carlos III dándose á sostener con firmeza los privilegios de la corona, le añadió fuerza y séquito. Hizo mas, pues abrigándose tras de esta clase de reformadores otro mas atrevido, tambien hubo de recibir proteccion de este monarca y de varios de los que sucesivamente formaron su ministerio. Ni dejaron de influir en la region puramente literaria estas doctrinas políticas ó religiosas. Sobre haberse estrechado mas y presentádose con mayor claridad en el siglo XVIII la union entre la filosofía, la política, el estado de la sociedad y el de la literatura, union aun cuando latente ó menos conocida, ó mas floja al cabo existente en todos tiempos, circunstancias particulares de España causaban que, muerta en ella su literatura antigua, la moderna venida de afuera llegaba mezclada con las máximas reformadoras dominantes, particularmente en la misma época en Francia, de la cual tomaba España todo.

Al seguir pues del reino vecino la escuela literaria de Voltaire, se recibia con su espíritu y con sus formas. Menos se copiaba de Rousseau aunque tampoco le faltasen sus devotos é imitadores. Segun fué creciendo el trato entre el pueblo francés y el español; segun fué en el primero domi-

nando la escuela filosófico-literaria; segun en el segundo fueron robusteciéndose y defendiéndose las máximas y con ellas el estilo de los escritores del reino vecino, fueron la esencia y la forma literaria cobrando nuevo carácter. Sin embargo, como todo cuanto se naturaliza en tierra estraña, sin perder gran parte de lo que trae consigo adquiere no poco del lugar á que es trasplantado, el gusto francés varió un tanto al acomodarse á la sociedad, á las costumbres y á la lengua española. Ni faltaron escritores que tomando algo de lo ageno y moderno conservasen bastante de lo nativo y antiguo.

El reinado de Carlos III fué sin duda, señores, una época de notable adelantamiento para nuestra España, no porque entre nosotros se publicasen obras de gran magnitud, ni por su valor ni por sus dimensiones como el *Espíritu de las leyes*, ó el *Emilio*, ó el *Contrato social*, ó la *Historia natural de Buffon*, ó alguno de los grandes trabajos históricos de Voltaire, ó aun como otras obras inferiores de estos ingenios de primera clase, ó de otros de menor nota en el reino vecino, ó como las célebres historias inglesas de que he hecho mencion ó aun como otras producciones por que en la misma época se señalaba la literatura británica, pues esto en el estado intelectual del público y de los autores españoles era absolutamente imposible. Las nuevas ideas, el gusto de la escuela moderna daban muestras de sí, ó solo asomaban en una ú otra frase ó en la contestura general de obras cortas. Aun en los primeros dias del reinado de Carlos III el movimiento empezado en tiempo de Felipe V y continuado en el de Fernando VI no tuvo aumentos notables. Pero andando el tiempo y mediado el espacio de este reinado ya adquirieron alguna mayor importancia las obras y algunos mas brios los autores, bien que sin llegar los trabajos á ser iguales á los de pueblos donde un número crecido de lectores á un tiempo estimula los ingenios y los remunera ni á manifestarse altos méritos literarios imposi-

bles tratando medianos argumentos en trabajos de cortas dimensiones.

Acometióse en el reinado de Carlos III una empresa que bien desempeñada habria dado á la literatura castellana un monumento de suma utilidad, y asímismo quizá de algnn lustre. Fué este una historia literaria de España que empezaron á escribir dos hermanos llamados Mohedanos religiosos granadinos. Tenian estos buenos padres una erudicion vastísima aunque no selecta, distinguiéndose especialmente por su conocimiento de los autores latinos. Esta misma ventaja contribuyó como lo que mas á descaminarlos, pues queriendo sin duda imitar á D. Nicolás Antonio que en la parte de su *Bibliotheca Hispana*, llamada Vetus, habia tratado no de los escritores de la lengua española ó castellana, sino de los españoles de la antigüedad que se distinguieron, dominando á España los romanos, por sus producciones en la lengua latina, se dedicaron á formar un catálogo mas que un juicio de los claros ingenios que florecieron cuando nuestra patria como provincia estaba en los segundos tiempos de la literatura latina, enriqueciéndola con las producciones de mas nota, á punto de mantener en ella, si no el puro esplendor de la edad de Augusto, cierto brillo el cual aun oscurecido por sombras no desdecia con todo de la gloria primera. En este trabajo emplearon los padres Mohedanos algunos bastante abultados tomos, en que se acreditaron de instruidos hasta nimiamente, pero mostrando tan escaso juicio crítico y tan acendrado patriotismo, que con indistintas y uniformes alabanzas ponian en las nubes todos los esfuerzos del ingenio español, entreteniéndose en averiguar los quilates de la fama de Balbo y aun de Higinio, como podrian hacerlo con la de los hombres cuyas obras dieron mas fama á la patria y lengua. Agrégase á estas faltas la de ser su estilo incorrecto por demás, inelegante y pesado. Fuera de esto mal puede juzgarse cuál habría sido el mérito de su obra si hubiesen entrado siquiera á tratar lo que segun

su título prometia ser su argumento; pero realizado el temor expresado por el abate Andrés de que por el deseo de dar á España una historia de la literatura demasiado prolija, se quedarían sin dársela, sobrecogiéndolos la muerte ó la vejez, no en el medio ni aun puede decirse en el principio, sino en una parte preliminar de su tarea, dejaron solo empezada ó, diciéndolo con mas propiedad, sin empezar, la empresa que habian acometido. Tal cual es no honra á la literatura española aunque acredite celo y diligencia en sus autores.

Otra obra contemporánea tambien de mérito no corresponde propiamente al ramo de literatura á que estamos atendiendo en estas lecciones, si bien merece que de ella se haga mencion de paso. Aludo, señores, á la España sagrada del padre Florez, utilísimo depósito de noticias y documentos de la antigüedad, relativos á la iglesia de España, y que aun á materias profanas se estendia. Pero semejantes trabajos apenas merecerían nuestra atencion, si perfecciones extraordinarias de estilo les diesen mérito literario, y el padre Florez sin escribir mal no tiene cosa que particularmente le recomiende.

Los escritores del tiempo de Cárlos III han merecido que de ellos se publique una biblioteca ó especie de catálogo de sus nombres y obras que dió á luz Sempere y Guarinos. Repasando la lista se encuentran en abundancia respetables medianías; pero apenas uno de cuyas prendas literarias se deba hablar con detenimiento en un curso de lecciones rápido como el presente. Por otra parte ir citando personas y títulos de obras, sería ageno de nuestro propósito. Así, pues, al paso que haré mencion de unos pocos, deteniéndome mas al tratar de los poetas que de los prosadores, por razones que no callaré, debo hacer á mi auditorio una ligera advertencia sobre el carácter literario general de la época de que voy tratando.

El desmayado estilo de los dias de Felipe V, y aun de Fernando VI, iba trocándose en otro mas vigoroso, por-

que las ideas de que el estilo nace iban tomando mas posesion de los ánimos, y aun cuando venidas de afuera, ya bastante naturalizadas, salian con mas espontaneidad de la mente. Al paso que el estudio de los extranjeros no se descuidaba, se volvia un tanto al de la antigua literatura española, poniendo la atencion, no en los autores de fines del siglo XVII, sino en los poco antes casi olvidados modelos del XVI y principios del siguiente, que forman nuestra escuela clásica, y aun tal vez pasando á buscar é imitar una ú otra perfeccion de edad mas remota. Asi la diccion, siguiendo contaminándose con galicismos, iba al mismo tiempo trayendo arcaismos al vocabulario de uso, resultando de ello, salvo en algunos escritores, un maridaje mal proporcionado, si bien no sin alguna disculpa, y aun sin algun mérito, nunca llegando á las monstruosidades de nuestros dias en que voces y frases de todos los siglos, aun los mas antiguos á veces, no bien entendidas, y por eso mal aplicadas, se casan con vocablos y locuciones puramente de sintaxis francesa. Los escritores del reinado de Cárlos III, por lo general en su elegancia rara vez robusta, mas se asemejaban á los franceses del siglo XVIII, que á los de la misma nacion en la edad de Luis XIV, aunque á unos y otros veneraban y querian seguir; pero tomando con los pensamientos de su época el gusto, no solo de la literatura, sino de la sociedad contemporánea, no podia menos de hacer efecto en la forma, y aun en la esencia de las composiciones, la naturaleza de los argumentos que trataban. Ninguna obra de las publicadas en aquellos dias pudo abrir campo donde se manifestase extraordinaria grandeza ó novedad de pensamientos, y por consiguiente donde pudiesen acreditarse singulares prendas de estilo.

Pasando de estas generalidades á examinar el carácter y mérito de algunos autores, habremos de tratar en primer lugar de los poetas, porque en España, por razones particulares, no tratándose los grandes asuntos que á una obra en prosa dan importancia y valor, se ocupaba el injenio

en composiciones poéticas, en las cuales aun las breves y lijeras no dejaba de empeñar la atencion, y de conseguir y aun de merecer aplausos; á esto se agregaba la habilidad para versificar, si no tan grande en aquellos dias como siglo y medio antes, ó como en el momento presente, notables siempre, y que trae consigo la aficion natural á empresas donde se encuentra buen mérito y aprobacion á costa de poco trabajo. Sin que sea nuestra lengua dócil al verso al punto que lo es la italiana, y presentando al revés dificultades lo largo de las palabras del idioma castellano para acomodarse á la medida, es cierto que la sonoridad y pompa de nuestro idioma encubren á veces la pobreza de algunas ideas, siendo los españoles, como pueblo meridional, y mas que otro alguno amante de la belleza del sonido, y contribuyendo el deleite y regalo que en él encuentran a dar estímulo y fama á los versificadores, seguros de que cláusulas bien sonantes en versos rotundos han de cautivar á numerosos lectores, y aun de dejar satisfecho al padre que viendo su prole mental, en contemplarla y admirarla se recrea.

Uno de los poetas que en los dias de Cárlos III florecieron y aun alcanzaron fama, hoy de todo punto perdida, fué D. Cándido Trigueros, de quien apenas sabrán el nombre muchos jóvenes del dia presente, y que acometió en literatura varias empresas, y hasta la de agregar un poema épico á los muchos y casi todos malos que cuenta la lengua castellana. Elijió singular argumento para su composicion, que tituló la *Riada*, siendo la accion una avenida del Guadalquivir, y el héroe el conde de Llerena, asistente de Sevilla, que con sus providencias atajó los estragos causados por el desate de las aguas. Como era de suponer, hay máquina en este poema, componiéndole personajes mitológicos y alegóricos que ya coadyuvan á los furores del rio, ya á los felices esfuerzos del magistrado para contenerle ó remediar los males nacidos de su furia. La eleccion de semejante argumento basta para probar que el poeta carecia

de las dotes y de los principios de buen gusto que son de necesidad para sobresalir en clase alguna de poemas. Y no deja, señores, de ser de algun descrédito para la época misma que reinasen en ella doctrinas críticas, con arreglo á las cuales se pudiese pensar en hacer una composicion semejante. El estilo de la *Riada* corresponde al concepto general de la obra, siendo pobre y desmayado, aunque no incorrecto, abundante en imitaciones que declaran la instruccion del autor y su poco acierto en usarla. No fué la *Riada* la única composicion de Trigueros, que hizo varias en diversos géneros, y aun se ensayó en el dramático, llegando á mal género de celebridad su comedia titulada *Menestrales*, por haber merecido un premio en competencia con trabajos de otros autores, y por haberle valido un fundado sarcasmo de D. Tomás de Iriarte, ratificado primeramente por la desaprobacion pública, y despues por el olvido. Esto, no obstante, Trigueros era buen humanista, á quien descaminaron erróneas ideas en punto á la composicion literaria, y una confianza excesiva en su propio ingenio, no igual á sus conocimientos.

Muy superior á Trigueros fué como poeta D. Ignacio Lopez de Ayala, y sin embargo sus obras distan mucho de ser modelos de la mejor clase de poesía. Siendo inteligentísimo en la lengua latina, y diestro en su manejo, escribió en esta lengua muerta un poema sobre la *almadraba* ó gran pesca de atunes en Conil, asunto ingrato que amenizó con hermosas descripciones, las cuales, sin embargo, adolecen del defecto comun en quienes usan un idioma extraño, y mas siendo de los que no hablándose ya, solo son conocidos por los libros. Pero el trabajo de este autor, que le ha dado mayor y mas merecida fama, es su tragedia intitulada *Numancia destruida*, composicion poética de algun mérito, y aun de bastante; pero no considerándola como un drama. Está la *Numancia* escrita con arreglo á los preceptos de Horacio y del clasicismo francés, y en esta línea adelanta y excede notablemen-

te á otras tragedias españolas de la misma. Pero en su línea misma carece de las dotes de una composicion dramática de mérito eminente. No faltaba á Ayala fantasía, aunque no fuese la suya de las que mas remontan el vuelo; no le faltaba ingenio, y le sobraba erudicion con la habilidad necesaria para fundir bien en su estilo sus numerosas imitaciones. Sabia usar de un estilo robusto, elegante, correcto y versificar, si no con extremada facilidad y soltura, con no corto grado de acierto, haciendo sus versos sonoros sin ser retumbantes. Habia en él nobles pensamientos, y al querer representar el patriotismo de los habitantes de la heróica ciudad, «*terror del imperio romano*,» lo hizo con verdad, con nobleza, con brio. Pero la gran facultad de transformarse el poeta en los personajes que crea, de hablar por boca de estos, de crear caracteres ó ya de meras calidades abstractas, ó lo que tiene muy superior mérito llenos de individualidad, le estaba negada y aun hubo de serle desconocida y del inferior mérito de formar un nudo propio para empeñar los afectos y curiosidad del oyente y á la par verosímil, así como de desenlazarle fácil, probable y no demasiado visiblemente, asimismo no tenia ni lo suficiente para tejer una tragedia mediana. La *Numancia*, sin embargo, ha agradado algun tiempo, y mas cuando apareció en las tablas refundida; pero esto sucedió en época en que muchos de sus versos eran alusiones á las circunstancias existentes, y el éxito que entonces tuvo fué de los que no duran, lo cual se prueba con haberle llegado hoy la época de estar si no despreciada, desatendida.

Con menos fortuna aun se ensayaba por entonces en la tragedia un poeta como lírico de mas que mediano mérito, y cuyas prendas para la poesía en general, eran muy superiores á las de Ayala á quien fué inferior como dramático. Hablo, señores, de D. Nicolás Fernandez de Moratin, uno de nuestros autores en el estilo y en la locucion mas robustos: las tragedias de *Lucrecia*, *Ormesinda y Guzman el Bueno*, son sin embargo obras de valor muy esca-

so. En la segunda, trató un argumento en que ni Jovellanos acertó despues, y en que logrando aplauso, hasta cierto punto merecido, solo se ha elevado á una altura mediana uno de nuestros mejores y mas célebres poetas que aun vive. En la tercera, recordando un hecho de feroz heroicidad que acaso presta poca materia á un buen drama, no obstante el partido que de él ha sacado un ingenio de nuestros dias, no supo dar ni á sus caracteres verdad y novedad, ni á su accion cosa que empeñe ó suspenda al auditorio ó al lector, aunque tuvo el tino de ser fiel á la historia, á las costumbres de la edad que representaba y al carácter de su protagonista, conservando en los siguientes versos en que al oirse ruido en el real de los infieles, y preguntando Guzman la causa de aquel rumor, le responden:

al rapaz le cortaron la cabeza

á lo cual dice el duro héroe

cuidé que iban á entrar la fortaleza,

conservando, digo, casi íntegra la frase de estrocismo bárbaro de *cuidé que eran entrados en la ciudad los enemigos*. Además, el estilo de Moratin nunca es dramático, no porque sea á veces lírico, pues en los mejores dramas y aun en los de la clásica Grecia, trozos líricos hay de precio muy subido, y remontarse á veces á la poesía alta é imaginativa no rebaja el mérito de Shakspeare, ó de Calderon, ó de otros grandes maestros, sino porque del tono de una poesía no sabe pasar al de la otra, y pensar y hablar no como autor, sino como los por él inventados actores. En los géneros á que le llamaba su númen ó su vocacion verdadera, no fué D. Nicolás Fernandez de Moratin poeta de poca valía. Por aquellos tiempos deseosa la real Academia Española de estimular los ingenios ejercitándolos, empezó á ofrecer premios honrosos que habian de disputarse por los escritores, dándoseles argumento y señalándoseles formas para las com-

posiciones en que contendiesen por la palma, engañoso modo en los tiempos modernos de procurarse ó acreditar superiores obras, que creo mejor el patrocinio del público, y tanto mas engañoso cuanto que el lauro aun por jueces entendidos siendo varios, no suele ser adjudicado á quienes mas le merecen. Fué uno de los primeros asuntos propuestos por la Academia la héróica accion de Hernan Cortés destruyendo sus naves para quedarse á vencer ó morir con un puñado de héroes en la tierra del vasto imperio megicano. No está averiguado cuántos presentaron obras, contando solo haber sido de las presentadas la mejor la de Moratin, si bien otra se llevó el premio. Diósele á un señor *Cabeza de Vaca* que en una série de no mal sonantes octavas, vacías empero de verdadero estro y de argumento, en mediano estilo y diccion correcta aunque falta de brios, acertó á captarse el favor de los jueces en falso, no ratificado por la eleccion general que solo recuerda de aquella obra algunos versos sonoros y no escasos de ridiculez en sus sones como los que pintan á Cortés

Allá en Tehuantepec la furia loca
castigando del fiero Qualpopoca

Otra entonacion aunque alta, otras dotes de poesía se señalan en el no premiado canto épico de Moratin padre. Abunda es cierto en imitaciones no todas igualmente felices siendo el imitar propio de ciertas épocas de restauracion la cual no es lo mismo que renovacion; tiene el defecto de atender mas á lo externo que á lo interno, á la fisonomía de sus héroes mas que á sus almas; adolece de la falta de no tener en los caracteres que pinta mas que vagas generalidades; pero con estos lunares pinta perfecciones de brioso estilo y de diccion correcta, robusta y á veces lozana, mostrándose en sus imágenes, en su tono, señales de buena y aun hasta cierto punto alta poesía. En uno ú otro romance acreditó el mismo poeta prendas no inferio-

res, distiuguiéndose entre ellos el de los toros de Madrid, en el cual resucita, si no enteros, con bastantes de sus méritos, los romances castellanos del tiempo de Felipe III.

Otro poeta en los mismos dias se ensayó en la tragedia, y si bien las dotes de su ingenio sobresalientes sin duda aunque entorpecidas y deslustradas por corto saber y sobrada ligereza y arrogancia, no eran las mas propias para acertar y lucir en el género dramático, con todo hizo una obra que por muchos años ha agradado, representada mas que otra alguna moderna de su clase, y cuyo mérito poético es alto en verdad aunque no sea del mas subido. Me refiero, señores, á D. Vicente García de la Huerta, cuyas aventuras personales y reñidas guerras con todos los literatos de su tiempo, sustentando él de mala manera y con exceso la causa de la antigua literatura castellana contra aquellos á quienes con razon ó sin ella estimaba sus enemigos, dieron ocupacion y entretenimiento á los escritores y lectores de aquellos dias. Este autor en quien residieron algunas de las prendas y no pocas de las faltas de los escritores llamados *Cultos* del siglo XVII, á cuyo patriarca Góngora se proponia especialmente imitar, sobre tener imaginacion, en genio, poscia el arte de espresarse con sin igual gala y pompa y al mismo tiempo con facilidad y fluidez, dando no solo á sus versos sino á su período poético magnífica amplitud y sonoridad. Así en su tragedia la *Raquel* se distinguió particularmente por la belleza de la versificacion, pero á este mérito estimado por muchos de precio superior al que real y verdaderamente le corresponde, y celebrado con demasía en algunas composiciones modernas, acaso por ser en ellas el único, agregó Huerta pensamientos nobles aunque expresados con jactancia é hinchazon, la creacion de un carácter bello si bien inconsecuente, y con un tanto de soberbia palabrería en sus mejores momentos y alguna escena tierna donde conceptos de mal gusto desfiguraban una situacion bien ideada. Con tales perfecciones y defectos, hallando audi-

torios fáciles de dejarse cautivar por hermosos sonidos, y por decirlo así, retumbantes pensamientos; la tragedia de *Raquel* ha sido citada á la par que oida con mas que merecidos, si en cierto punto, justos elogios. Es de notar, que el autor apasionado en la defensa del teatro español antiguo quisiese sujetarse á las reglas del clasicismo latino y francés dominante en sus dias, blasonando de haberse estremado en su observancia, pues en punto á las unidades, dice que su *Raquel* está en un acto solo, dividido en tres jornadas para descanso de los actores, sin que la accion quede por un solo punto interrumpida. Pero si Huerta vistió á su modo su composicion á lo clásico, no acertó á darle la clásica sencillez agena de la naturaleza de su ingenio y de la clase de sus poco vastos conocimientos. Así el poeta que solia espresarse en tan magníficos períodos y versos como aquellos con que empieza su tragedia grabados en la memoria de los amantes de la lengua y versificacion castellana:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo
el popular aplauso y alegria
unidos al magnífico aparato,
las victorias de Alfonso solemnizan.
Hoy se cumplen diez años que triunfante
le vió volver el Tajo á sus orillas,
despues de haber las de Jordan bañado
con la cristiana sangre y con la impía:

Trozo donde si no hay toda la clásica sencillez, tampoco se nota cosa que de ella desdiga; ese mismo poeta en la escena donde se presenta su heroina al rey á expresarle su amor, y la pena que le causa verse obligada á dejarle, se expresa con los conceptillos siguientes propios de la peor época de la literatura castellana:

Mi llanto, mis sollozos
solo son espresion de mi martirio,

vapores que á los ojos ha exhalado
la amante llama que en mi pecho abrigo.

y en la aplaudida y con algun motivo celebrada relacion de Hernan García de Castro al rey Alfonso cuando llevando la voz del pueblo le pide el destierro de su dama, juntamente con bellos pensamientos, se nota el estilo idéntico de las relaciones de nuestras comedias antiguas con sus hipérboles, con sus amplificaciones, con sus circunloquios, y tambien con sus primores de diccion y algunas veces de estilo.

Pero García de la Huerta no quiso ceñirse á dar obras originales en el género llamado clásico; é intentando sin duda probar que si abogaba por la antigua poesía dramática castellana, tambien sabia trasladar á su patria y lengua las perfecciones de modelos de belleza muy diferentes, escogió para traducirlas dos tragedias de autores, aunque ambos llamados clásicos, de género diversísimo, siendo el uno el mas acabado y hermoso tipo del puro y legítimo clasicismo griego, único enteramente digno de tal nombre, y el otro un ejemplo del apellidado clasicismo francés, y no del de Corneille ó de Racine, si en algo diferente del género y gusto de la Grecia antigua, en otra parte, con especialidad el segundo, enteramente conforme á la forma y en no corto grado al espíritu de la clásica antigüedad, sino de un clasicismo degenerado y bastardo, el de Voltaire, solo acreedor al título que toma por su observancia de las unidades. Las tragedias á que me refiero son la *Electra*, de Sófocles, y la *Zaira* de Voltaire. Pero por desgracia, Huerta que las puso en castellano ignoraba enteramente el griego, y conocia muy poco el francés, faltándole por consiguiente para hacer sus versiones el conocimiento de los originales. Esto, sin embargo, no le detuvo, pues escogió para original dos traducciones españolas que estimó ajustadas, no siéndolo en verdad la primera, aunque sí la segunda con esceso, si esceso cabe. Valióse, pues, para poner en verso castellano la inmortal obra de

Sófocles, de una traduccion de la misma, hecha en prosa y con poca fidelidad por el maestro Hernan Perez de Oliva, autor del reinado de Cárlos I. A esta prosa castellana antigua dió Huerta la forma de versos sonoros, y añadiendo la infidelidad necesaria en quien deslie prosa en versos sujetos sobre la ley de la medida á la del asonante, á la ya no corta usada por el primer traductor, dió, en vez de la obra original griega ó de una tragedia mediana, una mera coleccion de hermosos versos con las calidades particulares de su estilo nada clásico, ni en los parajes donde tiene mas hermosura.

En cuanto á la tragedia de Voltaire, tambien, como he dicho, se valió de una version castellana, pero no de una en prosa, sino de una traduccion en versos sueltos flojos, desmayados, donde estaban sin discrepar de ellos un ápice todos los pensamientos del original, faltando solo la belleza de estilo que en una obra poética, aun cuando sea dramática, es de todo punto indispensable. La traduccion á que estoy aludiendo, era obra de un hombre singular, del cual, tratando de los dias de Cárlos III, es imposible dejar de hacer mencion, aunque en la literatura no tuvo el mérito ni adquirió la celebridad á que aspiraba; de un personaje, discípulo fogoso de la filosofía francesa de su siglo, hasta en sus yerros; de uno que intentó introducirla en España, hasta con sus doctrinas irreligiosas; de uno á quien en medio de sus no leves faltas, es deudor el pueblo español de señalados beneficios; del que poblando los ásperos desiertos de Sierra Morena, convirtió un terreno escabroso y una guarida de salteadores de caminos en uno de los parajes, si antes de mas peligroso, ahora de mas seguro y agradable tránsito en el suelo de toda España; de uno á quien persiguió la inquisicion, castigando en él algunas culpas, no pocas imprudencias, y hasta acciones dignas de alabanza en un acto solemne, en el cual, si no se le aplicó la mas dura pena, se le trató con una multitud de bárbaros rigores, dando un espectáculo indigno del siglo, y casi el último de su

clase, de Don Pablo Olavide. Este personaje, de varia y un tanto superficial instruccion, y de carácter por demás fogoso, movido del deseo de adquirir fama, y juntamente de hacer bien á su patria, se dedicó á todo género de empresas. Como la poesía dramática en aquellos dias en que llevaba el cetro de la literatura Voltaire, era uno de los vínculos por donde se comunicaban las nuevas ideas filosóficas, Olavide, admirador apasionado del poeta filósofo francés, quiso darle á conocer al público español en su calidad de autor dramático, eligiendo para el intento una de sus mas célebres tragedias. Pero siendo necesario para traducir en verso tener ciertas dotes poéticas, y careciendo de ellas Olavide, solo pudo poner los pensamientos y aun las palabras del original francés en líneas castellanas de unas sílabas cabales, que solo por la cantidad merecian el nombre de versos. Así empezó desde luego su tarea con admirable fidelidad, espresando el

Je ne m'attendais pas, jeune et belle Zaïre
aux nouveaux sentiments que ce lieu vous inspire,

por los correspondientes versos:

Hermosa Zaida, extraño los afectos
Que de improviso esta mansion te inspira.

Don Vicente García de la Huerta no podia tomar una entonacion tan baja y humilde. Comenzando, pues, á su modo, y desde luego teniendo la extravagancia propia de su condicion de verter el nombre Zaïre de la heroina del original, no como Olavide por el de Zaida, tan comun en nuestras moras de romance y comedia, sino en el de Jaira, de sonido gutural, áspero, y no por eso mas propio de mujer musulmana, rompió en los bien sonantes versos:

Deja que extrañe Jaira unos afectos,

Tan distintos de aquellos que solian
Notarse en tu semblante. ¿Qué esperanza,
Qué motivo feliz tan tristes dias
En dias tan alegres ha cambiado?

Aquí se deja ver García de la Huerta, aunque sin faltar á la sencillez, ó aun á la fidelidad en medio de su sonoridad y pompa. Pero en otros pasajes se presenta demasiado, y tanto, que su traduccion peca de excesivamente infiel, siéndolo mirada bajo dos diferentes aspectos: como expresion ajustada al original, del cual dé en toda su integridad los pensamientos y las frases, ó como obra escrita cual es de presumir que la habría escrito el autor en la lengua á que el intérprete la traspasa. La Zaida de Olavide es un ejemplo de lo primero: la Jaïra de Huerta no lo es de alguno de los modos recomendados para hacer traducciones. De esta censura, fácil sería amontonar ejemplos que la abonasen. Voltaire en esta tragedia aspiró á expresarse con la mayor sencillez, y con esto acertó á hacerla patética y grata, no obstante la inverosimilitud de su argumento, lo falso de sus caracteres, especialmente considerados como de los personajes que representan, y lo mal hecho de su enlace y desenlace. Esto no lo conocia Huerta ni podia conocerlo el autor de la *Raquel*, el crítico poco diestro, defensor de la antigua literatura española. Así, cuando Voltaire, con ternura impropia de un mahometano, de un oriental tratándose de una mujer, dice:

Je vais donner une heure aux soins de mon empire
Et le reste du jour sera tout á Zaïre

Que Olavide tradujo

Daré una hora
A los cuidados de mi monarquía
Y daré á Zaida lo demás del dia.

Huerta, hablando de los preparativos de fiestas, solo dice que para hacerlas se consulten

Los fondos de una vasta monarquía,
El deseo de ser de Jaira amado
Y finalmente su beldad divina.

En la hora en que Orosman despues de haber dado muerte á Zaida, creyéndola falsa y desleal á su amor, conoce su yerro, y se prepara á castigarle, quitándose por su propia mano la vida, en el original francés se expresa con admirable sencillísima ternura acabando con decir:

Dis que je l'adorais, et que je l'ai vengée

traducido por Olavide literalmente no sin acierto

Dí que la amaba y dí que la ha vengado.

Huerta en este paso incurrió en gravísimos defectos desfigurando este trozo importante hasta lo sumo, pues son faltas propias de una mala escuela literaria, personificando y haciendo activos á la diestra y al puñal en vez de al personaje que habla, usa de las frases siguientes:

Y dí tambien que si bañó mi diestra
En su sangre el puñal, el mismo acero
Castigando á Orosman á Jaira venga.

Donde además se refiere el héroe á la circunstancia que no debia notar ó á que no debia aludir en su desesperacion y en el punto de ir á acabar consigo mismo de que el acero que hizo una muerte es el que vá á vengarla.

Sin embargo de estos graves defectos, por muchos años la *Jaira*, de García de la Huerta, ha sido oida con aplauso y gusto; tanto es el poder de una diccion robusta y lozana y de un verso fluido y sonoro para los oidos españo-

les, y aun para los entendimientos, en los cuales lleva á desatender ciertas faltas el regalo de los sentidos.

Pero si García de la Huerta se dió mas á conocer como poeta dramático que bajo otro aspecto y con mas ventajas de su fama en sus pocas composiciones líricas, no dejó de dar muestras de disposiciones no comunes, bien que mas por manifestar cuanto podria haber hecho su ingenio mejor dirigido, que por el mérito de sus composiciones ni del mas alto.

Los romances de este autor, en su tono y hasta cierto punto en su estilo, recuerdan los de nuestros autores del siglo XVII, si no los de mas antiguas composiciones de la misma clase; pero la semejanza no pasa de la forma, faltando el espíritu que animaba, no solo á la sencilla y tosca escuela del siglo XV y gran parte del XVI, sino el verdadero estro poético de los de fines de este último siglo y los primeros años del siguiente. Al leer, por ejemplo, el periodo que sigue, y es entrada de un romance,

El africano alarido
Y el ronco son de las armas,
En los valles de Gamiel
Eran saludos del alba,

hasta en lo afectado de la expresion se creerá tener delante una composicion de Góngora ó bien de otro poeta de la misma edad y escuela.

Sin duda alguna es de inferior clase; mérito que se reduce en cierto modo al mecanismo del estilo ó quizá al de la frase meramente; pero aun siendo inferior, el no ser comun prueba que no es fácil de conseguir, y por otra parte aun en su inferioridad, tal copia en la expresion, tal gallardía en el período, son dotes de la fantasía.

He hablado, señores, de García de la Huerta como crítico, y no he ocultado que sus pretensiones á serlo en nada mas estriban que en haberse arrojado á presentarlas y

sostenerlas con arrogancia. Pero la lid en que se empeñó tenia mas valor que el encargado por propia voluntad de mantenerla, siendo por su índole y consecuencias de las cosas que influyeron en el carácter de los estudios y de las composiciones en nuestra España, y de las que nacidas de las circunstancias á su vez influyen en ellas, y sirven además para descubrir á la posteridad la situacion intelectual de aquellos dias. Los literatos con quienes peleaba Huerta eran todos de una escuela nueva, no solo literaria, sino filosófica asimismo, de una secta reformadora, venida á trocar ya prontamente, ya con lento paso la faz y el interior de España hasta en su literatura. Estaban enamorados de la literatura francesa, y algo conocian las de otras naciones, si bien de Francia era de donde mas tomaban. No por eso descuidaban el estudio de los buenos autores castellanos antiguos, y antes bien dedicaron á ellos su atencion ; pero admirándolos mas que siguiéndolos, siguiéndolos solo en ciertos puntos, juzgándolos de modo diverso del que antes se empleaba, para tasar sus merecimientos. De los hombres de esta escuela, en que se distinguieron Cadahalso é Iriarte con otros varios, hablaré en mi leccion siguiente, hasta venir á Jovellanos y Melendez, en quienes tiene principio la moderna prosa y poesía castellana. Tambien consideraré como prosadores á algunos de los que en esta leccion han sido citados como poetas, y á uno ú otro contemporáneo suyo que se señaló sin escribir versos, aunque de estos hubo pocos. Vendremos así, señores, casi á nuestros dias, y aun habremos de entrar á tratar de hombres que enlazan el siglo XVIII con el presente, tarea difícil cuando haya necesidad de referirse á autores vivos ó recien muertos, y en la cual, como en ninguna otra parte de mi trabajo, habré menester indulgencia, mereciéndola solo por la sana intencion é imparcialidad de mis juicios, y tal vez hallando en ellas disculpa de mi insuficiencia y errores.

LECCION DÉCIMASEXTA

SEÑORES:

Árida materia fué la en que ocupamos la última leccion, y árida por fuerza ha de ser la en que nos ocuparemos hoy, pues por desgracia, en nuestra patria, cuando se pasa á examinar su literatura tal como era en el siglo XVIII, si bien se la vé renacer é ir creciendo, no se nota un brillo tal que le dé títulos á ser comparada con las literaturas inglesa, francesa, italiana y alemana en la misma época, siendo lo único que nos consuela el ver que su suerte venidera habia de ser mas próspera hasta cierto punto.

Habia pintado, señores, últimamente á los que pugnaban por restablecer nuestra literatura antigua y á los que pretendian entronizar la moderna, tomada en gran parte de la de Francia. Dije asimismo que ni unos ni otros pudieron lograr su intento, y aquí haremos algunas consideraciones sobre la tarea que emprendió García de la Huerta con desiguales fuerzas, y la que con mayores esperanzas y tambien con mejor fortuna llevaban á efecto los defensores de los adelantamientos del siglo XVIII en las naciones extranjeras.

Señores, es sabido que nuestra literatura, á ejemplo de todas las demas, participaba del estado en que la sociedad

española se encontraba; pero mudada esta en sus formas y en su índole, el pensamiento de restablecer en ella la literatura pasada era descabellado, si bien podia sustentarse, suponiéndose que la renovacion se hiciese con ciertas condiciones, conservando y alterando juntamente, y llevando en la conservacion y en las mudanzas distinto fin y camino del que señalaban ó iban siguiendo los maestros de la escuela novadora. Fué tal, sin embargo, la desgracia, ó diciéndolo con mas propiedad, eran tan cortos el saber y tino de los apologistas de la España antigua, que aun con las perfecciones de la literatura de las pasadas edades hubieron de defender todos sus errores y vicios, y recomendando la sana doctrina de dar á la composicion cierto sabor castellano, y á las formas cierta semejanza con las usadas en otros tiempos, pretendian mantener ó introducir en las obras modernas defectos, hijos de la falta de filosofía y crítica, propios no solo de los escritores españoles, sino de los de todas las naciones en épocas menos ilustradas. Asimismo García de la Huerta, y cuantos sin ir con él enteramente acordes sustentaban la misma causa, cometian el yerro comun á todos cuantos en lo político ó en lo literario pretenden resucitar lo que ya ha dejado de ser, ó mantenerlo íntegro cuando su cabal conservacion es imposible. Por eso los mismos que alzaban la bandera de los siglos XVI ó XVII, renovados al defenderlas, se valian de armas del siglo XVIII, colocándose en un puesto mal escogido, equívoco y de difícil defensa. Al mismo tiempo los promulgadores de nuevas doctrinas críticas, y mantenedores de sus dogmas hasta con el ejemplo que daban en sus composiciones, entre los cuales se contaban los mas insignes literatos y escritores castellanos de aquella época, si pretendian ir y llevar las cosas a la par y en consonancia con los adelantamientos de su siglo, y conociendo cuánto aventajaban á España otras naciones, tomaban de ellas no poco, adoptando sus máximas de crítica literaria para recomendarlas ó seguirlas, y si al abogar por reformas de va-

…níamos del *Quijote* impresiones donde la …ica iba á la par con la incorreccion, cuan… …l último tercio del siglo XVIII la real aca… …dió de él una edicion bella y correcta, dedi… …es muchos libreros á reproducir la misma …l que tan buena acogida habia tenido entre …el mundo entero. Otro tanto sucedió con va… …tiguas de menos fama, aunque de mérito no

…ellos dias un hombre laborioso, corto de ta… …o sobrado de instruccion, aunque diligente y …cibió la idea de reunir los escritos principales …tas en una coleccion que tituló *Parnaso español*, …anduvo en la eleccion un tanto desacertado, y en …s críticos sobre algunas de las obras errado has… …nto de mostrar crasa ignorancia, todavía es cierto …aquella su coleccion vieron la luz muchas compo… …s inéditas, volvieron á reproducirse otras varias que …a olvidadas, de modo que el *Parnaso español*, á …de sus defectos, fué un síntoma de adelantamiento y …n gusto en el estado literario de España, y un paso …en la carrera que llevaba á los escritores á renovar …a literatura. Por aquel tiempo hubo una porcion de …antiguas de mérito reimpresas, siendo las prensas de …a é Ibarra las que mas se emplearon en esta tarea …chosa. Réstame hablar de los principales reformado… …nuestra poesía, y aun puedo decir de todas las ideas …s en España.

…ce mencion en la leccion anterior de un hombre la… …o, que alcanzó bastante fama en su tiempo, cuyas …, de mediano y aun puede decirse hasta cierto pun… …corto mérito, hemos estudiado los que tenemos al… …dias, y que hoy se halla un tanto dado al olvido. …, señores, de D. Tomás de Iriarte. Don Tomás de …e era el modelo de lo que puede hacer la instruccion …y amena en una de las imaginaciones mas heladas

rias clases, empapándose en el espíritu filosófico de su tiempo, en algo tenian que separarse del que animaba á la pasada literatura de su patria, no procedian por ódio á sus mayores, sino por sujetarse á unos inconvenientes sin los cuales mal habrían podido alcanzar las ventajas que en varios puntos consiguieron, siendo propio de la naturaleza humana en todas las empresas no poder lograr bien alguno importante sin que venga acompañado de alguna desventaja mas ó menos leve que la compense ó le rebaje el precio. No ha de creerse, con todo, que eran los reformadores, segun les echaban en cara sus contrarios, hombres olvidados de la antigua gloria literaria de su nacion, y tan opuestos á los antiguos autores castellanos, que en ellos nada encontraban digno de alabarse ó de seguirse; pues al revés, si bien tomando en lo general para juzgar ó componer otra norma que la de los autores antiguos, ensalzaban en estos muchas dotes, y en no pocos puntos los imitaban, siendo de notar que en el último tercio del siglo XVIII cuando se iba la literatura española cada vez mas afrancesando, y en cuanto consentia el escaso conocimiento que de las obras inglesas tenian los españoles un tanto inglesando, y por la fama de Metastasio en aquella hora, y el deseo de ponerse á la par con él tambien en algunas cosas italianizando, entonces mismo, sin dejar de tomar mucho de los extranjeros, al paso que de ellos tomaba la sociedad el espíritu de la filosofía, á la sazon reinante en el orbe culto, con particular esmero y mas que antes miraban por la gloria y conservacion de los escritos de los antiguos ingenios españoles.

La inmortal produccion de Cervantes yacia poco menos que olvidada, pues si bien vivia constante su fama, era como de obra destinada al entretenimiento del vulgo, y mientras los extranjeros, apreciando con mas justicia en superior grado su mérito, sobre traducirla y celebrarla, habian llegado á publicarla en su nativo idioma castellano, sobre todo en una magnífica edicion hecha en Lóndres, los

españoles solo teníamos del *Quijote* impresiones donde la fealdad tipográfica iba á la par con la incorreccion, cuando entrado ya el último tercio del siglo XVIII la real academia española dió de él una edicion bella y correcta, dedicándose despues muchos libreros á reproducir la misma obra inmortal que tan buena acogida habia tenido entre los literatos del mundo entero. Otro tanto sucedió con varias obras antiguas de menos fama, aunque de mérito no corto.

Por aquellos dias un hombre laborioso, corto de talento, y no sobrado de instruccion, aunque diligente y celoso, concibió la idea de reunir los escritos principales de los poetas en una coleccion que tituló *Parnaso español*, y si bien anduvo en la eleccion un tanto desacertado, y en los juicios críticos sobre algunas de las obras errado hasta el punto de mostrar crasa ignorancia, todavía es cierto que en aquella su coleccion vieron la luz muchas composiciones inéditas, volvieron á reproducirse otras varias que estaban olvidadas, de modo que el *Parnaso español*, á pesar de sus defectos, fué un síntoma de adelantamiento y de buen gusto en el estado literario de España, y un paso dado en la carrera que llevaba á los escritores á renovar nuestra literatura. Por aquel tiempo hubo una porcion de obras antiguas de mérito reimpresas, siendo las prensas de Sancha é Ibarra las que mas se emplearon en esta tarea provechosa. Réstame hablar de los principales reformadores de nuestra poesía, y aun puedo decir de todas las ideas críticas en España.

Hice mencion en la leccion anterior de un hombre laborioso, que alcanzó bastante fama en su tiempo, cuyas obras, de mediano y aun puede decirse hasta cierto punto de corto mérito, hemos estudiado los que tenemos algunos dias, y que hoy se halla un tanto dado al olvido. Hablo, señores, de D. Tomás de Iriarte. Don Tomás de Iriarte era el modelo de lo que puede hacer la instruccion varia y amena en una de las imaginaciones mas heladas

que jamás se han conocido. Sin embargo, al acometer diferentes empresas, sin duda creyendo que por lo mismo que no se sentia con vocacion para determinadas cosas podia abarcar muchas y varias, falta propia de ingenios medianos, á la cual á veces los superiores obedecen, como sucedió á Voltaire y á algunos otros varones insignes, tuvo en medio de esto la gloria de introducir en nuestra literatura el cultivo de un ramo de poesía, hasta entonces desatendido por los escritores castellanos, y de introducirle de un modo nuevo en la literatura antigua y moderna, dando por la vez primera en lengua española una coleccion de fábulas, y haciendo que estas sirvan de ilustrar una máxima de crítica en vez de una de moral, por lo que las tituló literarias con exactitud completa. Mucho se debe alabar en las composiciones á que ahora me refiero, pues su invencion es por lo comun felicísima, teniendo las mas veces el mérito de la novedad absoluta, y otras el de reproducir bien una idea antigua, y siendo su estilo noble á la par que llano, su diccion correcta y purísima, su versificacion fluida, llena y muy variada con atrevimiento y acierto en la eleccion de consonantes, y siendo los preceptos que inculcan sanos todos y dignos de ser seguidos. ¿Qué falta, pues, señores, á tal obra para calificarla de perfecta? Les falta la poesía, y aunque esta no sea falta igualmente notable en semejante clase de composicion que en las de otro género; y si bien el autor se muestra en ellas poeta mucho mas que en sus otras producciones, al cabo poesía son las fábulas, aunque de índole diversa de aquellas en que mas se remonta la fantasía ó se expresan los afectos, y de las dotes de verdadero poeta carecia el autor, aun cuando con su ingenio y ciencia mejor acertaba á suplir las calidades de que estaba falto. Con razon nota un agudo crítico moderno (M. Nisard), que una de las diferencias notables entre las fábulas de Fedro y las de Lafontaine, composiciones unas y otras de mérito eminente y de no inferior fama, consiste en que en las del poeta fran-

cés hay dos calidades diversas: una la de la poesía pintoresca, por estar en ellas representados los personajes animales con las mañas y cosas propias de su especie respectiva, añadiéndoles solo el uso del lenguage, pero conservándoles en lo demás sus costumbres, y suponiéndoles modos de pensar y sentir á estas análogos, y otra la de la imajinacion é injenio que se muestran en la invencion del apólogo en el mérito literario de su composicion, y en el arte de adaptar al argumento la moral, al paso que en las del poeta latino solo hay las prendas de un estilo en grado no comun, señalado por su concision elegante. No igualando en esto Iriarte á Fedro, se le acerca con todo hasta un punto no comun, al paso que le excede en la invencion y en la variedad y flexibilidad; pero de las dotes descriptivas ensalzadas en el fabulista francés, caréce, si no del todo, poco menos, teniendo en este punto en lengua castellana un superior en un rival, que vino á disputarle la palma en el género de las fábulas, y que si por un lado le excedió, por otro no quedó en una superioridad conocida.

Pero antes de que hable del fabulista á quien acabo de referirme, cuyo mérito poético le hace acreedor á mencion particular y detenida, bien será, señores, que siga hablando de Iriarte, en cuyas obras, á pesar de su medianía, hay siempre que notar; siendo de los autores mas elegantes que ha tenido la lengua castellana, y habiendo acertado aun en su frialdad mas de una vez á hacer respetable su medianía. Fué laborioso traductor, y aunque lo claro de su ingenio y lo vasto de su instrucion le hacian al parecer muy á propósito para una tarea, en la cual no tanto se ha menester una viva fantasía, cuanto un conocimiento del idioma, así del original como del propio en que se hace la version, y un gusto fino y á la par severo, con su ejemplo probó una máxima cierta, á saber; que aun para traducir es necesario cierto calor que sienta con viveza lo que hay en el original, y sepa trasladarlo con brio. Nó-

tase lo que acabo de advertir á mi auditorio, aun en la traduccion que hizo Iriarte del arte poética de Horacio ó sea la epístola á los Pisones. Ninguna produccion podia presentarse en que las naturales prendas de semejante traductor pudiesen ejercitarse con mas fundada esperanza de llegar al acierto. La obra original, si llena de singulares primores y perfecciones por su clase, así como por las calidades del estilo del autor, de cierto tono templado y medio que no da lugar al vuelo de la fantasía.

El traductor conocia perfectamente la lengua latina; como hombre instruido y diligente se habia dedicado á buscar cuantas interpretaciones y glosas pudiesen ilustrar dificultades ú oscuridades en el texto; manejaba con maestría el idioma castellano, siendo en la gramática correcto y escribiendo con pureza en que igualmente procuraba evitar los arcaismos y los galicismos, y sabia espresarse en verso haciendo los suyos correctos y á veces fluidos, si bien con frecuencia poco llenos y sonoros. A pesar de estas prendas propias para su tarea, tal era su frialdad que su version adolece de la falta comun á sus obras, careciendo enteramente de la poesía fácil y deliciosa del original, reduciéndose á ser una reproduccion de los pensamientos de Horacio en correcta prosa medida y rimada, y quedándose inferior no solo á traducciones posteriores, salidas á luz en nuestros dias, como las de los señores Burgos y Martinez de la Rosa, y sobre todo la que acaba de dar á luz nuestro digno socio el Sr. D. Juan Gualberto Gonzalez que recomiendo á mis oyentes como digna de alta alabanza, sino aun esceediendo poco á la de Vicente Espinel, malísima por su incorreccion y escasa inteligencia del original, con razon criticada por el traductor nuevo, al paso que mal defendida por el colector del *Parnaso español*, pero en la cual en medio de su rudeza y pobreza, de cuando en cuando aparece tal cual destello de poesía de que no presenta Iriarte el menor vestijio.

Mayores dificultades presentaba á este traductor el es-

tilo de Virgilio, y sin embargo tambien acometió la empresa de poner su *Eneida* en verso castellano. No concluyó este trabajo, del cual solo vieron la luz los cuatro libros primeros, bastando esta larga muestra para probar que la empresa habia tenido infelices resultas. Hasta erró el traductor en la clase de versos que elijió para su tarea, habiéndola hecho en romance endecasílabo, cuya peculiar construccion se adapta mal á expresar los pensamientos usados en el libre exametro latino. No es este el único defecto, aunque sí lo es considerable en la version á que me voy ahora refiriendo, cuya falta principal consiste en haberse el traductor ceñido á poner en narracion lo que es descripcion animada, estando cada vez mas persuadido Iriarte de que la poesía no es otra cosa que el verso, y no acertando por esto mismo ni aun á dar al verso la valentía y el número competentes. Gregorio Hernandez de Velasco habia traducido la *Eneida* muy mal, no entendiendo con frecuencia ni el texto y nunca la índole de la poesía de Virgilio, al cual añadia en su version cosas tan agenas de su estilo como las siguientes:

Y el sueño de los dioses, don sabroso,
Sin ser sentido vá el sentir privando.

Pero aun así, y con pocas dotes de poeta, una ú otra vez dá muestras de serlo. Para comparar su obra con la de Iriarte de un modo que muestre la falta particular de este último, véase, por ejemplo, como cuando en la *Eneida*, al pintarse la caida de Troya y el ruido del incendio y del asalto, comparándole con un torrente desatado que todo lo arrasa y lleva consigo, y figurándose un pastor que atónito oye desde lejos aquel estruendo:

Stupet inscias alto
Accipiens sonitum saxi de vertice pastor

el poeta antiguo, aunque con pleonasmos y en diccion no

muy correcta, tampoco falta de algun calor poético, dice así:

El pastor simple que oye el gran ruido
Está pasmado sin saber qué sea,
Y en lo mas alto de un peñon subido
Con gran temor aun desde allí lo otea.

Al paso que el moderno de cuyas obras voy hablando, despojando de toda expresion pintoresca la frase, se contenta con verterla en.

Y atónito el pastor con el ruido
Escucha inmóvil desde un alta peña.

Mal verso el último en verdad, y pobre eleccion de palabras para expresar el *stupet* y *accipiens sonitum*, todo ello propio para merecer á la traduccion el duro dictado de serlo de *Gaceta*, como de la francesa del padre *Desfontaines* dijo en un caso con justicia Voltaire su enemigo.

Mas aventajado aparece Iriarte en sus epístolas, en las cuales si poniéndolas en cotejo con la celebrada de Rioja, con la de los Argensolas, harto mas frios, y aun con las de otros, todavía no se encuentran galas poéticas de imágenes y diccion, que aun en género tan templado caben, no deja de haber mérito, siendo el estilo correcto y en tal cual pasaje robusto. Al poner en castellano el mismo escritor una ú otra fábula de Fedro acertó asimismo, y con todo no llegó al punto á que una buena version debe llegar, pues si el poeta latino citado no se distingue por su fuego ni por su talento descriptivo, siendo su principal prenda la de la suma elegancia en la concision, Iriarte, elegante tambien y correcto, si no pecaba enteramente de difuso, distaba poco de incurrir en el vicio de serlo.

Tradujo Iriarte obras dramáticas del francés y con

acierto diferente, siendo, como era de presumir de hombre de su imaginacion y estilo, poco feliz cuando se las hubo con tragedias, y al revés cuando emprendió poner en castellano comedias, clase de composicion esta última para la cual tenia disposicion, como diré en breve al hablar con elogio de sus comedias originales. Escojió para volver en castellano una tragedia francesa *El huérfano de la China*, de *Voltaire*, produccion de las malas de tan célebre ingenio, que en lo trágico jamás se remontó al lugar primero, aunque los críticos de su siglo le pusieron á la par con Corneille y con Racine, puesto de que la opinion conforme de los críticos modernos y del público de electores y oyentes, hoy le ha bajado. En *El huérfano de la China* ademas su autor se habia quedado inferiorísimo á sí mismo en sus buenas composiciones de la misma clase, habiéndola escrito dominado por una idea de su filosofía y por uno de sus caprichos particulares, que era considerar en el pueblo chino pueblo extraordinario semi-bárbaro, aunque por otra parte ilustrado, hábil en las artes mecánicas, y no ignorante de las letras, desde dias muy antiguos el modelo de un gobierno filosófico en que el deismo puro era la religion de los sábios letrados gobernadores. Gran desvarío en verdad en quien amando con ardor la civilizacion, por mirar con ódio el cristianismo, verdadero civilizador del mundo moderno, hubo de figurarse perfecciones imposibles en la sociedad humana en un pueblo mal conocido, pero del cual consta que vive bajo un despotismo atroz, el del palo, y no tomándole en sentido figurado, pues cabalmente la caña de bambú es el medio con que en aquel imperio los superiores se dan á obedecer por los inferiores. Prescindiendo de este defecto, que es sin embargo tal que vicia la composicion entera, dándole origen en una idea falsa, es la tragedia de que voy tratando produccion de la vejez del poeta; de ello se resiente no poco. El traductor que la puso en silva, versificacion que por lo general no agrada en las tragedias españolas, no acertó á mas que á

expresar los conceptos del original fielmente en medianos versos y purísimo idioma castellano.

Al revés Iriarte, traduciendo una comedia francesa hizo una version superior al original sin duda alguna. Verdad es que en elegir no tuvo el mayor acierto, aunque buscó obra de autor cuyo mérito se parecia al suyo, del francés Destouches, correcto y frio, pero aun de este no tomó para trasladarla en castellano su mejor obra, que es la comedia titulada *Le Glorieux*, el vano ó vanaglorioso, sino otra produccion inferior, cuyo título es *El Filósofo casado*, drama de corto aunque algun valor, cuyo principal defecto es ser su principal personaje sobre poco verosimil, no ideado de modo que su singularidad empeñe en grado considerable. Esto aparte, la comedia de Iriarte se señala por su estilo fácil y correcto, por la naturalidad de su diálogo, por lo fluido de su versificacion, por cierto chiste urbano natural del autor en sus composiciones originales, por calidades, en suma, que acreditan que cultivando la poesía cómica estaba, como suele decirse, en su terreno, donde si no sacaba frutos del mas alto precio, no dejaba de sacarlos bien sazonados.

Acabo de decir, señores, que Iriarte compuso comedias originales, y en verdad el número de las que escribió no fué corto, aunque de ellas solo hayan visto la luz cuatro ó cinco, número de poca consideracion si se pone en cotejo con el de las infinitas producciones salidas de la fecunda vena de nuestros dramáticos antiguos, pero no despreciable en dias de menos rapidez y abundancia en el producir que lo habian sido los siglos anteriores ó lo es el momento presente, y cuando la fama de un poeta ya entonces nacido, y poco despues señalado, remontada en breve á la mayor altura, solo estriba en cinco comedias y dos traducciones. De una obra de sus primeros años, la cual publicó encubriendo su nombre con el anagrama de *D. Tirso de Imareta*, solo tengo noticia por haberla visto citada entre otros por Moratin, bien que aun

el título de la composicion á que me refiero se me ha ido de la memoria. Pero el principal mérito y renombre de Iriarte como poeta cómico son debidos á su comedia de *El Señorito mimado*, de la cual hizo una como repeticion de menos valor, pero tambien de alguno no corto en *La Señorita mal criada*. De la primera de estas obras dice con justicia Moratin, que si hay una comedia donde pueda decirse con propiedad que empieza el buen teatro cómico castellano, esta es. En efecto, *El Señorito mimado* es una obra de gran correccion y aun de no estéril vena. Los caracteres sin ser concebidos con novedad ni tener el individualismo que caracteriza á las producciones de ingenios superiores, son retratos bien hechos de clases de la sociedad de los dias del autor. El nudo, sin acreditar una imaginacion viva en quien le teje, y pecando algo por sencillez, está enredado y desenredado con naturalidad y acierto. El diálogo se distingue asimismo por lo natural y facil. La versificacion es sobremanera fluida y correcta si no briosa, y se acomoda al diálogo sin linaje alguno de violencia. Reina en toda la composicion cierto tono de trato fino y culto y hasta caballeroso, por que se distingue siempre el autor cuyos personajes suelen ser lo que en la sociedad los que se distinguen por su educacion esmerada y noble porte. Tampoco falta en la obra chiste, casi siempre de buena ley, urbano y moderado. En suma, sería *El Señorito mimado* una obra digna de las mas altas alabanzas si no careciese de lo que se llama fuerza cómica, ó, diciéndolo con mas propiedad, si en ella no se descubriese el vicio de pobreza de fantasía y frialdad de que aun en sus mejores momentos no tenia fuerzas para salir D. Tomás de Iriarte. La comedia de *La Señorita mal criada*, donde el autor pinta los malos efectos de la indulgencia paternal en la mala educacion dada á una jóven, así como lo había hecho en *El Señorito* respecto á una persona del otro sexo, es inferior á la composicion antes citada, pero se le acerca mucho, y en uno ú otro pasaje la iguala, y

aun en mi pobre concepto la escede. Los caracteres de *La Señorita* y *del Marqués* están, si no ideados con valentía, pintados con habilidad, notándose que aun al retratar á un hombre impostor y vicioso que pasa por caballero, el autor representándole en trato con gentes de buena crianza, le dá modales finos, porque, como no me cansaré de repetir, Iriarte se distingue por su acierto en representar lo que tan bien pintó Calderon en sus dias, lo que no pudo pintar Moratin, lo que aciertan á expresar muy pocos, si acaso algunos, entre nuestros contemporáneos, y lo que con acierto representan algunos autores dramáticos ó novelistas extranjeros, señalándose entre todos en este punto el célebre escocés Walter Scott en sus novelas, á saber, el carácter de un caballero cumplido.

He hablado bastante, señores, de los versos de D. Tomás de Iriarte. Su prosa se distingue por las mismas prendas y faltas que su poesía, siendo error creer que cierto grado de calor no sea necesario á los escritores, menos cuando tratan materias científicas, caso en el cual aun no está mal que se tenga, pero no está bien que se manifieste en impropios arrebatos y adornos. Las obras de este autor no son muchas, ni estas de superior importancia. Unas lecciones instructivas de historia y geografía, descarnados anales cuyo mérito es únicamente lo correcto y puro en grado sumo de su diccion, unas traducciones hechas con el mayor acierto posible, algunos diálogos críticos, chistosos y llenos de instruccion varia y de sanos preceptos, aunque pecando por parcialidad y por juicios equivocados en que se tiene por belleza superior la falta de imperfecciones, y una obra de moral de que solo existen dos ó tres capítulos bien escritos, como las demas obras del autor, y triviales, aunque sanos y justos en los pensamientos, es lo que constituye las obras prosáicas del autor, en el exámen de cuyas obras estoy entreteniendo á mi auditorio con mas detencion acaso que la correspondiente á su mérito, pero con la debida á escritos donde están representadas una épo-

ca y una escuela de medianía elegante. En efecto, Iriarte era en sus dias muy admirado, aunque tambien muy censurado, contribuyendo á lo primero tanto cuanto á lo segundo las diversas ideas que del verdadero mérito poético y literario tenian sus jueces. Por esto Samaniego, citado por mí en esta misma leccion, sin nombrarle como su rival y en ciertos puntos su vencedor, en la composicion de fábulas castellanas, de algunas prendas poéticas como fabulista, pero de la escuela prosáica como crítico, en varias de sus obras al elogiarle celebrando su desemenjanza con Góngora, para ambos objeto de odio, alababa en el que fuese

. . . . por el llano
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía
Dice eso yo tambien me lo diria.

Por el contrario Forner, de opuestas doctrinas, y tampoco de la crítica mas juiciosa, se cebaba en su fama, criticándole por lo comun con acierto, no rara vez con injusticia, y siempre con vituperable encono. Lo que no puede negarse en Iriarte es que su estilo merece algun elogio á pesar de ser flojo y desmayado, y que á su lenguaje se debe sin restriccion alguna la mas alta alabanza, por ser cuanto cabe correcto y castizo. En este punto mostró tal acierto, que logró evitar, aunque acaso con nimiedad, los extremos del arcaismo y el galicismo, habiendo ridiculizado el uso del primero en su excelente fábula intitulada *El Retrato de golilla*, y el segundo en la de *Los dos Loros y la Cotorra*, y en otros lugares, y ambos en todos sus escritos, así como con el precepto con el ejemplo. Y aquí será bien, señores, que yo recuerde á autores de nuestros dias

resueltos al parecer á acabar enteramente con nuestro idioma castellano, trocando su sintaxis y aun su vocabulario por los de la vecina Francia, y mezclando en el tejido de su lenguaje extranjero ó mestizo varias no bien entendidas ni mejor aplicadas voces y frases del castellano mas antiguo; será bien, repito, que recuerde que si puede crerse vicioso ó ridículo en otros conservar el culto y obediencia al habla de sus mayores por juzgarla poco propia para empleada en esta nuestra edad filosófica, con los conocimientos y argumentos de toda época, puede conservarse en su integridad la índole de nuestra lengua hermosa, robusta y sonora. Y nótese que Iriarte mismo escribiendo en tiempos modernos con el estilo propio de nuestra época, y huyendo de parecer anticuado todavía, segun me dió á notar no hace poco uno de los mejores escritores de nuestros dias, y nuestro digno sócio, ridiculizó como extremos de un lenguaje impropio por la falta de pureza en un personaje de su comedia de *La Señorita mal criada*, voces que hoy se usan con suma gravedad, habiendo llegado á ser parte del lenguaje corriente. Tales son decir el marqués á la señorita:

Ah! yo la conjuro á usted

á que ella responde:

¿Estoy acaso endiablada?

ó la siguiente expresion:

Cuando me insultan me bato.

Expresando con un verso, propio solo hablando del movimiento que se dá á un líquido ó sólido con un palo, la accion de reñir en desafío ó en otra clase de guerra.

He hablado, señores, de las contiendas de Iriarte con

Forner, y es justo que diga algo de este personaje cuya celebridad en algun tiempo no fué corta, cuyas obras no corresponden mucho á su fama, aunque le acreditan de docto y no falto de gusto, y cuyo concepto, decaido en lo general, conservándose solo en la grata memoria que dejó en algunos literatos sus discípulos y favorecidos, ha procurado renovarse en los momentos presentes. Forner, no obstante su instruccion, era en imaginacion pobre, en el injenio agudo, pero no con brillo, y en el gusto puro, pero preocupado. Dióse á la crítica, y la entendió en el sentido en que la opinion vulgar la toma, llevándole á este yerro su inclinacion y condicion acerba, y no su ignorancia. Censuraba con razon á Iriarte por lo frio; pero sacaba de quicio el vituperio, pues si hay á la par un tanto de justicia, aunque severa, y no poco de chiste, aunque agrio, en el siguiente modo de calificar las poesías de su contrario

Sus versos son pepitoria
Que heredó del númen frio
Del dómine Juan (1) su tio
Que esté en gloria

en la llamada fábula con el título del *Asno erudito*, no hay ni aun mérito, quedándose como composicion literaria inferior á las fábulas que con tan mala crítica y poca mesura ridiculiza. No menos acre, aunque mas justo, estuvo

(1) Llamaba Forner *dómine* á D. Juan de Iriarte, autor de una gramática para aprender la lengua latina, donde los preceptos están puestos en malos versos. Este D. Juan escribió algunos epígramas agudos en buen lenguaje y bien versificados. De él es el tan citado á un mal avaro, fundador de una casa de beneficencia, y que suena ser inscripcion en la puerta del edificio.

El señor don Juan de Robres
Con caridad sin igual
Hizo este santo hospital,
Y tambien hizo los pobres.

con Vargas Ponce, autor de singular estilo, al censurar en un folleto titulado *La Corneja sin plumas, ó la declamacion contra los corruptores de la lengua castellana*, presentada á la real academia española en competencia por el premio que el mismo cuerpo habia ofrecido á quien mejor desempeñase este argumento, no premiada, y dada á luz por el autor con arrogancia para acreditarse de digno del premio que no habia obtenido. Ni en la comedia del *Filósofo enamorado* de Forner hay dotes poéticos, ni su sátira contra los malos poetas, premiada por la academia, é inferior á la escrita sobre el mismo argumento por Don Leandro Fernandez de Moratin que tuvo el accessit, tiene cosa que la recomiende. salvo una diccion correcta y una versificacion llena, aunque trabajosa.

A la par con estos escritores, y siendo de una escuela diferente de la de Iriarte y Forner, alcanzaba aplausos, en gran parte fundados, por sus poesías el religioso agustino fray Diego Gonzalez. Admirando este autor á fray Luis de Leon, cuyo mérito estaba realzado á sus ojos por haber vestido el hábito de la misma órden religiosa, se dió á remedarle, y puntualmente copió las formas de su estilo, de forma que en los tercetos del libro de Job, dejados sin concluir por el poeta antiguo, su imitador moderno hizo la parte que faltaba con tal acierto, que á veces llega á ser perfecta la semejanza entre la obra del uno y la del otro. Pero imitar las formas de un gran modelo no es reproducirle. Fray Diego Gonzalez no bebió el espíritu á las obras de su insigne original, acaso por no comprenderle, quizá por no ser para tanto su pecho. Le faltan los vivos afectos que tan sin esfuerzo, casi sin conocerse, remontan á fray Luis de Leon á la mayor altura en medio de su estilo prosáico en lo general, de suerte que las *Poesías de Gonzalez* no pasan de ser composiciones correctas en templado estilo, con diccion pura algo anticuada, con versificacion dulce y fácil, si bien floja con frecuencia, y donde se expresan pensamientos comunes, mera imitacion ó repeti-

cion de los de otros autores. La *Invectiva contra el murciélago*, muy celebrada en otros dias, merece serlo á pesar de sus descuidos é imperfecciones, siendo un gracioso juguete donde hay animadas pinturas, lujo de castiza diccion, y no pocos bellos versos.

Amigo de fray Diego Gonzalez era otro poeta y escritor en prosa, laborioso y no falto de ingenio ni de instruccion, y digno de aprecio mas que por sus medianas obras por su carácter y por la circunstancia de haberle cabido gran parte en los adelantamientos de su época, porque con sus preceptos y ejemplo contribuyó á formar escritores de mérito muy superior al suyo, de modo que con razon es considerado uno de los fundadores de la moderna literatura castellana. Eran en Cadahalso grandes la aplicacion y el celo, medianos el injenio y el saber, y la imaginacion escasa. Como hombre sin vocacion particular para género alguno determinado, probó á tratar varios, obedeciendo no á la inspiracion de su talento, sino á los autores cuya celebridad estaba reconocida por la moda, por lo cual procuró imitar obras de clases muy diversas y de méritos muy desiguales. Las *Cartas Persas* de Montesquieu gozaban de alta y merecida fama, y Cadahalso compuso *Cartas Marruecas*, pobres remedos de un hermoso modelo, donde no hay prendas de estilo, ni novedad, ni profundidad de pensamientos, ni sana crítica, ahogada tal cual agudeza, y una ú otra observacion juiciosa entre abundantes errores ó trivialidades. Corrian con reputacion muy superior á su valor entre los franceses *Las Noches*, ó dígase los *Pensamientos nocturnos* del inglés Young, traducidos en prosa por Letourneur; y Cadahalso, recien perdida una mujer á la cual amaba con pasion ciega, lloró su pérdida en pesados discursos en prosa poética, donde creia remedar al celebrado modelo inglés con introducir un sepulturero llamado Lorenzo por ser este el nombre de la persona á quien el poeta inglés dirigia sus querellas, y donde no acertó el español á expresar los afectos que vivamente

sentia. *Los Eruditos á la violeta*, sátira del mismo autor, le alcanzó mas fama, y en gran parte merecida, aunque con razon se la ha tachado de adolecer del vicio que satiriza, esto es, de una erudicion un tanto superficial; pero tiene chiste, tal cual observacion sana, y está escrita en mediano estilo, habiéndole cabido como á obras de mucho mas alto valor, y como á otras de escaso merecimiento y feliz fortuna, la gloria de que haya quedado como frase corriente en el idioma castellano la de su título, aplicada á los que con poca instruccion hacen de ella alarde pretendiendo pasar por doctos. La *Optica del Cortejo*, del mismo autor, escrita casi en el lenguaje llamado culto de los escritores del siglo XVII. Cadahalso ensayó sus fuerzas en versos, así como en prosa. La tragedia de *Don Sancho Garcia* vale poco, y hasta erró el autor por hacerla igual á las francesas en escribirla en versos pareados, cuyo sonido continuado es desapacible á los oidos españoles; falta menor que agregada á la carencia de toda buena calidad dramática ó poética, ha bastado para condenar esta produccion á completo olvido. No es tan infeliz Cadahalso en sus poesías lijeras, en las cuales si no se remonta á la primera altura, sobresale no poco, constituyendo ellas su mérito verdadero. Chistoso en los epígramas y en las letrillas, robusto y á veces de una hermosa robustez en sus tercetos á la Fortuna, y solo mediano en tal cual oda, en sus anacreónticas es fluido, de elegante y graciosa sencillez, de pensamientos si no siempre nuevos bien escogidos, correcto en la diccion, y en la versificacion sonoro. Su anacreóntica que empieza

Discípulo de Apeles,
Si tu pincel hermoso
Empleas por capricho
En este feo rostro

tan celebrada antes y que merece serlo; otra cuyos primeros versos son

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano
Y en el rostro la risa?

con algunas mas, si no tienen el adorno que las mas celebradas de Melendez, no les son inferiores: En suma, de sus versos cortos muchos han quedado en la memoria, y son dignos de aprecio. En Cadalbalso es la prenda principal la ternura, y no falta aunque tampoco sobre el ingenio, flaqueando en punto á viveza y fuerza de imaginacion, y acreditando mas que todo el buen deseo que á promover los adelantamientos intelectuales de sus compatricios le excitaba. Su muerte temprana y gloriosa en el sitio de Gibraltar fué muy sentida, llorándola en tiernos aunque solo medianos versos fray Diego Gonzalez su amigo.

La prosa de esta época iba á la par con la poesía, y sin embargo de ello hay que citar algunos mas poetas que prosadores. Consiste esto en que, no obstante la tan citada y aplaudida frase de Horacio sobre no poderse consentir poetas medianos ni aun por los postes, siendo fácil y justo recomendar lijeras composiciones poéticas hasta el punto de contarlas como parte de la literatura de un siglo, no sucede así con obras en prosa, en las cuales se requiere para hacerlas dignas de atencion cierta importancia por el valor de su argumento, y hasta por sus dimensiones. Un largo catálogo de escritores acredita el estado de la ilustracion en España reinando Carlos III, y en muchas obras de aquellos dias hay prendas de estilo dignas de alabanza; pero con todo ninguna composicion literaria de los mismos dias puede ser recordada especialmente como gloria de la literatura contemporánea. La historia de Gibraltar por Aya-

la está bien escrita, pero no de modo que merezca particular elogio. Reinaba en general buen gusto en los autores, limpios ya casi todos de los vicios de estilo dominantes á fines del siglo XVII: exentos tambien por otro lado de la pobreza y frialdad notables en los escritos de tiempo de Felipe V ó Fernando VI; todavía, empero, faltos de brio, defecto, mas que suyo propio, de ser imitadores constantes y de probar sus fuerzas en tareas de corto empeño. D. Vicente de los Rios en su *Análisis del Quijote* en su vida de Cervantes y en su prólogo á la edicion de las *Poesías de Villega*, mostró tener estilo elegante y diccion correcta y castiza, así como dotes de pensador y de crítico; pero con todo esto son tales trabajos cosa corta para dar á un escritor valor subido, sin contar con que el mismo análisis del *Quijote* tan acabado, peca alguna vez por ostentar erudicion inoportuna, otras por una crítica errada, y siempre por ser visible imitacion del análisis del *Telémaco* por el escocés Ramsay, ó de los *Ensayos* de Addison sobre el poema del *Paraiso perdido*, etc. Estimulada la real academia española por celo de la gloria de su patria, habia discurrido llamar á los ingenios á certamen, proponiéndoles cuestiones que tratar en prosa y verso, y dando honrosos premios á aquellas composiciones que en su juicio le mereciesen. Semejante modo de excitar por medio de la emulacion el talento, si algun buen efecto produce, nunca ha servido de estímulo bastante á producir obras de mérito sobresaliente. En España aun hubó poco acierto en la eleccion de las cuestiones propuestas, y al principio los juicios para adjudicar el premio parecieron errados, tanto que el público al apelarse á él revocó muchas de las sentencias dadas por los primeros jueces. Ya he hablado, señores, del canto épico de las *naves de Cortés destruidas*, en que el fallo de los académicos fué favorable al poeta *Cabeza de Vaca*, y el del público á D. Nicolás Fernandez de Moratin. No sucedió asi con el *Elogio del rey D. Alfonso el Sábio*, premiado por la academia, sin que otra obra disputase la palma á la favoreci-

da. Este elogio está escrito con brio, con elegancia, con diccion pura, pero con afectacion intolerable. Su autor, despues muy apasionado á los períodos largos, en aquella su primera composicion, los hizo cortísimos imitando á Séneca ó á Saavedra, ambos escritores de nota y valor, pero ni uno ni otro buenos para modelos. Dió realce á esta obra saber que era de la pluma de un guardia marina, extrañándose de autor de tal profesion y de tan pocos años que manifestase conocimientos históricos y literarios no comunes. Con esta composicion empezó la fama de D. José Vargas Ponce, señalado despues por varias obras en prosa y verso, mas felices las segundas que las primeras, y todas deslustradas por el violento conato de ser castizo, empleado á costa de la espontaneidad y aun hasta cierto punto de la elegancia.

Las varias obras del conde de Campomanes publicadas en los mismos dias contienen sanas doctrinas; pero se distinguen poco por las dotes de su estilo. Algun nombre podria citarse, y aun con elogio; no tanto, sin embargo, que pueda vituperarse la omision como en alto grado injusta, siendo no poca prueba de la cortedad del mérito de los autores que al tratar de su época, aun hombres de no flaca memoria, no la tengan para recordar sus escritos.

Pero en los dias de que estamos tratando se iban formando y aun empezaban á escribir dos hombres de mérito superior al de aquellos de quienes he hablado en el discurso de la leccion presente, hombres reputados ambos padres ó príncipes de la moderna literatura de España; eminente el primero en la prosa, aunque tambien en verso se señaló, sobresaliente el segundo solo en la poesía. Me refiero, señores, á D. Gaspar Melchor de Jovellanos y á D. Juan Melendez Valdés. Pero antes de hablar de ellos fuerza será para ir siguiendo el siglo XVIII en sus progresos, que volvamos la vista á Francia y á Inglaterra, considerando el estado intelectual de ambas naciones ya hácia los fines del mismo siglo, tarea en la cual será forzoso que ocupemos

nuestra atencion en los grandes modelos de la elocuencia hablada, ya que en la parlamentaria tanto se distinguieron entre los ingleses un Chatam, un Fox, un Burke, un Pitt, y en Francia un Mirabeau con otros de alto aunque no igual renombre.

LECCION DÉCIMASÉTIMA.

SEÑORES:

En mi última leccion del año pasado traté del estado de la literatura castellana en los medios y hácia los fines del reinado de Carlos III, habiendo examinado antes la situacion literaria de otras naciones, y dado sobre ella mi humilde voto, y teniendo siempre puesta á Francia en lugar preferente para nuestra atencion, porque, como mas de una vez he dicho y habré de repetir, el influjo francés, poderoso en la literatura de los demas pueblos desde los últimos años del siglo XVII, llegó á ser omnipotente en la Europa continental, y hasta á sentirse no poco en la Gran Bretaña en todo el siglo XVIII. No dejé por esto de atender á ciertas particularidades de la literatura inglesa, que comunicó en aquellos dias á la francesa no poco de su influencia, al paso mismo que por otro lado de ella la recibia. Ahora nos toca volver de nuevo la vista á Francia para meditar lo que allí acontecia en la época de cuyo exámen vamos tratando. Ni dejaré de mezclar alguna consideracion sobre el estado político, religioso ó moral de aquel pais y del mundo con las relativas á su situacion meramente literaria, no siendo posible, ó á lo menos no siendo acertado en tiempo alguno

apartar la vista de objetos que tienen enlace ya oculto, ya claro, ahora mas, ahora menos estrecho con su literatura, y conviniendo menos semejante divorcio cuando atendemos á dias en que los llamados filósofos y patriarcas de sectas filosóficas eran los autores de mas mérito y celebridad, y tomaban su filosofía por basa de su fama, dándole, queriendo ó no, una parte principal en la índole y aun en las formas de sus composiciones.

En estos tiempos el hombre de quien he hablado tan á menudo, y de quien era forzoso hablar tratando de un siglo en que representó el papel primero aquel verdadero monstruo de ingenio, dominador de los ánimos en su época, y cuyo poder sentian hasta sus mas acérrimos enemigos, tras de haber hecho al linaje humano bienes y males sin cuento por su calidad no menos importantes que por su número, se acercaba al fin de su carrera, y valiéndome de la hermosa frase del inglés Burke aludiendo á los últimos dias de lord Chatham, sol en su ocaso, llenaba todo el horizonte porque descendia en su resplandor glorioso. En él estaba menos clara ó menos viva la luz del entendimiento; pero en nada menoscabado el influjo sobre sus contemporáneos, pues cabalmente en aquellos dias apellidado patriarca de Ferney, lo era de la moderna filosofía, y á la par de la literatura, con poder confesado y obedecido no solo por los franceses, sino por otros muchos del orbe, y lisonjeado por mas de un monarca dueño de poder absoluto. Contaba Voltaire cerca de ochenta y cuatro años, despejada todavía su cabeza, y si amortiguado el fuego de su fantasía, nada anublada la claridad de su entendimiento, ni embotada la agudeza de su ingenio, cuando sed de gloria y deseo de ostentar la suya en la capital de Francia, le sacaron de su retiro trasladándole al bullicio de París, lleno de sus admiradores. Y, dicho sea para dar á notar cuál era el espíritu del siglo, y cómo estaban rebajados en aquellos dias el poder del altar y asimismo el del trono, preparándose la gran mudanza que

habia de ocurrir en Francia y trasmitirse al mundo, y admitido ya en las costumbres como habia de serlo en las leyes que las categorías sociales estaban variadas, no siendo ya la superioridad de los de ilustre cuna sino de quienes la conquistasen por merecimientos propios ó por audacia afortunada; aquel hombre enemigo de la religion y aborrecido del rey que empuñaba el cetro, monarca reformador y flojo, pero de piedad religiosa extremada, se presentó, sin licencia para ello, en la capital de donde estaba como desterrado, y frente á frente con su soberano, y con la iglesia establecida, fué recibido por la poblacion en triunfo, llevando él las insignias de gentil-hombre de la cámara del rey, así por agradar las distinciones aristocráticas aun á quienes tiran á derribar la nobleza, como por muestra de que aun los honores de corte eran ya patrimonio de los plebeyos encumbrados por sus dotes intelectuales. Al aparecer en la que se titulaba capital del mundo civilizado el hombre cabeza de la civilizacion de su era, todos los ojos se pusieron en él, y casi todas las manos se movieron á aplaudirle, y todas las lenguas á ensalzarle con estrepitosos elogios. Deseoso de mostrar que aun en su avanzada vejez conservaba íntegras las dotes de poeta y autor dramático, por las cuales habia merecido de sus contemporáneos concepto injusto por ser favorable con exceso, cuidó de solemnizar su triunfo con la representacion en el teatro francés de la última tragedia que habia compuesto, cuyo título era *Irene*, siendo su argumento de la historia del imperio griego en la época de su decadencia. Era la obra mediana ó, diciéndolo propiamente, menos que mediana, falta de fuego, de floja contextura, con uno ú otro carácter tal cual bosquejado, no habiendo sobresalido su autor en este punto ni aun en sus mejores dias, desmayada en el estilo y en la versificacion, y sobre todo estaba llena de las máximas filosóficas de su tiempo, porque la poesía para Voltaire habia llegado á ser mero vehículo de la doctrina irreligiosa que con tanto empeño estaba propagando.

Pero esta composicion fué recibida como podia y merecia haberlo sido la de mérito mas eminente. Acudieron á hacer rendimiento y dar aplausos al célebre autor sus discípulos y admiradores de varias clases; la nobleza haciendo gala de despreocupacion, porque no habia llegado el tiempo en que se le exigiesen sacrificios reales y verdaderos; los literatos en su mayor parte secuaces de aquel gran maestro, y que en la exaltacion de un personaje eminente solo por su pluma esperaban y veian la suya propia; los cómicos, en fin, agradecidos al poeta por haberlos sacado de la humilde esfera y harta degradacion donde los tenia puestos el general concepto, llegando á punto, aunque sin conseguirlo, de ponerlos casi á la par con los sacerdotes. Al aplauso dado á la tragedia siguió una apoteosis de su autor, y su estátua, señores, en medio de aquella monarquía antigua, en medio de la intolerancia religiosa, existente todavía de derecho en gran manera, en medio de aquella sociedad carcomida, apolillada, á la cual iba llegando la hora de caer deshecha en polvos, gracias á los esfuerzos de aquel autor y de otros sus secuaces, fué coronada en el tablado, recitándose en tanto unos versos alusivos al acto mismo, que terminaban diciendo de la corona puesta á aquella imájen y al hombre á quien representaba estando él presente:

Il est beau de la meriter
Quand c'est la France qui la donne.
Es hermoso merecerla
Cuando es Francia quien la dá.

Algunas vanas protestas sonaron contra estas expresiones; pero sonaron en balde, pues si no faltó quien las aprobase, pasaron en lo general desatendidas. El triunfo de la literatura y de la filosofía sobre la autoridad y la gerarquía social habia sido completo. En breve hizo la naturaleza su oficio, y aquel varon, solo en sus obras inmortal, trasladado de la pacífica vida de su retiro campestre al bullicio

y traqueo de una capital populosa y de afanosas ocupaciones, no siéndolo poco la de corresponder á tanto aplauso, se resintió en su débil y quebrantada constitucion, y cayó en el sepulcro como agobiado bajo el peso de tantas honras.

Al mismo tiempo el otro hombre insigne, su rival, de quien tanto he hablado en estas lecciones; aquel modelo de elocuencia sencilla, arrebatada empero y fogosa, que contaba sectarios si no tan numerosos como los de su competidor, en número no poco considerable y adictos con cierta especie de devocion á su maestro; el que habia cambiado las ideas políticas en Francia y gran parte del mundo; aquel cuyo influjo era sentido aun en las familias por haber influido en la educacion é inspirado á las madres deseo ardiente de dedicarse á sus obligaciones; adorado por la supuesta pureza de su corazon, la cual si no manifestada en su conducta, se mostraba en gran parte en sus doctrinas; tétrico, adusto, habia llegado á aborrecer á los hombres, y asimismo moria en la oscuridad á que se habia condenado voluntariamente, y, segun se sospecha, llegó á quitarse la vida por su propia mano. Apagóse así, casi sin notarse, la luz que habia sido brillante antorcha, y cuya llama tras de despedir claros resplandores y engañosos destellos habia de servir de causar incendios que consumiesen gran parte del mundo. Con la muerte de Juan Jacobo Rousseau, de quien acabo de hablar; con haber cesado de escribir casi por el mismo tiempo el conde de Buffon, y con haber desaparecido del mundo mucho antes Montesquieu, desaparecieron los principales luminares que resplandecian en el horizonte literario, no solo de Francia, sino del mundo. Pero quedaban aun en Francia misma numerosos autores medianos, cuya medianía lo era solo puesto su mérito en cotejo con otro muy superior, pero que bien podian ser calificados de escritores insignes. No es posible con todo en un curso rápido como el presente, donde solo se atiende á las cosas miradas por mayor, y solo puede descenderse

á particularidades tratando de ingenios de la primera gerarquía, otra cosa que considerar en general, volviendo la vista á lo pasado sin desviarla de lo presente, cuál era la situacion, y cuál la clase de reformas y mudanzas introducidas por el ejemplo y preceptos de los primeros escritores del siglo XVIII en la literatura francesa, y qué de ella se comunicó á la de otras muchas naciones.

La literatura de que vamos tratando estaba algo dividida, y cada una de sus secciones obedecia á diverso influjo, bien que no tanto que no participase toda de la índole general del siglo, y no dejándose de asomar un tanto en los de una escuela el gusto de otra diferente y con pretensiones de ser su contraria. Empecemos por los discípulos de Voltaire mas numerosos que los de Rousseau, y los cuales siguiendo la filosofía de su maestro distaban mucho casi todos ellos de ajustarse á su ejemplo en el estilo y gusto de su composicion literaria. Voltaire, nacido en los últimos dias del siglo de Luis XIV, y criado por hombres obedientes á los dogmas críticos de la misma época, habia querido perpetuar las dotes del estilo á la sazon reinante, y en una parte habia acertado á hacerlo, así como en otra no lo habia conseguido. Los autores de los dias á que me refiero eran clásicos y de buena ley; pero tenian mas de la magestad y poca espontaneidad de los romanos, que de la elegante naturalidad y sencillez de los griegos. Como hijos de dias en que todo era fé no solo en lo religioso, sino hasta en lo civil, creyéndose en la grandeza de la magestad humana no menos que en la de la divina, su tono era robusto, su estilo de magnificencia no desnuda de sencillez, y altos sus pensamientos, pero como sujetos á cierta disciplina. Algo desdijo de ellos Fenelon que reunia este defecto con otras dotes, y en cuya composicion, clásica á la griega mas que las de sus contemporáneos, pero algo falta de nervio, ya asoma el espíritu de duda, ó cuando menos el de exámen, que del primero está muy cercano. Voltaire, que era la duda personificada, y en quien estaba encarna-

do el espíritu de rebelion á la autoridad establecida, no podia tomar el tono que inspiraban en Bossuet, en Pascal, en Boileau mismo, sus pensamientos monárquicos y religiosos. Cuando él crecia y estaba aprendiendo, otros hombres inferiores de la misma era que los insignes varones cuyos nombres acabo de citar, habian emprendido la tarea de combatir muchas de las ideas sin contradiccion dominantes en la crítica literaria, y lo habian hecho con poca si no del todo infeliz fortuna, resistiéndose su estilo, hijo por otra parte de flacas fuerzas, del carácter menos dogmático y alto de sus pensamientos. Voltaire en ideas se allegaba en gran manera á estos últimos, pero no completamente, participando un poco solamente de sus doctrinas, y mucho de sus inclinaciones á la duda y mudanza, al paso que á los primeros, de quienes tanto difería, profesaba admiracion y aprecio. Tomó, pues, de la escuela del llamado por los franceses *gran siglo* la claridad, la sencillez, la correccion, cierto buen gusto *externo* (por decirlo así) en que no le supieron igualar sus contemporáneos ni menos seguir sus discípulos y sucesores. Pero de otros principios del gusto mas severo y acendrado carecia, de lo que dá muestra su desprecio mas ó menos encubierto, ya extremado, ya mitigado, de los grandes modelos de la poesía griega. Empezó á señalarse trabajando para el teatro, y ¿qué hizo, señores? ¿Cuál fué su influjo en la tragedia, pues el que tuvo en la comedia fué corto? Los amantes de la que era considerada entonces legítima literatura clásica, los adoradores de Corneille y de Racine (aunque ni á estos faltó quien tachase de no ajustarse escrupulosamente á los preceptos de Aristóteles) le echaban en cara haber hecho grandísimas innovaciones en sentir de sus críticos de mala clase. El fué quien con aplauso extremado de sus secuaces, y no menos desaprobacion de sus contrarios, empezó á tratar con preferencia argumentos no de la historia ó fábula antiguas, sino de todas las naciones y edades; censura y alabanza injustas tomadas con rigor, pues Corneille habia tra-

tado mas de un argumento de la historia de España y del Bajo imperio, y Racine de la historia Sagrada y aun de la Turquía moderna. El fué quien dió lo que se dice mas movimiento á la escena, atreviéndose á hacer que cayese muerto un personaje en el teatro, á cambiar alguna vez la decoracion, y aun á sacar á las tablas una sombra ó espectro. Hoy mismo un insigne literato francés (M. Merimée), residente en nuestra capital, me ha recordado como prueba de que era en Voltaire osadía, lo que ya no puede parecernos tal, que su *Semiramis* estuvo á punto de ser silbada al presentarse en ella la *Sombra de Nino*, suceso que habia de admirar á muchos de nuestros literatos modernos, si entre ellos, como es de presumir, hay quien lo ignore, estando como están acostumbrados á ver y emplear tantos espectros y tanto de lo que en nuestro lenguaje teatral se conoce con el nombre de tramoya. Poco mas se habia innovado en la forma. Seguian rigiendo con el rigor mas absoluto los preceptos relativos á las unidades de accion, lugar y tiempo, y los usos de que fuese corto el número de personajes del drama, que hubiese confidentes á quienes contar los sucesos en vez de poner estos en accion, y que el estilo, noble siempre y elevado, ni se remontase á la esfera poética pura, ni descendiese á la llaneza del tono familiar propio exclusivamente de la comedia. Bien es verdad que estos preceptos y estos usos no eran puntualmente los de la clásica Grecia, cuyo teatro empezó á ser en el siglo XVIII menos estudiado que lo habia sido por los autores de la misma nacion en el siglo anterior, y tambien menos entendido, siendo los dogmas observados para componer ajustándose á ellos, los de Horacio en su epístola á los Pisones, y los de Boileau en su arte poética; y es igualmente cierto que los trágicos y griegos con bastante frecuencia se remontaban á la region de la poesía lírica, y en alguna ocasion se expresaban con llaneza suma; pero el clasicismo francés formado en la edad de Luis XIV se habia adaptado á la índole del público francés, y mas todavía á

la de la corte de aquel noble y fastuoso monarca, y la igualdad de estilo recomendada por los preceptistas y usada por los autores, huia con cuidado de la desigualdad de tono observada en las obras dramáticas de los españoles, y mas todavía en las tragedias inglesas, bien que estas á la sazon fuesen enteramente desconocidas fuera del suelo de la Gran Bretaña. Pero la innovacion existia estando en la esencia, en el alma, si no en la forma de las composiciones. En primer lugar, toda escuela algun tiempo seguida degenera, no pudiendo los discípulos hacer otra cosa que copiar las formas de los maestros sin que su espíritu se les trasmita, y cuando las copian lo hacen debilitándolas. En segundo lugar cuando muda la sociedad, imposible es que no varíe la composicion literaria que de ella es producto. Esto lo ignoró Voltaire con todo su ingenio y atrevimiento, y con él lo ignoraban los autores y críticos de sus dias, no conociendo que si hay principios externos de buen gusto, deben ser acomodativos, é irse adaptando á la sociedad; que en cada pueblo el gusto verdaderamente clásico varía, que asimismo en cada nacion se altera segun ella se muda, y esta alteracion en lo interno requiere en lo esterno alguna variacion de la forma. Así Voltaire, hombre que hizo los mayores esfuerzos para derribar el edificio de la religion dominante en Europa por largas edades, y que por desgracia logró su intento en gran parte, y aun por plazo no breve casi completamente en la parte entendida de la nacion francesa, y en las clases estudiosas de otras naciones sus imitadoras; que aspiró á variar la faz de la sociedad, y lo consiguió hasta un grado considerable, dando motivo á muchas útiles reformas y á algunas peligrosas novedades, y que hacia gala de sustentar la superioridad de su tiempo sobre todos los pasados, respetó las formas literarias que encontró vigentes por preocupaciones pedantes que conservaba de sus estudios, y eso no obstante se atrevió á tratar con ironía despreciativa á los griegos, afeándoles sus mismas perfecciones. Así lo que innovó fué el estilo

principalmente, y esto mas en la esencia que en la forma. Su afectacion de introducir en el drama su doctrina filosófica de que Eurípides ya habia dado algun ejemplo en Grecia, si bien de un modo muy diferente, comunicó al tenor de su composicion un espíritu muy diverso del que animaba á Corneille, nutrido del espíritu romano y español, ó Racine en cuyo ingenio estaban hermanadas hasta formar un compuesto en su alma tierna las dotes de un hombre profundamente versado en la literatura griega, de un cristiano fervorosamente devoto, y de un admirador y tambien parte aunque pequeña de la corte de Luis XIV. Al mismo tiempo que Voltaire venerando á los grandes modelos que acabo de citar, aunque por envidia y buen gusto en alguna ocasion los criticase, los imitaba, y así en su estilo y tono como novador variaba rara vez mejorando, y como imitador debilitaba, falta la última de que no se libra el mayor talento cuando copia. Sus discípulos extremaron una y otra falta de su maestro. Así las tragedias francesas llegaron á ser en la forma lánguidas imitaciones de las del gran siglo, si bien con algunos atrevimientos en la parte de accion, y en la sustancia tratados de la nueva filosofía ilustrada con ejemplos. Tambien se fué alterando la sencillez y pureza de gusto del maestro, cuyos secuaces no alcanzando á copiarle las perfecciones, reproducian puntualmente sus faltas, ó, por decirlo con mas propiedad, las abultaban sobremanera. Sucedió asimismo que, segun su diversa índole, los escritores copistas fueron tomando de su modelo, ya una, ya otra de las calidades que le distinguian. De esto dá muestra haber salido de la escuela de Voltaire, y aun representado el papel de sus dos principales lugartanientes, autores tan distintos como el frio d'Alembert y el enfático Diderot, bien que estos dos no se ensayaron en la tragedia, citando yo solo su ejemplo como ilustracion de mi doctrina en punto á la degeneracion del estilo por diversos modos.

En la comedia en que Voltaire se ensayó con inferior fortuna, fué mas atrevido que en la tragedia. Su

Hijo pródigo, por ejemplo, es composicion de clase diferente de la comedia de Moliere y sus imitadores. Mas aun que en estas composiciones, en el prólogo de una de ellas se atreve á declararse partidario hasta cierto punto de una clase de drama nacido en aquellos dias y bautizado con el nombre de *Larmoyante*, traducido por muchos al español lastimera ó lastimosa, aunque podria haberse expresado diciendo lagrimosa ó llorosa. En abono de la máxima de bien puede ir junto lo tierno con lo festivo, por juntar uno y otro la naturaleza hasta en sus extremos, cita el lance de una madre, la cual estando al lado de su hija moribunda, en el exceso de su dolor por la pérdida que se veia cercana á tener, exclamó: ¡Dios mio, llevadme todos mis demas hijos y dejadme esta! exclamacion que oida por su yerno allí presente, le movió á decir: señora, ¿entran en esa oferta los yernos? provocando con su ocurrencia á descompasada risa á los tristes circunstantes, á la desconsolada madre, y hasta á la enferma en medio de su agonía. Bien es verdad que el mismo Voltaire, cediendo como alguna vez hacia á contrarios impulsos, dice en su novela intitulada *Zadig*, que su héroe hizo representar tragedias en que se lloraba y comedias en que se reia, cosa fuera ya de uso, y que él habia restablecido, porque tenia buen gusto; pero este arranque del crítico en el cual era costumbre indignarse contra quienes llevaban al extremo las innovaciones por él mismo recomendadas, valió poco, contrapuesto á sus doctrinas en otra ocasion, y sobre todo á su ejemplo. Mientras el patriarca de la literatura y filosofía así andaba tímido y rehacio en punto á la aprobacion de un nuevo género de drama, se lanzó á abogar por esta innovacion con su acostumbrado ímpetu uno de sus discípulos, crítico el mas atrevido de su tiempo. Era este Diderot, mas de una vez citado en el curso presente como hombre de agudísimo ingenio y viva y desigual fantasía, exaltado ateista, no obstante ser difícil hermanar la exaltacion con el ateismo, ya trivial, ya hinchado en el estilo; ahora desvariado, ahora adelantan-

do en sus atrevimientos; en suma, entendimiento no comun, pero viciado, y escritor de mal género, en cuyas obras abundan trozos soberbios en medio de un énfasis intolerable. Este, adivinando muchos de los principios críticos de nuestros dias, aunque sin llegar á ellos, y á veces extraviándose por distinto camino, en su comedia titulada *El Padre de familia*, dió un ejemplar de drama no ajustado enteramente á las reglas antiguas divisorias de la tragedia y de la comedia, y en un opúsculo relativo á la misma composicion sentó máximas por algun lado conformes con las de la moderna escuela de libertad literaria, si bien quedándose muy corto del romanticismo del tiempo presente en las monstruosidades ó en las loables innovaciones que á éste caracterizan. Sin duda alguna el crítico francés, venerador de Voltaire aun cuando no le seguia, no llegó á descubrir que el campo de la poesía dramática era mas vasto y variado que lo que creia su mismo maestro, y que en Shakspeare como en Sófocles, en Calderon como en Racine, hay diversas clases de perfeccion, ó está la perfeccion misma vista por lados diversos y de diferente manera aplicada. Pero algo y no poco fué columbrar y promulgar que estaban mal puestas y ceñian demasiado breve espacio las barreras que limitan el terreno en que se ejercita el ingenio en uno de los ramos de la poesía.

Fuera de esto la escuela de Voltaire influyó poco en la comedia. Moliere habia dado tal perfeccion y tan buena direccion á las suyas, que apenas hubo necesidad de hacer variaciones al seguirle, solo que sus secuaces se quedaban muy atrás del jigante en la senda que él habia pisado. Las mejores comedias del siglo XVIII el *Turcaret* de Lesage, el *Glorieux* ó *Vano* de Destouches, el *Mechant* ó *Mal intencionado*, de Gresset, y la *Metromania* de Piron, obras todas de hombres no de la escuela filosófica ó voltairiana mantuvieron el teatro cómico en su ser antiguo. De Marivaux ya he hablado, y sus innovaciones se ciñeron al estilo puramente.

En el poema épico en que se ensayó el poeta de Ferney en su mocedad, tampoco tuvo quien le siguiese, y poco pudo influir con su ejemplo. No así cuando queriendo imitar á Ariosto, aunque con harta escasa fidelidad, emprendió poemas festivos que á los ojos de los entendidos y de los hombres de alma recta y noble son su baldon eterno y acaso su culpa mas grave. Tan mal género de composicion tuvo imitadores, y la *Doncella de Orleans* y la *Guerra de Ginebra* dieron origen á mas de un poemilla sobre argumentos respetables indignamente tratados, ó sobre materias dignas de ser cantadas en tales acentos, pero en que no debia haberse ejercitado el ingenio, don tan alto de la Providencia. En otras clases lijeras de poesía, su vena fácil y su estilo sencillo le hacian buen modelo, que fué seguido con cortas fuerzas y por lo comun con acierto escaso. En lo general la clase de su ingenio portentoso, pero no apto para la superior esfera de la poesía á la par con su predicacion y con su ejemplo, descarrió á no pocos metiéndolos en una senda no poética cuando versificaban creyendo poetizar, y no logrando ni con los preceptos ni con los modelos que daba en sus obras, poco atendidos, ó, diciéndolo con propiedad, mal seguidos, compensar el daño que por otra parte causaba.

En la prosa tenia Voltaire calidades admirables, siendo su razon la mas clara del mundo, y su entendimiento de los mas agudos, y comunicando con estas dotes á sus escritos la prenda de una elegante y animada sencillez que admira y encanta. Aquí se quedaron muy atrás de él sus discípulos, ó, diciéndolo mejor, no acertaron á seguirle las huellas los secuaces de su filosofía, que aun en literatura le tenian por maestro.

Pasando á géneros particulares de escritos, hay uno en el cual mas que en otros se dejó sentir el influjo de Voltaire, produciendo notables ventajas, y trayendo consigo algunos males segun es propio de la humana flaqueza, donde al lado de todo bien hay un inconveniente que le

disminuye. Hablo, señores, de la historia, campo en que abrió el insigne varon de quien vamos tratando una senda nueva hasta hoy no abandonada, á pesar de algunos no vituperables esfuerzos para encaminar á los historiadores por una via del todo diferente. Hasta el siglo XVIII apenas habian sido las historias otra cosa mas que narraciones á veces hermosamente poéticas de los sucesos de la política y de la guerra con reflexiones mas ó menos agudas ó atinadas sobre ellos mismos, pero no encaminadas á ilustrar con el ejemplo doctrinas generales. Bien es cierto que de esta regla puede hacerse una ú otra excepcion, siéndolo mirado por cierto aspecto el discurso sobre la historia universal de Bossuet, y por todos títulos la obra de la ciencia nueva de Vico; pero composiciones semejantes mas pasaban por tratados sobre la historia que por historias, y saliéndose de la esfera comun no servian de regla á los autores. La historia, pues, recibió de Voltaire la forma nueva. Es cierto que el moderno historiador francés con todas las dotes de su ingenio no pudo dar á su composicion el hermosísimo y vistoso colorido que dieron á la narracion histórica los griegos y romanos, siendo de notar que en este punto los segundos no aparecen tan inferiores como suelen puestos en cotejo con los primeros, ya fuese porque á la majestad romana cuadraba el oficio de historiador, ya porque narrando los escritores las cosas de su pueblo, segun la expresion de uno de ellos, con igual elocuencia que libertad llenos de la grandeza de su república, llevaban una ventaja á quienes contaban los sucesos de estados como los de Grecia, admirables por muchos estilos y con todo pequeños, y resintiéndose de su pequeñez. De todos modos es innegable que Tito Livio y Salustio, César en su elegante y rápida narracion, y Tácito en ciertas cosas superior á todos, aunque de gusto menos acrisolado, no desmerecen comparándalos con Herodoto, Tucidides y Jenefonte. Los historiadores modernos solo habian sabido copiar la forma de los bellos modelos que he citado, y algunos sin haber lle-

gado á igualarlos se les habian acercado bastante. De esta clase habian sido algunos insignes historiadores italianos del siglo XVI, como Machiavello y Guicciardini, y en tiempo algo posterior Dávila en su *Historia de las guerras civiles de Francia*. A la misma especie correspondian célebres historiadores españoles, en cuyas obras si no todo es de admirar, hay trozos de narracion dignos de la mas alta alabanza. En esta categoría deben ser incluidos Mendoza y Moncada, no obstante la poca importancia del argumento de sus obras, y Melo á pesar de esta misma falta y de su estilo afectado y conceptuoso, aunque lleno de perfecciones bastantes á compensar sus defectos; y en la misma ó en puesto superior merece estar el padre Mariana, pues si como historiador de España es digno de bastante severa censura, como escritor, como narrador tiene en su obra algunas veces tesoros de elocuencia, por los cuales puede ser colocado á la par con los mejores en el mismo género de todos los pueblos y todas las edades. Francia, tan fecunda en insignes escritores, no contaba historias de mérito sobresaliente, salvo el inmortal discurso de Bossuet á que poco antes me he referido, produccion magnífica donde el autor con su estilo majestuoso esplana una idea que es la del influjo de la Providencia divina en los sucesos humanos, y como para ilustracion de su doctrina pinta los grandes acaecimientos históricos con grandes pinceladas. Acaso el ejemplo de este ínclito orador y escritor cristiano hizo concebir á Voltaire el pensamiento de que una idea aunque diferente teórica y general dominase en la composicion de una historia. El grande escritor de quien voy hablando, si bien dotado de viva imaginacion mas que en fantasía, era rico en ingenio, y por consiguiente no tenia la dote principal que para la gran narracion histórica, al gusto de los verdaderos principales modelos clásicos, es indispensable. Verdad es que en su historia de Carlos XII, rey de Suecia, mostró que sabia hacer narraciones rápidas y animadas, brillar en la descripcion de batallas y en la pin-

tura de caracteres, y hermanar en el estilo con la claridad y sencillez una elegancia constante que á veces llega á ser elocuencia. Pero aun en esta misma obra se nota falta de robustez y animacion poniéndola al lado no solo de las mejores historias griegas y latinas, sino aun de algunas modernas. En otras obras suyas posteriores fué donde el gran filósofo y poeta francés dió el ejemplo del proyecto que sobre el modo de escribir la historia habia formado en su mente, siendo por ello alabado y seguido. Su innovacion en este punto tuvo secuaces muy señalados hasta en Inglaterra, en lo general poco imitadora de la Francia, segun dejo dicho en mis lecciones anteriores. Empezó la historia á tratar no meramente de los negocios de los gobiernos en el uso de las artes, de la guerra y de la paz, sino tambien del estado de los pueblos en lo científico, en lo literario, en su riqueza y en lo relativo á sus usos y costumbres. Prescindamos, señores, de si al llevar á su cumplimiento este plan el filósofo francés y sus discípulos de varios pueblos erraron, como ya alguna vez he dicho, considerando en la edad media solo su barbarie y desconcierto, en verdad innegables, pero no el principio de civilizacion que á la sociedad de aquellos dias animaba en su religion, si bien supersticiosa y fanática, ó en sus costumbres, aunque por un lado incultas y no poco feroces. Porque bien pudo acertarse en cuanto al método de escribir la historia y proceder equivocadamente al aplicarle, sin que esto arguya contra la bondad del método mismo. En mi pobre concepto, señores, la idea de Voltaire fué acertadísima, y un verdadero adelantamiento en la carrera de la ciencia. Bien es verdad que en nuestros dias ha habido quien impugne este modo de considerar y tratar la historia; que los impugnadores dicen, no del todo sin fundamento, que quien escribe para ilustrar una máxima ó cuerpo de doctrinas, acomoda los hechos á su teórica general, así como un abogado la parte narrativa de su discurso en favor de su cliente, y que la historia debe ir encaminada, segun la expresion de uno de

los mejores críticos latinos «*ad narrandum; non ad probandum.*» Pero si bien yo confieso, señores, que, habiéndose formado una doctrina general sobre cierta série de sucesos, es casi inevitable incurrir en el yerro de dar torcedor á la narracion para traerla á probar lo que el historiador cree y sustenta, por el lado contrario se tropieza con el inconveniente de hacer la historia un cuento mas ó menos entretenido. Y si es cierto que un lector entendido de hechos narrados con fidelidad y lisura, en que nada se omite ni se aumenta, puede sacar consecuencias que le sirvan de enseñanza, no es verdad que la historia no vaya encaminada á probar, pues cabalmente ese es su oficio ó su principal mérito, y no está demas ayudar al vulgo numeroso de lectores á sacar consecuencias de lo que se le refiere. Así porque haya sido con razon tachado Voltaire particularmente en su *Ensayo sobre las costumbres* de disponer su relacion de los hechos como una série de argumentos para probar el pernicioso efecto del cristianismo, ó que hayan sido culpados de la misma falta Hume, Robertson y Gibbon, no se sigue que el plan ideado por Voltaire, llevado á ejecucion, con respecto á la verdad y acierto en el juicio, no sea por de mas provechoso.

Al mismo grande escritor de que vamos tratando debe mucho la costumbre introducida de tratar agradablemente las materias mas graves, mezclando y amenizando el estudio de las ciencias con vestirle de galas literarias; costumbre en la cual no debe disimularse que es muy de temer el exceso. Verdad es que ya antes Fontenelle en su diálogo sobre la pluralidad de los mundos, y aun algun otro autor en obras de menos fama, habian dado el ejemplo de tratar amenamente puntos científicos, no sin pecar por hacerlo en estilo demasiado gracioso y florido. Pero Voltaire contribuyó mas que otro alguno á hacer agradables estudios áridos, y ademas con su sano juicio y con la delicadeza de su gusto, principalmente en lo relativo á evitar faltas, supo libertarse de la nota de incurrir en extremos de ele-

gancia y adorno, y menos en estirados é impertinentes conceptos tratando cuestiones cientificas.

En los cuentos mismos Voltaire llevó adelante y perfeccionó la idea concebida por algunos autores de hacerlos servir de ilustracion á una ú otra máxima filosófica. Que la filosofía en ellos predicada fué en general mala, y peor todavía que la del maestro la de sus dicípulos al imitarle, mal se puede negar, y sin embargo pide la justicia que se diga que el pensamiento bien aplicado es acertado y sano, y puede producir felicísimas consecuencias.

En suma, el mérito general del patriarca de la literatura y filosofía francesa es haber dirigido á la utilidad del linaje humano los estudios. Considerada esta utilidad, groseramente puede equivócarse, y ha sido de hecho equivocada con la satisfaccion del apetito. Segun la miraron los filósofos volterianos se ladea á este mal fin, aun cuando á él no vaya en derechura; pero, mirándola y usándola de un modo debido, buscarla es lícito y hasta provechoso, entendiéndose por ella todo cuanto acarree mejoras á los hombres en el empleo de todas sus facultades, y con particularidad de las mas altas y mas nobles.

He hablado, señores, hasta aquí de lo que hizo en Francia Voltaire con su influjo en la escuela literaria, de la cual era reconocido por maestro; escuela cuyos discípulos abundaban en todo el orbe civilizado. Bien vendrá despues hablar de los discípulos de su rival Rousseau, en número mas corto durante algun tiempo, pues si sus ideas políticas contaron, corriendo los dias, infinitos secuaces, su gusto literario, así como su filosofía, tuvieron escaso número de aprobantes é imitadores. Cuáles y de qué clase fueron estos, dará argumento entre otras cosas á mi leccion siguiente.

LECCION DÉCIMAOCTAVA.

SEÑORES:

En mi última leccion, prosiguiendo en el exámen del estado literario de varias naciones europeas en el siglo XVIII, puesta la atencion principalmente en Francia como, segun no me canso de repetir, es preciso que suceda cuando se habla de tiempos en que dominaba ella por las letras y la nueva filosofía á todas las naciones, consideré el influjo que Voltaire y su escuela habian tenido en la literatura francesa y de resultas en la de casi todo el mundo, pues si á Inglaterra no puso esta influencia á punto de hacerse allí poderosa, no dejó de sentirse en escritores de no comun mérito y correspondiente fama. Dije que el influjo de que hablaba fué grandísimo, porque el patriarcado ejercido en Ferney, aunque mas filosófico que literario, todo lo abarcaba; porque la filosofía de aquel tiempo influia sobremanera en la literatura, siendo forzoso que nuevos pensamientos, aun respetando en gran parte las antiguas formas literarias, infundiesen nueva alma en las composiciones y hasta en el estilo se sintiesen; y porque el mismo patriarca venerado lo era en todas las cosas; siendo considerado modelo, juez y aun oráculo, así en lo literario como en lo

filosófico, de todo lo cual se seguia que Voltaire por sí y por sus discípulos formase una escuela dominante donde todo estaba regido por la autoridad del maestro, si bien, como en todas las escuelas, no acertaban á copiar perfectamente á su tipo de perfeccion los mismos que le reconocian por tal y se esforzaban por seguirle.

Dije al mismo tiempo que otro hombre habia tenido notabilísima influencia en la literatura del siglo XVIII. En mis lecciones anteriores he hablado largamente de este hombre distinguido y célebre, juzgándole como debia con alguna severidad, pero inclinándome á ser benigno con su reputacion; quizá demasiado, confesando sus yerros, pero respetando la causa de no pocos de ellos; haciendo justicia á su extraordinario talento, y mas todavía á lo tierno de su alma que tanto se manifiesta en sus obras y las anima dándoles lustre; ternura de la cual bien puede decirse que es causa de que hallen disculpa las faltas del autor en las almas sensibles y generosas, haciendo el nombre del filósofo de Ginebra por siempre querido, y hasta, mirándole por un aspecto, venerado, aunque haya harto que vituperar en sus doctrinas políticas, en sus opiniones religiosas, y en su conducta. Dije tambien que Rousseau no habia formado una escuela numerosa como el patriarca de Ferney, y habria hablado con mas propiedad si hubiese dicho que no tuvo intencion de formarla; pero no oculté que habia tenido apasionados vehementes de sus obras y carácter, y no pocos que pretendiesen copiar su manera de composicion ó su estilo. Tuvo efectivamente, como he advertido en una ocasion anterior, si no discípulos por él reconocidos tales, devotos, porque, así como su personal carácter participaba mucho de lo que constituye la devocion, la naturaleza de su talento y doctrina era propia para que se apasionasen de él quienes le miraban con reverencia cariñosa y admiracion arrebatada. En efecto, señores, la gente devota del ciudadano de Ginebra, entre la cual se contaban muchas señoras, le seguia como á oráculo y le profesaba á la par que ve-

neracion cariño. Pero si muchos le miraron como maestro en política y aun en religion y no menos le tuvieron por modelo de elocuencia, pocos acertaron á copiarle, y aun no fué grande el número de los que lo intentaron, siendo modelo cuya copia es por demas dificil. Voltaire, escritor de claridad suma, de admirable sencillez; escritor en quien se conservaban aunque alteradas las tradiciones del siglo de Luis XIV, con sus bellas formas de composicion y estilo sencillo en que solo faltaba la grandeza dificil de encontrar en su época y con sus pensamientos, era modelo que parecia fácil de imitar, á pesar de que esta facilidad aparente era engañosa. Pero Rousseau, en punto á crianza hijo de sí mismo; cuyo talento recibia inspiracion del fondo de su alma; dado á la contemplacion de la naturaleza y á buscar las relaciones de la externa con la interna, propia ocupacion de entes en cierta parte privilegiados; hombre de vida solitaria, que se recreaba en cuestiones y cosas no conocidas de los cortesanos ni aun de los hombres de mundo de aquellos dias, mal podia ser copiado, ni aun imperfectamente, por personas cuyas almas no estuviesen llenas de los mismos afectos que la suya; siendo ademas en él mas que en otro, no obstante ser hombre de buena cabeza y clara lógica, hijos de sus pasiones sus pensamientos. Era, sin embargo, amanerado en su estilo como suelen serlo con raras excepciones los grandes escritores, y por eso de los innumerables que le siguieron como dogmatizador no faltaron quienes al sustentar sus doctrinas quisiesen, aunque sin empaparse en el espíritu de sus composiciones, copiarles mas ó menos ajustadamente las formas, empresa de la cual salieron unos con mayor y otros con menor acierto.

Uno de los principales cuyo nombre recuerdo, señores, entre los imitadores de Rousseau, fué un hombre que hácia fines del siglo XVIII alcanzó altísima fama con una obra muy citada y aplaudida entonces, aunque tambien muy censurada, y hoy tenida en poco y dada á casi completo olvido, á quien aun sus mismos enemigos, vituperándole, encon-

traban méritos que hoy la neutral posteridad no le reconoce; que fué de quienes mas contribuyeron al gran trastorno que poco despues padeció Francia, comunicándose sus efectos á toda Europa; personaje cuyo nombre invocado, cuyas declamaciones violentas y un tanto huecas conmovian á la gente de su siglo y fueron parte poderosa á excitarla á acabar con la sociedad existente; y hombre, en fin, dicho sea de paso, que en sus últimos dias intentó, aunque en balde, alzar la voz contra las aplicaciones que se iban haciendo de sus principios, logrando solo que sus discípulos, por decirlo así, le escupiesen á la cara con menosprecio de sus canas y reputacion cuando quiso censurarlos y contenerlos. Estoy hablando, señores, del famoso cura Raynal y de su obra intitulada *Historia filosófica y política de los establecimientos coloniales europeos.* No sin razon hubo ya en sus dias quien advirtiese, y todos conocen ahora, que el título mismo de historia filosófica y política dado á esta obra era ya un error, y error que manifiesta uno de los mas comunes dominantes en los lectores y autores de su siglo, digno por otra parte, como no me cansaré de repetir, de admiracion y reverencia. En efecto, toda historia debe ser filosófica y política, pues ¡triste de aquella en cuya composicion no entre un pensamiento filosófico, y de cuyo bien formado y presentado contexto no haya de sacarse en materias políticas mas ó menos, pero siempre bastante, enseñanza! Pero la afectacion de la filosofía y de la política dogmática, pecado de aquella época, no es ni una filosofía cierta y sana, ni una política de buena ley y atinada en sus efectos. Así el autor de quien voy hablando, desvariado en lo que juzgaba filosofía, y desatinado en lo que consideraba política, solo logró sustentar y circular máximas ya triviales, ya falsas, con un calor extremado, y que, si en uno ú otro caso llegaba á ser elocuencia, casi siempre merecia ser calificado de frenesí verdadero. Por estos términos contribuyó en gran manera Raynal á traer sucesos terribles por él no deseados ni previstos; porque téngase presente,

señores, aunque parezca digresion decirlo ahora á mis oyentes, que muchos de aquellos hombres que en el siglo XVIII declamaban en vituperio de abusos, ya reales y verdaderos, ya puramente imaginarios, ya ciertos pero abultados por quienes los censuraban, vivian de ellos; y cuando llegaron terribles acontecimientos á intimarles que ajustasen su conducta á sus anteriores palabras, entonces, ó fuese por obedecer á la voz de su interés, conociéndola mas ó menos, ó por virtud al tocar el desengaño, predicaron y aun obraron contra sus antiguas doctrinas. Ni debe ser esta consideracion ajena de nuestra presente tarea, pues, considerados solo literiamente los autores á quienes me voy refiriendo, fuerza era que sus declamaciones y su estilo se resintiesen de ser facticio el calor que los animaba, escribiendo muchos de ellos y aun procurando pensar solo á impulsos de un deseo de acomodarse al uso y gusto dominantes. Volviendo á Raynal, señores, debo repetir que con poco espíritu filosófico y político concibió y escribió la obra á la cual dió los dictados de filosófica y política como por antonomasia entre las de su clase. No por eso digo que carezca absolutamente de mérito una obra algun dia tan celebrada y ahora venida á tanta desestima. No, señores; ha sucedido á esta obra lo que á tantas medianas, desaparecer entre una multitud de producciones contemporáneas, á todas las cuales es imposible que atienda una generacion posterior, cuya atencion embeben á la par los insignes modelos de los dias pasados y los escritores de los presentes, y le ha sucedido tambien compensarse en ella el exceso de su poco merecida alta reputacion con otro igual, si no en el menosprecio, en el olvido. Hay en verdad en la historia de Raynal bastante copia de noticias, narraciones bien escritas y aun trozos de verdadero calor entre declamaciones que por lo violentas y huecas hoy han llegado á ser repugnantes y hasta ridículas. Raynal, señores (y por eso cumple á mi propósito hablar de él en este momento), aunque en parte de la escuela de Voltaire hubo sin duda de tener pues-

ta la vista en Rousseau para copiar la vehemencia ardorosa de su estilo. Pero le faltaba el fuego interior que consumia al filósofo de Ginebra, y daba muestras de su existencia en las páginas de elocuente arrebato de aquel autor constantemente apasionado. Al revés, el calor de Raynal era casi siempre fingido, y fingido le llamo, no porque el autor no creyese á veces tenerle cuando le manifestaba, sino porque en vez de ceder á uno natural é irresistible, se esforzaba excitársele para hacer de él gala y procurar transmitirle á sus lectores, llevándose su admiracion y aplausos á un tiempo mismo. Sucedia en suma, señores, á este autor lo que en otro lugar he dicho (y perdóneseme el citarme á mí propio) de algun poeta, y es que, deseando manifestar y aun creyendo ser fogoso, daba contorsiones por señales de brio, al modo de caballos, ó enfermos de piernas, ó trabados, que con saltos violentos ó inquietud imitan las muestras de excesivo fuego de otros de su especie de mérito superior y legítimo aliento, logrando engañar al número infinito de los poco inteligentes. Quedan, sin embargo, efectos de algunas de las declamaciones de Raynal, cuando empleadas contra verdaderos abusos y aun contra prácticas de enorme maldad por ser fundadas merecian la calificacion de elocuentes. Así debe ser contado entre los destructores de la esclavitud, hoy en muchos pueblos abolida, y que en otros lleva camino de serlo. Solo me resta decir de esta obra, señores, que en tiempos algo cercanos á los nuestros, y cuando todavía gozaba de mas alto concepto fué trasladada á nuestro idioma castellano. Pero el traductor, que fué el duque de Almodobar, disfrazando su nombre con el anagrama Eduardo Malo de Luque, ni podia en aquellos tiempos en que estaban en pie la monarquía antigua y el tribunal de la inquisicion, ni quería, por no ser tales sus principios, reproducir las declamaciones, ni aun las doctrinas del original que admiraba. Asi, estimándola solo obra del mas alto mérito, porque entonces por tal pasaba, y calificándola en términos expresos de la mas buena y la mas mala de su época,

calificacion ahora por nadie admitida, la purgó de los vicios que en su sentir le afeaban, con lo cual quitándole todo lo que en ella ofendia, la privó de casi todo cuanto la hacia recomendable á los lectores de aquel tiempo y la dejó hecha un verdadero esqueleto sin cuerpo, sin color, sin vida.

Entre los autores de quienes puede decirse que con intencion ó sin ella deben ser contados entre los de la escuela de Rousseau, está un hombre de harto diferente índole de la de aquel de quien acabo de hablar á mi auditorio, ya se considere el espíritu de sus composiciones, ya su carácter privado. Era en efecto un hombre que, si en algo imitaba al filósofo ginebrino, lo hacia con calor verdadero de su estilo, porque dentro de su alma estaban muchas de las cosas donde Rousseau habia encontrado el copioso y puro manantial de su elocuencia. No era la persona de quien hablo parecido al anterior, pues no afectaba seguir los principios políticos ni filosóficos del elocuente y aplaudido ciudadano de Ginebra y sus demas rivales los llamados enciclopedistas; porque por el contrario, si bien en alguna de sus obrillas pagó tributo á la filosofía irreligiosa de su época, era hasta devoto, y en política se mezclaba tan poco que hubo de vivir pacífico en medio de la gran revolucion de Francia cuyos dias alcanzó sin aprobar ni desaprobar los sucesos de que era testigo; dado en medio del general bullicio á la contemplacion de la naturaleza en el jardin botánico de París donde solia pasar el tiempo. El hombre á quien me estoy refiriendo era, señores, Bernardino de Saint-Pierre, autor de una obra intitulada *Estudios de la naturaleza*, y mas conocido por serlo de la bellísima composicion pastoral, cuyo mérito no conocemos ó sentimos bastante porque solemos leerla en nuestras niñeces y que lleva por título *Pablo y Virginia*. Habia cabalmente en Bernardino de Saint-Pierre, lo que suele faltar á los escritores franceses y lo que caracterizaba á Rousseau, el cual, bien mirado, no era francés sino suizo, á saber, la verdadera inclinacion y afi-

cion á contemplar la naturaleza en las obras del Criador y particularmente en los campos, y á contemplarla con verdadera ternura naciendo de ello el descubrirse y cultivarse las relaciones que existen entre el mundo externo y los afectos del hombre; contemplacion propia de las almas buenas, ó cuando no tanto, de las que son viva y profunda y legítimamente sensibles. Estos pensamientos y afectos vivificaban el estilo del autor de *Pablo y Virginia*, y se dejaban sentir hasta en las formas con que vestia sus ideas. Su estilo numeroso y fluido expresando afectos de ternura recuerda los hermosos trozos de la *Nueva Eloisa*. Verdad es que sus *Estudios de la naturaleza* contienen gravísimos errores en la física, porque su autor, excesivamente ambicioso de gloria, quiso, llevado de su deseo de señalarse, penetrar en una region en la cual carecia de fuerzas para alzar el vuelo, ó aun para caminar con paso firme, faltándole los profundos conocimientos necesarios en las ciencias de que trataba. Por esto, queriendo controvertir muchas cosas que pasaban por verdades, y de las cuales algunas están bastante probadas, bien puede afirmarse que fracasó exponiéndose á una censura justa y severa. Pero dejando aparte esta consideracion, y mirando los *Estudios de la naturaleza* meramente como una composicion literaria, ¡cuántos y cuán ricos tesoros no encuentran en ella los lectores entendidos y de buen gusto! No es en verdad la elocuencia de Saint-Pierre como la de Buffon, pomposa, si bien esta asimismo es grande y de buena ley; no es como se ha caracterizado á la del famoso autor de la historia natural, elocuencia de bien compuestos rizos, chupa bordada y vuelos de encaje, sino de sencillo y aun pobre aunque aseado adorno. Es en suma en toda su composicion el personaje de quien voy hablando hombre un tanto despreciador de su siglo ó á lo menos de los autores contemporáneos, por no encontrar ni en el uno ni particularmente en los otros la sencillez que le enamora; novador, sin embargo, y en grado eminentísimo, pero diferente de los que lo eran en sus dias, y aun siéndoles

á menudo contrario; religioso, aunque no fuese su fé pura y completamente ortodoxa, porque habia en su alma todo cuanto constituye la piedad y hasta la devocion; y amante de la naturaleza, propiedad casi siempre aneja á caractéres semejantes.

Bernardino de Saint-Pierre tenia, pues, las dotes que constituyen la verdadera poesía. Tenia asimismo cierto gusto verdaderamente clásico, esto es, la inteligencia verdadera de la sencillez y elegancia del estilo de los griegos y el arte de reproducir hasta cierto punto, á la par con la forma, el espíritu de las composiciones de la antigüedad; conocimiento y arte imposibles de poseer, si no siente el alma lo que enseña el estudio; siendo por otra parte dificil que la primera llegue á sentir si el segundo no la encamina á la fuente de los pensamientos sanos y de los tiernos y naturales afectos.

Repito, señores, que estas dotes relucen especialmente en el librito demasiado conocido de *Pablo y Virginia*. Corresponde en él á la sin par belleza de algunas descripciones la tierna naturalidad de los afectos expresados; dotes que relucen igualmente en miles trozos de los estudios de la naturaleza. En estos últimos los lectores franceses descubren ademas primores que no lo son para los extranjeros, pues consisten en una diccion sencilla y un tanto anticuada, si no en los vocablos, en los giros correspondiente á la sencillez del estilo, y que se aparta aun de los grandes modelos del siglo de Luis XIV, siendo necesario para encontrarle semejanzas írsela á buscar en tiempos muy anteriores, y dista harto mas del gusto de los fines del siglo XVIII en que la idea de la sencillez estaba perdida.

De esta acusacion, señores, que hago á un siglo digno por otra parte de la mas alta estima y veneracion, y que cual otro ninguno ha contribuido á los adelantamientos del linaje humano, entre varias pruebas que podrian darse voy á citar dos á mi auditorio. Saco la una del excelente curso de literatura de M. Villemain que tan á menudo me sirve de guia. Cuenta este autor que al leer Saint-Pierre su *Pa-*

blo y *Virginia* delante de una concurrencia de literatos escogidos donde estaban el conde de Buffon, Tomás, autor de unos elogios muy aplaudidos en su tiempo, y hoy tenidos en no poca desestima, si bien en ellos compensan algunos grandes pensamientos la afectacion é hinchazon que de contínuo los desfiguran, y algunos otros personajes sin inferior fama de no corta reputacion en su época, casi todos aquellos jueces vieron la linda composicion que se les leia primero con tibieza, y al fin hasta con fastidio. Bien es cierto que el público, aun en aquellos dias, aplaudió la obra no bien salió á luz, siendo su juicio mas exacto que el de los literatos, á lo cual hubo de contribuir no solo cierto natural instinto que entiende y recibe con gusto lo que, para valerme de una expresion vulgar, habla al alma, sino el atractivo de la novedad, nunca mas poderosa que cuando se presenta trayendo la naturalidad y sencillez á ojos ú oidos cansados de la elegancia un tanto artificiosa.

La segunda prueba, á que he aludido como una de las mas concluyentes sobre que á fines del siglo XVIII estaba muy perdido en Francia y aun en todo el mundo civilizado el cabal conocimiento del verdadero gusto clásico, consiste en una obra dada entonces á luz, muy aplaudida y, mirada por ciertos lados, no poco digna de serlo. Hablo, señores, del libro intitulado *Viaje del jóven Anacarsis á Grecia*, célebre produccion del clérigo ó abate Barthelemy. En este trabajo de vasta, amena y bien escogida erudicion, se nota cuán fácil es conocer los sucesos, las obras y los personajes eminentes en las ciencias, artes y letras, y aun en la política y la guerra de algunas épocas y naciones, sin haber con todo llegado á penetrar cuál era el espíritu que á las mismas personas animaba y en las mismas cosas influia, y cuál la índole verdadera del gusto allí entonces mismo dominante. Barthelemy se preparó de un modo debido para su erudita tarea, pero era hombre de su siglo como lo son todos en grado superior ó inferior, y no de aquellos que mas se sobreponen á sus comtemporáneos, ó cuya aguda

vista penetra un tanto por entre la capa con que las ideas de su tiempo cubren todos los objetos que registra y examina. Con razon advierte M. Villemain que la idea de la composicion de que voy hablando, si algo tiene de ingeniosa, tiene mas de equivocada, suponiendo un viajero imaginario de una nacion bárbara para entrar en una descripcion circunstanciada de la Grecia antigua considerada bajo diversos aspectos, ó dígase política, literaria, artística, filosófica y hasta moralmente. A esto se agrega que el viajero figurado, como es fuerza que suceda en todos tiempos, y como mas particularmente debia suceder en el en que fué compuesto el fingido viaje, era, no un scita, ni aun un griego antiguo, sino un francés del siglo XVIII con algo de filósofo, de artista, de literato, de crítico, de hombre de mundo y hasta de cortesano de su tiempo. Ya hé notado que el siglo XVIII, al cual debe tantos progresos el entendimiento humano, cabalmente por lo mismo que destruia para adelantar, haciendo su obra, ya con prudencia, ya con imprudencia suma, propendia en su como desprecio de lo pasado y en su convencimiento de su propia superioridad, á dar un colorido contemporáneo á todos cuantos objetos veia ó tocaba. A tal disposicion nada resiste, y la erudicion aprovecha contra ella poco, transformando la preocupacion dominante lo que el estudio descubre.

Dista mucho, sin embargo, el *Viaje del jóven Anacarsis* de ser una obra de corto precio. Como coleccion de noticias es en alto grado apreciable, de suerte que leido con la debida precaucion en dias de mas filosófica crítica y de mas adelantados conocimientos, puede contribuir á darlos de la situacion de Grecia en una de sus épocas mas notables y florecientes. Pero, lo repito, todo cuanto el autor conoce y representa está visto y pintado al traves de la luz y con los colores de sus dias. Así sus noticias sobre el teatro griego, por un lado no poco vastas y bastante exactas, pecan por no entender ni explicar bien su verdadera índole, como si el teatro moderno estuviese siempre pre-

sente á la vista del autor para ofuscarle un tanto el sentido y el juicio. Así el estilo de la obra, ya cuando habla en persona el imaginado viajero, ya cuando supone que hablan personajes muy conocidos, se desvia considerablemente del gusto y estilo griegos. La falta á que me refiero se advierte, no solo en la parte original de la obra, sino en algunos trozos que contiene traducidos de autores antiguos. Con sumo acierto M. Villemain pone en cotejo un retazo de la Ciropedia de Xenofonte, traducido por Barthelemy con otro puesto por él mismo en francés siguiendo al original fielmente. En la version del *Viaje del jóven Anacarsis*, aparece constantemente la perífrasis; vicio de los pseudo-clásicos modernos, y ademas supresiones y adiciones y antítesis y frases á medida del gusto del tiempo en que el traductor escribia. Gloria es, señores, de estos nuestros dias; tan zaheridos por ásperos censores y que por algunos títulos, si bien por pocos, merecen serlo, que el tono de la traduccion de M. Villemain, ó, dígase, la reproduccion fiel del texto griego en palabras de una lengua moderna, agrade harto mas que la anterior copia desfigurada. Y no porque el estilo del dia presente sea, ni pueda ni deba ser, puntualmente igual al de los escritores de una edad antigua, nacidos, y viviendo, y pensando, y obrando, y escribiendo en una sociedad muy diversa de la presente. Pero dos cosas, señores, hemos adelantado, las cuales tienen entre sí conexion bastante estrecha. Es la una nunca despreciar completamente lo pasado, aun cuando de ello algo ó mucho desaprobemos y aun vituperemos, y el hacernos cargo de que, no siendo los tiempos iguales, y pensándose en unos muy diferentemente que en otros, fuerza es que los escritos se diferencien asimismo, por lo cual no es oportuno sino muy al revés, cuando se intenta dar á conocer cosas pasadas, borrar las diferencias que entre ellas y las actuales existen, en vez de dejarlas subsistir y aun de ponerlas patentes. Es la otra que al notar la diversidad del gusto en varias épocas y atender á las causas que la producen, si no del todo

lo que verdaderamente consentia su alma, y aspiraba á sacar su fantasía de quicio, de lo cual resultó una como elocuencia, que lo es por deseo de serlo, y no por fluir espontáneamente de lo que se piensa. Así un hombre, sin duda patriótico en sus pensamientos, y amante de lo bueno y de lo justo, parece un afectado retórico que aparenta ó finge en vez de sentir, porque no acierta con la naturalidad en la expresion, hinchada siempre, y llena de figuras inoportunas. Ocupóse principalmente en escribir elogios, y en ellos fué en los que adquirió su transitoria fama, pues sus composiciones poéticas por malas pasaron hasta en su tiempo, y no sin motivo, salvo en uno ú otro retazo, donde el calor natural de la pasion asomaba entre el forzado que procura tener de contínuo. Ahora, pues, los elogios son mala clase de elocuencia, y su título mismo lo demuestra, pues tratando de la vida y hechos de un hombre, tiran á alabarle en vez de pintarle ó juzgarle, y por lo mismo se prestan á la clase de composicion forzada y violenta á que Thomas era propenso. Bien es verdad que Fontenelle en época anterior en sus *Elogios* acertó á ser ingenioso y agradable, si no elocuente, y que otros, antes y despues de Thomas, han manifestado en trabajos iguales algunas dotes, habiendo quienes al escribirlos hayan pecado meramente de frios. Pero, al cabo, es cierto que en autor como el de que voy ahora tratando hubieron de concurrir los defectos del género en que se ocupaba con los de su propio ingenio para llevarle á incurrir en ciertos vicios. En su obra intitulada *Ensayos sobre los elogios*, acreditó Thomas mejores prendas de escritor; pero aun en ella un crítico, cuya severidad no pase de lo justo, halla que tachar no poco en la contextura y el espíritu del estilo.

Vamos llegando, señores, á los últimos años del siglo XVIII. A sus fines en Francia una mudanza de cosas tan radical y hecha con tal violencia, que no hay ejemplo de otra que se le iguale ó con mucho que se le acer-

que en los anales del mundo conocido, vino á acabar con su literatura, así como con la sociedad, si bien introduciendo cierta cosa interina, de nueva y singular especie, y trayendo consigo, á la par con la destruccion, las semillas de lo nuevo que habia de brotar y dar fruto, corrido algun plazo.

Antes de que pasemos á tratar de los dias de la revolucion francesa, ó de los inmediatamente anteriores, forzoso será que echemos alguna ojeada á Inglaterra, donde la sociedad aristocrática robusta; la práctica de la libertad en el pensamiento, y en la palabra hablada ó escrita; el fervor religioso; y costumbres nacidas de todo esto, causaban que fuese adelante el movimiento intelectual comun á toda Europa si bien por otras vias y con distintos modos que en las demas naciones.

Tambien habremos de volver la atencion á nuestra patria, en la cual en los dias últimos del reinado de Carlos III toma el estado literario un aspecto no poco satisfactorio, aunque pocos, si acaso algunos, autores traspasen los límites de una decente medianía. Así nos iremos acercando al fin de nuestra tarea, no perdiendo de vista punto alguno de los que nos hemos propuesto recorrer en nuestras rápidas y por desgracia superficiales ojeadas, y clavando la vista con mas empeño en nuestra patria; pero sin que nuestro amor á ella nos lleve al extremo de darle un lugar preferente en la república de las letras, siendo nuestro deseo que le obtenga, aun cuando con dolor confesemos que no le haya conseguido.

Pero antes de pasar al teatro de nuetra patria, fuerza será que continuemos por el que nos presentan pueblos extranjeros. Llámanos particularmente la atencion Inglaterra, donde hemos de considerar un ramo de composicion literaria en que hasta ahora no hemos puesto la vista; la elocuencia hablada, y especialmente la elocuencia política, que resucitó para los pueblos en el siglo XVIII en el parlamento británico, y que á fines del mismo si-

glo hubo de extenderse á Francia, brillando en uno y otro pais con vivo lustre en las personas de uno y otro Pitt, de Fox, de Burke y de Sheridan, con otros, y de Mirabeau, Baruave Vergniaud, y varios de poco inferior mérito y renombre.

LECCION DÉCIMANOVENA.

SEÑORES:

Al concluir mi última leccion, segun casi siempre tengo por costumbre, anuncié de qué materia iba á tratar en la presente, diciendo que hablaría de la elocuencia hablada, la cual cabalmente habia florecido con mas gala en Inglaterra durante el siglo XVIII, y vino á florecer en Francia á fines del mismo siglo. Al tratar de la elocuencia de viva voz, tambien, como apunté, dedicaré particularmente mi atencion y llamaré la de mis lectores á los discursos políticos, ó dígase parlamentarios; pues si en los de otra clase hubo, durante el período de que trato, obras de mérito, no son estas tales, ni tantas, que puedan detenernos largo tiempo, si bien en el foro francés, y aun en el inglés en la misma época, abogados célebres se distinguieron en algunas buenas oraciones. Por lo que toca á la elocuencia del púlpito, aunque Massillon, uno de los primeros oradores cristianos, de quien algo he dicho en mis primeras lecciones, se señaló particularmente, entrado ya el siglo XVIII, y aunque en el mismo el misionero Bridaine en su elocuencia popular y un tanto inculta dió muestras de facultades oratorias eminentes y de la mejor ley, todavía Francia, en donde la cátedra del Espíritu Santo ha tenido los que en las edades modernas son los mejores modelos en su género, no

contaba ya predicadores iguales en fama y mérito á los del siglo XVII, ó dígase del glorioso reinado de Luis XIV, al paso que Inglaterra no puede blasonar de oradores sagrados de primera nota, no consintiendo el género ó las formas de la predicacion en aquel pueblo dar vuelo á la fantasía, ó á los afectos, expresion en sumo grado ya tierna, ya vehemente.

No estará de mas, señores, que cuando voy á hablar de la elocuencia haga algunas reflexiones sobre el verdadero carácter de la que se produce y manifiesta hablando en vez de escribiendo; no porque pretenda introducirme en el campo largo tiempo cultivado por otro profesor del Ateneo que en este lugar dá lecciones sobre la elocuencia, pues disto mucho de tal pretension, absteniéndome de meter la hoz en mies agena, salvo para alguna excursion que me es forzoso hacer mirando al mejor cultivo de mi propio terreno, y protestando ser mi deseo no calificar méritos de otros, sino dejarlos al juicio de los oyentes, al cual someto yo humildemente los mios.

Reinan muchos errores tocante á lo que debe llamarse elocuencia, creyendo no pocos que esta consiste en el uso de un estilo elegante, en los grandes movimientos oratorios, aun cuando no sean espontáneos, y en concebir y presentar hermosas imágenes, á lo cual si se agrega fluidez en el decir, acierto en hacerse grato al auditorio, y destreza para mover las pasiones, se granjean los hombres dueños de tales prendas fama de elocuentes, no sin razon en verdad, aunque deba por otro lado confesarse que aun tan altas dotes no constituyen la elocuencia toda, y que aun sin algunas de ellas puede haberla verdadera. Sin duda por la palabra elocuencia debe entenderse el arte de hablar bien, y es una de las calidades propias del hombre elocuente la de saber mover las pasiones, en lo cual va asimismo incluido el talento de enfrenar las de su auditorio, ó de darles camino distinto del que llevan; pero estas dotes no están siempre acordes, pues con frecuencia sucede lograrse

la persuasion de los oyentes sin galas de diccion ni extraordinario aliño en el estilo. La calidad principal de la elocuencia es la de convencer y persuadir, ó sea la de que logre el orador imbuir en sus propios pensamientos y afectos á quienes le escuchan, lo cual, por desgracia, puede suceder, aun esforzándose por verdaderos los que se estiman falsos entre los primeros, y fingiendo en todo ó en parte los segundos; pero se alcanza mejor cuando el hombre declara y sustenta lo que estima conforme á la verdad y justicia, y cuando expresa lo que siente con el calor natural de una viva fantasía y un alma apasionada. Hay, pues, elocuencia que merece el nombre de tal sin que tenga gran mérito puramente literario; pero mal merece el dictado de elocuente quien sin convencer ni persuadir meramente agrada, al cual solo debe darse la palma de elegante en el estilo en grado mayor ó menor, segun la calidad de su gusto. Dos clases, pues, hay de elocuencia verdadera, pudiendo darse á la una el título de incompleta, y á la otra el de completa. Es la primera la que logra el objeto de convencer ó persuadir á aquellos en quienes hace prueba de su poder, pero sin satisfacer á los críticos por su mérito literario; y es la segunda la que, sobre conseguir cumplidamente el mismo fin que la primera, convence y persuade deleitando, y queda á los ojos de los críticos como modelo de composicion, si no perfecto, lleno de méritos de la mas alta clase.

Hasta en la elocuencia del púlpito, señores, á pesar de que trata de materia de tan superior gravedad é importancia, se nota la diferencia entre estas dos clases de merecimiento, distinguiéndose el orador popular que suele coger el fruto de su predicacion del que junta con este merecimiento el de satisfacer, considerado literariamente, el gusto de censores en quienes va hermanada la severidad con la justicia. Pero en esta misma elocuencia, señores, se advierte mas que en otra alguna lo que en todas, aun notándose menos, existe, y es no conseguir la palma quien la

pretende procurando en vez de persuadir ser admirado ó aplaudido. Cabalmente en Francia si durante el siglo XVIII no faltaron entre los oradores cristianos hombres, en los cuales debe suponerse, y aun en cierto modo se descubre ingenio, imaginacion, algo de ternura, y bastantes conocimientos del arte oratorio, y si, á pesar de estas prendas de algunos predicadores, no los hubo que igualasen ó siquiera se acercasen (salvo Massillon) á los esclarecidos oradores del siglo XVII, y especialmente á Bossuet, que á un tiempo admira, convence, persuade, aterra, confunde y deleita, consiste muy especialmente la inferioridad de unos hombres á otros en que los del siglo XVIII trataban de dar gusto mas que de persuadir, faltándoles el convencimiento profundo, ó diré la fé viva y robusta que animando á quien habla se comunica á quienes le oyen, tirando el primero, no á sacar de los segundos admiracion ó aplauso, sino á dejarlos profundamente persuadidos de lo que les predica. Bien sabido es, señores, que esta falta nacia de la índole de los tiempos, los cuales influian poderosamente á la par en oradores y oyentes, dividiéndolos en incrédulos y creyentes tibios; calidades ambas impropias para producir, ó sentir bien los efectos de la elocuencia que ha menester en los que la usan y en los que la juzgan y sienten convencimiento cabal y afectos vivos que en el primero tengan su orígen.

Los oradores cristianos franceses del siglo XVIII, menos, repito, Massillon, formado en el siglo anterior, que á él en gran manera corresponde, y en quien, sin embargo de su mérito de primera clase, repara una crítica aguda y profunda ciertas señales de decadencia por donde se vé antepuesta en el estilo á la robustez la gracia, eran hombres que se desviaban de sus antecesores, si no en la forma, en el alma de sus composiciones, tirando á agradar mas que á persuadir, mostrándose como temerosos de ser censurados, aspirando á merecer la fama de ilustrados mas que la de celosos creyentes, y cuidando sobremanera de la

elegancia en el estilo, aunque por esto mismo no atinando con la de mejor ley, la cual lejos de estar reñida con una robustez severa, se aviene con ella perfectamente, aunque sin ella pueda existir, pero floja, y, aun siendo tersa, sin verdadero lustre. Era, en efecto, difícil que los oradores de un siglo casi helado en la fé tuviesen en sus conceptos y estilo aquel brio que animaba á varones llenos de apasionada y sumisa reverencia á ambas magestades divina y humana, los cuales tenian por oyentes á personas, si bien culpadas muchas de ellas de todas las faltas inherentes á la flaqueza de la mísera condicion humana, estaban llenas de los mismos pensamientos y dominadas por los mismos afectos que dominaban y guiaban á los oradores. Así los predicadores franceses de la época á que ahora me voy refiriendo, eran meramente disertadores elegantes. Así lo advierte con su acostumbrado buen juicio M. Villemain; pero de ello dá todavía mas claro testimonio otro autor, por lo mismo que, censurando con acierto y buen celo las faltas de los predicadores de su siglo, y mostrándose ardiente admirador de los de la época antecedente, adolece él mismo de las faltas que en sus contemporáneos desaprueba. Hablo ahora, señores, del hombre que con mas acierto ha escrito sobre la elocuencia del púlpito: del que, habiendo empezado por ser predicador al uso y gusto de su tiempo, mereció por su panegírico de San Luis los aplausos de los filósofos de los dias anteriores á los de la revolucion francesa, lo cual equivale á decir que se desvió del camino por donde toca al orador cristiano buscar triunfos, hacerse digno de ellos y alcanzarlos; del que, llegados los dias de grandes mudanzas en su patria, por las cuales iba viniéndose á tierra toda la fábrica de su gobierno, y aun de su sociedad en lo civil y en lo religioso, se lanzó, ya le guiase, segun de ello hay señales, el cuidado de su propio interés, ya motivo mas justo y noble, con singulares brios á la palestra, sustentando las opiniones menos gratas á la muchedumbre á la sazon omnipotente; del que trasladado de la cátedra

del Espíritu Santo al campo de batalla de un cuerpo político deliberante, como orador profano y político, sustentando añejos abusos, y tambien defendiendo establecimientos dignos de defensa, si bien con frecuencia no pasó de ser verboso retórico, en algunas ocasiones subió á ser en alto grado elocuente, á punto de disputar en algunos casos la victoria, y, aun, en sentir de críticos imparciales, de arrebatársela al mismo Mirabeau; en suma, del que conocido con el nombre del Padre, y despues del cardenal Maury, vino á dejar muy equívoco concepto como político y aun como orador; pero á quien sería injusticia enorme no conceder el mérito de crítico eminente en el ramo á que dedicó su atencion con cuidado mas prolijo. Este hombre, insigne aun con sus faltas, si en el tiempo en que hasta Voltaire le aplaudió quiso en el elogio de un rey santo, el cual, como nuestro ínclito San Fernando su pariente y contemporáneo, hermanaba lo conquistador, lo legislador, y aun lo buen gobernador con lo virtuoso y pio, celebrar las calidades del monarca mas que las virtudes del bienaventurado, y expresar las ideas de su tiempo en vez de las dominantes en los dias de su héroe, miradas entonces con extremado desprecio y conocimiento escaso, venido á mejores doctrinas, aunque no con la capacidad bastante para reducirlas á práctica, en su *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito* acertó en sus críticas y preceptos á juzgar y recomendar lo que era mas de alabar en los predicadores de la edad pasada, haciendo con ello una censura amarga de los oradores sagrados de su siglo. Así, supo penetrarse bien del mérito de Bossuet, poniéndole con razon sobre todos los de su clase. Así, entre las faltas de Bourdalone señaló sus méritos en aquella época un tanto desatendidos. Así, aunque tal vez algo severo con Massillon, entonces aplaudido por demas hasta en la irreligiosa enciclopedia, tuvo tino al indicar la debilidad que se advierte aun en las obras de orador tan insigne. Y cuando trata de los predicadores de época posterior á la en que floreció el elocuente obispo de

Clermont, á quien acabo de referirme, casi á ninguno manifiesta aprecio. Sin embargo, de un orador cristiano del mismo siglo XVIII hace mencion para darle no corta alabanza. ¿Y quién era este, señores? ¿Acaso un literato de aquellos dias? ¿Acaso un prelado ilustre como todos cuantos descollaron en el púlpito reinando Luis XIV? No; era un misionero cristiano, pobre, vulgar y algo tosco; no destituido de letras, pero despreciador de las galas del estilo; no muy retórico, y, si algo, mas por instinto que por estudio; que tiraba á convencer, á persuadir, á llevarse consigo los ánimos de las turbas, en vez de aspirar á merecer elogios de críticos ó aplausos de las gentes de superior esfera; en suma, orador verdaderamente popular, y de los que tienen empeño en convencer, por estar ellos mismos convencidos de las doctrinas que sustentan y esfuerzan. De este tal, que es el padre Bridaine, ya por muy citado en esta nuestra leccion, copia el cardenal Maury uno ú otro trozo de elocuencia verdadera y hasta admirable, si por elocuencia ha de entenderse lo que sorprende y conmueve, facilitando al orador persuadir ó dominar á su auditorio. Fuera de estos arranques del misionero de que estoy hablando, nada se encuentra digno de especial mencion en los oradores del siglo XVIII en Francia.

Si pasamos á examinar los sermones ingleses, poco tendremos en que ocuparnos. Quizá por la índole misma de la religion protestante (de la cual no quiero hablar, porque hacerlo sería ageno de este sitio, sino en cuanto sirva para explicar el influjo de ciertos pensamientos en el estilo y los afectos que debe manifestar el orador); quizá por prácticas y hábitos de los ingleses, no intentando sus oradores hablar á la imaginacion tanto cuanto el juicio, y siendo de una secta que tiene en poco la tradicion, y solo reconoce la Biblia, aunque exigiendo que esta sea interpretada segun sus opiniones, y que por la clase misma de su culto sencillo y severo no procura hacer efecto en los sentidos, no emplean los predicadores de aquella nacion los movimientos

oratorios usados por los de la religion católica, apostólica, romana; movimientos que asimismo en no corto grado desdicen de la práctica de leer los sermones en vez de recitarlos. Así es que ni el arzobispo Tillot Sout, al cual Voltaire, en uno de sus caprichos, declara tenido en concepto superior al de Bossuet y los demas insignes predicadores franceses por toda Europa, menos la Francia; ni el obispo Atterbury, célebre como político, de algunos de cuyos sermones hace altos elogios el crítico escocés Hugo Blair; ni Sterne como escritor tan afamado, y cuya pasada celebridad no está hoy oscurecida; ni en sus sermones el mismo Blair, cuyas lecciones de literatura le granjearon alto y general aplauso, que hoy, si bien decaidas de su anterior reputacion, todavía en bastante grado, y con razon, conservan, y que goza de la reputacion de predicador elocuente, pasan de ser en materia de oratoria sagrada frios, aunque elegantes, disertadores. Bien podria en nuestra España y en Italia haberse remontado la elocuencia del púlpito á superior altura, habiendo en ambos paises grande copia de personas destinadas á cultivarla, y auditorios maravillosamente preparados á sentir sus efectos. Pero es de notar, por desgracia, que la misma Italia, cuya gloria es haber dado tan abundantes y sobresalientes frutos en los varios lugares del campo inmenso de la poesía: Italia que puede blasonar de ser madre de muchos elocuentes historiadores, y que, hasta en las ciencias, así como en todos los ramos de la literatura, cita con orgullo un crecido número de escritores eminentes, no puede pretender el lauro de haber tenido predicadores iguales en fama ó mérito á un Bossuet, á un Bourdalone, á un Massillon ó aun siquiera á un Flichier ó á un Mascaron, ó á otros de inferior nota, pero todavía en cierto grado eminentes, con que se honra la vecina Francia. Entre nosotros, que aun en el siglo XVI no tuvimos grandes oradores, no habiendo acertado á serlo ni aun el ternísimo y por varios títulos admirable escritor Fr. Luis de Granada, en el siglo XVIII, la elocuencia del púlpito habia

llegado á un grado de barbarie ó de ridiculez apenas concebible. Casi todos conocen la historia imaginada, ó dígase novela satírica, de Fr. Gerundio de Campazas, destinada á corregir los vicios de los malos predicadores, ridiculizando y remedando sus desaciertos; y en verdad que las estravagancias inventadas por el satírico corrector de los desatinos en su tiempo dominantes, no exceden, ni aun siempre llegan, á igualar á las reales y verdaderas que en la misma época, y desde algun tiempo antes decian desde el púlpito los oradores, de las cuales abundan testimonios impresos. Al cabo la historia de Fr. Gerundio de que voy tratando produjo notable efecto, en parte por su mediano mérito, y en parte por lo extremado de los desvaríos que censuraba, bastando alzar la voz contra ellos para que advertidos fuesen objeto de escarnio y de abominacion juntamente. Mayor efecto que esta misma sátira hubieron de producir las circunstancias que la acompañaron; difundirse en España conocimientos filosóficos; introducirse con ellos una crítica bastante sana; en suma, adelantarse con la ilustracion la razon y el gusto. Así vino á purgarse el arte de la oratoria sagrada en España de los lunares que la afeaban. ¿Pero por eso se remontaron tal vez los oradores á la verdadera elocuencia? No, señores, no pasaron de imitadores elegantes. El siglo XVIII no era, como ya dejo dicho, favorable á la elocuencia sagrada. Los restauradores de la literatura en los mismos dias todo lo tomaban del pueblo francés, su vecino, por razones políticas y sociales venido en el mismo período á ser su maestro ó su modelo. Así, los oradores sagrados españoles, al abandonar la viciosa escuela seguida por sus compatriotas, pasaron, como todos los autores sus contemporáneos, á hacer imitaciones ajustadas de las obras de mas mérito y celebridad que Francia habia producido. Diéronse, pues, á remedar á Bossuet, á Beurdalone, á Massillon y á otros de harto menos valer, y con frecuencia hasta á traducirlos. Ademas, la crítica de su tiempo, tal cual era introducida en Espa-

ña, no ponia en su verdadero lugar á todos los modelos franceses, casi igualando con los de superior mérito á otros que le tenian comparativamente corto, ó que á la sazon gozaban de un concepto entre propios y extraños, meramente hijo de la moda. Agregábase á esto, como ya va apuntado, el vicio inherente al siglo, y con especialidad á la sazon á la literatura española, dada á copiar y á apartarse, así como de extravagancias antiguas, del gusto castizo, donde solo es posible encontrar lo espontáneo y lo elocuente. De este modo, mal podíamos los españoles tener insignes modelos de verdadera elocuencia cristiana, y no los tuvimos, aunque en uno ú otro sermon del siglo próximo pasado haya méritos que le califiquen de una composicion literaria agradable, semejante en algun modo á los elogios académicos, donde tambien se buscaba entonces, y donde en ningun tiempo es posible acertar, con las prendas de la elocuencia verdadera.

Tiempo es ya de que saliendo de un terreno donde no encontramos ni hermosas flores, ni sazonados frutos, pasemos á tratar de otra clase de oratoria.

La del foro en los tiempos modernos es sabido que tomó cierta índole peculiar dimanada de tener que acomodarse á unos tribunales y una legislacion muy diferentes de los jueces á quienes hablaban y procuraban persuadir los abogados en los dias de la clásica antigüedad, ó de un cuerpo de leyes por demas sencillo, en que habia campo anchuroso para los que hablaban sobre el modo de aplicarlas. No así en Francia ó España, mientras estaban en pie sus antiguas monarquías. Allí y aquí, delante de un número de jueces mas ó menos numerosos, pero al cabo comparativamente corto, hombres acostumbrados al despacho de los negocios de su ramo, ó dígase á juzgar pleitos y causas criminales, en quienes es blason, y hasta cierto punto deber, no atender á las galas de la elocuencia, y aun despreciarlas, mirando solo á lo que de sí arrojan los hechos en el juicio y al texto ó á la mas atinada interpretacion de

la ley, y sobre todo esto con cierto magisterio y superioridad sobre quienes se presentan á volver por el interés de sus clientes, aparecen abogados, por lo comun mas versados en las prácticas forenses que en el estudio del arte de persuadir, así deleitando como instruyendo; y, por otra parte, aun cuando dueños en algunos casos de los recursos del arte, en lo general poco inclinados á usarlos, por conocer que casi siempre su uso mas daña que aprovecha á la causa por que abogan. Agregábase á esto que, con arreglo á la doctrina legal, los jueces no podian sentar sus fallos si no en lo alegado y probado, de tal manera, que, al ver una causa, era comun opinion que aun cuando sobre ello pensasen ó supiesen otra cosa que lo que las pruebas llevaban á suponer ó á concluir, debian dejar á un lado su opinion, hija de noticias extrajudiciales ó de cálculos de su juicio, para atenerse á la que de los autos resultase como consecuencia forzosa. Inútil era, pues, emplear medios para conmover á jueces semejantes, ó aun para procurar convencerlos por otros medios que por una mera seca argumentacion sobre los documentos contenidos en las causas sujetas á sentencia. Podria, sin embargo, la elocuencia forense haberse explayado ó remontado mas que en Francia, ó España, ó Italia, en Inglaterra, por la circunstancia de que en la nacion que últimamente he citado estaba encomendado el juzgar del hecho, así en lo civil como en lo criminal, á hombres del pueblo con el título de jurados; gente por lo comun sin letras, ó cuando menos sin estudios legales, á quienes tocaba desempeñar su encargo, segun á ello los llamaba la suerte. Pero tampoco con estas personas valian mucho los encantos de la elocuencia, siendo en general los jurados ingleses hombres de la clase media, y los mas de ellos honrados tenderos, que van á su oficio de jueces con sumo disgusto, y por evitar la multa en que incurren si dejan de asistir cuando son llamados; que por lo mismo consideran su tarea como una pesada carga, y desean despacharla en el mas breve término posible; que obedecen ni mas ni me-

nos que los jueces al espíritu de rutina propio del cargo mismo de estos ú esotros individuos que le ejercen, y que, pendientes en casi todos los casos de la boca del juez, suelen fallar así en los pleitos como en las causas criminales, segun les indica que deben hacerlo una autoridad á la cual con razon veneran. Bien es cierto que en algunos casos tiene excepcion la regla que acabo de sentar; pero las ocasiones en que el jurado inglés difiere del dictámen de los jueces son pocas, y en ellas con frecuencia se deja llevar por preocupaciones ó caprichos, siendo rarísima la vez, aunque alguna ocurra, en que influye en sus decisiones la voz del abogado. Aun así, exceptuando una ú otra causa política en que las artes de la elocuencia, á la par con otras causas, han logrado fallos favorables á personas puestas en juicio, los jurados, lejos de ser sensibles á la elocuencia, la miran con disgusto y recelo, ya juzgándola vana y molesta verbosidad, ya reputándola peligroso artificio de que les está bien guardarse. Claro está, pues, que semejantes jueces distan infinito de los de las repúblicas antiguas que oian á Eschines, á Demóstenes ó Ciceron, cuando estos oradores insignes empleaban su elocuencia en causas particulares. Así, los abogados ingleses, aun hablando con jurados, son el modelo mas cabal de la no elocuencia, ni en general aspiran á acreditarse de oradores. Esto, sin contar con que en los tribunales de equidad, donde no fallan los jurados, es el modelo de abogar todavía mas seco que era en la misma Francia cuando en esta subsistian los tribunales antiguos, ni con que faltaba un grande estímulo al uso de los recursos de la oratoria con no consentir la legislacion inglesa discursos de abogados en defensa de las personas puestas en juicio, salvo cuando lo eran por causas leves, ó por libelos, ó por el supuesto crímen de alta traicion, el mayor de todos, y en el que las leyes de aquel pais dan mas privilegios á los acusados para su defensa. Sin embargo, á fines del siglo XVIII, se distinguió algun orador eminente en el foro inglés, por haber habido entonces causas que encendieron

las pasiones, de donde vino á resultar hacerse el mismo jurado accesible á los movimientos oratorios. Entonces los pensamientos y afectos del pueblo, cuya curiosidad estaba ademas vivamente empeñada en los trámites y éxito de ciertos procesos, se comunicaban á los oradores que en ellos influian, pues, al pronunciar sus discursos, no solo atendian á lograr un fallo favorable á sus clientes, sino que aspiraban asimismo mirando al público que los estaba oyendo, y sabiendo que tenian á su lado quienes recogiesen sus palabras para publicarlas en seguida y darlas á la consideracion de un crecido número de lectores, á ganar fama de elocuentes, temiendo la crítica y codiciando la alabanza. En estos dias Mr. Erskine, despues lord Erskine, personaje político, á la par que abogado ilustre, se granjeó alta reputacion con varios discursos pronunciados ante los tribunales, donde, si no igualó á los grandes oradores de la antigüedad, dejó, sin embargo, composiciones de mérito en que hay trozos de la mejor elocuencia.

Grande fué el número de los abogados franceses que en el siglo XVIII alcanzaron nombradía, y de muchos de ellos pueden citarse trozos y movimientos elocuentes á que daba márgen el carácter del pueblo francés, siempre algo teatral, hasta en medio de las severas costumbres de sus parlamentos antiguos. Pero ningun nombre hay de que pueda hacerse especial mencion en un curso rápido de literatura, porque ningun abogado dejó oraciones que le granjeasen alta reputacion literaria. Gozó de bastante concepto, ó, por decirlo con propiedad, hizo mucho ruido en los años del mismo siglo, poco anteriores á la revolucion, el abogado Linguet, ingenioso y travieso, que escribió sobre varias materias, inclusas la política general y literatura; pero mas mereció su renombre por las singularidades de sus opiniones y conducta, que por sus prendas de orador elocuente, pues de estas últimas mal puede decírsele dotado, aunque sí lo estuviese de vivo, sutil y fecundo ingenio.

En los mismos dias algunas causas ruidosas llamaron

sobremanera la atencion del pueblo francés, dando motivo á memorias escritas por abogados; composiciones muchas de ellas leidas con gusto, ya por los méritos intrínsecos de las obras mismas, ya por estar vivamente empeñada la curiosidad y los afectos del público en la materia de que aquellos escritos trataban. Pero por la naturaleza misma de estos trabajos por fuerza ha de venirse en conocimiento de que no podian tener las calidades de oraciones elocuentes. Entre los varios de esta clase á que estoy aludiendo, uno hizo superior efecto, mereciendo ser mirado como obra literaria de extraño y grande valor. Al referirme á él, señores, tengo quizá que reparar una omision, pues no he hablado de su autor, siendo así que fué de los mas notables, si no de los primeros escritores de su época. Era este el célebre Beaumarchais. Sus primeros ensayos fueron en el teatro. Compuso una comedia en el género lloron ó lastimero, composicion de mediano mérito, á la cual, sin embargo, el severo abate Andrés dió altos elogios, y que fué puesta en regulares versos castellanos por nuestro D. Ramon de la Cruz, á quien á su tiempo citaré como célebre autor de sainetes. Pero la pieza de que voy hablando, cuyo título es *La Eufemia*, está ya hoy olvidada en todas partes, y aun en Francia misma, donde su reputacion, si bien fué alguna, nunca llegó á ser de las mas encumbradas. No así dos comedias en que figuran casi los mismos personajes, y la segunda de las cuales excedió mucho en fama á la primera, habiendo tenido en las tablas un éxito verdaderamente prodigioso y desproporcionado á su mérito literario como obra dramática, aunque no á la cantidad y calidad de rasgos de ingenio que contenia. Trato, señores, de las piezas intituladas *El barbero de Sevilla* y las *Bodas de Fígaro*. En la primera creó el autor un carácter que despues ha gozado de suma celebridad, siendo de aquellos que se ven constantemente celebrados y reproducidos, á punto de llegar á pasar casi por personajes cuya existencia ha sido real y verdadera. En la segunda de las comedias citadas,

el verdadero héroe, que es el imaginado barbero Fígaro, aparece harto mas en relieve que en la primera, y no sin alguna mudanza. Fígaro, señores, no es, sin embargo, un personaje que parezca verdadero, teniendo, al revés, mucho de abstraccion; no es un barbero sevillano convertido luego en mayordomo de un grande; y dista mucho de ser ambas cosas; es, sí, el espíritu de la filosofía francesa del siglo XVIII, principalmente en la parte en que esta se refería al órden político y social; es el mismo espíritu predicando á las turbas desde su mas apropiado púlpito, que era en aquellos dias y aquel pueblo el teatro; es el mismo espíritu que toma por intérprete á un hombre ingenioso cual ninguno, á la par cáustico y alegre; es, en suma, el mismo espíritu llevando la voz y expresándose del modo de que debia valerse para producir mas vivo y cumplido efecto. Así, la circunstancia de haberse estado representando, con cortas interrupciones, por un año entero las *Bodas de Fígaro* entre aplausos frenéticos del público, tímida é ineficaz desaprobacion de la corte, y pesar de las gentes austeras y juiciosas, fué un acontecimiento político mas que literario, y, mirado literariamente, una prueba de cómo servia en aquel tiempo á traer portentosas innovaciones en el gobierno y en la sociedad la literatura.

De este mismo carácter participaban los escritos sobre un asunto judicial á que poco antes he hecho referencia. Tenia Beaumarchais un pleito ruidoso, y hubo de seguirle y perderle ante un tribunal á la sazon desconceptuado por ser un parlamento nuevo sustituido á los antiguos por la potestad real entonces caida en sumo desconcepto. Defendió el interesado su derecho y razon en memorias escritas por él mismo, que, dadas á luz, circularon prodigiosamente, siendo leidas con aprobacion y admiracion apasionada. Merecieron estas obras á su autor ser mas de una vez condenado; pero esto mismo remontó entre el público su concepto. Como composiciones literarias tienen las memorias de que voy hablando un mérito nada comun, y aun bastante á justifi-

car la fama de que disfrutaron. Mal podrian citarse, sin embargo, como modelos de elocuencia forense, ni tiró tampoco su autor á que lo fuesen, siendo sin duda otro el objeto á que puso la mira. Pero en cierta clase del género satírico son de lo mas perfecto que darse puede, luciendo en ellas un ingenio vivísimo, sutilísimo, fecundísimo, de no menos chiste que malignidad, y en que la segunda solo ofende á aquel á quien aspira á dañar; y siendo su estilo llano, aunque elegante, fácil, y, sin extremo de correccion, verdaderamente hechicero. Tambien al felicísimo éxito de estas obras, en que el tribunal del público francés de todas gerarquías. tomó parte fallando por el escritor contra los jueces, debe atribuirse haber sido lo que las *Bodas de Figaro*; esto es, máquina empleada en derribar la sociedad antigua que acogia el escritor con tan arrebatado aplauso.

Baste, señores, de la elocuencia del foro en Francia, y pasando á ver lo que era en el mismo tiempo nuestra España, aunque nos sea doloroso, por fuerza habremos de confesar que nada dió de sí, ó á lo menos nada dejó que pueda añadir una parte, aun mínima, al caudal de la literatura española. La índole de nuestros tribunales, así como la de nuestra legislacion, dejaba en verdad, y aun deja todavía, cortísimo campo al ejercicio de la verdadera arte oratoria. Pudo, es cierto, haber, y aun hubo, uno ú otro dictámen fiscal, ó una ú otra defensa, cuyos autores, trabajando con esmero y escribiendo con aliño, procurasen en estas obras granjearse, entre otros méritos, el de elocuentes. Pero no es menos cierto que en alguna composicion de esta clase salida á luz, y aun elogiada, se notan, en vez de las calidades de una elocuencia legítima, los efectos de otra de la clase llamada académica; esto es, de aquella en que el autor se muestra acalorado sin estarlo, y quiere hacer movimientos oratorios cuando por nada está movido, á no ser por la combinacion de ciertas reglas con los estímulos de la vanidad, que le dictan en alguna ocasion un trozo, en sentir de ellos mismos, elocuente, y del cual se

prometen grande efecto en el auditorio, y, si llegan á publicar su obra, aplauso en sus lectores.

Pero en el siglo XVIII, señores, fué cuando Europa oyó por la vez primera los acentos de la elocuencia política, acreedora á ocupar un puesto, si no preferente, considerable en la region literaria. Los oradores de esta clase, si por la naturaleza del teatro en que hablaban, y de los negocios que trataban, no pudieron imitar ajustadamente á los de la clásica antigüedad, bien mostraron querer emular las glorias de sus apartados antecesores los griegos y romanos. En Inglaterra hubo de ser donde aparecieron, porque hasta fines del siglo solo allí habia lugar en que pudiesen ejercitar sus fuerzas. Allí existian cuerpos deliberantes, un tanto numerosos, donde se hablaba de materias políticas y de su aplicacion inmediata á los sucesos que iban pasando. Poco á poco fuese introduciendo la costumbre de abrir las puertas del teatro de estas deliberaciones á un auditorio medianamente numeroso, y de que, recogidos por escrito los discursos pronunciodos, fuesen dados á la prensa, y circulasen entre un crecido número de lectores llenos de empeño en el argumento que daba motivo á aquellas oraciones. Creáronse con esto estímulos poderosos á la elocuencia y á una de buena ley, porque trataba en verdades. Fuerza es, sin embargo, confesar que en el parlamento inglés durante largos años, nada se oyó, no que llegase, sino que siquiera se aproximase á los discursos de un Demóstenes, ó un Ciceron, ó aun á los de otros menos aventajados maestros de la elocuencia antigua. Contribuian á que fuese corto el mérito de las oraciones políticas inglesas muchas causas. En primer lugar, ya desde tiempos muy antiguos era allí costumbre hablar en las cámaras del parlamento, y se habia formado cierto estilo ó gusto no conforme al de Grecia ó Roma. En el siglo XVII habia pasado la Inglaterra por una gran revolucion, en la cual los llamados debates parlamentarios hubieron de tener una principalísima parte. La época en que esto ocurria no era de gusto literario

muy acendrado; los oradores, hombres por demas religiosos y fanáticos, mas estudiaban la Biblia que la retórica ó la literatura amena; habíase introducido el uso de tratar las cosas á lo letrado, por donde el modo de hablar de los oradores distaba poco del de los abogados; y el auditorio compuesto solo de los compañeros del que procuraba convencer ó persuadir, era no muy largo en número, severo, y, aunque movido por vehementes pasiones, solo por aquellas propias de su clima frio y nebuloso, de los hábitos de vida doméstica de los ingleses y de sus estudios. Así, pues, los famosos Pym, Hampden, y otros que con sus discursos contribuyeron poderosamente á derribar á su rey de su trono, á mudar la faz de su patria, y aun á excitar los ánimos á punto de llevarlos á mover y sustentar una cruda guerra civil, aunque lograsen con sus palabras impeler y dominar á sus compatricios contemporáneos, no pudieron dejar en sus discursos modelos acabados de elocuencia. Del modo de hablar confuso y enmarañado de Cromwell hay general noticia, y, sin embargo, con él se granjeó poder en el parlamento, bien que el que llegó á adquirir en el Estado fué debido, no á su elocuencia, sino á su habilidad y fortuna en la campaña, y tambien á su conducta política torcida y diestra. Andando los tiempos, y entrado el siglo á que particularmente vamos atendiendo en estas lecciones, los debates del parlamento inglés conservaron su importancia y viveza, así de resultas de una nueva revolucion que traspasó el cetro de las manos que le empuñaban á otras extrañas, como por proseguirse allí ventilando los negocios políticos en un cuerpo numeroso. Por aquellos dias se remontó á la mas alta fama como orador un hombre de quien ya he hecho mencion particular en las primeras lecciones de este curso, hablando del concepto que obtuvo y mereció por sus escritos. Era este el lord Bolingbroke, célebre como político osado, como no menos atrevido incrédulo en religion entre un pueblo en el cual siempre ha estado mirada la falta de fé con aversion violenta, y como autor de primera nota. Por des-

gracia, en los tiempos en que se señalaba este insigne orador, todavía no era conocida en Inglaterra la costumbre de recoger por escrito las oraciones pronunciadas en el parlamento para despues publicarlas. De este modo solo ha quedado de ellas la fama unida á la de su autor, en quien el gran talento, la instruccion varia, y otras prendas, compensaban en cierto modo las faltas de ambicion desmedida, infidelidad á las relaciones políticas, é impiedad, conservándose, sin embargo, por la tradicion inmediata tal concepto de su elocuencia, que un juez de tanto mérito como era Pitt, conde de Chatham, varon elocuentísimo, que alcanzó á Bolingbroke en sus últimos años, pero sin oirle en el parlamento, del cual habia sido excluido por sus culpas ó yerros, ponia sobre todas las pérdidas de la literatura, y aun sobre la de las comedias de Menandro y de las décadas de Tito Livio, la de los discursos aplaudidos y admirados del orador á quien me voy refiriendo. Esta falta nos obliga á pasar á una época posterior, cuando ya lo que se hablaba en el parlamento era puesto, con mas ó menos fidelidad, por escrito, y dado despues á la imprenta. Así nos queda noticia y traslados mas ó menos cabales de los reñidos debates á que dió márgen la gran contienda política seguida durante algunos años contra el ministro Sir Roberto Walpde, con quien tanto se ensañó el espíritu de partido; hombre de dudosa fama, y no digno en todo del desconcepto en que sus enemigos le pusieron entre sus contemporáneos; expulsado al principio de su carrera de la cámara de los comunes por delito de corrupcion, sin bastante fundado motivo; subido despues al mando, y que, acusado de gobernar corrompiendo, lejos de defenderse del cargo, hacia de ello cierta gala, como si arrojase descrédito sobre los otros á quienes, ó habia comprado, ó tachaba de estar prontos á venderse; que mantuvo á Inglaterra en una paz provechosa sin causar verdadero detrimento á su gloria ó poder, y contra el cual siendo caudillo de la parcialidad de los whigs, ó dígase defensores de la libertad civil y religiosa, y sostenedores del tro-

no nuevo de sus reyes, cimentado en la exclusion de los Stuardos y en negar la máxima del derecho divino indefectible de los monarcas, se levantó una liga poderosa, en la que hacia papel un crecido número de hombres elocuentes. Los esfuerzos de esta liga, en que entraban á la par whigs descontentos, tories enemigos, y parciales de la familia destronada, se señalaron por muchas efusiones de la ira, de la ambicion ó del patriotismo mas ó menos elocuentes y muy admiradas por sus contemporáneos, sucediendo, como siempre, preferirse la fundada ó infundada invectiva á la justa ó injusta defensa. De las arengas celebradas á que dieron motivo estas lides, quedan, como antes he dicho, algunas; pero es dudoso que hayan sido recogidas con bastante fidelidad, así porque el arte de hacerlo no estaba entonces en la perfeccion á que despues ha venido, como por estar todavía observada la ley que prohibia, y todavía, aunque ya no observada, prohibe, oir ó publicar lo que en el parlamento se habla. Así, hubo entonces de apelarse al recurso de publicar las oraciones pronunciadas en el parlamento, suponiéndolas dichas por personajes imaginados con nombres fantásticos, y es de presumir que al variarse el nombre del orador no fuese respetada del todo la cabal integridad del discurso. Esto, no obstante, se ha creido posible con lo que de las mismas arengas se ha visto formar sobre su mérito y el de los oradores de aquellos dias una idea bastante exacta.

Pero sobre el mérito de la elocuencia política en el parlamento inglés á mediados del siglo XVIII, han estado muy discordes las opiniones. En prueba de esta desconformidad de pareceres, citaré dos testimonios de escritores insignes, ambos de la misma escuela literaria, política y religiosa, aunque francés el uno é inglés el otro, que en la materia de que voy hablando difieren todo cuanto cabe en lo posible. Es el primero de los que cito Voltaire, el cual en su *Siglo de Luis XV*, al referir el famoso debate ocurrido en el parlamento inglés sobre declarar ó no la guerra

á España, y al citar la anécdota fabulosa, por él creida verdad, y hoy reconocida por arte del espíritu de bandería aun por los mismos juiciosos historiadores ingleses del capitan de un barco mercante, á quien por haber sido cogido haciendo contrabando en América cortaron los españoles las orejas, y que preguntado en una comision de la cámara de los comunes qué habia hecho en tan duro trance, dió por respuesta, encomendé mi alma á Dios, y mi venganza á mi patria, afirma que los discursos hechos de repente, despues de haber oido estas palabras propias para excitar las pasiones, exceden á los pronunciados con la debida preparacion y escritos con cuidado antes de publicarse de los mejores oradores de Grecia y Roma. Por el contrario David Hume, que es el otro escritor á quien me refiero, crítico agudo y bueno, si bien descontentadizo y algo dado á no tener en mucho las cosas de su propia patria, afirma que la elocuencia parlamentaria inglesa, tal cual era en sus dias, y cabalmente despues de los mismos debates de que acabo de hacer mencion, mirada en clase de composicion literaria valia poco, y distaba infinito de poder entrar en cotejo con la de la clásica antigüedad, y de contener las bellezas y perfecciones que deben caracterizar la elocuencia verdadera, y aun se arroja á declarar que, atendidos los negocios propios de la competencia del parlamento británico y la clase de auditorio á que se dirigen en él los oradores, y aun la índole del público en las sociedades modernas, y en la inglesa especialmente, es imposible, ó poco menos, en los oradores remontarse á la altura á que subieron los griegos y romanos, ó aun subir mucho mas arriba del punto en que se hallaban. Yo, señores, atendiendo á estos opuestos pareceres de jueces tan insignes, aunque uno de ellos por demas ligero en varias ocasiones, y otro con frecuencia desabrido y algo preocupado, y viendo lo poco que de aquellos dias se conserva en los trozos de discursos en la misma época pronunciados y hasta nosotros transmitidos, y teniendo asimismo presente juicios de críticos

posteriores sobre la materia de que voy tratando, diré que en mi pobre concepto no se encuentran en los discursos tan recomendados por Voltaire y deprimidos por Hume cosas dignas de entrar en cotejo con los modelos de elocuencia de la antigua Grecia y Roma; pero que sí descubro en ellos trozos á mi entender de verdadera y bella elocuencia dignos de ser tenidos en muy alta estima. De entre ellos traeré, por ejemplo, un retazo de un discurso pronunciado en la cámara de los comunes por Sir Guillermo Wyndham contra el citado ministro Walpole; discurso muy encarecido por el historiador Smollet, y por otros, y un tanto rebajado de su anterior concepto por lord Brougham en un notable opúsculo de nuestros dias. En el trozo á que acabo de hacer referencia, el orador, queriendo tachar con vehemencia y acrimonia á un ministro al cual suponia corrompido y perverso, é incluir en sus acusaciones hasta al mismo rey, á quien, sin embargo, no podia disparar á las claras sus tiros, con hábil malignidad se lanza al campo de las suposiciones, dando por hipótesis lo que en su concepto y en el de quienes le oian y aprobaban eran realidades. Así, en una hermosa amplificacion supone su patria puesta en peligro por el mal gobierno de un ministro digno de reprobacion, y llevando mas adelante y mas alto sus atrevidas suposiciones, pinta un rey en quien, abultando sus defectos, conocen todos á Jorje II, á la sazon reinante; de lo cual viene á deducir, que, si bien semejante ministro y tal monarca no existen, cabe en los límites de lo posible su existencia, siendo por lo mismo conveniente hacer una ley por la cual aboga, y cuya índole es oponer á la potestad real y ministerial barreras fuertes. En todo este retazo, de que solo doy una idea imperfecta, pero cuyo carácter y habilidad aparecen claros con solo expresar su contexto, hay una ú otra perfeccion notable de estilo y lenguaje, y debe celebrarse el arte con que la hipótesis está dispuesta y amplificada, debiéndose presumir que produjo notable efecto en el auditorio

y en el público, con lo cual ya tuvo una de las calidades que son propias de la elocuencia verdadera.

Por el mismo tiempo florecia Pulteney, el de mas reputacion como hombre elocuente entre los rivales de Walpole y de su mismo bando político, aunque convertido en su antagonista, segun opinion comun acreditada despues por la experiencia, solo por miras ambiciosas, ó cuando mas por privados resentimientos. Pero los discursos que se conservan de este orador celebrado no contienen singulares perfecciones por donde conste lo justo de su fama.

Cítanse tambien de la misma época arengas dichas en la cámara de los pares por lord Chesterfield, ya citado en estas lecciones como escritor ingenioso y elegante, y cuyo discurso contra la ley propuesta, y despues aprobada para sujetar á censura prévia las composiciones dramáticas que hubiesen de representarse en el teatro, es citado con alto aplauso, mereciéndole, en verdad, aunque no de superior naturaleza, los trozos que de él han llegado hasta nuestros dias. En los mismos empezó á ser reputado merecedor de la palma de la elocuencia entre todos sus rivales y amigos el mismo Pitt, ya mencionado en la leccion presente. De este último se conservan discursos, segun el general testimonio, si no en su cabal integridad, poco menos; pero estos á que me refiero corresponden á época posterior á la de que en este momento estoy tratando. Sin duda alguna Pitt, despues conde de Chatham, era orador elocuente. Sin embargo, me pareceria temeridad comparar sus arengas con las de Demóstenes ó de Ciceron, y aun en el mismo parlamento británico encuentro en tiempos mas modernos efusiones oratorias, que, en mi humilde sentir, reputo acreedoras á mas alta alabanza. Pero tomando en cuenta lo que son los debates de un parlamento moderno comparados con los del foro de Roma ó los del Agora de Atenas, no dudo calificar varios retazos de los discursos de

Pitt de modelos de elocuencia, á la par vehemente, diestra, y hasta galana.

De las contiendas en que este mismo orador tuvo tan señalada parte al empezar la guerra llamada de los siete años, apenas quedan discursos, ó cuando menos los que existen conservados son tales que á ellos atiende poco la historia literaria.

Cuando verdaderamente empieza á hacer principal papel en la república de las letras la oratoria política es en la época en la cual comenzaron en el parlamento británico los debates sobre las desavenencias entre Inglaterra y sus colonias, llevadas ya á punto de haberse estas alzado en guerra contra su metrópoli; contienda que paró en convertirles en potencia independiente. Entonces Pitt padre, ya hecho lord con el título de conde Chatham, mantuvo, y quizá aumentó, su reputacion antigua, apareciendo, segun la bella imágen de su amigo político Burke, un sol que, bajando, y próximo á su ocaso, llenaba todavía el horizonte occidental con un mar de luz gloriosa. Entonces Fox, el mismo Burke, Sheridan y otros, comenzaron á remontar ó á establecer su fama. Entonces Pitt, el mozo, heredó como orador, y aun tal vez aumentó en sí los timbres de su ínclito padre. De este período de sin par lucimiento en la elocuencia política ó parlamentaria no es posible, señores, hablar ya con la debida extension en la leccion presente, cuya terminacion está cercana.

En la que sigue hablaré de los oradores ingleses que se señalaron en dias tan memorables, y antes pasaré á considerar lo que empezó á ser la elocuencia política en la vecina Francia en los preliminares y primeros tiempos de la prodigiosa revolucion que trocó la faz de aquel pais y la del orbe, cuando comenzaron los franceses á hablar en público sobre materias políticas, y á añadir un mérito mas á los muchos de que puede blasonar su literatura.

LECCION VIGÉSIMA.

SEÑORES:

AL concluir mi última leccion iba tratando de la elocuencia parlamentaria entre los ingleses, y anuncié que en la presente seguiría el mismo asunto, teniendo que hablar del período en que la oratoria política de aquel pais brilló con mas vivo lustre. Muchas causas concurrieron á dar á las arengas hechas en el parlamento importancia superior á la que antes tenian. Una parte mas crecida del público tomaba empeño en los debates, siendo ya comun tomarlos por escrito y difundirlos por el medio de la imprenta, y por otro lado las cuestiones eran tratadas con mas altas miras y con mas vivo deseo en los oradores de remontarse á la elocuencia verdadera. Sin embargo, como me es forzoso repetir aun en este nuevo período, no podia la oratoria inglesa ajustarse cumplidamente á la griega y romana. Mal podia ser el parlamento inglés, ni aun en su cuerpo mas popular la cámara de los comunes, cabal ni aun aproximada copia de la plaza pública de Atenas, donde sonaba la voz de los oradores dirigida á un concurso de ciudadanos en quienes atender á los negocios públicos era ocupacion preferente y casi exclusiva, donde bajo un cielo casi siempre hermoso, una lengua armoniosa por demas con

sus inimitables sonidos halagaba y cautivaba la atencion de un público artista en grado eminente; donde era la legislacion breve y sencilla; donde la agitacion de un gobierno popular, malo ciertamente por varios títulos, pero dotado de algunas buenas calidades, permitia remontar el vuelo á la imaginacion y dar suelta y vehemencia á las pasiones; en suma, donde en medio de ciertos defectos de violencia é instabilidad inherentes á todas las democracias, y de cierta ferocidad propia de una edad primitiva en que iba mezclado con un adelantamiento prodigioso del ingenio un tanto de barbarie, habia cierto conocimiento y, lo que es mas, cierto sentir de la belleza de las formas, así como en las artes en las letras, de que nuestras sociedades modernas absolutamente carecen, y de que está destituida Inglaterra todavía mas que los pueblos del mediodia de Europa, cuya cultura es de orígen clásico ó romano. El pueblo que oia á Esquines y á Demóstenes y entre ellos juzgaba, era el mismo que acudia á juzgar y aplaudir las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, ó las comedias de Aristófanes y Menandro, representadas á la luz del dia en descubierto y anchuroso espacio ante un numeroso concurso y como en público certamen, y que formaba parte en la concurrencia donde leia los libros de su historia Herodoto. No era el pueblo romano semejante al ateniense, tan privilegiado por la naturaleza, pues carecia de las singulares dotes intelectuales para el cultivo y juicio de las producciones de las artes y letras que al primero distinguian; pero tenia grandes calidadss y costumbres favorables al ejercicio de las artes oratorias; siendo su gobierno, aunque en gran parte aristocrático, uno con mezcla considerable de poder popular, en que acudian numerosas turbas al foro; y su lengua, si muy inferior á la griega, dotada en medio de su magestad de perfecciones y primores que faltan en las modernas; y sus hábitos y usos, si no artísticos y poéticos como los de los griegos, propios para sentir el efecto del arte oratorio, porque existiendo la esclavitud

atendian los ciudadanos á las cosas públicas con desahogo y empeño vivo. Delante de tal clase de auditorio defendia el famoso orador de Roma á Milon, ó pronunciaba contra Antonio algunas de sus vehementes filípicas. Muy diferente, fuerza es repetirlo, era la clase de personas á quienes hablaban en el parlamento los oradores ingleses. En la cámara de los pares una porcion de señores graves y una concurrencia reducida eran los que sentian el efecto inmediato de los discursos, pues si publicados despues encontraban en el público muchos lectores y jueces, ya entonces obraban como escritos, no como oraciones; y por otro lado los hábitos de la cámara exigian cierto estilo peculiar, no el mas favorable al uso de los grandes movimientos de la elocuencia. Si en la cámara de los comunes, compuesta de algo mas de quinientos individuos, y que hoy desde la reunion del parlamento de Irlanda con el de Inglaterra y Escocia lo está de poco mas de seiscientos, habia alguna mas viveza en los debates, siendo asimismo mayor el número, la concurrencia del público, y consintiendo por otro lado mas viveza y soltura y uso de las artes oratorias los hábitos del cuerpo mismo, todavía aquella reunion estaba formada por hombres de un pueblo de carácter, aunque por un lado vivo, por otro flemático, poco sensible á la belleza artística, y aunque ilustrado, no del mas acendrado gusto; hombres que consideraban su reunion como una de *gentlemen* (ó dígase caballeros, entendiéndose lo que por esta voz se entendia en España en tiempos antiguos; esto es, gentes de buena familia, nobles pensamientos y cultos modales), y que al tratar las materias políticas las miraban como negocios sérios, ventilando los cuales no solo juzgaban inútiles, sino que habrian reputado ridículos movimientos oratorios, cuya vehemencia se excediese de cierta medida. Bien es verdad que en este mismo cuerpo habia cierto gusto fino y tradicional propio de congresos de su especie que cuentan algunos años de vida; pero este gusto, en ciertas cosas melindroso, no era tampoco el de

los auditorios de la clásica antigüedad, y excluia á la par que excesos y ridiculeces no pocos primores. No se hable del público asistente en los debates, al cual atendian poco los oradores ingleses. Allégueseá esto lo que tambien en ocasion anterior he dicho acerca de las materias sobre que versaban los discursos parlamentarios. Ya en ellos se trataba de hacer leyes como se hacen las modernas, acomodadas á sociedades harto mas complicadas que las antiguas. Ya se trataba de la conducta del gobierno en sus relaciones con las potencias extranjeras, fundadas en mas de un interés y en un número considerable de tratados que ahora dividen, ahora ligan á varias potencias, todo lo cual era muy diferente de las cuestiones que ocupaban á oradores y oyentes en Grecia y Roma, donde si se trataba de los extranjeros era para considerarse la primera nacion como única en el mundo; y la segunda, si bien como inferior á la primera en punto á ilustracion, como universal dominadora. Ya, en fin, se hablaba de asuntos de gobierno doméstico; pero aun en estos era menos sencilla la máquina que en los de la antigüedad. De todo resultaba haber poco campo para los vuelos de la fantasía, ó para la apelacion á las pasiones. Tenian asimismo los oradores ingleses, como tienen todos los modernos, necesidad de un caudal de conocimientos varios superior al de los antiguos, entre los cuales eran en verdad los oradores hombres sapientísimos, imbuidos en los conocimientos filosóficos de sus tiempos, y dueños de toda clase de perfeccion literaria, pero ajenos á ciertos ramos de la ciencia de gobierno que á la sazon no existian.

Tambien en el parlamento británico, segun han ido siendo las épocas, ha sido necesaria á los oradores cierta variedad de conocimientos que ha influido en la naturaleza de sus discursos. Y nótese, señores, que aun allí mismo, segun va creciendo la variedad de los negocios y la necesidad de conocimientos en los de diversas clases, ha ido tambien variando un tanto la calidad de la elocuencia. La de la época a que me voy en esta leccion refiriendo, admitia

mas adorno, mas movimientos oratorios que la del dia presente. Lo que entonces habian menester los oradores políticos británicos era un estudio profundo de los clásicos, así griegos como romanos, en prosa y poesía, y tambien de los autores de su pais, y ademas cierto conocimiento de la historia de este y de la europea, y con particularidad de las relaciones políticas entre los diversos estados. No se exigia entonces el conocimiento de la economía política, ciencia á la sazon en mantillas, y cuyo estudio, hoy que está crecida, ha venido á ser para los hombres políticos indispensable. No se requeria al tratar de la legislacion ideas filosóficas y generales, propias de la edad presente. Pero en cambio gustaba mas adorno, mas vehemencia, mas hablar á la imaginacion, y un tanto menos de raciocinio. Lo que sí se pedia ya entonces, como ahora se pide, y se pedia quizá en superior grado, era cierta diccion, si no correcta, elegante, y ciertos modos urbanos y corteses cual corresponde á una reunion de gente principal, sin que esto excluyese cosas que á los ojos de los extranjeros aparecen desmandadas y aun groseras, siendo la cultura inglesa peculiar de aquel pais; por un lado delicada, y por otro consentidora de lo que fuera de allí admira y choca; en suma, la de un pueblo no menos separado de los demas por sus pensamientos, por sus afectos y por sus costumbres que lo está de las otras la tierra que habita por las aguas del mar que la circunda.

Ya he dicho en mi leccion anterior, señores, que en los últimos dias de la vida del insigne Pitt, y cuando ya era conde de Chatham, fué cuando este ilustre orador pronunció, si no sus mejores discursos, aquellos de que se ha conservado mas cabal é íntegra memoria. Coincide este tiempo con el en que, empezando á señalarse otros grandes oradores británicos, llegó en Inglaterra la oratoria política á su mas alto punto. Pasado Pitt á la cámara de los pares, y perdiendo su nombre para ser conocido por el título con que habia sido premiado, hubo de batallar con algunas des-

ventajas antes de señalarse en teatro diferente de aquel donde habia adquirido su gloria, porque, sobre perder con las honras que recibia algo de su consideracion personal de resultas de la envidia que excita todo encumbramiento, tenia que aprender una oratoria menos viva y brillante que la usada en la cámara de los comunes. Era el mérito principal de Pitt como orador, su vehemencia, aunque no destituida de aliño, falta de la correccion y pulidez de los oradores griegos y romanos, no pareciéndose ni remotamente á Ciceron, cuyo número y adorno, aunque á veces traspasen la medida justa, nunca llegan á desviarse de las reglas del buen gusto, y cuyas prendas literarias siempre merecen y logran general admiracion; ni semejándose á Demóstenes, mas vehemente, y cuya elocuencia califica con razon La Harpe de mas propia para ser imitada en los debates modernos que la del orador romano, pero con todo eso imaginativa y trabajada con esmero; sino adoleciendo de alguna incorreccion y del poco órden que reina en los discursos parlamentarios, si han de juzgarse como ajustados á los preceptos de la retórica y á los modelos de la antigüedad clásica. En el insigne inglés de quien hablo habia cierta declamacion vigorosa, animada por la pasion en que se veia á un tiempo la ambicion personal, aunque disculpable, viva, y el arrebatado amor á su patria. Despues de haber contribuido al engrandecimiento de esta como ningun otro político entre sus compatricios dirigiendo los negocios durante la guerra de siete años, período de altas glorias y ventajas para la Gran Bretaña, de la cual era á la sazon ministro, si no primero por su título, principal por su importancia en el gobierno, habia pasado á ser contrario de sus sucesores y hacerles vigorosa oposicion al verlos empeñarse en una contienda que consideraba un tanto injusta y del todo imprudente y aun temeraria en su orígen, y de la cual preveia que iba á ser fatalísima en sus resultas. La guerra á que ahora aludo, señores, era la que nació de haberse negado las colonias inglesas á reconocer la legitimidad de cier-

tos derechos que sobre ellas pretendia ejercer la metrópoli, y de haber esta recurrido á las armas para vencer y domar la indocilidad de los colonos. A todos cuantos pasos dió el gobierno inglés para comenzar y sustentar esta contienda se opuso con violento teson el conde de Chatham, y, como ocurriese que dado principio á las hostilidades se valieron los ingleses del auxilio de los feroces indios habitantes de la region vecina al teatro de la campaña, y como tan peligrosos auxiliares peleasen, segun era de presumir, con su acostumbrada bárbara crueldad, sucedió hablarse de estos excesos en el parlamento y vituperarse agriamente, á lo cual respondió un ministro defendiéndose á sí y á sus colegas, por cuyo órden se habia apelado á emplear como auxiliares á los salvajes, que al hacerlo así se valia el gobierno británico de los recursos que ponian á su alcance Dios y la naturaleza. Estas palabras dieron motivo á una de las efusiones oratorias mas aplaudidas y bellas del grande orador de quien voy hablando. Recogió las palabras *Dios y la naturaleza*, y, repitiéndolas y recalcándolas, afeó su uso como impropio, y en cierta manera como feroz é impío. Pasó de aquí á vituperar amargamente el hecho de valerse de bárbaros crueles contra hombres civilizados si ya contrarios antes compatricios, y no menos culpó la temeridad de querer disculpar tan inicuo proceder que el haberle dispuesto, ó aprobado, ó consentido. En magnífica declamacion invocó contra el ministro que habia justificado el hecho que él acriminaba todo linaje de respetos y de memorias. Ya dirigiéndose al banco donde en la cámara de los pares ingleses se sientan juntos los obispos, en sentido apóstrofe los provocó á que empleasen en condenar atroces y perniciosas máximas la santidad y autoridad de su ministerio; ya, hablando á sus campañeros de ilustre estirpe, tiró á probar cuánto desdecia lo que se estaba sabiendo y oyendo de parte de los ministros de los principios de honor de la nobleza antigua; ya, en fin, dirigiéndose personalmente al adversario con quien combatia, le echó en cara ser sus pen-

samientos y palabras impropias del lustre y honor de sus antepasados, y, aludiendo á la circunstancia de estar cubiertas las paredes del salon donde se seguia esta contienda con tapices en que estaba representada la derrota de la famosa armada española apellidada la invencible, en cuyo vencimiento tuvieron parte los progenitores del ministro á quien dirigia el orador su invectiva, figuró ver animarse aquellas figuras y mirar con indignado ceño á su descendiente, culpándole por sus hechos y dichos en que iba mezclada la crueldad con la imprudencia. Este trozo de elocuente declamacion ha sido copiado en varias historias, y citado siempre con el mayor aplauso. Hoy la crítica novísima pretende rebajar algo del valor en que era tenido. Yo, señores, en mi humilde concepto, sin ponerle á la par con los mejores trozos de la elocuencia antigua, todavía le encuentro admirable, y, tomando asimismo en consideracion el lugar y tiempo en que fueron pronunciadas tales expresiones, y el efecto que produjo arranque tan extraordinario, le califico de uno de los movimientos oratorios mas dignos de nota y de aprobacion juntamente.

En los debates reñidísimos y prolongados por algunos años á que dió márgen la misma guerra de Inglaterra con sus colonias, empezó tambien á subir, y logró llegar á su cumbre la fama de uno de los primeros oradores ingleses, Carlos Jacobo Fox, á quien hemos alcanzado haciendo uno de los primeros papeles en su patria algunos de los que ahora vivimos. El esclarecido varon de quien hablo habia sido criado como cortesano, y al arrojarse á las lides parlamentarias se presentó en ellas sustentando la parte del gobierno. Pero pronto el convencimiento ó el deseo de aplauso hubo de llevarle al bando popular, de que le resultó desde luego la pérdida de su empleo y el principio de su gloria. Era todavía en aquel tiempo jóven; aventajado en ingenio y de instruccion varia, muy entendido y versado en el manejo de los clásicos, y con no corto conocimiento de la literatura francesa y de la de su propia patria, así como no sin

saber algo de la de otras naciones, bien enterado de las relaciones de los diversos gobiernos, de vivos y tiernos afectos, y solo de mediano juicio. De las calidades de que acabo de hablar dan testimonio sus discursos vehementes y apasionados, á que se agrega que, estando el orador dotado de buena lógica, tanto hija de su natural discurso, cuanto adquirida, era en el argumentar en extremo vigoroso. Tenia, sin embargo, por máxima que si un discurso parecia bien leido no podia agradar pronunciado, de lo cual hubo de ser consecuencia forzosa que no diese el órden, el arreglo, en suma, la perfeccion de una composicion escrita á sus oraciones. Hablaba de repente, segun lo hacen todos en el parlamento inglés, y solia al empezar sus arengas rozarse, tartamudear, y hasta ser incorrecto; pero, no bien se encendia en el debate, cuando corria la vena de su elocuencia con raudal impetuoso, admirable y casi irresistible. No obstante su opinion, leyendo sus discursos, todavía estos satisfacen, á pesar de que eran recibidos con grande entusiasmo por sus oyentes. No hay, con todo, que buscar en ellos gala de imágenes ni de diccion, ni una distribucion metódica ó un regular compuesto. Y en verdad la elocuencia política ó parlamentaria de los tiempos modernos, como verdadera composicion hecha de repente, si alguna vez admite exordios en forma y con mas frecuencia peroraciones, nunca se aviene enteramente con la regularidad de las oraciones antiguas.

Al lado del insigne orador y político de quien acabo de celebrar el mérito á mi auditorio, se levantaba compartiendo con él la palma de la elocuencia, y mas todavía las del saber é influjo político, otro personaje de índole diferente. Era este Edmundo Burke, de nada ilustre cuna, hijo en gran manera de sus obras, que solo en lo maduro de su edad pudo llegar á tener asiento en la cámara de los comunes, donde se ganó un puesto eminente, teniéndole tambien distinguido, aunque no de los primeros, en varios de los ministerios formados por el partido whig, al cual, así como

Fox, correspondia, y en cuyos consejos, cuando la misma parcialidad estaba en la oposicion, tuvo un voto casi preponderante. Burke empezó su carrera como escritor, señalándose primero por una hábil imitacion de Bolingbroke, que hubo de engañar á muchos hasta pasar por composicion inédita del autor imitado, y despues por un tratado sobre lo sublime y lo bello, obra no de mérito de primera clase, pero en la cual se descubrian conocimientos metafísicos y cierta propension á generalizar, no comun esta última en los escritores, y menos todavía en los políticos ingleses. Andando el tiempo, este hombre insigne llegó á adquirir extraordinaria fama é influencia juntamente con la palabra y con la pluma. Sus discursos oidos no se llevaban consigo á su auditorio; de forma que, segun recuerda un gran crítico moderno, cuando él se levantaba á hablar solian salirse de la cámara los diputados, al paso que volvian á oir el debate no bien empezaba á sonar la voz de Fox; circunstancia que el mismo crítico agudo, pero en este caso un tanto parcial, cita para decir, no sin algo de injusticia, que de las arengas oidas con gusto nada bueno queda á los lectores, al paso que de las desestimadas al pronunciarse puede sacarse, leidas, enseñanza y hasta deleite. Hubo quizá de contribuir al escaso favor de que gozaba entre sus colegas Burke hablando, y al grandísimo con que eran recibidas las palabras de Fox, ser este último personaje de superior esfera, circunstancia tenida en mucho en aquel concurso aristocrático, como tambien particularidades en el modo de decir, entre las cuales se contaría aventajarse en modales el del mas al del menos distinguido en nacimiento y crianza. Pero otras causas mas permanentes quitan á las arengas de Burke algun precio, considerándolas como hechas para oirse mas que para leerse. Tienen, en verdad, bastante de didáctico, pareciendo á veces tratados cortos sobre la materia que se estaba discutiendo. Sin embargo, esta falta no debe ofuscar la vista hasta hacer olvidar el mérito eminente de las oraciones á que me refiero. Iban hermanadas en las

de Burke dos calidades que rara vez van juntas, porque abundaba su estilo en imágenes, en símiles, en metáforas, y aun en alegorías de singular hermosura, y á la par en máximas de política filosófica, y en argumentos vigorosos y bien trabados, siendo su dote principal vestir las segundas calidades con los atavíos de las primeras. Bien es cierto que no siempre hay en este autor ú orador el gusto mas acrisolado, pecando por extremarse, así como en sus opiniones y máximas, en el estilo figurado de que hace tanto uso. Pero así y todo, es Burke una de las principales lumbreras de la elocuencia y literatura, así como de la política inglesa; verdad encarecida por sus admiradores, y hasta cierto punto no disputada por sus contrarios, no obstante que llegaron á ser lo uno y lo otro todos cuantos en su tiempo hicieron papel en la historia de su patria, por haber él mudado de opiniones combatiendo con extremada vehemencia en sus últimos años algunas, pero no todas, las doctrinas y el interés del partido popular que con no menos ardor y teson habia sustentado en los principios de su carrera.

Al mismo tiempo, y cuando la nombradía y correspondiente influencia de estos dos personajes era ya grande, asomaron en el horizonte político nuevos méritos que habian de ponerse á la par con los antiguos, si no oscureciéndolos, disputándoles el primer lugar, ya en amistosa rivalidad dentro de un mismo partido, ya en reñidas competencias, llevando la voz y volviendo por el interés de opuestas y aun encarnizadas parcialidades. El primero de quien debe hacerse mencion es del ilustre hijo segundo del conde de Chatham, llamado como su padre Guillermo Pitt, y, si no superior á él en fama ó valor verdadero por haber sido mas contestada su reputacion y menos feliz su fortuna, considerado como orador, aspecto bajo el cual debemos mirarle en estas lecciones, igual cuando menos por no darle calificacion mas alta. Apenas contaba veinte y un años de edad este mozo instruido y agudo, delicias de su padre que se recreó en formarle para la vida política, cuando tuvo asiento en la

cámara de los comunes y levantó en ella la voz, siendo oido con extremos de admiracion y aplauso; voz que habia de resonar por largos años cuando el mismo personaje, cabeza del ministerio en dias de no comunes peligros, y tambien de desdichas, habia de sustentar lides de extraordinario empeño y no menor renombre sobre materias de muy superior magnitud á todas cuantas hasta entonces habian servido de argumento á la oratoria política de las edades modernas. Sorprendió en Pitt la claridad de su estilo; la perfeccion singular de su frase en que igualaba el discurso hecho de repente al escrito mas limado; la amplificacion magestuosa; el sarcasmo acre, aunque al parecer plácido; y la admirable disposicion para adaptar las oraciones al manejo de los negocios. Comenzó el orador su carrera en las mismas filas en que habia militado su ilustre padre, señaladamente en sus últimos años, en la entonces formidable hueste del partido whig, sustentando las doctrinas y el interés del bando por excelencia popular; pero esta circunstancia, si le hizo mas grato á quienes coincidian en sus opiniones y de él se prometian un poderosísimo auxilio, no estorbó á sus adversarios hacerle desde luego cumplida justicia. Andando el tiempo, si la reputacion de Pitt como político ha sido mas ó menos contestada, su concepto como orador nada ha decaido, y aun en los tiempos presentes, cuando todavía viven algunos de sus contemporáneos y figura en la escena política la generacion inmediatamente posterior á la de que él fué parte y ornamento, ha tenido, si cabe, creces. Las prendas oratorias que manifestó en su primer discurso se mantuvieron íntegras en los muchos que hubo de pronunciar en su dilatada y afanosa carrera. Adquirió otras con la práctica y la experiencia de los negocios. Conservó constantemente la correccion en el estilo, á punto que se cuenta de una persona muy su contraria y apasionada amiga de Fox, llegado á perpétua y viva guerra con Pitt, que habiendo oido ponderar del segundo la prodigiosa calidad de no perderse aun en largos períodos, la puso en

duda, y aun asistió atento á un debate para coger al famoso orador en una incorreccion siquiera leve, malográndose al crítico su intento cuando le creia conseguido por haberse vuelto paréntesis una frase, al parecer sin salida, y cerrádose el período que llevaba trazas de resultar imperfecto como podria haber terminado en la composicion escrita mejor trabajada. Otras dotes mas altas relucian en las arengas del ínclito personaje á quien me voy refiriendo. Faltábales solo el espíritu de política filosófica de que daba muestras Burke, no apreciadas, como en esta misma leccion he apuntado, en su valor debido. Y sin embargo de las altas y merecidas alabanzas que he dado á los discursos de Pitt, todavía puestos en cotejo con los de Demóstenes, Esquines y Ciceron que se conservan, puede decirse que no llevan la comparacion con ventaja ni aun con igualdad, aunque es fuerza decir por otro lado que es en mi sentir la comparacion impropia, y sería el fallo que de ella resultase injusto, pues, si bien coinciden en varios puntos la elocuencia política de los siglos antiguos y la de los modernos, con todo eso, tienen y requieren en su forma, y aun en su espíritu, muy diferentes calidades.

Un orador mas compareció en la cámara de los comunes de Inglaterra, algo despues que Pitt, á disputarle en cierto género el puesto primero en la elocuencia, siendo su destino tenerle por contrario constante en la vida política por muchos años. La persona de quien ahora hablo era Roberto Brinsley Sheridan, inferior en clase al mismo Burke, ó, cuando no tanto, colocado en menos decorosa categoría por las ocupaciones de sus primeros años, que fueron no solo componer comedias, ocupacion, aunque honrosísima, agena del entono de los aristocráticos políticos ingleses de aquella época, sino tambien tener parte principal en empresas de teatros, por donde venia á ponerse casi al nivel de los mismos actores, allí y entonces tenidos en muy poco. Por la proteccion que algunos señores dispensaban á jóvenes de talento pudo Sheridan tener entrada en la cámara de

los comunes. Cuando lo consiguió se habia conquistado por sus obras dramáticas un lugar preeminente en la literatura de su patria. Su comedia intitulada *Los rivales*, es obra llena de sal y fuerza cómica, con caracteres bien ideados, aunque no de grande individualidad, y con acierto en el nudo y desenlace, si bien algo complicado el primero, y no muy feliz el segundo, pareciendo fria á los espectadores ó lectores ingleses la suma sencillez en las tramas de sus tragedias ó comedias. Otra piececilla del mismo autor intitulada *El crítico*, mas que como composicion regular se ha granjeado y merece elogio como una sátira literaria de no comun agudeza, y sobremanera justa, la cual ha tenido la fortuna de que los rasgos en ella contenidos queden en la memoria y sirvan de recuerdo, y aun sean aplicados no solo entre los ingleses, sino hoy aun en la vecina Francia; de suerte que el nombre de *Puff* es usado para significar las interesadas y diestras recomendaciones con que los autores y editores suelen, engañando al público, dar provechoso despacho á sus obras. Otra tercera comedia del mismo autor ha excedido mucho en reputacion á las dos de que acabo de hablar á mi auditorio. Me refiero, señoros, á la que lleva por título *La escuela de la murmuracion*, ó dígase *de la maledicencia*, obra que aun en Francia traducida ha agradado medianamente. Yo, sin embargo, mirándola meramente como una comedia, no la juzgo superior, ni aun quizá igual á *Los rivales*. En una cosa, sin embargo, aventaja *La escuela de la murmuracion*, no solo á obras del mismo autor y de la misma clase, sino á composiciones harto mas perfectas. Saltan de ella continuas y lucientes chispas de vivísimo y agudísimo ingenio, no del que nace de la fuerza cómica, no del que es natural en los caracteres de los personajes por el autor ideados, sino del particular y visible en el autor mismo. Pero pasando de la consideracion de estas obras á la de quien las hizo, para mirarle en clase de orador, segun en esta leccion debemos juzgarle, se ha de confesar que Sheridan tardó poco en

ponerse entre los primeros. No lo consiguió, con todo, al principio, pues por el contrario hizo dos ó tres discursos que agradaron poco, y persuadieron erradamente de su incapacidad para sus nuevas, importantes y honrosas ocupaciones; pero como hubiese un buen juez, en esta ocasion equivocado, atrevídose á hacer á la persona interesada un pronóstico para ella tan desabrido, el novel diputado y futuro orador, en vez de dar por justa la censura y desanimarse, exclamó dándose un golpe en el pecho: «Vive Dios que aquí lo tengo (hablando del mérito oratorio), y que algun dia habrá de salir afuera.» Y salió en verdad, y dentro de corto plazo, pues en breve ganó tanto en concepto, que aun hubo un discurso suyo celebrado por buenos jueces, aunque en este caso apasionados y ponderativos, hasta declararle superior, ó cuando menos igual, á los mas perfectos modelos de elocuencia de todas las edades. Por desgracia de produccion tan ensalzada no ha quedado copia; pero sí de otro pronunciado por el mismo orador y sobre el mismo argumento, del cual opinaron sus contemporáneos ser inferior al primero, y que en verdad contiene varios trozos de espléndida declamacion, y aun de elocuencia, si bien el estilo por lo demasiado vehemente no se ajusta enteramente á las reglas de un gusto acrisolado y severo. Estos dos discursos, de que acabo de hacer mencion fueron pronunciados en una causa famosa que llamó sobremanera la atencion del pueblo británico, y sirvió al mismo tiempo á modo de certámen oratorio. Habíase acusado al ex-gobernador de la India Oriental Guillermo Hastings de violencias y malversacion, y sustentando los cargos la cámara de los comunes ante la de los pares constituida en tribunal para juzgarle, los primeros oradores del parlamento se presentaron á hacer en aquel caso alarde de su elocuencia, no sin llevar, segun se notaba, puesta la mira en remedar los acentos de Ciceron tronando contra Verres. Ademas de los dos discursos de Sheridan en esta causa, los hubo de Burke, de Fox y de otros de inferior aunque de

alguna nota, muy aplaudidos en aquellos dias, y no poco olvidados en los presentes. En lo restante de su vida siguió Sheridan á la par con los oradores de mas fama. Pero abandonó casi siempre el género declamatorio en que habia obtenido tan señalado triunfo, y se dió al satírico en que lucia su ingenio agudísimo y cáustico, así como en otras ocasiones festivo, sin dejar de ser punzante; arengas de mucho efecto en que lastimaba á sus contrarios y deleitaba á sus oyentes, pero no composiciones correctas ni ordenadas. La historia inglesa recuerda la gracia y severidad con que una vez reprendió y humilló al mismo Pitt, ya ministro, que con algo de insolencia y de entono, como quien correspondia en la sociedad á una esfera superior, hubo de aludir á las ocupaciones anteriores de Sheridan como escritor y director de teatros.

Con menos concepto que los oradores, cuyos méritos acabo de mencionar algo detenidamente, pero con no poco crédito, aparecian algunos oradores en los opuestos bandos. En el whig se empezó á señalar Mr. Grey, que despues con el título de conde Grey ha mantenido y aumentado su concepto como elocuente y como político, dilatándose mucho su vida, hasta venir á fallecer en nuestros dias cargado de años y de gloria. Otras reputaciones oratorias inglesas, si tuvieron su principio en los últimos años del siglo XVIII, solo llegaron á crecer y lucir con vivo resplandor en el XIX. Sin embargo, uno ú otro discurso de hombres que se señalaron por pocos bastaron á encumbrarlos, si no al primer puesto, á otros bastante cercanos. Hubo un Hamilton, de quien se sabe que habló solo una vez, quedándole como por mote llamarse *Hamilton el del único discurso* (*single speech Hamilton*); pero de esta produccion muy ensalzada hay motivo para creer que tuvo mas de ingeniosa y elegante que de elocuente. Tambien en una arenga pronunciada contra la conveniencia de hacer la paz con la república francesa, se distinguió sobremanera el conde Mornington, que despues con el título de mar-

qués Wellesley conservó en el presente siglo su crédito de orador, aunque hablase pocas veces, contribuyendo sus prendas literarias y políticas á su fama, así como el haber gobernado con próspero suceso la India y ser hermano mayor del duque de Wellington, que con las armas ha granjeado para sí y para su patria alto renombre.

Tiempo es, señores, de que volvamos nuestra vista á la vecina Francia, donde la elocuencia política, hasta entonces ignorada, tuvo vasto campo en que ejercitarse. Á fines del siglo XVIII se iba preparando la gran revolucion que habia de conmover el mundo, siendo no solo mudanza política, sino social juntamente, en que todo fué puesto en problema, todo examinado, y bien ó mal resuelto, con sin igual osadía y miras que, si por querer abarcar demasiado se perdian, tenian mucho de grande por el inmenso espacio á que se dilataban. Hablar de las grandes batallas que hubo en los estados generales, convertidos muy pronto en asamblea constituyente y en los cuerpos deliberantes que á este siguieron, no es asunto para tratado á la última hora de una leccion, y bien merece que se le dedique una aparte; pero no estará de mas que se haga referencia á algunos debates que precedieron á la revolucion misma, y en que empezó á señalarse un orador de los primeros del mundo, que no debe entrar en cotejo con los de la antigüedad, porque no lo es ni superior ni inferior, sino de un género aparte. Me refiero, señores, al conde de Mirabeau, que en la época de que trato mas se habia señalado por sus vicios y por los escándalos de su conducta que por las dotes de su ingenio, aunque tambien de estas hubiese dado muestras en algunos escritos, donde un estilo incorrecto y singular no dejaba de contener rasgos hermosos, y de descubrir pensamientos no comunes. Mirabeau, tiranizado por su padre, el marqués del mismo título, escritor mediano, no mal economista, y que habia tomado el dictado de amigo de los hombres nada adecuado á la dureza de su condicion,

habia, como he dicho, señalándose por locuras, por contraer feas deudas, y por devaneos amorosos de mala especie que le acarrearon procesos criminales aumentando sus trampas. Así, era dueño de cierta celebridad por sus malas calidades, y aun por el talento que entre estas asomaba, si no del todo patente á vistas vulgares, por muchos sospechado, y por algunos comprendido. Al irse á elegir diputados para los Estados generales, Mirabeau que era noble y de ello se envanecia (¿quién no se envanece con su nombre si le tiene?), pretendió representar á su órden, siendo entonces hechas aparte las elecciones del clero, de la nobleza, y del estado tercero ó llano. Pero los nobles franceses, por cierto en aquella época nada distinguidos por lo puro de sus costumbres, aunque en dias muy inmediatos habian de acreditar virtudes de superior naturaleza, desecharon las pretensiones de aquel hombre arrojado, y con la dolorosa y perpétua ceguedad de la gente de esta clase en dias de apuros y peligros, hasta le dieron muestras de desprecio. No se arredró por esto Mirabeau; titulóse vendedor de paños, y como tal se hizo plebeyo, no siendo en Francia compatible tales ocupaciones con el carácter de hidalgos. Hecho esto, fué desde luego elegido diputado del estado llano por un distrito de la antigua Provenza. Con este motivo, y con el de estar los tiempos inquietos y revueltos, hubo grandes alborotos, en que empezó á sonar la voz de este ilustre orador arengando á las turbas, incitándolas, dominándolas, y á veces conteniéndolas; empresa esta última de dificultad suma. En los discursos de que trato apareció ya la elocuencia tribunicia moderna con poder gigante é ímpetu violento. Queda memoria del magnífico trozo de elocuencia popular en que convidaba á los comunes ó plebeyos á resistir denodados y tenaces á los nobles, y á llevar adelante la resistencia sin desmanes ni excesos, en que, recordando las contiendas feroces de Roma antigua entre la aristocracia y la plebe, citaba con elogio al cruel Mario, calificándole de mas ilustre por haber domado á los nobles que por ha-

ber vencido á los Cimbros, y en que decia las tremendas palabras de que los privilegios pasarían, pero que el pueblo era inmortal; palabras á que grandes sucesos pronto sobrevenidos dieron carácter y cumplido efecto de profecía, y asimismo sirvieron de demasiado sangrientos comentarios. Así se mostraba en este hombre no bueno, pero esclarecido, la elocuencia que en él y en otros habia de brillar en los cuerpos deliberantes franceses, produciendo en los pueblos consecuencias enormes. Tratar, señores, de la elocuencia parlamentaria ó, diciéndolo con mas propiedad, revolucionaria en Francia, dará materia á una leccion siguiente, en que procuraré desviarme de la política para considerar solo la parte literaria de mi argumento: pero en que habré de aludir á los principios que declaraban los oradores, por no ser conveniente ni posible en la consideracion de las producciones del entendimiento separar del todo las formas de la esencia de lo que se trata en el discurso.

LECCION VIGÉSIMAPRIMERA.

SEÑORES:

En mi anterior leccion hablé de la oratoria política tal cual estaba floreciendo en Europa en los últimos años del siglo XVIII. Hube de detenerme principalmente en enumerar y calificar los méritos de los oradores ingleses, porque, como es sabido, Inglaterra era el único pais en que la elocuencia hablada tenia un campo que recorrer mas espacioso que el que presentaba en las sociedades modernas el púlpito ó los estrados de los tribunales. Pero, pasando tambien á Francia, hablé de los méritos y de los primeros esfuerzos de Mirabeau, gigante atleta de la elocuencia moderna, así como de la lid entre la sociedad que iba acabando y la que iba naciendo, y despues de hacer mencion de sus oraciones al pueblo de Provenza, prometí seguirle en la leccion presente á la palestra del cuerpo deliberante, donde tanto se señaló, y hablar de las lides que allí sustentó y de los triunfos que obtuvo, así como del modo con que otros hombres insignes en elocuencia le disputaron la palma. Hoy, sin embargo, señores, he de abandonar mi propósito por haber creido que, antes de tratar de la revolucion francesa y de considerarla por su aspecto literario que no deja de tener su valor, aunque de singular

clase, sería necesario volver al campo de la literatura para enterarnos de su estado, así en Francia misma como en Inglaterra, España é Italia en los momentos inmediatamente anteriores á los en que empezó el movimiento impetuoso, cuya índole desde luego y cuyos efectos á la larga fueron de completa destruccion y renovacion, haciéndola tal en la política y en la sociedad, que sus consecuencias hubieron de sentirse forzosamente en la literatura. Sensible me es, señores, tener que venir á una tarea en la cual encontrará mi auditorio harto menos entretenimiento que en la que antes nos ocupaba la atencion, ó que en las horas en que entendimientos de superior esfera y escritos del mas alto mérito y de no inferior fama daban materia á nuestros estudios; y estudios llamo, señores, á estos trabajos donde el profesor no puede blasonar de mayor mérito que el de llamar con superficialidad y rapidez á ciertos nombres y ciertas obras la consideracion de sus oyentes. Las horas dedicadas al exámen de ingenios y escritos medianos son ingratas, y hasta causan mas empeño las que se destinan á censurar lo malo en grado eminente; pero no siempre va unido á la enseñanza el entretenimiento; y es conveniente, y aun necesario, para enterarse de la historia literaria de una larga época, examinarla en sus altos y bajos, en sus perfecciones, en sus vicios y en sus medianías, en sus dias de brillo y en otros de poco lustre, si no oscuros. Pasando á Francia, ya que hemos de tratar de su revolucion y de lo que durante ella fué su literatura, bien será que nos detengamos un tanto á ver cuál era su estado intelectual en los años inmediatos al rompimiento de la revolucion que tanto la agitó y completamente la descompuso. Era la situacion á que me refiero, señores, una en que estaba muy extendido el saber, y no poco viciado el gusto, sin que hubiese un autor de mérito de primera clase que llamase á sí la vista general ú obtuviese universales obsequios. El nivel general del saber estaba quizá mas alto que en otras épocas anteriores: abundaban cual nunca antes los autores medianos, y aun

por medianía debia entenderse cierta cosa superior á la que antes llevaba el mismo nombre. Al mismo tiempo, el espíritu de la nueva filosofía, juntándose con otras causas que suelen traer la decadencia literaria despues de épocas de un gusto severo, varonil y verdaderamente bello, como habia sido para el pueblo francés la del reinado de Luis XIV, habia desviado notablemente á los autores y el público de las reglas, ó, diciéndolo con propiedad, del principio que animaba los escritos en los dias en que la composicion era mas perfecta, y en que florecian los ingenios superiores, ó quizá en que los entendimientos de primera clase, favorecidos por circunstancias que á sus sucesores faltan, lograban mas cabalmente el acierto. Voltaire habia muerto en medio de su gloria, rodeado de aplausos y cargado de coronas, á cuyo peso parece como que se rindió en su avanzada edad, admirándose en él á la par el apóstol de la nueva fé que consistia en no tenerla, y el patriarca, así como de la filosofía, de la literatura. Rousseau habia desaparecido casi ignorado, aunque no menos aplaudido y acaso admirado, y seguido, si no tan generalmente, con mas vivo y apasionado entusiasmo que su rival, siendo, en medio de esto, tal la oscuridad de su destino, que aun se duda si dió ó no fin á su vida por su propia mano D'Alembert; frio filósofo; gran matemático; escritor elegante, á quien en cierto modo habia tocado el cetro filosófico por el fallecimiento del patriarca de Ferney; cetro que llevaba á falta de mas digno heredero; bajó por el mismo tiempo al sepulcro, teniendo una muerte plácida como lo habia sido su vida, en cuanto cabe que sea plácida la muerte de quien no ve iluminada la region de allende la tierra por la claridad que consuela y alienta, descubriendo al hombre que su carrera va encaminada á mas glorioso paradero que el de una existencia frágil y trabajosa. Diderot tambien habia salido del mundo, donde habia representado muy brillante papel en la secta titulada de los enciclopedistas, que de la filosofía era la rama mas numerosa y prepotente. Vivia y

escribia no poco la Harpe, á quien Voltaire habia colmado de elogios; autor frio, aunque hombre acre; compositor de tragedias pobres en estro, y de una comedia titulada *Melania*, hoy olvidada del todo; que en su Filoctetes habia procurado, no sin algun acierto, renovar el gusto griego, llevando á la vista á Sófocles y el lindo episodio de Telémaco sobre el mismo argumento; en quien miraban sus contemporáneos un modelo nuevo de la verdadera escuela clásica, sin que tal juicio fuese enteramente desacertado, si bien pecaba pór ponderar de un modo excesivamente ridículo muy medianos méritos; hombre, en fin, de reputacion muy contestada, y que en dias posteriores llegó á adquirir muy alto concepto, hoy no perdido, pero sí menoscabado. Tambien empezaba á distinguirse Champ-fort, cuyos escritos descubren agudísimo ingenio; pero que, siendo de corta importancia, nunca pudieron ponerle en lugar muy alto, si bien su reputacion como capaz de trabajos superiores á los que dejó era muy subida. De Beaumarchais ya he dicho bastante en mi leccion anterior, siendo en la época á que me voy refiriendo uno de los hombres que mas llamaba á sí la atencion pública. Tambien me he anticipado á citar á Bailly, considerándole, segun era mirado, como discípulo de Buffon, aunque no poco distante de su maestro, y algo desviado de la senda por éste seguida. Florecia, en fin, el marqués de Condorset, en quien muerto D'Alembert, recayó la herencia del primer puesto entre los discípulos de Voltaire, distinguiéndose como su inmediato antecesor en ser matemático á la par que literato y filósofo; hombre tambien frio en el estilo, aunque de vehementes y acerbas pasiones; de aquellos propios solamente de su época, en quienes la incredulidad absoluta llevada hasta el ateismo era una fé, y fé intensa y viva, con todas las calidades de tal, y acompañada asimismo de fervorosa y halagüeña esperanza. Este, á la par con otros trabajos, y antes que los que dilataron y subieron considerablemente su fama en la posterior época revuelta, y para él como para quien mas

calamitosa, habia escrito una larga vida del filósofo de Ferney, antepuesta á la gran coleccion de sus obras, hecha poco despues de la muerte del varon insigne de quien siendo su biógrafo discípulo devoto, forzosamente habia de ser, en vez de historiador, abogado y panegirista. No es, sin embargo, solo por la parcialidad por lo que peca la vida de Voltaire escrita por Condorset, pues, aunque mirada en clase de composicion, es correcta y elegante, adolece de falta de calor en el estilo, correspondiendo á la escuela de composicion arreglada y glacial que á la sazon estaba en voga. Hay ademas que tachar en ella no pocos juicios críticos conformes á lo que del autor exigia su exclusiva admiracion á aquel á quien celebraba, y en quien aplaudia juntamente al filósofo, al poeta, al historiador, al novelista, adoptando por reglas sus máximas y sus ejemplos.

Despues de hablar, señores, de estos hombres, y omitiendo hacer mencion de otros autores en prosa, asimismo de alguna celebridad en aquellos dias, y advirtiendo á mi auditorio que no fué señalado el período á que refiero por obra alguna de superior importancia cuyo mérito igualase, ó aun se acercase, á las grandes composiciones dadas á luz á mediados del mismo siglo, pasaré á decir algo de los poetas contemporáneos, no mucho mas afamados que los prosadores, si bien entonces empezó á distinguirse uno poco notado por los de su tiempo, y á quien la posteridad ha hecho justicia, mirándole en cierto modo como el renovador de la poesía lírica francesa, y como uno en cuyas ideas de composicion iban hermanados el gusto clásico castizo, fundado en conocer y sentir bien las obras de la antigüedad griega y los mejores principios entre cuantos constituyen la escuela apellidada romántica en tiempos posteriores. Pero, dejando para luego hablar de este poeta, hoy con razon admirado, antes será bien hacer algunas reflexiones, aunque breves y superficiales, sobre el estado de la literatura francesa, ó dígase sobre el de los pensamientos en el pueblo francés al aproximarse los terribles dias en que todo habia

de desaparecer en aquella nacion, si bien no para volver á edades de ignorancia, sino para renovarlo todo política y aun socialmente, de lo cual era inevitable que resultasen grandes consecuencias mas ó menos conocidas hasta para la mera literatura, si es que ha podido haber en algun tiempo literatura inconexa con las ideas y los afectos dominantes, ó si es que el divorcio de lo literario con lo filosófico y político pueda consumarse en dias en que el enlace de lo uno con lo otro se ha puesto mas patente y héchose harto mas estrecho.

Cando iba terminando el siglo XVIII, el alma de la composicion literaria habia variado completamente; los preceptos muy poco. Bien es verdad que los filósofos dominadores habian sentido y aun manifestado ímpetus de rebelion contra algunas de las doctrinas literarias establecidas; pero los mismos hombres que tiraban á derribar por la basa todos ellos el edificio de la religion antigua, y muchos el de los gobiernos antiguos y aun de la sociedad existente, en punto á innovaciones literarias se iban con lentitud y cautela, no osando, cuando mas, si no desaprobar alguna parte de la fé establecida. Cuando empezó el siglo XVIII todavía sonaban los ecos de la reñida disputa sustentada hácia los fines del anterior, sobre si los antiguos ó los modernos debian ser considerados superiores en literatura; todavía estaba vivo, aunque cansado por los años y ya casi sin esgrimir la pluma, Boileau, de los principales sustentadores del derecho de preferencia por parte de la clásica antigüedad, y todavía escribian con gran concepto Fontenelle y La Motte-Houdard, señaladamente el primero, manteniendo ambos la superioridad de la literatura moderna; contienda esta seguida con mas calor que tino, sin considerarse con la debida filosofía y exactitud la cuestion contestada; pero en la cual no dejaron de darse por una y otra de las partes opuestas entre muchas malas algunas buenas razones. Al empezar entonces su brillante carrera Voltaire, se declaró por la causa de los antiguos, y escribió

con alguna vehemencia contra los defensores de los modernos. Pero en breve, llevado por su espíritu innovador y por su persuasion de que iba á empezar para el entendimiento humano una época de ilustracion muy superior á todas las pasadas, comenzó á disparar saetas sueltas, aunque sin empeñar séria lid, ya contra Homero, ya contra Sófocles, prefiriendo á los poemas del primero el de Ariosto, y las tragedias de Racine á las del segundo. Por este estilo continuó durante su larga vida; pero nunca firme en su propósito, pues solia poner en las nubes á los escritores del siglo de Luis XIV, aunque alguna vez deprimiese á Corneille ó á Boileau, y en cuanto á los griegos y romanos anteponiendo por lo comun los segundos á los primeros, si no los admiraba constantemente, los creia puestos en la buena senda, y solo un poco atrasados. De todos los críticos del siglo XVIII fué el que mas se atrevió Diderot, en cuyos caprichosos atisbos descubre la crítica moderna algunas verdades revueltas con muchos errores; pero aun éste, puesto en cotejo con la teoría ó la práctica de críticos y autores del siglo XIX, aparece por demás tímido en los extremos de su osadía.

Al mismo tiempo que los autores de las escuelas filosóficas innovaban algo en los preceptos, otros autores y críticos sus adversarios muy inferiores en mérito, un tanto oscuros en fama, ó adquiriendo, si alguno, no buen concepto de resultas de las heridas que en su reputacion recibian en la lid empeñada con adversarios prepotentes, sustentaban las doctrinas clásicas, y acusaban á los escritores de moda de apartarse de ellas enteramente. En esta contienda llevaba la palma Freron, en quien el mismo Voltaire á veces confesaba méritos de crítico y erudito nada comunes, si bien por lo general disparaba á su crédito tiros mortales con puntería demasiado certera, si certera debe llamarse la que en la opinion de la parte mas crecida del público hirió de muerte al escritor blanco de los tiros. Muerto Freron continuó su obra periódica intitulada *El año literario*, susten-

tando la causa por él defendida con inferior habilidad, pero con no menos firmeza. El poeta Gilbert en sus cortas obras, donde reluce tan agudo ingenio, era hábil defensor de la misma causa.

En suma, señores, para reasumir lo dicho el estado de la cuestion era el siguiente. La fé crítica venia á ser la misma, aunque hubiese mas ó menos leves diferencias sobre algunos dogmas; diferencias que deben ser consideradas como principios cismáticos, y cuando mas heréticos; pero no como máximas de una religion enteramente nueva. En la práctica los filósofos, categoría en que deben ser contados casi todos los escritores de fama de aquella época, se manifestaban bastante desviados del espíritu clásico, y no ya solo de la antigüedad, sino del dominante en su misma patria á fines del siglo inmediatamente anterior; pero en las formas se atenian á la regla constante, notándose ser las suyas menos perfectas, ó de un género de belleza un tanto alterada é inferior sin duda. Agréguese á estas razones generales otra comun, por la cual se vé que tras de una época de autores de primera clase en que la hermosura del estilo se ostenta con severa robustez y hechiceramente sencilla, viene otra en que es menos puro y de peor gusto el aliño.

Estas reglas generales para juzgar el total de la literatura del período de que voy tratando tienen cabal aplicacion en las composiciones poéticas de los mismos dias. Estaba entonces en el cenit de su fama la poesía apellidada descriptiva. Ya algo antes Saint-Lambert, con grande aplauso de Voltaire, habia publicado su *Poemita de las estaciones*. Era este una imitacion del que con igual título habia publicado en la Gran Bretaña el escocés Thompson, recibido en Francia con aprobacion mediana. Pero la composicion inglesa á que me refiero, muy admirada un tiempo, y hoy no tanto, de la cual he hablado en mis lecciones anteriores, y que ciertamente suele pecar de prolija y cansada, y por consiguiente de débil, mal podia ser imitada por el que se propuso hacerlo. Era el autor escocés hombre

sencillo y por demas piadoso, muy venerador de su patria y de cuanto en ella existia; que pasaba su vida en los campos como suelen sus compatricios, y que observaba con aficion las escenas de la naturaleza, recreándose en dar culto á Dios en sus obras, y hallando las relaciones que existen entre una alma tierna y la belleza de los objetos naturales. El poeta francés, si de poeta merece el nombre, era todo lo contrario. Militar de profesion, y caballero de nacimiento, vivia en la sociedad elevada y culta de su época, y habia abrazado la secta filosófica, probablemente porque era la mas de moda entre la gente principal contemporánea. Si alguna aficion tenia al campo era la del cortesano, que, fastidiado de la vida de las ciudades, ó padeciendo corporalmente por vivir de continuo en una atmósfera espesa, desea con ansia variar por breve plazo de vida y respirar aires puros. Nada tenia por otra parte Saint-Lambert de verdadero poeta, y para poeta descriptivo carecia de todo cuanto puede hacer tolerable un género de poesía, no el mejor, faltándole fantasía, ternura, fé, piedad religiosa: en suma, lo que descubre al hombre las bellezas de la naturaleza, y las relaciones que tienen con el alma. Así que su *Poema de las estaciones* se reduce á ser una série de versos correctos en estilo elegante, que á pesar de las alabanzas á ellos dadas por Voltaire, carecen absolutamente de brio, donde no hay ni verdadera inteligencia de su argumento, por ser ficticio el amor del poeta á los objetos que celebra.

Esto, no obstante, Saint-Lambert fué aplaudido en su tiempo, y contribuyó á poner la poesía descriptiva en gran valimiento en Francia. He dicho, señores, que este género de poesía no es de la mejor calidad, y explicaré brevemente la razon porque le condeno. Sin duda alguna la descripcion de las cosas externas es parte muy principal de la poesía, y hecha con viveza, con precision, concibiendo el poeta en su mente ciertas pinturas, y acertando á presentarlas á los ojos de sus lectores, no llenándoles la atencion

de nombres vagos, sino haciéndoles ver con la vista intelectual los objetos, como si con la corporal las estuviesen mirando, agrada y es digna de elogio. Pero describir por solo describir, sobre cansar á la larga, responde mal á los fines que la buena y legítima poesía se propone. Virgilio en su admirable *Poema de las geórgicas*, la primera en mérito entre todas sus obras, el mas acabado modelo de la poesía latina, la composicion en que el autor, lejos de tener presente modelos griegos, se abandonó á su estro natural, y donde trató la materia mas adecuada á sus fuerzas, grandes en todo, pero no de grandeza igual, no es lo que en los tiempos modernos se ha llamado un poeta descriptivo, aunque describe, y cual otro ninguno. Sin embargo, el inmortal poema á que me refiero, calificado de didáctico ó didascálico, contiene preceptos sobre la materia de que trata, y fábulas bellísimas en que al tratar de la naturaleza inanimada se presenta al lado de ella la vida; esto es, el hombre principal objeto de la poesía, si no el único. No así, ó á lo menos no con igual tino, los poetas descriptivos modernos, los cuales, desde luego, por el título que daban á sus composiciones declaraban su propósito de destinarlas especial si ya no exclusivamente, á la descripcion; propósito que forzosamente habia de influir en el espíritu y aun en las formas de sus obras.

Entre los poetas descriptivos que mas fama alcanzaron en Francia, ó tal vez el que sobre todos descolló, llevando por muchos años, segun el general concepto, el cetro de la poesía, fué el abate *Delille*, cuya vida se dilató hasta entrar el presente siglo, y cuyo concepto estuvo en el mas alto mérito hasta ha muy pocos años, pero cuya reputacion comenzó en la época de que ahora trato, habiendo tenido por uno de sus elogiadores á Voltaire, que celebró su versificacion y estilo como sobresalientes. Dió principio este poeta á sus tareas literarias y á su reputacion con publicar una traduccion de las *Geórgicas* de Virgilio, recibida con extraordinario aplauso. Llevóse el elogio á punto de titular

el patriarca de Ferney al traductor Virgilio Delille, con lo cual, sobre ponderar la belleza de la versificacion de la version nueva, tambien quería declarar reproducida cabalmente en la copia la belleza del original latino. A tal concierto de alabanzas se opusieron algunas bien que pocas voces; pero fueron desatendidas en general, entendiéndose que por haber ensalzado al traductor poeta los filósofos, no obstante no ser de su gremio, era espíritu de partido lo que movia á desaprobarle, contándose casi todos sus desaprobadores en la parcialidad contraria á la filosófica. Pero un crítico desapasionado y extranjero, y si por lo comun superficial y juez meramente de las formas segun el uso antiguo, inteligente y de buen gusto, sobre todo en punto á la literatura latina, el abate Andrés, ya notó que la celebrada traduccion de Delille se señalaba, á pesar de ser elegante y bien versificada, por desviarse del estilo de su orignal notablemente. Esta opinion, entonces de un corto número de críticos, ha venido á ser general entre los mismos franceses; ¡tanto ha mejorado desde entonces acá el gusto, ó tanto han adelantado los conocimientos sobre lo que verdaderamente merece el título de clásico!

Lanzado Delille en su carrera, y sacrificando á la moda cuando creia hacer en sus obras profesion de verdadero culto á la clásica antigüedad, dióse á cultivar la poesía descriptiva, sin duda estimando de esta clase el acabado modelo que habia traducido. Muchas fueron sus obras en el mismo género, si bien publicó en edad mas avanzada, y entrado ya el siglo XIX, traducciones en verso de la *Eneida* y del *Paraiso perdido*, de Milton, así como un poemita intitulado *La piedad*, ó dígase *La compasion*, obras todas que adolecen de los defectos de su manera. En sus primeros trabajos, que corresponden á la época ahora sujeta á nuestra consideracion, esto es, en sus aplaudidos poemas intitulados *Los jardines* y *El hombre de los campos ó las geórgicas francesas*, subió el poeta algunos puntos mas arriba que el á que habia llegado Saint-Lambet; pero cono-

ciéndose que llevaba el mismo camino para elevarse. Es Delille buen versificador, si bien no iguala á Racine, como hubo quienes osasen decirlo; y su estilo es de una perpétua y tersa elegancia; pero, si bien su imaginacion á veces crea algunas bellas pinturas y le facilita presentarlas con acierto, y si su alma tierna en ocasiones, sobre todo en sus últimos dias, cuando las desdichas de la revolucion de su patria, de que él participó hasta irse á vivir en destierro le despertaron vivos y sentidos afectos por las desventuras agenas, á la par que por las propias, le suele dictar algunos trozos patéticos de los que conmueven alcanzando justa aprobacion, todavía en su amor á los campos es puramente un cortesano aficionado á jardines; en los vuelos de su fantasía un mero secuaz de los preceptos críticos de su tiempo, y en su estilo amanerado un escritor de tímida y no cabal correccion, amante por demas de la perífrasis, y desviado del clasicismo á que intenta ajustarse, apareciendo persuadido de haberlo logrado. Hasta en sus juicios críticos se trasluce cuál era su gusto, pues en su prólogo á la traduccion de la *Eneida* comienza citando y haciendo suya la sentencia de Voltaire cuando en su *Ensayo sobre los poetas épicos* dice: «Si fué Homero quien formó á Virgilio, en él hizo su mejor obra,» si bien despues en notas ensalza al poeta griego, y cita un trozo de su propio poema intitulado *La imaginacion*, donde se hace completa justicia á la concepcion original del carácter de Aquiles en la *Iliada*. Pero, al cabo, esta preferencia dada al arte romano sobre la fecunda vena griega, tampoco destituida de arte, ya señala una preferencia á la poesía artificial sobre la natural, y es fuente de que nacen no cortos ni leves errores, si bien es cierto que ni de la sencillez magestuosa latina acertó á hacerse dueño Delille, dominado por el gusto francés de los fines del siglo próximo pasado. Basta por ahora de este poeta, señores, del cual habré de hablar otra vez, si es que me aventuro á continuar mis lecciones, llevándolas fuera de los términos á que por ahora las ciño, y entrando

á tratar de la literatura del siglo presente. Cuando, muerto Voltaire, el trono de la poesía estaba vacante en Francia, recayendo el patriarcado de la secta filosófica en prosadores, no faltaban quienes alcanzasen aplausos efímeros por sus composiciones poéticas. En el teatro, como ya he dicho, las tragedias de La Harpe obtenian triunfos disputados y no completos. Por los mismos dias empezó á señalarse otro poeta que en la época de la revolucion representando un papel político y á la par literario se granjeó apasionados admiradores y acérrimos enemigos. Era este José María Chenier, muerto ya en el siglo presente. Empezó á ensayar sus fuerzas en tragedias, arregladas al gusto clásico en sus formas, pero muy desviadas de él en cuanto al espíritu que las animaba, pobres de imaginacion y flojas en el estilo, donde se notaban conatos de brio, pero hechos de un modo errado, y donde, á expensas de la verdadera poesía, lucian las doctrinas filosóficas en lo religioso y en lo político, descaminando á un autor de mediana fantasía y de no corto ingenio. Andando el tiempo, mejoró este poeta en gusto, acertando con el clásico, aunque no de lleno.

Formábase por los mismos dias Parny, cuya fama llegó á lo sumo en la época posterior de la revolucion y del imperio; poeta apellidado el Tíbulo francés, y que manchó su nombre con ser autor de poemas de grosera y obscena impiedad, en que algunos destellos de ingenio compensan mal, aun considerándolos literariamente, la abominable fealdad del objeto, y la pobreza con que el talento se prestaba á tan inicua obra. Pero en sus elegías Parny, si no digno de toda su reputacion, la merece en el grado de regular altura en que hoy la conserva. Voluptuoso por demas, y recordando en la sensualidad de sus gustos las costumbres de la antigüedad, y elegante y fácil, aunque no robusto, nótase de él que nacido en mejor tiempo habria brillado con luz mas pura, y aun es merecedor de elogio por haberse apartado de afectaciones dominantes entre sus contemporáneos é inmediatos predecesores. Así y todo, si

la elegía francesa no hubiese tomado despues muy alto vuelo, el poeta de quien voy hablando quedaría como uno de los mejores de su género en su patria, si bien digno de reprension por su moral poco arreglada.

Tambien la poesía descriptiva contó por aquellos dias en Francia un poema que alcanza algun aplauso, si bien ninguna reputacion conserva, siendo pobre en concepto y duro en el estilo. Titulábase *Los meses*, por ir describiendo sucesivamente los del año, y era de Roucher, á quien dió mas celebridad su muerte en el suplicio en las aciagas horas en que corria á rios la sangre de los franceses mas distinguidos, víctimas de la revolucion, y cuya fama ha recibido aumentos de cuatro ternísimos versos que puso al pie de su retrato enviándole á su familia cuando iba á subir al cadalso; ¡tan cierto es que circunstancias extraordinarias, dando viveza y verdad á los afectos, inspiran de un modo sublime aun á pobres imaginaciones!

Casi en el mismo dia que á Roucher segó la cuchilla de la guillotina la garganta de otro poeta de muy superior mérito, y que prometia haber sido de los ornamentos principales de la poesía francesa, pues en las pocas composiciones que dejó manifiesta acendrado gusto, vivo ingenio y exquisita ternura. Hablo, señores, del malogado Andrés Chenier, hermano de José María, á quien he citado poco antes en esta misma noche. Por algun tiempo fué casi ignorado el valor de sus obras, no dejando verle la superior celebridad de las de su hermano. Pero le ha llegado, aunque tarde, el dia de la justicia, contribuyendo á hacérsela completa los esfuerzos de varios críticos que hoy viven, y señaladamente de Sainte-Beuve y de Villemain en su curso de literatura. Andrés Chenier habia nacido en el suelo de la Grecia, en uno de cuyos puertos era su padre cónsul de Francia. Fuese por esto, ó por otra circunstancia, ello es que se empapó en el verdadero espíritu de la composicion griega. Admira, en verdad, que venido á Francia en una época en que Barthelemy con toda su erudicion, y Delille

con todos sus deseos, y otros varios, al querer reproducir á los clásicos antiguos se desviaban tanto de su tono y estilo, acertase tan bien con uno y otro el poeta cuyo mérito recomiendo á mi auditorio. Por una singular coincidencia le veneran los románticos modernos, porque en él ven muchas de las prendas poéticas que son objeto de su alabanza, y no pocos atrevimientos contra las reglas del clasicismo falso, notándose en su elegancia una sencillez muy agena de la afectacion con que otros no sabian salir de un tono que equivocaban con el de los antiguos. Andrés Chenier no teme montar un verso sobre otro, ni desdeña el uso de cierta llaneza. En medio de esto sus formas son clásicas, notándosele que respeta y ama á la Grecia antigua, pero comprendiéndola bien, y por esto representándola con aspecto diverso del con que era en sus dias generalmente representada, y reproduciéndola como solo Fenelon lo habia logrado hacer en su prosa entre todos los autores franceses. Las poesías de Andrés Chenier son casi todas elegías ó idilios, si bien en sus últimos dias los excesos que presenciaba le dictaron efusiones satíricas admirables, trozos de elocuente y sentida declamacion, donde aparece el poeta, cuya indignacion generosa nace de pensamientos y afectos tiernos y nobles. Su elegía intitulada *El ciego*, donde representa á Homero, segun la tradicion vulgar, privado de la vista y mendigo, cantando y dándose á conocer con sus cantos, es una composicion corta, verdaderamente deliciosa, y aun tiene trazas de una traduccion bien hecha de composicion antigua. De igual valor es su elegía que lleva el título de *Myrtho la jóven de Tarento*. Inútil es citar otras composiciones de la misma clase. Pero no estará demas que aun entrándonos en el período sangriento de la revolucion conmemore algunas de las mas señaladas producciones de este ingenio malhadado. Una de ellas, y que tal vez contribuyó á su trágico fin, fué una bella sátira de un festejo hecho por hombres extremados en opiniones y feroces á unos soldados que se habian distinguido por actos de sedicion san-

guinaria. Otra, y mejor, cuyo título es la *Jóven cautiva*, fué compuesta en la cárcel, de donde salió el autor para el suplicio, y expresa los afectos de una señorita de noble cuna que, encerrada en la misma prision, aguardaba con temor la muerte; afectos bien expresados por su compañero el poeta, enamorado de la belleza, así como lastimado de la suerte de aquella desdichada. En esta composicion corta en dimensiones, pero grande en valor, en cuanto cabe que le tenga una obra de esta clase donde no pueden acreditarse las dotes principales de un poeta, hay la singularidad de una extraordinaria riqueza de imágenes, mezclada con gran viveza de pasion y sencillez de estilo; prendas que rara vez se ven hermanadas, siendo comun en quienes se dan al estilo imaginativo, ya procedan obedeciendo á la riqueza de su fantasía, ya se violenten buscando símiles y metáforas, descuidar la ternura y vehemencia de los afectos, y notándose en algunos de los mas grandes poetas como señal de su entendimiento superior que acierten á conciliar estas dos cosas distintas, pero no contrarias. Va dicho, señores, lo bastante de este poeta, cuya lectura recomiendo á los instruidos en la lengua francesa, no solo por su mérito, sino como prueba de que la elegancia clásica no es lo que por tal suele pasar, y de que con el talento, ayudado por buenos estudios, puede acertarse con el verdadero buen estilo, sin atender á las pretensiones de opuestas escuelas modernas.

Otros autores en prosa y verso florecian en el mismo tiempo, de los cuales es inútil dar noticia circunstanciada. Bien podia nombrarse á Rivarol, de agudísimo ingenio, y que se dedicó á trabajos sobre su lengua, pero que hubo pronto de distraerse á materias políticas, empleando su talento en malignas sátiras contra el partido innovador á la sazon prepotente. La misma suerte hubo de caber á otros ingenios. La nacion francesa en aquellos dias ilustradísima, si bien huérfana por breve plazo de escritores de primera nota, tuvo que convertir su atencion á las grandes reformas

políticas y sociales que á fines del siglo se acometieron. Hablar de estas materias particularmente sería entrar en un campo otro que el abarcado en estas lecciónes. Pero aun estas tareas tenian un lado literario, por el cual las habré de contemplar, aunque de carrera, segun su índole exige, por temor de que al tratar de las formas no toque demasiado á las cosas por ellas representadas. Baste decir que aquel trastorno fué por algun tiempo fatal á la literatúra, pues en él, sobre quedar olvidada, cayeron víctimas de las revueltas y pasiones políticas muchos entendimientos privilegiados; pero que no por eso murió el saber ni aflojó en su actividad la mente del hombre, ocupada en diversos objetos de los que antes la llenaban.

Pero antes, señores, de decir algo sobre el estado literario de Francia en la época de su revolucion, de la cual es parte señalada el exámen de la oratoria política en el mismo período, bien será que volvamos la vista á nuestra España por algun tiempo desatendida, y que tratemos del estado de su literatura en el próspero reinado de Carlos III, época, en verdad floreciente, aunque diese pocos, y quizá ningunos, frutos de los dignos de ser llamados de primera clase, si bien los dió de una inferior y todavía alta en cantidad crecida.

LECCION VIGÉSIMASEGUNDA.

SEÑORES:

CUMPLIENDO con mi propósito anunciado al fin de la leccion última de tratar en la presente del estado literario de nuestra España á fines del siglo próximo pasado, ó dígase en los años primeros del reinado de Carlos IV, tengo que hacer, antes de empezar propiamente mi tarea, algunas reflexiones, y aun conviene advertir que, cuando hablo del reinado de Carlos IV, no me ajusto precisamente á hablar de los que empezaron á distinguirse en la misma época, pues, al revés, me veré obligado á hablar de algunos cuya fama empezó y hasta creció reinando Carlos III, en dias de que ya he hablado por extenso. Pero en este particular me propongo una regla, y es tratar en la leccion de hoy de aquellos escritores cuyo influjo se sintió mas en un período posterior, y que por lo mismo corresponden de las generaciones en que vivieron mas particularmente á la formada por su ejemplo y enseñanza. Por esto Melendez Valdés y Jovellanos serán considerados en el reinado de Carlos IV, el cual atravesaron, habiendo comenzado á señalarse en el anterior, al paso que Iriarte, aunque muerto algunos años despues que Carlos III, y en edad todavía no avanzada, y Forner, cuya vida se dilató algo mas, están calificados ó

clasificados en la época antecedente. Tambien de algunos antes nombrados me será tal vez forzoso volver á hablar, si me es necesario para ilustrar el estado general de la literatura en la hora á que me fuere refiriendo.

Dicho esto, tambien juzgo necesario entrar en algunas consideraciones generales sobre las doctrinas y el gusto dominantes en nuestra patria en los dias que dan materia á mi leccion de esta noche, y con este motivo habré de recordar disputas seguidas bastante antes y traidas ahora por mí á cuento, si en parte por haberlas olvidado anteriormente y juzgarlas dignas de recordacion, mas todavía por servir al fin á que ahora me encamino.

No habrán olvidado quienes hayan asistido á mis lecciones lo que he dicho y repetido sobre la renovacion literaria de España, comenzada rigiendo la monarquía Felipe V, y llevada adelante bajo Fernando VI, y mucho mas adelante en el reinado de Carlos su hermano. Conviene tener presente como escandalizados é indignados, con razon, los restauradores españoles del mal gusto y aun de la barbarie reinantes en su patria cuando comenzó el siglo XVIII, y en los años primeros del mismo; y admirando con no menos justicia el estado intelectual de la vecina Francia, se propusieron introducir en su nacion las doctrinas literarias francesas, conformes en mucha parte á las de la clásica antigüedad, y que, excediéndose un tanto, como era forzoso que sucediese, en el cumplimiento de su propósito, al huir de los vicios que antes afeaban las composiciones castellanas, despojaron el estilo de lo que tenia de espontáneo y español castizo. Tambien dejé referido que empezaron á notar este mal algunos hombres, ó de mas agudo ingenio, ó de conocimientos mas profundos que los autores de los dias de renovacion ó de los inmediatamente posteriores. Asimismo se habrá visto que los escritores de los tiempos de Felipe V y Fernando VI eran casi todos de mérito tan mediano, que se quedaban muy atrás en el espacioso círculo abrazado por lo que en literatura debe llamarse medianía, bien naciese esta desdi-

cha de que hay períodos pobres en grandes producciones y en ingenios aventajados, bien resultase de no ser posible que, tras de mucha ignorancia y completa corrupcion de gusto, se pudiese elevar de súbito el entendimiento á grande altura, mayormente no habiendo elegido para subir la mas apropiada senda. Sabido es, y se ha visto en mis lecciones anteriores, que, andando el tiempo, vinieron á aparecer ingenios de bastante superior mérito, los cuales notaban las faltas de los que les habian inmediatamente precedido y procuraban encontrarles el orígen. No fué difícil acertar con que habia habido yerro en desviarse demasiado del estudio y de la imitacion de los autores castellanos antiguos. Pero, al convenirse generalmente en reconocer este error, discordaron en gran manera las opiniones en punto al modo de enmendarle. Unos pretendian que, si bien habia habido exceso en el abandono del antiguo gusto español, todavía llevaban buen camino quienes se excedieron, siendo en ellos de vituperar meramente no haber sabido contenerse en los límites debidos. Otros, por el contrario, opinaban que los restauradores habian tomado mala senda; que era forzoso desandar gran parte del terreno adelantado, y que debian volver los escritores á la admiracion, al estudio, y aun en cuanto fuese posible al remedo de la literatura patria segun era, no ya solamente á fines del siglo XVI y principios del XVII, época llamada con mas ó menos justicia su edad de oro, sino en todos tiempos, aun sin excluir completamente los de su decadencia. Comenzada esta guerra fué seguida y sustentada con vehemencia y teson por las opuestas partes. Entre los defensores de la España antigua se señalaba García de la Huerta con algun otro, y al mismo bando correspondia en cierto modo Forner: entre los ensalzadores de los progresos modernos estaban hombres de mas valer, y casi todos cuantos sobresalian por talento y ciencia entre sus contemporáneos. Fué uno de los principales puntos de la cuestion el mérito del teatro antiguo español, si por todos confesado hasta cierto punto, por unos con-

siderado como el de una coleccion de monstruosidades, entre las cuales brillaban, sin embargo, aquí y allí grandes perfecciones, y por otros calificado de preeminente, no obstante estar oscurecido por algunos lunares. Extendióse la disputa á mas, y hubo de rozarse con otros puntos. Ocurrió por los mismos dias ser desacreditada y aun insultada España en obras extranjeras, donde se la trataba como digna de poco aprecio, juzgado por su adelantamiento intelectual. Con mas ó menos exceso incurrieron en la falta de maltratar á nuestra nacion los abates Tiraboschi, Betinelli, y Napoli Signorelli en obras literarias en lengua italiana, y con vituperable demasía el francés Masson, que en la *Nueva enciclopedia* aventuró la pregunta de qué habia hecho España, ó cuáles progresos debia á sus hijos el entendimiento humano, y particularmente la Europa. Esta injuria produjo el enojo que era de presumir, y dió márgen á acaloradas defensas y apologías de las glorias literarias de España, donde fueron traspasados los límites de la razon y de la justicia. El jesuita Lampillas, trasladado á Italia por el destierro de la compañía religiosa de que era parte, escribió en italiano su *Ensayo apologético*, que fué traducido al español; obra trabajada con escaso conocimiento de la materia que trataba, donde el celo es lo que mas luce. Tambien Forner escribió una *Oracion apologética* de su patria. Empeñóse en España la lid, sin que nadie aprobase á los detractores de su nacion; pero admitiendo algunos lo fundado de ciertas censuras, y casi negando otros que hubiese justicia en los censores. Tambien solian los apologistas encontrar tibieza donde no veian arrebato de celo y defensa obstinada á todo trance, y aun tachaban de connivencia con el enemigo cualquiera opinion que con la de este coincidia, aunque no fuese dada con motivo de la pendiente contienda. Se rozába la literatura en esta disputa con otras muchas cosas; con las máximas de la moderna filosofía; con el espíritu reformador é innovador á la sazon poderoso y agresivo. Asi, los mejores entendimientos, las ca-

bezas mas llenas de ciencia solian inclinarse á las reformas llevadas mas ó menos adelante. De este modo participaba el movimiento literario de un carácter filosófico, esto es, tenia relacion con el movimiento religioso, político y social, cosa que siempre sucede, pero que á menudo no se nota, y que unas veces se efectua indirectamente y con pausa, y otras directamente, con rapidez, y hasta con violencia. Ni por esto ha de suponerse que los reformadores del todo desestimasen las glorias antiguas de la literatura patria, pues, muy al contrario, no dejaban de tenerlas en estima y de volver por ellas, sino que al tasarlas no las ponian tan altas cuanto lo hacian sus antagonistas, y mezclaban la desaprobacion con el aplauso, extendiendo bastante la primera. Habia asimismo casos en que alguno de los apologistas dejaba de serlo, ó en que un ofensor de la España antigua se ponia entre sus defensores. García de la Huerta con su procacidad y escaso saber dañaba á la causa que defendia, la cual recibia lesiones de los tiros que asestaban á su campeon atrevido y malaventurado. Dos obras periódicas salidas á luz casi á fines del reinado de Carlos III llamaron mucho la atencion, ocupándose especialmente en sustentar esta clase de contienda. La de mas fama, intitulada *El Censor*, era dirigida por un abogado llamado Cañuelo, no grande escritor, pero ingenioso, y señalado como reformador muy atrevido. La segunda cuyo título era *El apologista universal*, obra de un religioso docto, sustentaba con mas moderacion las mismas doctrinas. Llegaron las cosas á punto de prohibirse la primera obra, porque su autor casi pasaba á propagar en España el espíritu de la escuela enciclopedista francesa. Cabalmente en las páginas del *Censor* (donde es fama que escribian algun artículo autores de superior nota de los de su tiempo) vieron la luz pública la *Despedida del anciano* y las dos *Sátiras á Arnesto*, obras la primera de Melendez Valdés, y las segundas de Jovellanos, los dos que en poesía y en prosa empuñaron el cetro de la literatura de su tiempo, y á quienes con especialidad destino la leccion presente.

Jovellanos es, sin duda, una de las primeras glorias de España, tomando en conjunto el escritor y el hombre, las doctrinas y las formas de sus escritos. Pero con decir que es de las primeras no digo que sea la mas alta, ni que su composicion literaria esté del todo exenta de lunares, ó que sean sus perfecciones de aquellas que colocan á un autor en superior esfera entre los de todas las edades y naciones. Es de la secta filosófica y reformadora; pero tímido en unas cosas y en otras atrevido. Es en el estilo correcto, elegante con frecuencia, puro en la diccion, lleno de número, vivo en imágenes cuando escribia en prosa. Pero su fantasía no era de las mas vivas, ni su ingenio de los mas agudos ó sutiles. En sus *Elogios* y en otras composiciones de sus primeros dias se acercó al gusto francés en el estilo llamado académico, no pecando, sin embargo, de hinchado como Thomas, ni de ingenioso rebuscadamente como Fontenelle, menos frio que D'Alembert, y en general superior á estos modelos; pero con todo incurriendo un tanto en los vicios del género, que vienen á reducirse á componer una elocuencia facticia. Andando el tiempo creció su estilo en robustez, si no en elegancia, y vino á ser uno de los escritores mas *ciceronianos* que ha conocido el mundo, empapándose en la manera y en el espíritu de los oradores latinos. Siendo nobles por demas sus pensamientos y sentidos sus afectos, y agregándose á esto su habilidad en el manejo de su lengua patria, dió á su prosa, llena de número y fluidez, una entonacion propia de la clásica antigüedad romana, si no de la griega. Agregándose á esto haberse dedicado á trabajos útiles, acertó en varias obrillas, por desgracia cortas, á hermanar con el mérito de las formas el del argumento. Así, en su *Informe sobre un proyecto de ley agraria*, si bien hay una ú otra máxima errada, se sustentan sanos principios de economía política en hermoso estilo y no menos hermosa diccion, donde no deslustra la elegancia exceso alguno en el adorno. Así, en su *Discurso sobre los espectáculos* hay trozos de la mas animada y pura elocuencia. Aunque su

Apología, obra casí póstuma, fué publicada ya bien entrado el presente siglo, puede hacerse aquí mencion de ella, supuesto que se trata de su autor, y citarla como ejemplo donde la elocuencia castellana, tratando en verdades, se remonta á mucha altura. Reina en toda su composicion un tono noble y decoroso, hijo de elevados pensamientos y nobles afectos, y en que se retrata la índole del autor, cumplido caballero, magistrado íntegro, político, honradísimo, y no del mayor acierto, ilustrado al gusto de su tiempo, con un tanto de tiesura é inocente vanidad, tipo fiel, como quien mas, de su patria y de su época. Concurria en este autor el respeto que inspiraba su carácter á dar realce á sus obras, siendo él ademas de aquellas personas en quienes hay mas conexion entre el carácter personal y el de la composicion de sus escritos.

Jovellanos escribió tambien muchos versos, si bien como poeta solo en una de sus obras merece ser puesto en un lugar distinguido. Es el trabajo á que me refiero las dos *Sátiras á Arnesto*, que en esta misma leccion he mencionado, hablando del periódico *El Censor*, donde fueron publicadas por la vez primera. Son dos composiciones al estilo de Juvenal mas que al de Horacio, abundantes en declamacion apasionada y elocuente, y en pinturas hechas con sin igual viveza y fidelidad; prendas á que se agrega ser robusto y bello su estilo, pura y escogida su diccion, y su versificacion, si alguna vez dura, casi siempre llena, y en ocasiones fácil y sonora. Algunas de las epístolas del mismo autor tienen buenos trozos, asemejándose á las citadas sátiras en sus mejores pasajes, y en la escrita desde el Paular, publicada en el *Viaje á España* de D. Antonio Pour, es de celebrar sobre todo la hermosa pintura de un bosque en el otoño con la oportuna y sentida reflexion moral á que dá márgen. Poco puede decirse de la tragedia intitulada *Pelayo*, débil esfuerzo de una escuela que en España ha tenido poca fortuna, y no el mejor entre los de su misma clase. Mayor fama ha tenido la comedia ó drama que lleva

por título *El delincuente honrado*, la cual, oida algun tiempo con aplauso, hoy ya no se representa. Algunos trozos bellos, y muchos pensamientos acertados y filosóficos entre algunas ideas aventuradas, dieron voga á esta produccion que, como obra dramática, no es de gran precio, siendo pobre y trivial su nudo, y comunes los caracteres, y estando expresados los afectos á veces con algo de artificio retórico, de suerte que la misma belleza de su estilo suele ser mas propia de un discurso que de un drama.

En sus mejores obras Jovellanos tenia las faltas anejas á sus excelentes calidades. Su composicion es un tanto verbosa, y se nota en ella el artificio retórico y algo de amaneramiento; faltas que en su gran modelo Ciceron, con ser tal su mérito, no deja de advertir una crítica, aunque severa, justa. Y aquí viene bien, señores, que yo haga una protesta. Cuando así me atrevo á descubrir y hacer notar lunares en el brillo de las mayores y mas justas glorias, no es mi ánimo menoscabar las reputaciones mejor merecidas, ni dejo ya de saborearme ó de desear que se deleiten mis oyentes con las perfecciones de las buenas obras de los mayores ingenios, aunque las mismas perfecciones estén compensadas con defectos leves ó graves. No, señores, la misma crítica que es lince para descubrir faltas debe serlo para conocer, sentir, admirar lo bello, viendo hasta primores que, mirados superficialmente ó sin el debido conocimiento, quedan ocultos, y empleándose la misma sensibilidad que se asusta y lastima de lo defectuoso en deleitarse con lo perfecto en grado muy superior al de la medida ordinaria. Además, siendo comun en quien imita á los grandes modelos copiarles los defectos mas que las perfecciones, es justo llamar la atencion á los primeros por mas que haya quien tache semejante proceder de ser hijo de envidia ruin, ó, cuando menos, de una condicion excesivamente descontentadiza.

Aplicando ahora cuanto acabo de decir á Jovellanos, así como debe aplicarse en otras ocasiones á todos los au-

tores de quienes he tratado en el presente curso, diré que respeto al insigne autor á quien ahora me refiero como á uno de mérito no comun, y quizá el mas señalado de la España moderna como pasaba por serlo ha pocos años. Esto no estorba, sin embargo, que advierta lo que le deslustra, así como lo que realza, ni que repita que extendiendo el terreno de la medianía todo cuanto puede extenderse, y dejando solo fuera de él por un lado á privilegiados talentos manifestados en obras de superior importancia aun siendo de mero recreo, Jovellanos debe ser puesto entre los autores medianos, aunque en uno de los primeros lugares, y, como quien dice, en el linde un tanto dudoso donde empiezan ya á estar los ingenios de superior esfera.

Al mismo tiempo que Jovellanos era reputado el príncipe de los escritores españoles en prosa, no dándosele como poeta mas que mediana estima, se adjudicaba la primacía de los poetas castellanos modernos á su amigo D. Juan Melendez Valdés; primacía, sin embargo, que fué harto mas disputada, siendo en verdad mas contestable. En este autor como en el anterior, ambos de la escuela reformadora, se nota que los tachados de despreciar la España antigua, no dejaban con todo de tenerla en alto precio, y de tirar á reproducir en su composicion algo del gusto, ó cuando menos del estilo, y sobre todo de la diccion de la literatura antigua de su patria. Melendez confiesa que en sus principios fué guiado por los consejos y ejemplo de Jovellanos, de Fr. Diego Gonzalez y de Cadahalso. Del primero va dicho en esta leccion cuanto se ha podido, y de los dos últimos, de quienes traté en una leccion anterior, conviene recordar que el religioso agustino procuró copiar las formas de la poesía castellana del siglo XVI, y particular y casi exclusivamente de Fr. Luis de Leon, del cual vino á ser un imitador ajustado, al paso que de Cadahalso se ha advertido que su estilo nada tenia del gusto antiguo, si bien solia celebrar entre las glorias extranjeras las de su patria y

recordarlas para imitacion de sus contemporáneos. En verdad este último escritor en sus *Cartas marruecas* llevó la defensa de las cosas de España algunas veces hasta un ridículo exceso, y en sus *Eruditos á la violeta* cometió el desacierto de comparar la relacion que en la *Fedra* de Racine hace Terámenes de la muerte de Hipólito á la ridícula relacion de *El negro mas prodigioso*, comedia antigua española de las malas. Pero si Melendez atendió á estas doctrinas y á estos modelos llevado de su natural disposicion y de las circunstancias de los tiempos, varió algo en las primeras al aplicarlas, y se separó considerablemente de los segundos. Su estilo y sus principios vinieron á ser los de una escuela que ha estado dominando en la literatera castellana largos dias, aunque, como es de presumir, los diversos ingenios que le han seguido han dado cada cual á sus composiciones cierto color ó matices propios de la índole peculiar y respectiva de los varios autores.

Las poesías de Melendez se acercan á las antiguas castellanas en algo, y por otra parte se desvian de ellas considerablemente. Este poeta, solo mediano en imaginacion é ingenio, estaba con todo dotado de singular facilidad, de alguna ternura natural y de mucha facticia, y do conocimientos bastante extensos. Seguia las doctrinas de la escuela de sus dias, esto es, de un clasicismo degenerado, por el cual, reconociéndose un ídolo ó un modelo, se equivocaba el modo de darle culto ó de imitarle. Conocia bien los poetas franceses é italianos, y aun quizá algo los ingleses, y en todos ellos tenia puesta la mira, procurando hacer una amalgama de sus distintos méritos con los de los poetas antiguos de su patria. Tuvo la desgracia de florecer cuando pasaban por poetas de primer órden Metastasio en Italia, Delille en Francia, y aun en este último pais el suizo Gerner, cuyos idilios corrian con sumo aplauso, esto es, cuando reinaba en la composicion una elegancia floja, pasando por ser puntual imitacion de la clásica antigüdad en sus mejores obras, y acertada aplicacion de sus doctrinas.

Perjudicaba tambien á Melendez la dote peligrosa de su facilidad, y, como sabia hacer versos de mérito muy superior en punto á sonoridad y fluidez al de sus inmediatos predecesores ó contemporáneos, hubo de creer que [illegible] esto se elevaba á la mayor altura, de lo cual contribuia á persuadirle el general aplauso, por ser muy comun, señores, entre los pueblos del mediodia, y con especialidad entre los españoles, por lo mismo que tienen una lengua melodiosa en alto grado, dejarse cautivar demasiadamente por lo grato de los sonidos. Ademas Melendez, secuaz de los preceptistas, era imitador, y se enardecia cuando creia que era conveniente, ó cuando seguia á otros en su vuelo, y no cuando su fuego natural le arrebataba. Sus *Anacreónticas* fueron las composiciones que primero le dieron fama, gozando por largos años del crédito de ser el primero en este género entre sus compatriotas y contemporáneos, y aun digno émulo del poeta de Teos ó de cuantos se han señalado en el mismo género de composicion en todas las naciones y en todas las edades. No faltaba, sin embargo, quien pusiese en duda esta primacía de Melendez, pues críticos de opuestas escuelas, y entre sí enemigos, suscitaron dudas, ó aun expresaron opiniones desfavorables sobre la excelencia de las anacreónticas á que me voy refiriendo. En los *Apéndices críticos* á la traduccion del curso de literatura del abate Batteux, en los cuales hay juicios sobre la literatura española, si no muy atinados y profundos, que corrian entre algunos con crédito de serlo, siendo como un manifiesto de una escuela de críticos de fines del siglo próximo pasado, al celebrarse las *Anacreónticas* de D. José Iglesias de la Casa, poeta de corto mérito, aunque ingenioso é instruido, se las declara superiores á las de otros ingenios mas altos en celebridad, con lo cual se alude, aunque sin nombrarle, á Melendez. En los *Juicios sobre las obras castellanas* que van anejos á la traduccion de las lecciones de Hugo-Blair, obra muy aplaudida, aunque no de gran mérito, y superior á la que se acaba de citar, siendo así que reina visible y excesiva

parcialidad á Melendez, todavía hablando de sus *Anacreónticas* se las culpa de ser poesías mas del género descriptivo ó pastoral que de uno correspondiente al título que llevan. Esta última sentencia está demasiado fundada para que sea posible impugnarla con buenas razones. Ciertamente, Anacreonte no es poeta pastoral, sino, al revés, cantor de los festines, de los banquetes y de los deleites sensuales, segun se disfrutan en una sociedad por demas culta, siendo notable por su exquisita delicadeza, aunque no exenta de sencillez, teniendo esta última de especie muy diferente de la que anima los verdaderos ó bien supuestos cantos pastoriles. Al revés Melendez, si bien de este último no puede negarse que alguna vez remeda á su modelo, sobre todo cuando le copia, como hace en tal cual ocasion, y mas particularmente cuando sigue y repite las imitaciones del poeta griego hechas por Horacio. Sirva de ejemplo el principio de la *Anacreóntica*,

¿Qué te pide el poeta,
Dí, Apolo, qué te pide
Cuando derrama el vaso,
Cuando el himno repite?

traduccion casi fiel del principio de una oda muy conocida del poeta romano. En suma, señores, Melendez es casi siempre imitador, aunque imitador acertado en punto á la felicidad de la expresion, si bien no en todas las ocasiones del mayor tino en escoger lo que imita. No es, con todo, de admirar que la inimitable felicidad de su estilo y diccion, aunque no de la correccion mas completa, haya seducido á los lectores á punto de deslumbrarlos al tasar los méritos de Melendez. No son estos de corta entidad aun en sus *Anacreónticas*, y parecen mayores puestos en cotejo con lo desmayado ó escabroso de la versificacion de los que vivieron en su tiempo ó le fueron inmediatamente anteriores ó posteriores, en los cuales por otro lado tampoco ha-

bia lo de que carecia Melendez, no siendo notable escritor alguno de la misma época por la originalidad ó aun por la valentía de sus conceptos. Ni ha de entenderse, señores, que cuando pongo las prendas de una expresion bella y fácil en lugar no el primero, pretendo colocarlas en uno muy bajo. El hecho mismo de concedérselas la naturaleza á pocos declara no ser comunes ni de bajo precio. Pero conviene advertir aquí que hay dos clases de méritos en los escritores, uno que desaparece al perder su forma, y otro que se conserva aun cuando esta se altere. Las obras del ingenio de primera nota traducidas pierden mucho de su belleza; pero, con todo lo que pierden, conservan no poco de lo principal en que su perfeccion consiste. Por esto Cervantes con algunos mas entre los antiguos y modernos son siempre admirables, y aun admirados por quienes solo los conocen por traducciones. Por esto mismo aun obrillas de mucho menos valor, como son las coplas de Jorje Manrique, la *Noche serena* de Fr. Luis de Leon, y varios de nuestros romances antiguos, agradan bastante á lectores extranjeros, aun no teniendo de ellas otro conocimiento que el de verlas vertidas en sus respectivas lenguas. No sucede esto á Melendez, por mas que, con razon, leido en su lengua patria deleite y hasta cierto grado hechice á sus compatriotas.

En sus romances este mismo poeta manifiesta prendas muy aventajadas. Tiene, como era de suponer, las que le distinguen en sus demas composiciones, á lo cual se agrega que, siguiendo con acierto y por imitacion no ajustada á los buenos poetas castellanos señalados en esta clase de composicon, casi peculiar de su tierra y lengua (y digo peculiar y no mas, porque *la balada* de los extranjeros tiene semejanza con nuestros romances), supo tomar una entonacion adecuada cuando refundia en sus obras con el gusto español el de los autores de otras naciones. Hay en los romances de que hablo, de ellos la mayor parte pastorales y que pueden ser mirados como idilos, no pocas descripcio-

nes verdaderamente bellas, buenos símiles, de cuando en cuando hermosas imágenes, y abundancia y fluidez, y número y cadencias como en las mejores obras del mismo poeta. Pero le falta, aun al describir, la novedad y el don de particularizar los objetos, así como en el estilo el brio y la robustez que distinguen los romances de Góngora y otros no inferiores de la misma época ó de otra antecedente.

Muchas alabanzas suelen darse á la *Egloga* de Batilo, premiada por la real academia española. Ciertamente puesta en cotejo con la en que D. Tomás de Iriarte se atrevió á disputarle el premio, parece de una superioridad prodigiosa, y, aun sin hacer esta comparacion con obra de tan corto mérito como la de su rival, todavía contiene perfecciones que la recomiendan, porque es suma la facilidad con que está escrita, y su versificacion por lo fluida y melodiosa deleita al oido. Hay ademas en ella algunas lindas imágenes, por todo lo cual no le viene mal la expresion de que olia á tomillo, como, segun es fama, dijo al calificarla de digna del premio uno de los jueces. Despues de darle estos elogios, debo decir que abunda en ella lo trivial y lo facticio encubierto por la mágia de la versificacion, y compensado por los primores de que he hecho mencion á mi auditorio.

Sin duda en la *Oda á las artes*, y en algunas otras composiciones de la misma clase, hay trozos de incontestable hermosura. Vése en todas ellas el versificador agradable, el escritor elegante, el hombre que sabe escoger bellas imágenes del fondo de sus conocimientos. Pero en toda esta poesía hay cierto carácter de cosa sacada de la lectura mas que de la imaginacion, y que se compone de recuerdos y esfuerzos mas que de naturales inspiraciones. Porque, señores, cabe, y de ellos entre otros es un ejemplo el poeta de que voy tratando, grande abundancia y facilidad en la expresion, sin que haya estas mismas dotes en la fantasía.

De otras composiciones de Melendez es ocioso hablar, habiéndolo hecho ya de aquellas en que especialmente consiste su fama. De cuanto he expuesto quizá se colegirá que

biendo sentirse que no diese fin á su obra, ni aun la adelantase lo suficiente, para que se envaneciese de un trabajo de mérito la moderna literatura castellana.

Algunos poetas medianos por los dias de que se vá hablando alcanzaron nota. Merecen mencion el ya citado Iglesias de la Casa, y el conde de la Noroña, el primero mas ingenioso, el segundo en una sola oda de mas alta entonacion, ambos faltos de viva fantasía y de novedad. Mas crédito mereció D. Felix Samaniego, muy poeta en su fábulas, así en las pocas que concibió originales, como en las muchas que tradujo ó imitó; chistoso, fácil y puro en general, aunque á menudo incorrecto, y en alguna otra obra suya, aunque no falta de mérito, muy desigual al que tiene como fabulista.

De escritores de un tiempo algo posterior, ó sea de los dias últimos del siglo, y particularmente de los poetas de la escuela de Melendez, no es posible hablar en esta noche, porque su mérito exige que se los examine con detenimiento, no fácil de tener estando tan adelantada la leccion presente. Remito, pues, á otra esta tarea, si bien antes de desempeñarla habré de convertir la atencion á otros paises, llamándomela especialmente Inglaterra, cuya literatura algun tiempo olvidada tuvo dias de gran brillo en la época á que aludo, sobre todo en la parte de la poesía, por haber entonces empezado á señalarse ingenios que en sus obras y en la de sus inmediatos sucesores dieron grandes aumentos de gloria á su patria y al mundo todo literario producciones de primera nota.

LECCION VIGÉSIMATERCERA.

SEÑORES:

Aunque en una de mis últimas lecciones hablé de Inglaterra fué solo para considerar el estado que allí tenia la elocuencia hablada en el siglo de que en estas lecciones se va tratando. En cuanto á los escritores célebres del mismo pais, tambien he nombrado á uno ú otro, y calificado sus composiciones al hablar de sus méritos como orador, y tambien en lecciones anteriores la literatura británica nos habia dado ocupacion bastante. Me parece, sin embargo, oportuno volver á ella en este momento, porque, segun he dicho otra noche, á fines del siglo empezó á brillar con nuevo y vivo lustre la poesía de aquel pueblo, la cual en todos tiempos puede envanecerse de producciones de mérito extraordinario.

Para apreciar en su valor debido cuál fué esta como renovacion literaria del gusto, así como la del estro poético en la Gran Bretaña, juzgo necesario hacer algunas reflexiones, en las cuales, segun mi costumbre constante, habré de volver la vista á lo pasado, aun cuando sea á riesgo de caer en repeticiones enojosas.

El reinado de Ana, del cual traté en las primeras lecciones de este curso, fué de alguna y no corta gloria para

el ingenio inglés, viniendo de aquí que no pocos ingleses calificasen aquella época de su siglo de oro literario, creencia que vino á hacerse comun entre los extranjeros. Eran, sin embargo, los autores de aquellos dias de una escuela algo parecida á la francesa que tanto acababa de brillar en el siglo de Luis XIV. Y cuando digo parecida, señores, juzgo forzoso advertir que no debe confundirse la semejanza con la identidad. Hay en cada pueblo cierto carácter peculiar, hijo de sus usos y costumbres, y hasta del clima en que habita, que impide, cuando se traslada el gusto literario de unos al de otros, que se haga la traslacion sin que pronto y aun desde luego aparezcan notables alteraciones en lo trasladado. No obstante, cuando se copian unas á otras las naciones de orígen latino, que ademas tienen una misma religion, la cual es una de las principales cosas entre cuantas forman su cultura, la traslacion de que trato se hace con menos violencia, y, hecha, resulta quedar con menos mudanza. No así cuando una nacion de orígen germánico toma algo de otra que le tiene latino, ó cuando pasan á imitar á los autores de un pueblo católico los de uno protestante. Queriendo, pues, seguir á los franceses los ingleses, lo hacian con bastante imperfeccion, y no digo solamente imperfeccion porque hubiese gran inferioridad en las obras inglesas hechas por el gusto reinante en la nacion vecina, sino porque, aun siendo las copias iguales ó poco inferiores á los modelos, era imperfecta la imitacion, aun cuando el trabajo del imitador contuviese grandes perfecciones. Así, Pope, señores, es un gran poeta en su clase, y por acercarse mas á la escuela francesa que á la antigua de su patria no deja de serlo; pero en sus méritos se diferencia mucho de los buenos poetas franceses. En prosa, Addisson, que tambien en cierto modo puede decirse de la misma escuela, aunque tiene mucho mas de castizo inglés que el autor de quien acabo de hablar, siendo de gran mérito en su género, nada se parece á sus vecinos en su elegante y limada prosa. Andando el siglo, la imitacion francesa se hizo en algunos au-

tores mas ajustada. Lord Chesterfield y Hume, aunque elegantes ambos y correctos, tienen mucho de franceses en su estilo. Otro tanto sucede á Robertson, y lo mismo se nota mas todavia en Gibbon, si bien el primero se acerca algo al gusto latino, y el segundo, teniendo el concepto de muy poco puro entre sus compatriotas, en la tal cual hinchazon, y giro á veces enmarañado de sus períodos, suele desviarse no poco de los franceses á quienes seguia. Entre los poetas la imitacion francesa cesó mas pronto. No se descubre en Thompson, tan sencillo y á menudo de verbosidad tan prolija. Gray, que á mediados del siglo XVIII gozó de altísima reputacion, y que hoy conserva alguna, y en tal cual composicion muy subida, tampoco imitó el tono del pueblo vecino; pero atendió á crear una poesía artificial en lenguaje diferente del de la prosa, donde, si la inspiracion era á veces natural, en otras muchas ocasiones era fingida por el arte. Goldsmith, sencillo y tierno, es autor muy de otra especie, aunque tampoco remontase mucho su vuelo, ni pusiese la mira en imitar á sus compatriotas de los primeros años del siglo XVII, pues se sabe que hablando del gran Shakspeare lo hizo en términos de escandalosa irreverencia. Una cosa es de advertir tratándose de los autores que acabo de citar. Los en prosa corresponden á la escuela filosófica del siglo XVIII, cual mas, cual menos, y como la incredulidad era cosa exótica entre los ingleses, y que no llegó á aclimatarse en su suelo, de aquí viene que el estilo de estos escritores formado por sus pensamientos desdice mucho del antiguo, y tambien del novísimo usado por sus compatriotas. No así en los poetas; casi todos ellos hombres creyentes y aun devotos en su fé, y llenos de los pensamientos, de los afectos, y hasta de las preocupaciones comunes en su patria. Pero, con todo eso, la escuela poética inglesa, aunque desviada de la francesa, era hasta casi á fines del siglo XVIII tímida por demas, prefiriendo la correccion á los vuelos un tanto desarreglados de la fantasía. Venerábase aun á Milton, gran poeta, muy diferente de los de su

tiempo, y cuyos méritos habia encarecido sobremanera Addisson, pero se le veneraba por reglas clásicas, no dando el debido valor á otras de sus obras que al *Paraiso perdido*. Citábase con elogio á los antiguos dramáticos ingleses, pero aun admirando y elogiando sus prendas no se osaba seguir su gusto. Pope disfrutaba todavía del mas alto concepto. Así estaban las cosas cuando llegó la poesía á bastante degeneracion, pecando por una correccion elegante y débil, y llegando á ser mirado como autor de gran mérito y á ejercer cierta primacía entre sus contemporáneos el aliñado y frio Hayley, última expresion de lo que son los poetas cuando el estudio y el arte, y no el númen, les dicta sus obras. No faltaban, en tanto, algunos ingenios que obedecian á mejores impulsos, pero alcanzaban poca nota.

En esta situacion, un talento de singular especie, y muy distinto de los que corrian con celebridad, empezó á formarse en la meditacion y el retiro. Era este Cowper, de vivísimos afectos, de buenos estudios clásicos, y de singular y excesiva piedad, que, abrazando de la religion anglicana los rígidos dogmas calvinistas, llevó su devocion en esta secta á los términos de melancólica locura. Como era de presumir semejante hombre leia la *Biblia* con frecuencia, con fé, con fervor, empapándose en su espíritu, y formando por ella sus pensamientos. Nació de aquí que comprendiese la clásica sencillez griega, que algo tiene de semejante con el gusto de los libros sagrados, muy de otro modo que los que de ella solo entendian, solo celebraban, y solo procuraban copiar la parte que tiene de elegancia. Agregábase á las circunstancias á que acabo de aludir ser el autor de quien hablo un verdadero inglés, y muy de la clase media, en la cual se encuentra peculiarmente el verdadero carácter de cada pueblo; hombre, en suma, encogido ó recogido en sí, dado á la vida campestre, y acostumbrado á sentir poniéndose en comunicacion con la naturaleza. Semejante carácter en una persona dotada de inspiracion poética, por

fuerza habia de producir que sus composiciones fuesen muy otras que las de autores formados ó demasiadamente guiados por el arte que cultivaban en medio de una sociedad culta. Vése, en efecto, en las poesías de Cowper un gusto muy diferente del de sus inmediatos antecesores: sin afectar imaginacion, la tiene arrebatada, y remonta mas el vuelo como por natural impulso que los que tiraban á elevarse como quien dice haciendo esfuerzos y con ruido. La viveza é intensidad de sus afectos son grandes, tanto por nacer estas prendas de su natural condicion, cuanto porque no atendia mucho ni á fingir ni á contener lo que sentia. Es poeta descriptivo, y de los buenos, cabalmente porque no se propone solo el describir como objeto de sus trabajos, sino porque vé y siente, y expresando sus afectos acierta á pintar lo que se ha retratado bien en su cabeza. Su estilo es poético sin aspirar mucho á serlo; no porque como Gray y como algunos de otras naciones crea que con usar un lenguaje diferente del de la prosa se ha acertado con el tono de la poesía; que ideas comunes dejan de serlo por estar vestidas con frases peregrinas ó aun sonoras; y que, al revés, un objeto nombrado por su nombre propio, aun siendo este llano, vale menos en poesía que cuando una perífrasis elegante le disfraza. Muchas son las composiciones de este amable poeta, pues amable debe llamársele por el tono que en sus composiciones reina, no obstante haber sido por su condicion bastante desabrido, si bien nacia su desabrimiento en gran manera de descaminada ternura y de vivas y mal dirigidas pasiones. Una de sus obras de mas mérito intitulada *The Task*, que puede traducirse *la tarea ó el trabajo*, está principalmente destinada á la pintura de la vida campestre y abunda en descripciones bellas y fieles, donde se vé tomando parte el alma en todo cuanto el autor pinta, y en afectos vehementes é intensos donde reside la poesía de mejor ley. En todas las composiciones del autor, que son varias, se nota el mismo espíritu. En una de sus principales obras, sin embargo, no acertó, y eso que para ella de-

bia considerarse bien dotado. Hablo, señores, de su traduccion de *Homero* en verso suelto, la cual, si bien no falta de mérito y hecha con inteligencia del espíritu del original, carece del fuego que anima al poeta griego, y por esto no le reproduce fielmente. Corrian hasta entonces con gran voga en Inglaterra, y aun fuera de ella eran citadas por algunos como obras maestras las versiones de la *Illiada* y de la *Odisea*, hechas por Pope y especialmente la primera. No cabe, sin embargo, un gusto mas diferente del original que el que se nota en estas traducciones afamadas, trabajo de un poeta de especie muy diversa de aquel cuyas obras ponia en su idioma patrio. Pope, terso, elegante, poeta de sociedad, aunque de los buenos en su línea, atiende sobre todo á dar correccion y belleza á su frase y versificacion, y para ello se descuida de empaparse en el espíritu de su texto. Así, abunda en perífrasis, aunque no las lleva al punto que los franceses de fines del siglo XVIII, por ser el gusto inglés menos melindroso que vino á serlo el de sus vecinos. Añádese á esto que Pope puso sus versiones en versos pareados y con consonantes, de donde hubo de seguirse que el mecanismo de esta composicion le obligó á dar cierta forma acompasada á sus pensamientos, diversa de lo que la soltura del exámetro griego permite. Cowper, adoptando el verso suelto para su traduccion, tropezó con otro inconveniente. Bien es verdad que la lengua inglesa admite bien esta clase de metro; que en ella escribió Milton sus inmortales poemas; que es la usada en las tragedias de la misma nacion, manejándola á veces con sin par belleza el insigne Shakspeare; y que en la misma están las *Estaciones* de Thompson; pero, á pesar de esto, todavía en una composicion larga para oidos modernos, el verso, sin ayuda de consonante, suele cansar, á no ser que le sostenga y realce un cierto mecanismo hábil y un estilo constantemente brioso. Así se nota, señores, que en nuestra España, con nuestro lenguaje sonoro, siendo así que el verso suelto tiene elogiadores, y que ya fué calificado en tiempos antiguos por Bartolomé Leonardo de Argen-

sola de generoso; voz que en aquellos dias encerraba mucha alabanza, todavía nos avenimos mal con él en una obra de largas dimensiones, y aun en la tragedia clásica hemos recurrido al asonante, término medio entre él y el consonante, y, como saben todos, peculiar de la poesía castellana, para evitar el desmayo y el fastidio que á la larga produce la versificacion sin la vuelta de sonidos iguales con que las lenguas modernas en su orígen suplieron la falta de cantidades en que consisten los versos de las antiguas. Aunque mas acostumbrados segun va dicho, los ingleses á poemas largos y representados faltos de consonantes, no obstante aventajar nuestra lengua á la suya en lo sonora, todavía se necesitaba aliento de otra clase que el de Cowper para que los largos *Poemas de Homero* en semejante versificacion agradasen completamente; y digo otra clase de aliento, y no superiores fuerzas, por no ser corto aquel en el poeta á quien celebro, si no tal que le sostenia y elevaba su poesía de otra clase que la heróica. Acaso esta fué su falta, no siendo posible traducir con cabal perfeccion sino en el género en que ensayándose al traductor como original fuese capaz de acreditar cuando menos poder mediano. Acaso tambien la brillantez de Pope con lo que tenia de admirable y de reprensible habia preparado á los oidos ingleses á recibir con menos gusto versiones de brillo inferior al de las suyas.

Pero la inferioridad de las traducciones que acabo de citar, aunque evidente, no grande, no baja á su autor del alto puesto á que como poeta original le eleva una fama, en mi sentir y en el de casi todos los paisanos muy justa. Le he calificado ademas de restaurador de la poesía inglesa moderna, no porque formase escuela, sino porque adquiriendo gran concepto con un género de composicion muy diferente del que habia estado y estaba en voga en su siglo, llevó á todos los ingenios principiantes á buscar celebridad por sendas nuevas, en vez de caminar trabajosamente por las trilladas. Añadióse á esto haber una de aque-

llas estaciones fecundas que en lo intelectual como en lo físico por causas ó ignoradas de todo punto, ó no explicadas de un modo cabalmente satisfactorio, contribuyen á la produccion de frutos sazonados y abundantes.

Por aquellos dias en Escocia apareció un poeta muy singular, y tambien de mérito aventajadísimo. Blasonaba entonces Escocia de muy superior ilustracion, segun he dicho en una de mis lecciones anteriores. Edimburgo, su capital, contaba una porcion de hombres á la par brillantes y profundos, que representan en la literatura britanica un papel muy notable. No era en su gremio, sin embargo, donde se formó el ingenio á quien me voy refiriendo. Al revés, Roberto Burns, que es el poeta á quien aludo, se crió en los campos, pobre y en condicion humilde, y aun manejando la reja de un arado. Es de notar, señores, que los campesinos escoceses, aunque en su mayor parte toscos y groseros como los de otras tierras, cuentan en su número algunos hombres estudiosos y meditativos, y que entre ellos saber leer y escribir es cosa muy comun, salvo entre los habitantes de las montañas, no tampoco rudos todos y faltos de instruccion, pero sin duda menos civilizados. Burns, dado á la lectura en medio de sus afanosas tareas, no hubo de tener á las manos libros de crítica y de preceptos para formar poetas, y es probable que leyese mucho la *Biblia*, la cual suele andar en manos de sus paisanos. Tambien ha de creerse que meditaba á la par que leia, y que su entendimiento estaba puesto en contínuo trato con la naturaleza y con su hacedor, recogiéndose despues á sí mismo. No tenia, pues, dos de las cosas que forman poetas artificiales de muy diferente especie, la una leer mucho y vivir en comunicacion con gente docta; la otra estar en la mas culta sociedad, y componer al gusto de jueces superficiales de quienes se recibe aplauso. Todas las ventajas de que disfrutaba Burns habrian, sin embargo, sido cortas, ó, para decirlo con propiedad, no habrian existido si no hubiese habido en él talento poético capaz de pro-

ducirse y brillar en cualesquiera circunstancias. Era el suyo, en verdad, de los mayores. Sin ser poca su fantasía, ni escaso su ingenio, se distinguia mas que por otras calidades por la de sus afectos apasionados, vehementes é intensos á un tiempo mismo. Se agregaba á esto tener cierta vena satírica, cierta bufonería maligna, abundante en sal, y manifestada en un estilo llano, y aun tosco al parecer, pero no sin aliño. Escogió para escribir el dialecto escocés de la gente de las llanuras, el cual es á modo de un inglés imperfecto, ó sea de otra clase que el de Inglaterra, con el cual tiene una relacion parecida á la del gallego con el idioma castellano. Este dialecto hasta entonces solo era usado por la gente vulgar en el trato comun, ó, si alguna vez por la mas alta, solo en conversaciones privadas, ó como por patriotismo, ó como por hábito, y recatándose de ello, porque los escritores escoceses, al contrario, queriendo huir del vicio de provincialismo, solian pecar hasta de algo afectados, ó, cuando menos, de violentos en su esmerada elegancia. Burns ennobleció la lengua de que se servia, y al mismo tiempo aprovechó la ventaja de manejar un arma nueva que solo por serlo agradaba y sorprendia, y en cuyo uso no tenia competidores. Sea como fuese, las poesías de este autor son una joya de las mas ricas en el abundante tesoro de la literatura de la Gran Bretaña. Su famosa cancion en que supone á Roberto Bruce arengando á sus soldados resueltos á rescatar su patria del yugo inglés, imitando al desgraciado Wallace su antecesor en la misma empresa muerto al irla llevando á cabo, es uno de los himnos guerreros mas sencillos y varoniles que hay compuestos en lengua alguna, y le aumenta en vez de quitarle el precio el duro dialecto en que está escrito. Ha sido puesto en música, y yo, señores, que mas de una vez le he oido cantar por un tenor escocés de voz muy llena y afectos vivos, á pesar de que con mis oidos meridionales no puedo encontrar mucho placer en los sonidos de la lengua escocesa, ni tampoco en los de la música británica empleada

para darle realce, puedo con todo dar testimonio del efecto que produce la cancion que aplaudo. Y este efecto, señores, no es de los causados por circunstancias transitorias, en que acorde un auditorio con los cantores y los poetas no tanto celebra los conceptos de los segundos ó la ejecucion de los primeros, cuanto da salida á los afectos en que está rebosando. No, señores, el mérito verdadero de la composicion es lo que arranca aplausos en el caso á que me refiero.

No solo en estos desahogos patrióticos expresó su vivo modo de sentir el poeta escocés. Son deliciosos algunos de sus cuentos, cuyos héroes no pasan de ser personajes vulgares. No valen menos casi todas sus composiciones cortas, en las cuales se notan particularmente las prendas que le caracterizan, de cuya cantidad y calidad poco ha que hé dado razon, si bien superficial y breve.

Burns, de costumbres desarregladas y con algo de descaro en su desarreglo, y en algun tiempo dado á la política y de ideas republicanas, ó, si no tanto, muy favorables al predominio del poder popular, á pesar de haber tenido poderosos protectores prendados de su mérito, hubo de elevarse poco, y acabó por servir un miserable empleo en el ramo de rentas, ó dígase en el resguardo. Tal vez cuadraba esta vida un tanto humilde con la naturaleza de su ingenio. Aun en esta situacion, no de gran decoro, gozó con orgullo de su renombre, grande en verdad en su tiempo; y aun en el presente poco, si acaso algo menoscabado.

Coincidia con la fama de los autores que acabo de nombrar la de otros que estaba en sus principios. Hácia la parte septentrional de Inglaterra, y no lejos de los confines de Escocia, hay, señores, un terreno que, si no parecido á los hermosos del mediodia por estar alumbrado por un sol puro resplandeciendo en un cielo despejado de azul vivísimo, ni por dar abundantes y preciosos frutos ó embalsamar el aire con el azahar, ó recrear la vista con la adelfa, no deja de estar ricamente dotado por la naturaleza, madre

comun que tiene para sus hijos muy diferentes clases de galas y perfecciones. Allí, bajo una atmósfera nebulosa y triste, en donde aparece pocas veces el sol, y esas con rayos de lustre amortiguado y calor tibio; y en medio de continuas si no fuertes lluvias; en un pais quebrado, aunque falto de elevados montes, cuya falta suplen graciosas colinas, abunda el arbolado, está repartida la poblacion, segun la costumbre inglesa, en lindas aldeas y casas campestres, revestidas estas últimas de flores y luciendo entre praderas esmaltadas de continua verdura, á que se agrega formarse bellísimos lagos usados para la pesca, y tambien para la navegacion en ligeras barquillas. Estos lagos dan particularmente nombre á las tierras en que sirven de adorno y recreo. De ellos tambien vino á tomar su nombre una corta pero escogida grey de poetas, á quienes sus paisanos bautizaron y todavía conocen con el nombre de *lakists*, que puede ser traducido, aunque mal, en laguistas ó laguenses. No todos ellos eran iguales en dotes, y las superiores de cada cual se diferenciaban entre sí; pero los unia, á la par que la amistad, ó los presentaba unidos á los ojos del público, cierta semejanza como la que hay en las familias donde individuos con mas ó menos diferencia en sus facciones tienen algo comun á todos ellos, donde se vé ser ramas diversas de un mismo tronco. Sin pretender dar preferencia al que nombraré primero, lo haré segun me venga á los lábios. Tres son los que merecen mencion especial. Coleridge, uno de estos, se dió á estudiar algo la índole de la poesía alemana, que en aquellos dias empezaba á tener mérito y nombradía. Meditativo, un tanto metafísico, poeta, en suma, de los que analizan sus afectos, y por consiguiente los adelgazan y multiplican los modos de expresarlos, y, á la par con esto, pintoresco á veces, é imaginativo, aunque sin notársele mucho, con sus singularidades encierra un valor muy subido, pero no constante. Wordswosth lleno de sensibilidad y ternura se distingue por su pretension de dar precio á lo que pasa por

trivial y humilde, no solo en la forma, sino en el fondo. Por esto desechó y condenó el uso de lo que hoy se llama lenguaje poético, pretendiendo ser á propósito para la legítima poesía el mas llano, y por esto tambien buscó en los asuntos al parecer mas comunes fundamento á tiernas y vivas efusiones, donde iba mezclado con lo sentimental lo reflexivo. Puede servir de ejemplo su composicion intitulada *Cómo puede enseñarse á mentir*, reducida á pintar á un niño observando una veleta. Los niños eran objeto de la predileccion de este autor, por lo cual, y por sus doctrinas, y por la afectacion de extremarse en la sencillez dieron sus enemigos el dictado de pueril al gusto de sus composiciones. Esta censura que, como todas, tiene algo de justo, y no deja de pecar por injusticia, no impide que confiesen mérito sobresaliente en algunas de las obras de este poeta aun sus mas acérrimos contrarios. Se citan por ejemplo con general aprobacion las que titula *lyrical ballads*, ó dígase *romances líricos*, y alcanza el mismo fallo favorable á no pocos de sus sonetos. En todo cuanto escribió descubre ser un observador de la naturaleza tierno apasionado y constante con pensamientos y afectos de un hombre para quien es todo la vida campestre y sencilla. No obstante estar unido en estrecha amistad con el poeta á quien antes de él he nombrado, y tener con él algunas semejanzas, y no leves, siendo comun á todos los de los lagos cierto exceso en la sensibilidad, y cierta afectacion de sencillez, es enemigo de la análisis, y de él es la opinion expresada en el verso

We marder to dissect
Asesinamos para discear,

dando á entender que el exámen destruye el efecto que hacen en nuestro ánimo las cosas grandes ó bellas; proposicion aventurada y en parte falsa, pero ciertísima por otro lado. El tercero de los famosos laguistas es Southey á quien por su inteligencia en la literatura castellana hizo de su gremio

la real academia española, y que ha venido á morir ha poco mas de dos años. Este escritor fecundísimo, cuya prosa pasa por ser de la mejor entre la inglesa de nuestros dias, y que ha ensayado su talento como historiador en mas de una obra, distinguiéndose por infinitas producciones cortas sobre materias varias, dió á luz muchos poemas de no comunes dimensiones, en todos los cuales hay grandes faltas con algunas perfecciones, no siendo las menores entre las primeras no haber llegado la importancia de las obras á lo subido de las pretensiones con que fueron concebidas y publicadas. En mi pobre juicio, Southey, con ser ingenio de grandes fuerzas y hasta verdadero poeta, considerado meramente por este último aspecto no iguala á los dos antes citados. Es sin embargo riquísimo en imaginacion y fácil y lozano en el estilo, naciendo sus defectos de que con la primera abarcó en su vuelo mucha extension en vez de procurar subir á mucha altura. Escogió asimismo singulares argumentos, ya de las antigüedades de la India como en su *Maldicion de Kehama*, ya de las de Gales como en su *Maddoc*, ya en fin en otros argumentos sobre cosas por lugar y tiempo remotas. Sobre esto, su estilo suele pecar por grandes singularidades, y no es la menor la de los metros de que se valia. Así y todo, sus grandes dotes son indisputables, y en todas sus composiciones hay hermosos trozos y cierto mérito general. Perjudicó á la fama de este autor haberse él mezclado demasiadamente en la política, empezando por ser fogoso republicano y hasta enemigo de la sociedad de sus dias, y terminando por excederse por la parte contraria, á lo cual debe agregarse cierta continua singularidad en sus ideas ya políticas, ya religiosas, ya económicas, por donde vino á ser amigo de las órdenes monacales y juntamente enemigo arrebatado y feroz del catolicismo, y no menos contrario al adelanto de las manufacturas cuyo interés tenia por contrario al de los agricultores, de todo lo cual hubo de ser forzosa resulta rebajar su mérito literario los que combatian sus doctrinas.

De poetas inferiores compañeros ó discípulos de los nombrados en esta leccion, nó hay para qué hablar, bastando decir que los de los lagos formaron escuela en que los discípulos imitaban las rarezas y no acertaban á reproducir los primores de los maestros.

Entretanto, por distintos caminos se hacian ilustres otros autores. Escogió uno muy singular Jorge Crabbe, clérigo de la religion anglicana, el cual se dedicó á hacer pinturas de la vida de los pobres y humildes, y aun de los delincuentes, notando sus vicios y miserias. No es, sin embargo, este autor un satírico, aunque de ello algo tenga, pues se conoce que compadece y ama á los desdichados cuyos vicios descubre, buscando á estos el orígen en su situacion desventurada. Su estilo, á la par brillante y fuerte, en nada se asemeja al de los poetas de quienes en la leccion presente he hablado. Puede decirse que hay en él algo de la escuela de Pope, pero muy variada, muy mejorada con emplearla en declarar una vehemencia é intensidad de afectos de que carecia el poeta comparativamente antiguo, y con él todos los de sus dias. La mezcla de la sensibilidad en el fondo con el desabrimiento en el tono, semejante á la costumbre en ciertos hombres, que hacen bien gruñendo y reprendiendo, pone á Crabbe en contraposicion con los poetas de los lagos, cuya sensibilidad es blanda, algo afeminada y como llorona. Resta solo decir que los poemitas del autor que voy celebrando son casi todos descripciones de hospicios, de cárceles y de otras habitaciones de gente sumergida en la miseria y en el vicio, cuyas historias refiere y cuya situacion retrata. Puede citarse, si no como la mejor, como una de las excelentes, la que se titula *Balada de la gitana*. Redúcese esta á contar como fué forzada una infeliz mujer de esta tribu errante, y como su desdicha aumentó, si no causó, las miserias de su existencia. Los últimos versos de esta obrilla dan idea de la manera fuerte y llena de sensibilidad del poeta, siéndome sensible no poder expresar su belleza con decir su sentido en pro-

su castellana. Tropezando con la dificultad de haber de expresar una accion, casi imposible para referida aun por encima sin quebrantamiento mayor ó menor de la decencia, y tropezando tambien con el inconveniente en que es fácil caer, de hacerse en tal caso, ó declamador, ó ridículo, emplea las siguientes breves palabras en que van envueltos afectos muy sentidos de pena, rabia é ira. Dice, pues, por boca de la gitana hablando de su ofensor: malditas sean las artes que empleó, y maldita la fuerza de que hizo uso: ¡así al presentarse ante el tribunal de Dios, pida como yo á él le pedí misericordia, y le sea como á mí me fué negada!

Por último, señores, me queda que hablar de otro poeta insigne, cuya reputacion, sin embargo, no subió en el siglo XVIII á la altura á que en el presente ha llegado á elevarse. Me refiero al irlandés Tomás Moore. Este en sus mocedades, viviendo en la sociedad culta, tuvo mucho de poeta de los que se llaman de sociedad, que lo son de harto mala especie, aunque de ellos los haya de agudo y ameno ingenio. Tradujo á Anacreonte, y compuso poesías por su estilo, amatorias y un tanto indecentes, sobre todo para la severidad inglesa, por lo cual hubo de ocultar su nombre, ó á lo menos de no darle al público, publicando las tales obrillas con el de Little que quiere decir pequeño. Tenia Moore mucho de lo que constituye la índole del poeta griego al cual imitaba, pero no llegó á igualarle. Hubo despues de convertir su atencion á mas nobles materias, para las cuales, como mal se podia suponer, halló que no eran sus fuerzas inferiores. Amaba á su patria Irlanda, bastante mal tratada por la Inglaterra su dominadora, y cuya situacion, en sentir de algunos de sus hijos, á quienes la pasion llevaba á abultar males reales y verdaderos, era y aun hoy es la de estar gimiendo bajo una dura tiranía. Mezclándose el mismo autor en las cosas políticas se dió todo al partido que por oposicion al gobierno, y tambien en parte por mejores razones, tomaba por tema entre otros el de volver por los irlandeses. Por estos volvió Moore en

apasionadas composiciones, aunque breves, de exquisita belleza algunas de ellas. Las hubo en que se mostró digno émulo, y acaso igual de Burns, en la famosa composicion que en esta misma noche he celebrado. En todas las de la coleccion que tituló *Melodias irlandesas*, respira amor á su patria, amor que inspira pensamientos, afectos y acentos de poesía de la mejor clase. Tambien lució Moore como satírico, siendo la agudeza de ingenio una de las dotes que preeminentemente le caracterizaban. De composiciones suyas mas altas y que han dilatado su fama por Europa como su *Lalla Rook*, y sus *Amores de los angeles*, apenas me toca hablar, habiendo salido á luz ya en el siglo presente, para que su autor compartiese la fama de otros grandes poetas que solo en esta última época han empezado á ser conocidos.

No es posible, señores, ir entrando en la calificacion de poetas menores de los mismos dias. Por lo que va dicho queda justificado que en los últimos años del siglo XVIII, aparecieron en Inglaterra muchos poetas insignes. Casi todos ellos alcanzaron el siglo presente, en el cual han confirmado ó extendido su renombre haciendo que el período de su existencia simultánea sea de los mas gloriosos en los anales de la poesía inglesa.

No faltaban al mismo tiempo escritores en prosa de mérito sobresaliente; pero faltó, sí, obra importante por su magnitud en que acreditasen sus dotes. En general el estilo y la diccion fueron arrimándose á lo que eran en Inglaterra en el reinado famoso de Isabel ó en años inmediatamente posteriores. Burke mantuvo y aumentó su fama en sus escritos contra la revolucion francesa, obras de gran valor considerándolas literariamente, aunque no sin el defecto de relumbrantes en demasía. Godwin por el lado opuesto mostró dotes de escritor no comunes. No es posible pasar á calificar méritos de otros solo probados en polémicas agenas de mi propósito presente. En los mismos dias se puso alta la fama de Jeremías Bentham, pero mas como gran juriscon-

sulto ó filósofo en materia de legislacion que como escritor, siendo su estilo singularísimo lleno de voces por él inventadas y de giros extravagantes y, con todo eso, señalándose de cuando en cuando por una frase vigorosa y en su originalidad hasta bella.

Razon es, señores, que abandonemos el suelo británico para pasar al de otras naciones, al de la vecina Francia, al de nuestra España y aun al de Italia cuya situacion literaria nos toca examinar en los fines del siglo que da materia al presente curso de lecciones. Me queda, señores, el sentimiento cuando veo cercano el fin de mi trabajo de que no le he llevado á efecto de un modo satisfactorio, mereciendo mal la indulgencia con que me favorece un auditorio demasiado benigno.

LECCION VIGÉSIMACUARTA.

Señores:

Al hablar del estado literario de varias naciones de Europa á fines del siglo XVIII, es indispensable decir algo de Francia durante los dias de su revolucion, aunque en ellos es opinion comun, y no del todo infundada, si bien tampoco enteramente exacta, que desapareció la literatura, viniendo á reinar una absoluta barbarie. Ademas, tratando este asunto, es inevitable tropezar con un inconveniente, el de rozarse con la política, de la cual juzgo conveniente y deseo mostrarme desviado en estas tareas puramente literarias. Habré, sin embargo, de caminar entre estas dificultades, procurando eludir su encuentro ó vencerlas, y asimismo tendré presente que aun ciertas consideraciones políticas no son agenas de mi propósito cuando sirven para explicar la naturaleza de los pensamientos dominantes que es la fuente del estilo.

Lo primero que debe llamar la atencion en la época revolucionaria de Francia es la oratoria. Ya de los que en ella se distinguieron he apuntado algo en una de mis lecciones anteriores hablando de los principios de la fama del célebre Mirabeau. Pero antes que siga á tan insigne orador al teatro de sus triunfos, y que juntamente con sus méritos trate de los de otros rivales manifestados en la misma

palestra, creo oportuno hacer nuevas reflexiones sobre los puntos en que la elocuencia política francesa se diferenciaba no solo de la de Grecia y Roma, sino de la inglesa, única de su clase hasta antonces conocida en los pueblos modernos.

Si entre los ingleses la oratoria del parlamento era antigua, y tenia cierto carácter en parte forense, en Francia, al revés, era un fruto nacido de la filosofía del siglo XVIII. Si la primera tomaba por basa ó por modelo á que ajustarse una legislacion existente y vieja, prácticas á esta análogas, doctrinas religiosas reconocidas, y culto no negado á instituciones de hecho, de que eran parte por un lado la monarquía, y por el otro el poder popular, la segunda estribaba en principios teóricos generales sobre la naturaleza del hombre, de las sociedades y de los gobiernos; en la negacion de los dogmas, ó cuando menos, si en la admision de algunos, solo despues de un prolijo exámen; en el desprecio de lo pasado y en la esperanza de felicidades venideras, halladas en la completa renovacion del mundo. Si el estilo de los oradores británicos distaba no poco del clásico por ser un tanto pesado, no se separaba menos del mismo modelo el francés por aspirar á excesivo brillo, y sobre todo por la afectacion filosófica, pecado y tambien dote de los dias en que empezó la revolucion del pueblo francés, y aun en muchos años anteriores. Añádase á esto la diferencia que habia en el estilo de los escritores de la una y de la otra nacion, diferencia que habia de sentirse en el uso de la palabra como en el de la pluma. Un ministro inglés, que en el momento presente es cabeza del gobierno de su patria, dijo ha algun tiempo en el parlamento, cuando siendo mero diputado trataba de hacer en la cámara de los comunes una reforma algo despues llevada á efecto, que la constitucion británica tenia la índole de los edificios de la arquitectura llamada gótica, y no la regularidad de la griega y romana, ó de la usada á imitacion de esta entre los modernos. Esto, no sin razon dicho de las leyes, puede

con mas justo motivo afirmarse del estilo de los oradores políticos, siendo los de Francia en su gusto lo que son las obras en que con mas ó menos acierto imitan á los griegos los hombres de las edades presentes.

No porque, señores, Mirabeau ó alguno de sus compañeros fuesen de un gusto clásico puro, ó aspirasen á serlo, ó quisiesen dar á sus arengas la forma de las regularmente compuestas y bien limadas de los oradores griegos y romanos. Bien es verdad que, adelantando la revolucion francesa, y llegada Francia á ser república, se hizo moda remedar puntualmente á las de la antigüedad, pero el remedo fué forzado. En los primeros tiempos de la revolucion aun no se mostró tal deseo; pero, sí, ciertos principios que desdeñando los de la edad media, sentaban la sociedad y el gusto literario, y por consiguiente la oratoria política sobre un principio clásico mejor ó peor usado segun era mejor ó peor entendido.

Volviendo de estas generalidades al exámen de méritos de individuos, fuerza será clavar de nuevo la vista en Mirabeau como hombre de superior nota aun en período en que desaparecian las personas particulares en la grandeza de las cosas ejecutadas por los hombres en conjunto. Ya hé dicho, señores, que el célebre orador francés á quien me voy refiriendo, tenia que luchar con muchas desventajas al empezar su carrera. Pasaba no sin motivo por hombre corrompido, de lo cual daban prueba los desarreglos de su conducta, y carecia por lo mismo del gran peso y fuerza que dá á las palabras de un orador una reputacion de honrado, sincero y digno. Compensaba este inconveniente la fama de su talento prodigioso, cierto en verdad, aunque no enteramente justificado por las obras que hasta allí habia publicado. Ello es que desde luego empezó á mirársele con asombro y miedo, á lo cual contribuia la expresiva fealdad de su persona y semblante, su poblada cabellera y el gesto amenazador de su cara en que las viruelas habian hecho terrible estrago. Pasados pocos dias, ya hubo sobrada causa

para que temblasen de él sus contrarios, y le oyesen con admiracion y aplauso sus parciales, adorándole, aunque no sin trocar algunas veces en maldiciones el culto, las turbas ciegas y apasionadas.

Mirabeau era á la par argumentista vigoroso, y declamador brillante. En sus doctrinas poéticas se mostraba á veces tribuno, y otras político sagaz y hasta juicioso, muy lleno de los conocimientos de su siglo. Haciendo el primer papel, se traslucia que obraba á veces por convencimiento, y en otras ocasiones no tanto; pero si con la persuasion de que sus arranques tribunicios por los efectos que producian servian de ayuda á su propósito de mudar las cosas en su patria; aunque solo á fin de establecer en ella un gobierno de los conocidos con el dictado de moderados ó constitucionales, en muchas cosas semejante al de la Gran Bretaña, y en no pocas diferente de este, por ser hijo de muy diversos tiempos y de muy otras necesidades. Como hablaba en época muy revuelta, en reunion muy numerosa y de franceses y de hombres del siglo XVIII, y delante de auditorios crecidos y apasionados, no podia tener el tono templado de los oradores del parlamento británico, y se valia de otro mas dirigido á la imaginacion y á las pasiones. Su estilo era propio suyo, y ageno de la pureza clásica. Usaba de figuras incorrectas, y tambien de varias de poderoso efecto, así como de expresiones singulares y que solian dar golpe por su energía. El desprecio que solia hacer de sus adversarios, diferentes en calidad, daba á sus discursos cierta superioridad arrogante de las que avasallan, aun cuando ofendan. Estas calidades, de que he hablado, aparecen en todos los discursos de Mirabeau; pero en varios de los que pronunció aparecen diferentes prendas. Uno de los que produjeron mas efecto, y de los que han granjeado á su autor mas celebridad, fué el que hizo abogando porque fuese dado un voto de confianza al ministro Necker, personaje de mucho concepto entre el público, y á quien el orador aborrecia y despreciaba en el momento mismo en que se esforzaba por-

que fuesen aprobados sus proyectos. La vehemencia de este discurso que, dividido en varios trozos, vino á ser un conjunto de breves arengas interrumpidas por impugnaciones, es admirable, componiéndose, ya de un vigoroso argumentar, ya de presentar imágenes aterradoras, sin que aparezca esfuerzo de la imaginacion, sino obra del raciociuio, lo que tiene mucho mas de lo primero que de lo segundo. Es, en suma, la efusion oratoria de que voy tratando verdaderamente demosteniana, aunque en las formas no se asemeje á las arengas del orador ateniense, cuya tersa elegancia y lima aparecen en su misma vehemencia. De diverso carácter son otros discursos del mismo personaje, por mas que en todos ellos aparezcan las calidades de su ingenio y de su estilo. En su discurso sobre dar ó negar al monarca el derecho de sancionar las leyes, y en el segundo de los que pronunció sobre si habia ó no de ser revestida la misma autoridad real del derecho de declarar la guerra y de hacer la paz, ya se descubre el hombre y el político del siglo XVIII tratando en generalidades, aunque haciendo de ellas agudas y bastante acertadas aplicaciones. Por último, en arranques cortos en que le arrebataba la pasion, pero sin llegar á descarriarle, si no rara vez y en corto grado; arranques en que solia este personaje alcanzar sus principales victorias, se advierte el carácter de vigor que constituye el mérito preeminente de su elocuencia.

Al lado de este grande orador se señalaba é iba creciendo otro cuya carrera poco dilatada, aunque gloriosa, fué cortada en breve por el filo de la guillotina. Era el personaje de quien hablo Barnave, al cual miraba, ya con admiracion, ya con celos Mirabeau, ahora calificándole de mero declamador superficial, ahora calificándole de planta todavía algo tierna, y que prometia llegar á su árbol robusto y hermoso. Este hombre habia adoptado las ideas políticas de su siglo sin el juicio profundo con que Mirabeau descubria la parte que tenian de erradas. Su talento oratorio se distinguia por la rapidez y la vehemencia, y por no corto calor en los

afectos, siendo fuerte en el argumentar sobre los principios que el orador estimaba ciertos y sanos. Sin hermosas imágenes, y tambien sin rarezas de mal gusto, con un estilo singular, terso y elegante en cuanto puede usarle quien habla de repente, y lleno de afectos vivos y arrebatados, hacia grande efecto en las turbas, con cuyas pasiones iba acorde, no siéndole menos conforme y grato en sus doctrinas. Hubo ocasiones en que, en el sentir de sus contemporáneos, contendiendo con Mirabeau, le arrebató la palma; sentencia revocada por la posteridad, si no por voto unánime, poco menos. Muerto el hombre insigne, á quien con propiedad ha caracterizado en nuestros dias un orador y escritor de primera nota de Júpiter del Olimpo revolucionario, tocó á Barnave, si no sucederle en toda su gloria y poder, quedar siendo el orador mas distinguido del cuerpo en que brillaba. Sucesos de los comunes en las épocas revueltas causaron que variando, si no de doctrinas, de parecer en punto al modo de aplicar las suyas á los casos graves que ocurrian, se convirtiese este hombre célebre en defensor de la autoridad y del órden contra el ímpetu embravecido de las pasiones populares. En ocasion de estar suspendido en el uso de la régia prerogativa el rey Luis XVI, por haberse huido dejando una protexta contra las leyes que habia jurado observar, siendo cogido en su fuga, abogando Barnave porque se restituyese al rey su poder, si bien harto limitado, pronunció uno de sus discursos mas notables, y ciertamente de los mejores, cubierto de aplausos por sus compañeros, seguido de un completo triunfo por el pronto, y desagradable en alto grado á la furia popular, lo cual realza el mérito de la habilidad que en él reluce. Es la oracion á que me refiero un bello trozo de elocuencia por la destreza singular con que en ella están esforzados argumentos difíciles de manejar bien, y no muy sólidos, á lo que se agrega respirar cierta vehemencia y cierta pasion no muy fáciles de manifestar ó sustentar en quienes, en vez de ir conformes, van contrarios á la corriente de los pensamientos y afectos

de las preocupaciones y del interés de las turbas. Cerróse con este último esfuerzo la carrera de este malogrado talento, del cual debe presumirse, si no puede afirmarse, que amaestrado con los años y la ciencia se habria elevado á mucha altura.

Otros oradores lucian en el mismo cuerpo, sustentando en él la causa popular, juntamente con los dos insignes personajes de quienes acabo de hacer mencion con algun detenimiento. Pero muchos de ellos escribian sus discursos, que vienen á ser, en vez de arengas, tratados didácticos sobre las materias en que se ocupaban, escritos con extensos conocimientos, y tambien con las preocupaciones é ideas erróneas de sus dias, al paso que otros, si bien eran elocuentes en efusiones hijas de las circunstancias, no son dignos de especial recordacion por trabajos cuyo principal valor cesa con el de los casos en que produjeron efecto.

En el lado opuesto, y volviendo por las cosas antiguas, por el órden establecido desde tiempos remotos, y tambien por los abusos, se señalaron algunos claros ingenios. Uno de ellos, á quien ya he citado mas que de paso en este curso de lecciones, fué el famoso Maury. Abandonando este personaje la bandera de la secta filosófica, bajo la cual estaba en cierta manera alistado, aunque no del todo, se dió á defender con calor y teson las prerogativas y el interés del clero de que era parte, y tambien los derechos y poder de la nobleza y del trono. En la causa que abrazó, guiado por principios diversos de los que antes le dominaban, apareció en su estilo muy diferente de lo que antes era. Por su desgracia, y en menoscabo de su mérito y crédito oratorios, era juzgado y parecia hombre á quien faltaba profundo convencimiento de las doctrinas por que abogaba. Así, aun cuando por beber su inspiracion en mejores fuentes que aquellas de donde sacó su panegírico de San Luis, celebrado algun tiempo, y hoy tenido en poco, entrase en mejor género de elocuencia, no dejó de aparecer en casi todas las ocasiones en que se señaló algo mas retórico y verboso

que orador verdadero de los de buena ley y precio mas subido. No obstante estos defectos, y que, por correr con poco valimiento la causa que él defendia, hayan casi todos los historiadores rebajádole la fama que algun dia le dieron los de su partido, hay ocasiones en que luchando Maury con Mirabeau acreditó dotes oratorias de muy alta clase, haciendo discursos aun hoy dignos de ser citados con el mayor elogio.

Combatia á su lado otro personaje tambien muy celebrado en su tiempo, cuyo nombre era Cazalès, del gremio de la nobleza, aunque no de las primeras familias de Francia, militar de profesion, de cortos estudios, de claro y agudo entendimiento, y de condicion fogosa. Los discursos de este orador prueban que un alma apasionada, habiéndoselas con grandes acontecimientos, puede comunicar á quien la tiene, aun con escaso saber, las dotes de la verdadera elocuencia. En verdad varias efusiones de Cazalès, aunque poco profundas y no distinguidas ni por grande brillo en las imágenes ó en el estilo, ni por singular destreza ó solidez en el argumentar, solo por estar bien sentidas y expresadas, parecen dignas de la aprobacion que obtuvieron aun á los ojos de la posteridad, desnuda ya en gran parte de los afectos que á los parciales de este orador movian á aplaudirle.

Inútil es hablar de otras personas que por aquellos dias y en el mismo teatro eran oidas con aplauso por los de su opinion aunque con reprobacion por los de la contraria. Pueden, sin embargo, mencionarse algunos discursos de Malouet llenos de buen seso y que llegan á ser elocuentes. A otros no nombro, porque haciéndolo tendría que formar un catálogo enfadoso. Pero debo decir algunas palabras de un hombre á quien habia olvidado y que por breves dias fué citado como de los mas elocuentes, aunque pronto decayó en concepto hasta punto de ser considerado meramente como un ensartador de frases sonoras, galanas y un tanto bellas. Me refiero, señores, al conde de la Laley-Tolendal.

Este orador apasionado, con no poco viva imaginacion y vehementes afectos, carecia de profundidad en el juicio. Señalóse por algunos trozos que no pasaron de ser hermosas declamaciones, y en los cuales solo es de recomendar que ya abogase la causa popular, ya la de un rey desdichado, sus afectos eran sentidos, nobles y puros.

Andando los tiempos, que entonces corrian en Francia con paso rápido y violento, otros hombres vinieron á suceder en el poder y la reputacion á los que acabo de nombrar. Del segundo cuerpo legislador que se juntó en Francia, habian sido excluidos los que formaban el primero. Nuevos oradores hubieron pues de ocupar los puestos vacantes tratando como era natural de eclipsar á los que los habian precedido. Extremaban las doctrinas de sus antecesores y procuraban tambien excederlos en el calor de sus afectos, contribuyendo á ello los acaecimientos que iban haciéndose mas graves, exasperándose las pasiones y conmoviéndose la sociedad hasta el último punto. Entonces empezó á adquirir fama de elocuencia superior una asociacion de hombres llamados de la Gironda ó girondinos, porque la mayor parte de ellos correspondia á la provincia ó digase el departamento de Francia que tomó y lleva su nombre del de un rio que le baña. Pero en verdad, solo una parte de los girondinos eran de la Gironda, aunque los mas de ellos, si no todos, habian nacido y criádose en las provincias meridionales del pais nuestro vecino donde el clima y las costumbres favorecen ó engendran cierto arrebato en la imaginacion y cierta violencia en las pasiones. Aunque en casi todos los personajes del gremio á que me refiero habia cierto mérito oratorio, siendo muy de notar el de Gensonné y el de Guadet y aun el de otros, solo citaré especialmente á Isnard, hijo de la Provenza y diputado por ella, así como al mas célebre y digno Verguiaud nacido en el mismo departamento de la Girouda', y uno de sus representantes. El primero que he citado, se distinguia por un calor de estilo que bien puede llamarse febril y aun calificarse

de frenético. Así en uno de los discursos que pronunció fué aplaudido con locura por un auditorio extremado como el orador en opiniones y llevado á excesos de pasion por extraordinarias circunstancias. No puede el buen gusto dar elogios á declamaciones semejantes poco dignas de ser citadas como ejemplares de verdadera elocuencia. Pero pecaría de nimiamente severo y aun de injusto, quien negase que hay un mérito no comun aun en el vuelo extraviado de aquella imaginacion impelida por los sucesos, pero sin duda dotada de no pequeñas fuerzas propias que la llevaban alta, aun yendo desordenada y perdida. No se extraviaba tanto Verguiaud en quien eran muy superiores el juicio y aun el gusto. De este orador á quien califica madama de Staël del hombre mas elocuente entre cuantos produjo la revolucion francesa, sin exceptuar á Mirabeau y al cual en su tiempo profesaban la mas alta admiracion aun sus mismos enemigos, está algo menoscabada la fama, pero no de todo punto oscurecida. Fuerza es confesar que es declamador casi siempre, aunque explica, si no disculpa, esta falta ser los tiempos en que se distinguió impropios para otra clase de oratoria que la declamacion usada en el mas alto grado. Verguiaud era admirador de las repúblicas antiguas, y tanto, que de ellas quería tomar todo, haciendo copias de aquel modelo el gobierno, y aun la sociedad de su tiempo. Debia, pues, proponerse imitar á Demóstenes y Ciceron, y eso sin duda quiso y eso no acertó á hacer, no obstante su gran talento y su prodigiosa elocuencia, por ser otros el estilo, el gusto y las circunstancias de sus dias que los de la antigua Grecia y Roma. Su estilo, sin embargo, es puro, aunque peque por ser continuo en el calor, y excesivo á veces en la brillantez. Su número recuerda á veces las gratas cadencias del orador romano. En vez de ser frio como los oradores británicos, habla á la imaginacion y á las pasiones, todavía mas que solian hacerlo los grandes oradores de la clásica antigüedad. Sus afectos sin duda vivos y vehementes yendo hermanados con la fuerza de su fantasía suo-

len sentarse en imágenes hermosas pero de proporciones gigantes, y que, por ser esto último así como por lo repetidas, deben ser calificadas de un tanto viciosas. Estas prendas y faltas aparecen en todos los discursos de este orador, y especialmeete los dos mejores que pronunció, el uno al principio de su breve carrera apoyando su proposicion de declarar la patria en peligro, y el otro tratando de lograr que despues de sentenciado Luis XVI fuese llevada la sentencia en apelacion ante el pueblo; medio por el cual se le sospechaba de querer salvar rodeada y artificiosamente la vida del desdichado monarca.

En breve llegó Francia á una época de barbarie segun la opinion comun en gran parte fundada. Digo en gran parte, señores, y no mas, y juzgo necesario explicar con la mayor claridad mi pensamiento en este punto. No permita Dios que en la hora en que debo y procuro mantenerme desviado de la política cuanto estarlo cabe, al tratar de argumento como el presente vaya á hacer en cierto modo la defensa de una época feroz y sanguinaria, contradiciendo las doctrinas que profeso y sustento cuando trato de los negocios políticos, y produciendo efecto peor que cuanto pudiese proponerme. Pero es fuerza hablar con justicia y desentenderme de preocupaciones loables en su orígen y que no por eso dejan de serlo. Bien es verdad que convertida la atencion á los peligros del Estado, dada suelta á las pasiones y de estas principalmente á las malas, roto el freno que contiene los feroces apetitos de la humana naturaleza, y en fin, revuelto todo en cosas, personas, pensamientos y afectos, los franceses solo atendian á la causa pública, y en su delirio solo obraban de un modo violento y feroz. Bien es verdad que de ahí nació olvidarse y despreciarse las formas de la belleza artística y por no pocos las de la moral, habiendo otros que las buscaban donde no podian encontrarlas porque allí no estan y que iban en su busca con criminal desalumbramiento. No es menos cierto que la ferocidad de los odios entonces engendrados ó enfurecidos

llevó á sacrificar ilustres víctimas, cayendo entre ellas las que por su talento habian excitado rivalidad ó concitádose enemistades de modo que, despertada la pasion de la envidia, ó por mejor decir permitiéndose obrar á la que nunca duerme aunque esté privada del poder para satisfacerse, de despreciar y querer aniquilar la superioridad de la cuna ó de la riqueza se pasó á esforzarse con demasiado feliz fruto á acabar con la del entendimiento y la del saber y que de pregonarse la igualdad y de tratar de reducirla á práctica en cuanto es posible resultó ponerse á la par y aun superiores los necios é ignorantes á los agudos é instruidos. Así, veíase la oratoria casi desaparecer en los cuerpos deliberantes donde, faltando lucha, hubo de reducirse á dar por oraciones manifiestos de los que mas podian; declamatorios como son las producciones en que no se batalla con argumentos opuestos. Así, en las juntas inferiores del pueblo, hablando gentes ó absolutamente sin letras, ó con tan pocas que le daban un gusto viciadísimo, dieron muestras de pensamientos y estilo verdaderamente ridículas, y vino á suceder con esta dolencia mental lo que con muchas físicas, y fué que, inficionándose el aire de la region literaria, fueron acometidos del mal reinante muchos á quienes su complexion y circunstancias habrian asegurado en mejores dias menos dura suerte. Pero, en medio de todo esto, el entendimiento humano no habia caido en un letargo precursor de la muerte; estaba, sí, en un período de delirio de que habia de salir el recobro de la salud con nuevas condiciones de vida en parte procedentes de la crisis pasada. Aun la misma convencion nacional, inconsecuente en sus arrebatos, quería promover por un lado la ilustracion á que por otro era tan funesta, y patrocinar las ciencias y hasta las artes y las letras, cuyo decaimiento consideraba hijo de las circunstancias presentes, y cuya futura grandeza soñaba, imaginándosela arreglada á un sistema nuevo. El mismo sanguinario Robespierre, hombre singular, de alma por un lado sensible y por otro seca y bárbara, filósofo extraño, de un

estoicismo equivocado que se figuraba dar cultos á una severa virtud cuando satisfacia sus envidiosos rencores, se esforzaba por llegar á una composicion literaria hasta atildada y correcta. Sus últimos discursos, y entre ellos aquel donde recomendaba y mandaba establecer un desvariado culto á Dios bajo el nombre de *Ser Supremo*, son obras de algun mérito, escritas imitando á Rousseau, objeto de la excesiva admiracion del autor, y donde se atiende con escrupulosidad hasta á hacer la frase fluida y numerosa. Por otro lado y en distinto estilo Saint-Just, si bien pecando gravemente contra el gusto, mostraba prendas de escritor en la preñez de su estilo sentencioso. La desatinada constitucion de 1793, nunca puesta en práctica, é incapaz de serlo, estaba, sin embargo, escrita con elegante correccion. Ademas la convencion en general profesaba deseos de contribuir á los progresos del entendimiento humano.

Al mismo tiempo, por efecto forzoso de los terribles sucesos de una guerra con los extranjeros y varias civiles y mil discordias amenazando convertirse en guerras, y despedazando por su movimiento interior á los partidos, y aniquilando á quienes los componian hombres propios en horas mas tranquilas para darse al cultivo de la literatura, nada podia darse á luz que no tuviese relacion directa con la política, no habiendo quien á otra cosa atendiese. De este modo casi calló la poesía, salvo en himnos patrióticos y guerreros, entre los cuales algunos de José María Chenier y el famoso de M. Bouget de l'Isle apellidado *La marsellesa*, merecen el crédito que alcanzaron. Calló la crítica por no tener en que ocuparse, y por el temor de que los censurados hubiesen de volverse verdugos, de lo cual no faltaron ejemplos. Calló la historia porque la grandeza de los acaecimientos presentes y cuestiones pendientes no permitia pensar en los tiempos pasados. Cesó en fin todo lo que no fuese atender á la suerte del Estado y cada uno á la suya personal puestas en contínuo gravísimo peligro.

Pero, señores, por lo que sirvió esta época terrible á

la suerte intelectual de los hombres, siéndoles á la larga provechosa, fué por las saludables reflexiones y reacciones de que fué madre. Habian soñado ciertos filósofos del siglo XVIII en un *Milenio*, y cuando llegaron á realizarle se descubrió cuán descaminados iban. Vino á ser un hecho el culto por muchos deseado é invocado de la razon, y se redujo á poner en los altares á una prostituta, rodeando su ara de ruinas y renovando las prácticas de la bárbara antigüedad con dar á la diosa en holocausto víctimas humanas. Nació de esto una mudanza en los pensamientos; volverse los ánimos á las fuentes de lo grande y de lo bello, esto es, á los principios morales y religiosos. Un novelista sucio é impío, así como de corto mérito, dice sobre esto una frase notable por su exactitud y profundidad, y es, que habiéndose cerrado iglesias donde pocos concurrian, acudió gente en tropel numeroso delante de sus puertas cerradas. Ya el mismo Robespierre tiró á restablecer el espiritualismo, pero con flaco poder para tanto empeño; quedándose corto y yendo desviado del camino que era necesario tomar y del paradero en que debia ponerse la mira. Lo que no hizo un dominador odiado lo empezó á hacer la reflexion en la multitud; el generoso espíritu de resistencia á la tiranía dominante; la no menos generosa compasion nacida á la vista de muchas y grandes desgracias y ruinas así públicas como privadas.

Acabados los dias de una dominacion sanguinaria, entraron los de una libertad desenfrenada perjudiciales al Estado y al gobierno, pero provechosos al adelantamiento mental de la generacion presente, y mas todavía de las futuras. Aun la misma oratoria se vió ya en los cuerpos deliberantes aparecer con un carácter nuevo. En el llamado consejo de los quinientos, Camilo Jordan, diputado por Leon, empezó á expresarse con cierto tono místico y devoto que, dando mas á la imaginacion y á los tiernos y buenos afectos que los oradores del período recien terminado, indicaba que la composicion literaria iba á venir de mejo-

res fuentes. Fué en verdad ridiculizado por la novedad el orador, y al abogar porque se volviesen á poner campanas en los templos recibió el apodo de Camilo repiques; pero esta misma idea descubria que el pensamiento poético se estaba ya preparando á representar de nuevo un papel en el teatro de la literatura.

En efecto grandes escritores se iban formando, y aun los medianos habian abrazado máximas diferentes de las que hasta entonces y por muchos años habian estado dominantes. En suma, habia una reaccion en los pensamientos que pronto habia de dar señales de sí, llegando en muchos á ser variacion en las formas.

De aquí, sin embargo, habian de nacer dos escuelas. Una de ellas compuesta de gente de inferior valer, aunque no por eso digna de ser tenida absolutamente en poco, horrorizada de los excesos cometidos, así como en política y religion, en literatura debia desear pura y simplemente volver al restablecimiento de lo pasado. Aun esta misma escuela habia de subdividirse por no haber conformidad de pareceres tocante al punto á que se debia retroceder. La parte religiosa, en la cual se contaba ocupando uno de los primeros puestos Laharpe, discípulo y admirador de Voltaire, quería volver al siglo de Luis XIV, sin calcular que semejante retroceso era imposible, y que, al querer copiar época tan lejana, mas por lo importante de los sucesos despues ocurridos, que por el tiempo, se le copiaría solamente la forma, resultando la imitacion fria y violenta. La parte irreligiosa ó filosófica avergonzada de los excesos de la revolucion, pero creyendo sanos los principios de que esta habia nacido, y solo torcidos ó desquiciados á fuerza de extremarlos en su aplicacion, quería volver al período de Luis XV, sin considerar que no podia comunicar á los pensamientos y al estilo la misma índole y los mismos brios que una filosofía recien nacida, creciendo y llena de esperanzas y de fé una caduca desconsolada por los desengaños, y caida en descrédito por haber sido mal empleada cuando no otra cosa.

Resta tratar, señores, de la otra escuela á que he hecho referencia. Tambien esta tenia en sí divisiones, lo cual no podia menos de suceder, porque la verdadera libertad de pensar era su principio. Pero toda ella tenia una cosa comun que consistia en comprender que habia llegado una era de renovacion para la mente humana, y digo de renovacion, señores, no porque se pensase como antes en despreciar lo antiguo, sino al reves en resucitarlo en gran parte; pero comprendiéndolo mejor y aplicándolo con mas acierto. Varios fueron los que, á un tiempo, sin comunicarse entre sí, y aun despues de empezar á señalarse en contradiccion aparente, pero con cierta conformidad real y profunda, dieron principio á la obra á que aludo. Un noble breton lanzado por las discordias políticas fuera de su patria, fué á meditar en los desiertos bosques de la América septentrional, y dotado de vivísima fantasía y de alma tierna, tratando consigo mismo, con la soledad, con la naturaleza y con Dios, encontró fuentes de ideas de que habia de recibir nueva vida la moderna literatura. Por muy diverso estilo una mujer que en la revolucion habia tomado y siguió tomando no poca parte, viviendo en comunicacion con hombres de todas las opiniones, tomando y aprobando mucho de la filosofía del siglo XVIII, y aun de su política, pero sacándole el jugo y desechando de ella gran parte, y añadiéndole no poco de su propia cosecha, con gran vehemencia é intensidad de afectos vino á parar casi á los mismos fines á que por tan distintos caminos el personaje á quien poco antes cité habia llegado. Por último, al lado de esta mujer, otro hombre célebre como ella, participante en la revolucion, pero en quien estudios hechos en la mística y hasta entonces poco conocida Alemania habian corregido los vicios de las doctrinas francesas del siglo XVIII, ayudándole ademas á sacar de todo ideas nuevas su claro y agudo entendimiento, vino á ocupar un puesto preferente entre los que han dado impulso á la composicion literaria francesa de nuestros dias en su espíritu y en sus formas. He nom-

brado, señores, como ya habrán conocido muchos de mis oyentes á M. de Chateaubriand, á madama de Staël y á Benjamin Constant, dignos y dueños de tanta fama. A la par con estos caminaban y se esforzaban otros de no igual renombre y poco inferiores en merecimientos. El efecto de sus obras ya no corresponde á la literatura del siglo XVIII, pues si bien en él se formaron y aun empezaron á escribir y á distinguirse, fué solo inaugurando con mas ó menos, pero siempre con alguna, anticipacion, la literatura del siglo XIX. Por lo mismo, solo si de esta llego á tratar continuando el presente curso, habré de detenerme en el exámen del espíritu de sus obras. Ahora para concluir mi tarea en la leccion siguiente tendré que echar una ojeada á Italia por algun tiempo desatendida, y cuyo brillo literario en el tiempo de que trato era menor que el que suele ser el de un pueblo tan rico en ingenios, y despues habré de volver á nuestra patria, para examinar cuál era el estado de su literatura en los últimos años del siglo próximo pasado. Así acabaré, señores, la tarea que me hé propuesto lleno de agradecimiento á la bondad de mi auditorio, y de pesar de no merecerla, salvo por mi celo que en el deseo de servir á este establecimiento me lleva á aventurarme demasiado.

LECCION VIGÉSIMAQUINTA.

SEÑORES:

Aproximándose el fin de mi tarea, dejé anunciado al fin de mi leccion última que en la presente atendería á Italia y á nuestra España en los dias en que terminó el siglo XVIII. Mas de una vez he dicho que, corriendo este siglo, la literatura italiana, en todos tiempos tan distinguida, si no padeció un eclipse, brilló con menos vivo resplandor que en las edades anteriores. Era la falta principal en los escritores italianos de aquellos dias la de que adolecian asimismo los españoles; á saber, desviarse del gusto natural y antiguo de su nacion, tomando en cambio no poco del francés que en todas partes predominaba. Pero á fines del siglo apareció en la península italiana un escritor original así en su carácter como en su estilo, tan original que imitaba sin saberlo modelos á los cuales miraba con desaprobacion y hasta con odio; bien que por lo mismo solo tomaba de ellos algo externo, siendo su composicion animada por espíritu muy diferente del que vivia en las formas que el autor copiaba.

En el Piamonte, señores, situado en los lindes de Francia é Italia, donde es la lengua vulgar un dialecto grosero con mezcla de francés, donde las clases superiores usan el idioma del pais vecino mas que el italiano mas ó menos adul-

terado de que se vale la gente culta, y esto no siempre, en los varios Estados de aquella dilatada península; en el Piamonte, donde pocos habian entonces cultivado las letras con aprovechamiento, ó á lo menos alcanzado con su cultivo un puesto siquiera de mediana eminencia ó nota en la region literaria del mundo todo, nació y se crió un mancebo de espíritu alentado, de condicion desabrida y violenta, mal avenido con sus superiores; pero dado solamente á mostrar las singularidades de su carácter en ejercicios corporales, ó en rarezas; en montar caballos briosos, y domarlos, y correr con ellos con velocidad increible; en hacer viajes á tierras ya apartadas, ya poco distantes, yendo con tal ímpetu y deteniéndose tan poco, que no se presentaba como observador de los paises que recorria, sino como persona á quien las diversas tierras solo servian de ofrecer ancho espacio á la necesidad que le impelia á estar en contínuo y rápido movimiento. Nadie sospechaba, ni él mismo sentia el menor indicio de que hubiese encerrado en aquella cabeza algo de lo que constituye los literatos, y menos los poetas. Y sin embargo, un juez de alguna sagacidad podia haber conjeturado que en aquella mente inquieta y osada, si faltaban muchos de los elementos poéticos, otros se encontraban en alto grado, si bien en confuso, en embrion, necesitándose algo que los despertase, que los pusiese en juego, y aun que los desenredase bien del como caos que formaban. Acaso no se consiguió esto último completamente, pero sí se alcanzó en alguna parte.

Hay hombres cuya vena poética es fecunda y varia, que tienen el don de crear caracteres á la par nuevos y verosímiles, y de entrar dentro de sus mismas creaciones; de sentir, de pensar, de declarar sus pensamientos y afectos como harían ellas si en vez de ser hijas de la fantasía fuesen, como parecen, realidades. De esta clase son los buenos poetas dramáticos, los autores de poemas, en que hay accion larga y diversos caracteres donde se abre campo á la expresion de las pasiones humanas, y en prosa los no-

velistas. Hay otros que vivos y lijeros, con sensibilidad, pero de aquella que se hermana con la risa, comprenden y pintan ciertos afectos que sienten, y de esta clase son los compositores de anacreónticas, de elegías, de epístolas y aun de sátiras festivas al modo de las de Horacio. Los hay tambien en cuyas almas arde un fuego vehemente, pero que solo se entienden asimismos ó á la naturaleza con la cual se corresponden, en quienes la sátira es declamacion amarga, y la contemplacion del mundo externo motivo de desahogo á la pasion propia, y de esta clase son algunos líricos, y aun los satíricos al estilo de Juvenal; clase á la cual correspondia Alfieri que es el insigne italiano de quien voy hablando.

Por su desgracia, cuando este jóven vehemente y poco instruido á la sazon quiso ser poeta, aunque obedeció á una inspiracion propia, no hubo de conocer bien la calidad del agente que le movia, y creyó ó satisfacer un capricho de los varios á que se entregaba, ó probar su habilidad en cierto trabajo en que podria llegar á sobresalir, empleando la observacion y señalándose y observando ciertas reglas. Aun así, habiendo echado por buen camino ó hallado una guia entendida y juiciosa, habria arribado á mayor altura que la á que se remontó, si bien no fué poca, porque en él habia sin duda fuerzas grandes. Pero Alfieri se dedicó á la tragedia, sin que á ella le llamase su verdadera vocacion, y se dedicó á tratarla sin enterarse bien de su índole tal cual habia sido en los tiempos antiguos y en los varios pueblos modernos.

Lo que mas conocia era la tragedia francesa, y aun puede decirse la única que conocia, pues solo aprendió el griego, ya adelantado en la edad madura, y cuando tenia adquirida su fama y formado su carácter de poeta trágico; y debió de manejar poco los poetas latinos, entre los cuales sin embargo no podia hallar buenos modelos para tragedias, y sí uno como Séneca muy propio para descaminarle, y hay motivo para creer que no obstante sus va-

rios viajes á Inglaterra y su pasion favorable á las cosas de aquel pais, poco, si acaso algo, atendió á sus autores dramáticos; siendo ademas de presumir que ningun caso hizo de los españoles caidos en aquellos dias en menosprecio ó del teatro aleman cuya fama comenzaba. Odiaba á los franceses por capricho, y como el odio, si abulta las faltas, las descubre, pero si las ve las ve desfiguradas, en parte acertó á conocer, y en parte equivocó en lo que sobresalian, y en lo que pecaban los poetas franceses de primera nota en la tragedia. Así, vió que Racine en su tono y aun en concebir algunos de sus caracteres pintaba cortesanos de Luis XIV, y no advirtió que en sus buenos momentos entendia cual ninguno, y copiaba la sencillez y legítima pasion de la musa griega ó la exquisita elegancia y ternura de la latina ó la viva é intensa exaltacion de espíritu de la poesía hebrea; y por eso se figuró que, con quitar al poeta francés sus confidentes y sus relaciones y ciertos cumplimientos á la moderna que gastaban entre sí sus personajes, lograría sacarle mejorado. Así, vió en Corneille los mismos defectos, y notó en sus romanos con mucha hinchazon hermosos rasgos donde estaban bien retratados; y no advirtió que si en el poeta francés aparecian con notable mejora reproducidos Lucano y los españoles modernos, habia tambien en él una vena de poesía en lo grande y lo patético, aunque no siempre pura, sobre manera rica, y creyó que con despojarle de las faltas comunes en las formas del teatro francés, y ser mas breve y natural se podria hacer algo superior á lo que él hizo, conservando sus primores y evitando sus lunares. Mal pudo ver en qué pecaba Voltaire, salvo en no desviarse de las prácticas de sus antecesores, porque entonces no se conocia que tan admirable escritor rara vez era poeta, sino cuando daba salida á sus pensamientos de epicúreo, ó en los casos en que su talento de primera clase, aun yendo contra su natural corriente, acertaba por momentos, aunque no por inspiracion propia, con la poesía. Pero Alfieri, como he dicho, cuando se puso á com-

poner tragedias, no pensó en los dos grandes modelos dramáticos que, en géneros diferentes, con perfecciones entre las cuales es difícil dar justa preferencia á unas sobre otras, merecen admiracion y aprobacion: el teatro de la Grecia antigua y el de la Inglaterra de principios del siglo XVII, con cuyas glorias debe ir asociado, aunque puesto en inferior lugar, el de la misma época en España.

Así, Alfieri, reprobando el gusto francés, le siguió en gran parte, y sobre todo en las formas que en el poema dramático influyen bastante en el alma de la composicion, y hubo de creer estas formas las únicas posibles en el drama moderno, aunque con alguna alteracion, y que, alteradas como debian, con ellas se tendria una reproduccion fiel de la tragedia de la clásica antigüedad. Su plan, pues, fué el siguiente: observar rigorosamente las tres unidades de tiempo, lugar y accion, y la última con escrupulosidad descartando todo episodio; suprimir los confidentes y poner en su lugar monólogos, sustituyendo así á una improbabilidad otra mayor; reducir el número de personajes de los dramas, no obstante ser el de los franceses bastante corto; huir de toda amplificacion poniendo en un lugar una concision extremada. Con esto y con decir *donna*, mujer, cuando los poetas franceses decian *madame*, señora, creyó haberse puesto tan cerca de los griegos y romanos, cuanto distántes estaban de ellos los objetos de su desaprobacion y censura.

Tan equivocado concepto formado de la naturaleza de la composicion dramática, hubo de convencerle de que era á propósito para poeta trágico, y de aumentar las faltas y dirigir mal las prendas que él poseia para emplearlas en el cultivo de su entendimiento, y particularmente en ser poeta. En Alfieri, como antes he dicho, habia un fondo grande de pasion vehemente y profunda. Empleóla en un punto que era en el odio á la tiranía. Esta le apareció patente en los reyes antiguos y modernos y aun en personajes que se pusieron á la cabeza de las repúblicas. Considerándole políti-

camente, es de notar que su ardor republicano, formado por modelos antiguos, no le llevaba al deseo de dar ensanche y seguridad á los derechos de los particulares, ni aun á mirar con gusto el gobierno de la plebe; siendo su adorada libertad la de los patricios á cuya clase correspondia, y considerando el pueblo como un aprobante de los hechos de sus superiores en contraposicion á los monarcas, en los cuales ó en los que aspiran á serlo veia los tiranos. Bien es cierto que el papel de Icilio en su *Virginia* sale de esta regla, pues aboga por la plebe contra los patricios; pero esto hubo de ser hijo de sus preocupaciones, acordes con las vulgares al entender y juzgar la historia romana; preocupaciones por las cuales guiados por el amor á la cosa vaga y confusa llamada libertad, se declaran los mismos hombres parciales de la causa del primer Bruto que sustituyó la aristocracia á la monarquía, de no pocos tribunos, y del campeon del Senado Pompeyo que sustentaba contra Cesar la causa de la nobleza y de la antigüedad moribundas. Pero dejando aparte esta entrada por el campo de la política, fuese ó no bien dirigido el odio de Alfieri á los tiranos, era vehemente, apasionado, y hasta poético. Se habia mostrado en una obra suya en prosa titulada *Deella tirannide*, de la tiranía donde hay poco juicio y muy escaso conocimiento de la política, y muy equivocadas ideas sobre la historia, pero donde se muestra la pasion, no sin dar belleza á las formas con que se viste.

En este punto, pues, era Alfieri poeta. Así, pudo comprender y pintar bien á un tirano y á un tribuno. Así, expresó las pasiones de este último con alguna monotonía, pero con legítimo estro. Así, descubrió en el segundo cierto adelgazar del ingenio para el uso del poder absoluto en provecho de las peores inclinaciones de la condicion humana; descubrimiento de aquellos que hace la pasion del odio, cuando discurre y sutiliza para encontrar con qué justificarse.

Ademas de esto era Alfieri sensible. Lo era con aspere-

za á la par que con ímpetu tierno. Esta particularidad de su condicion hubo de revelarle alguna de las batallas internas en que se combaten con furor encontrados vivos afectos, ó en que briega una pasion contra los preceptos del deber ó del buen juicio. Por esto en una de sus composiciones por él mirada con prediLeccion excesiva, acertó en gran manera á pintar un amor que era un grave delito, reprimiéndose, consumiendo á la que le sentia, y al fin rompiendo con violencia, pero para matar á la que le declaraba.

Quedaban unas cosas que este autor debia escoger para sus tragedias, y eran el estilo y el tono. El primero es hijo del hombre que escribe, el cual le manifiesta y reproduce en él con todas sus facultades mentales. El segundo es materia de eleccion, pero segun se elige tiene influjo grandísimo en el primero. Se hace la eleccion segun las inclinaciones naturales; pero suele tambien hacerse con arreglo á preocupaciones concebidas en el estudio, ya de los libros, ya de la opinion manifestada en el trato. Alfieri, siguiendo la corriente general, creyó que la tragedia debia estar escrita en estilo noble. Las llanezas y aun groserías de Shakspeare y otros dramáticos ingleses, puestas en boca de personajes en los cuales están bien, no podian agradarle, porque eran faltas de un teatro mirado como bárbaro aun por quienes le concedian algunas perfecciones. La llaneza de otra clase del teatro griego no le podia disgustar, pero apenas le era conocida. Por otra parte los vuelos de poesía que hay en las tragedias verdaderamente clásicas ó verdaderamente desarregladas tampoco le dieron en rostro. Era claro que en punto al tono trágico y al estilo tenia puesta la vista solo en los franceses y en su paisano Metastasio, cuya fama de poeta se conservaba en el alto punto en que la habia puesto el voto general de Italia medio siglo antes. A los franceses aborrecia Alfieri por tema, y por ciertos juicios que antes he expresado. En Metastasio despreciaba, á la par que abominaba, la calidad de poeta cesáreo, las lisonjas que en clase de tal repetia á María Teresa de Austria y á los prín-

cipes de su casa, y juntamente con esto haber afeminado y empobrecido la lengua italiana ó toscana, por haberse extremado en aumentar su dulzura, y por reducirse á cierto número de vocablos y giros en su dialecto poético escogido con esmero escrupuloso. Sus temas á pueblos, á personas, á obras, determinaron en Alfieri el estilo y la diccion. Esta última por fuerza habia de ser en él artificial, porque la lengua literaria de Italia, en que él tenia que escribir, distaba infinito de la en que él mismo pensaba y hablaba, sucediéndole lo que pasa á quien compone en lengua extranjera, ya sea de las muertas, ya de las vivas. Alfieri hizo, pues, su plan. Su estilo habia de ser noble, elevado, sin bajar de tono, pero sin subir al lírico, y ademas conciso sobremanera. Su diccion habia de ser severa, hasta el punto de hacer la versificacion seca y dura. La lengua italiana, como él mismo dijo á un crítico que le era en gran manera favorable, habia estado en su apogeo entre el siglo XIII y el XIV; y despues habia degenerado aun en boca de Petrarca.

Dante era el maestro por excelencia. Dante, señores, es uno de los primeros poetas del mundo en todas las naciones y todas las edades, pero es modelo peligroso para seguido. Si es duro, á veces su dureza va junta con ciertas calidades propias suyas del mérito mas alto. Al imitarle Alfieri lo hizo en lo duro, y la dureza buscada hubo de ser mayor que la espontánea del poeta antiguo, hija tambien del estado en que estaban la lengua y la versificacion en su tiempo.

De cuanto he dicho se puede colegir cuáles fueron el origen y la calidad de varias faltas del estilo de Alfieri. La concision que buscó y adquirió, en un poema dramático es por lo comun no perfeccion sino vicio. Admiraba en sí el autor, y admiraban en él sus contemporáneos, cuando fué moda en Italia ponerle en las nubes, diálogos como el siguiente con que empieza un acto de su *Antigone*, donde en un verso endecasílabo se muda cinco veces el que habla,

Creon. ¿Sceglicsti?

Antigone. Ho scelto.
Creon. ¿Emon?
Antigone. Morte.
Creon. L'avrai.

que mal traducido podria serlo así:

¿Elegiste?—Sí.—¿A Emon?—Muerte.—Tendrásla.

O el algo mejor de su *Felipe II*, y mejor le llamo, porqué en él cuadra mas la concision llevada al extremo con la situacion y el carácter de los interlocutores, que es como vá en seguida:

Felipe. ¿Udisti?
Gomez. Udii.
Felipe. ¿Vidisti?
Gomez. Io vidi.
Felipe. ¡Oh rabbia!
¿Duuche il sospetto?
Gomez. E omai certezza, etc.

F. ¿Oiste?—*G*. Oí.—*F*. ¿Y has visto?—*G*. He visto.—*F*. Oh rabia.
Y mi sospecha... *G*. Es ya certeza, etc.

Otra parecida concision es la del verso con que empieza la tragedia de *Octavia* en un diálogo entre Neron y Séneca.

Ahora, pues, tal concision puede ser un mérito en un historiador ó en un filósofo; pero en un poeta dramático no lo es de modo alguno, por no ser él quien habla sino sus personajes. Cuando están las personas agitadas no se expresan con tanta brevedad. La pasion es parlera, y hasta emplea á veces el estilo figurado por mas que digan lo contrario grandes autores.

Por último, la dureza de Alfieri llega á ser insufrible. En sus manos el idioma italiano no solo es varonil, lo cual era á veces en Tasso, y con frecuencia en Dante, sino que llega á ser áspero al oido. Agrégase á esto que la expresion, procurando ser sencilla, es pobre, porque, si el autor abundaba en pasion, carecia de imaginacion, aunque no absolu-

tamente, y aun á la que tenia, en vez de espolearla ó darle vuelo, le ponia freno y la sujetaba.

Tras de tanta desaprobacion, hablando de autor tan celebrado, acaso se creerá que yo juzgo ó declaro injusta su fama. Pero si hay quien esto creyere, será por no comprender que con graves faltas pueden estar unidas grandes perfecciones, y que notar las primeras equivale á desconocer ó rebajar el valor de las segundas. Alfieri concibió mal, en mi sentir, lo que debe ser la tragedia moderna, y ademas por la naturaleza de su talento, grandísimo sin duda, era mas propio que para sobresalir en la poesia dramática para dejar bellos modelos en una medio lírica, medio satírica, en que tronase contra grandes vicios con vivas pasiones; pero estaba dotado de grandes calidades de ingenio aun como poeta. En las declamaciones de sus personajes contra la tiranía habla el autor, y habla, á lo menos en mi pobre concepto, con singular belleza de pensamientos y afectos, á los que cuadra bien su expresion desabrida. Su carácter de Felipe II me parece una obra maestra. No porque diciendo esto pretenda que el de su tragedia sea una fiel semejanza de nuestro famoso rey tan celebrado y tan vituperado. El carácter de Bruto en el Julio Cesar de Shakspeare no es el del romano á quien representa; pero es un carácter bello, ideal, verosimil, conforme, si no á la historia, á la naturaleza humana, tal, en suma, que pudo existir, ó que al estudiarle da señales de haber existido. Verdad es que Alfieri al retratar á Felipe aspiró no solo á sacar una figura de mérito artístico, sino un retrato; en suma, que buscó la verdad histórica, segun decimos hoy, y no la natural ó absoluta. Pero aun así es de admirar y celebrar su tirano. En él se vé el Felipe ideado por los extranjeros y por casi todos los escritores del siglo XVIII; el Felipe semejante al Tiberio de Tácito comentado por la opinion comun, el cual, dicho sea de paso, algo debe diferenciarse del Cesar romano verdadero.

Aun en algun carácter de distinta especie tuvo Alfieri

acierto. Su *Mirra*, si no merece el concepto en que su mismo autor la tenia, es con todo una pintura de pasion furiosa, y de batallas interiores del ánimo, digna del mayor aplauso.

Añádase á esto que el diálogo de los dramas de Alfieri, si peca por extremarse en la concision, suele distinguirse por nada comun brio y nervio. Así, bien representadas sus tragedias en algunos lances arrebatan y conmueven, cosa tanto mas de celebrar, cuanto que por su desnudez de accesorios, cuando agradan agradan por su mérito esencial y no por adornos de la escena; por la pasion que encierran y expresan, y no por entretener la curiosidad con incidentes acumulados, ó por tenerla empeñada con esperar la solucion de un enredado nudo. Muchos españoles que vivimos hemos aplaudido con locura en nuestra escena su *Polinice*, puesto en castellano con el título de *Los hijos de Edipo*; su *Orates* con el mismo título que lleva en el original, y su *Bruto Primo*, *ó el primer Bruto*, pasado al verterse en nuestra lengua á llamarse *Roma libre*.

Por último, una vez que Alfieri en vez de reprimir su fantasía la dejó espaciarse, cuando con mas lectura, á la par que conocia mejor la lengua toscana, iba aprendiendo el griego, del cual se hizo dueño estando ya muy adelantado en su edad madura, por fin en hora en que creyó lícito usar de alguna mas poesía en el drama, y de algun mas color y relieve en el estilo, dió en su *Saul* una muestra de ser capaz de dar al elemento lírico, ó dígase mero poético, ó prefiérase llamársele imaginativo, el lugar que en la tragedia le cabe, y de dársele con propio lucimiento.

Poco mas puede decirse de Alfieri. Hizo sonetos cuyo mérito no es grande. Pero el uno de ellos contiene un verso de tan singular belleza de expresion y de pensamientos, que por esto y por ciertas circunstancias políticas anda en boca de todos los italianos. Aludo, señores, al pasage donde tras de amargas invectivas contra los franceses, y negarles el menor fundamento para ser *maestros de libertad*, como de

serlo blasonaban, haciéndose cargo el poeta de que sus compatricios tambien vivian en servidumbre, dice de ellos y de sí:

Servi siam, sí, ma servi ognor frementi,

siéndome sensible que el *frementi* no pueda expresarse con una palabra castellana que sea su exacta correspondencia.

La aparicion de Alfieri en el horizonte literario de Italia fué la señal de que tomase la literatura de aquella nacion un camino diferente del que hasta entonces por espacio de medio siglo largo habia estado siguiendo. Y cuenta con que digo, señores, la señal, y no la causa. Aunque por algunos dias el nuevo poeta trágico fué saludado con aplausos hijos de la mas arrebatada admiracion; aunque hubo un período en que al citar los italianos con elogio á autores dramáticos de otras naciones, solian añadir: *ma non è il nostro Alfieri*; pero no es (el poeta á quien celebraban) nuestro Alfieri; todavía no me atreveré yo á decir que el insigne piamontés fué quien con su ejemplo ó con su crédito desafrancesó (si me es lícito usar de esta voz) la literatura de la península entera.

Pero cabalmente cuando iba volviendo la lengua italiana á ser lo que en los pasados tiempos, purgándose del ingrediente extranjero que la tenia viciada; penetrando los franceses en Italia como vencedores y conquistadores, fueron recibidos por el mayor número de la gente entendida de aquel pais como libertadores. El ascendiente positivo y aun social que esto dió á los franceses sin duda se opuso á la caida del literario que antes habian estado ejerciendo.

No por esto reinó tanto el gusto francés cuanto en la época anterior. Monti, que entonces empezaba á formarse, y cuya *Bassevilliana* es anterior á la invasion y revolucion de su patria, siguió siendo lo que habia empezado á ser; menos francés en su estilo y gusto que Metastasio ú otro de los mismos dias. Pero Monti es ya mas del siglo nuevo que

del anterior, no obstante haberse formado, y aun dado á luz varias de sus buenas composiciones en el siglo XVIII, porque en el XIX se situó en uno de los primeros, ó acaso en el principal puesto entre los poetas contemporáneos de su patria. Mas corresponde todavía á este siglo Ugo Fóscolo, ingenio original y robusto, en que habia maridage de la Italia con la Grecia, siendo nacido en esta última, aunque en isla sujeta entonces al gobierno veneciano, y perteneciendo á una y otra nacion por su familia. Tampoco escribió hasta muy entrado el siglo XIX el historiador Carlos Botta, aunque en el XVIII se formase.

Tenia Italia en los últimos años del siglo próximo pasado, si pocos hombres eminentes como escritores, en grande abundancia de los que en aquella tierra privilegiada de ingenio y erudicion solo merecian ser contados como de una decorosa medianía. Pero lo repito, señores, la medianía abarca inmenso campo, y debe ser calculada de muy diversos modos. En lo físico hay regiones elevadas cuyo terreno llano excede en altura al punto á que en otros llegan los montes. Entre las grandes sierras pasan por colinas las que puestas fuera de la compañía de las vecinas montañas llevarían y aun merecerían ser contadas entre estas, y hasta pasar en su clase por considerables. Otro tanto sucede en el mundo intelectual. Donde el nivel del talento y de la ciencia adquirida están muy altos; si por un lado es fácil subir en sentido absoluto, porque se eleva quien sube ya sobre grande altura, no se considera mucho una elevacion que vista y medida desde region mas baja, es de grande nota. En una literatura llena de grandes modelos parecen poco ó nada composiciones que son y deben ser tenidas en alto aprecio, si se las juzga en cotejo con las obras de pueblos menos afortunados en materia literaria. Así, señores, sería fácil enumerar italianos ilustres aun de la misma época en que declaro á su patria algo escasa en producciones de valor eminente. Muchos de estos nombres se yo, y los callo por no emplearlos en hacer una árida é inútil nomencla-

tura. De otros, que bien serían dignos de ocupar la atencion de mi auditorio si fuesen nacidos ó si se hubiesen señalado en tierra menos rica en frutos literarios, confieso que estoy ignorante. Y de esta misma ignorancia mia debe sacarse una prueba favorable á la ilustracion italiana. Los pueblos que en alguna época ó en todas las de su historia tienen pocos nombres ilustres que citar, por fuerza recurren á traer á cuento las medianías y ponderarlas como cosas de grande eminencia y gloria, porque, ó no conocen su pobreza, lo cual es muy comun, por la ceguedad que infunde el amor á la patria, ó conociéndola no quieren confesarla, por impedírselo un disculpable orgullo.

No me atreveré á decir, señores, si en este último caso estaba absolutamente nuestra España al terminar el siglo próximo pasado. Confieso que temo ofender nobles pensamientos y buenos afectos. Confieso que participando de estos últimos me duele haber de manifestar desdichas que no se encubren á mi vista, si bien querria cerrar los ojos, ó aun deslumbrarme un tanto por no verlas, ó por no contemplarlas, segun la realidad, y sí segun mi deseo. Pero tampoco quiero incurrir en el yerro de retratar como gigantes á hombres de solo regulares dimensiones. La lisonja, señores, es cómoda á quien la emplea; pero perniciosa á quien la recibe, y no hay príncipe que mas lisonjeros tenga ó que mas apetezca ser adulado que los pueblos, lo cual así les sucede tratándose de su poder político ó de sus calidades morales, cosas todas agenas de mi propósito en este momento, como cuando se trata de su estado intelectual, que es el á que debo atender, y atiendo exclusivamente.

No era del todo oscuro el horizonte de nuestra patria en los dias á que voy á referirme. No brillaban en él grandes lumbreras; pero las habia bastantes á dar una luz templada y agradable. Fuera de esto, señores, no era culpa del pueblo español enteramente el estado en que se veia. Con malas instituciones; con no buen gobierno; habiendo tomado poco útil direccion los estudios, faltaba un público

bastante numeroso, que es el que dá las reputaciones literarias; el que premia aun en la parte de lícito interés los trabajos de los autores; el que por estos varios medios los alienta y hasta los forma; y en fin, el conjunto de donde ellos mismos salen, porque la consideracion de las glorias, y tambien de los provechos que se adquieren por medio del cultivo del entendimiento, excita á muchos á dedicarse á una industria que, sobre dar ganancia como todas, va acompañada de honra en superior grado. Fuerza es tomar en consideracion estas circunstancias al dar fallos que algo han de tener de desabridos. Pero tampoco el temor de causar disgusto ha de llevar al extremo de desviarse de la verdad ó de lo que parezca verdad á quien debe decir lo que siente ante un concurso al cual respeta.

En los años del reinado de Carlos IV en que iba á terminar el siglo, los discípulos primeros de Melendez en la poesía, y algunos escritores medianos en prosa, menos considerables todavía por la naturaleza breve y poco importante de sus escritos que por las dotes de su ingenio ó la extension ó profundidad de su ciencia, acaso iguales á mas altas tareas que las que hubieron de desempeñar, señalaron el tránsito del pasado al presente siglo. Hablar de ellos, señores, será asunto de la leccion que seguirá á la presente. En ella terminará el presente curso, al fin del cual renovaré algunas consideraciones ya expresadas, ó, para hablar con propiedad, recapitularé en breves razones lo que llevo dicho sobre la literatura del siglo XVIII; rápido y superficial trabajo, en que tomando sobre mí una carga superior á mis fuerzas, mas he tratado de complacer y servir, que de mirar por mi propio crédito, ó de contribuir á la instruccion agena, si no es que á esta última pueden ser de alguno aunque corto provecho ciertas indicaciones, á modo de guia á mas vastos y sólidos estudios.

LECCION VIGÉSIMASEXTA.

Señores:

Cuando tengo que hablar de nuestra España en los últimos años del siglo próximo pasado, mi apuro principal es no tener que examinar los méritos de obra alguna de considerable importancia, por la cual haya de medirse el valor de sus autores. Aun de los principales que en aquel tiempo florecian he dado ya razon detenida al tratar del estado de nuestra literatura, ya en los últimos años del reinado de Carlos III, ya en los primeros del de Carlos IV. Melendez y Jovellanos, el primero como poeta, y el segundo principalmente como escritor en prosa, han llamado notablemente mi atencion, y esos mismos siguieron siendo los principales en la pública consideracion en el período á que se refiere mi tarea de esta noche, última de este curso, si bien en este período último nada ó poco añadieron á sus anteriores producciones. Tendré, pues, solo que detenerme en tratar de dos ó tres escritores de la capital particularmente, y habré de convertir mi atencion á una escuela de literatos, y principalmente de poetas, que comenzó á señalarse en una ciudad de provincia; despues de lo cual hablaré de obras de crítica, y me entretendré en consideraciones generales. Bien conozco, señores, que este trabajo poco

tiene de ameno, y no mucho de provechoso; pero gran parte de lo que le faltare para dar entretenimiento ó enseñanza no será culpa mia, sino de mi argumento.

Al publicar Melendez segunda edicion de sus poesías, harto mas copiosa que la primera dada á luz reinando Carlos III, reconociéndose como cabeza de secta, ó maestro, y guia en una escuela nueva, aunque calificándose con la competente modestia de mero aficionado, habia nombrado como á sus mas aventajados discípulos y probables continuadores á D. Leandro Fernandez de Moratin, D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, y D. Manuel José Quintana. Los tres han vivido hasta haber entrado el siglo presente: los tres han representado mas ó menos importante papel en los sucesos políticos de que nuestra patria ha sido teatro: de los tres, dos publicaron sus obras antes del año de 1800: el tercero en el mismo linde de los dos siglos; y de todos ellos parece que mas tocaría hablar al que examinase la literatura, si ya no del dia presente, de los inmediatamente anteriores. Pero, aunque parezca cosa nimia ceñirse en esto á las fechas con rigurosa escrupulosidad, cosa que no se ha hecho tratando de otros autores, he creido acertado hablar aquí solo de Moratin y de Cienfuegos, no porque viva Quintana aun, si bien esta consideracion es de peso, sino porque este último, en fuerza de los sucesos, aun literariamente considerado, es mas de este siglo que del precedente, al paso que los dos primeros pueden considerarse como una expresion del próximo pasado en la hora de su acabamiento.

Moratin y Cienfuegos son citados como hijos de Melendez en literatura, solo por la circunstancia á que poco ha aludia de haberlos nombrado casi como tales el afamado poeta. Bien es verdad que él mismo señala alguna diferencia entre el primero y el segundo, pues en punto á aquel, si le declara su sucesor, no blasona de haberle formado, y sí á estotro juntamente con Quintana. Bien es verdad que Moratin, aun elogiándole, no le reconoce como maestro, y así, al paso que movido por pasiones políticas hijas de un

interés comun á ambos, le ensalza aun en vituperio de su patria, en otra ocasion, influido por consideraciones puramente literarias, lleva las cosas á punto hasta de zaherirle y ridiculizarle.

Empecemos por Moratin, cómico y lírico, aunque sus pretensiones á brillar como lo último, si bien algo justificadas por su primer ensayo que fué un romance sobre la conquista de Granada, y si bien renovadas en varias ocasiones, solo en tiempos novísimos han sido plenamente concedidas por algunos jueces, al paso que su fama de autor de comedias estuvo algun dia en el mas alto punto, decayó despues, y hoy se va de nuevo remontando.

Una cosa debe decirse de Moratin, y es que como poeta dramático de la escuela llamada clásica es el único español, así en el ramo de la tragedia, como en el de la comedia, ó, para hablar al uso de su tiempo, así entre los que daban cultos á Melpómene, como entre los que los daban á Talía, de quien se duda por muchos, y se afirma por algunos, ser autor de primera clase. Se ha llevado la adoracion á tal punto, que se le ha puesto á la par con Moliere, y su sepulcro, colocado en el famoso cementerio de París al lado del que recuerda la memoria del ilustre dramático francés, y un libro español donde se le declara no solo igual, sino hasta á veces superior á su gran modelo son pruebas del exceso de esta idolatría. Ahora, pues, nadie pretende que en las tragedias de García de la Huerta, de Ayala, de Cienfuegos, de Quintana, ó de algun otro moderno compatriota nuestro, hayan sido igualadas las producciones de Corneille, de Racine, ó aun de Voltaire, ni siquiera las italianas de Alfieri.

¿Era merecido tanto concepto, señores? Me duele decir que no, y sin embargo Moratin como poeta cómico tiene dotes no comunes. Pero sus prendas son secundarias: sus chistes graciosísimos son pinturas de costumbres, son acertadas imitaciones de la naturaleza, pero no son creaciones. Y hay mas; hasta en su mérito de segunda clase hay

no pocas ocasiones en que copiando desmerece infinito del original que traslada.

En Moratin á mi entender eran agudo el ingenio, escasísima la imaginacion, sano el juicio; pero equivocado el concepto que se habia formado del drama. Esto último le fué echado en cara en una revista inglesa dedicada al juicio de obras extranjeras; obra cuyos artículos, aunque no todos de igual valor, solian estar desempeñados con mas que mediano acierto, habiendo en ella trozos de crítica trascendental y profunda. Allí, hablando del prólogo puesto á sus comedias en la conclusion de sus obras, se le probó, en mi juicio, que su teórica del arte dramático, cuando no falsa, era superficial ó incompleta.

Que Moratin era ingenioso se prueba por las dotes indudables de sus obras, mas propias para expresar la calidad del ingenio, que otras de la mente del hombre manifestadas en los escritos. Como ingenioso acertó con el remedo. Hízole perfecto de las rarezas de los viejos de ambos sexos: hízole no inferior de las ridiculeces de un autor necio, ó de un pedante, ó de las calaveradas acompañadas de mala crianza de un caballero de provincia. Copió el lenguaje de la conversacion cual nadie, haciéndole natural, interrumpido, salpicado de proverbios y de modismos vulgares. Cuando versificó supo conservar admirablemente, aun caminando con la sujecion de la medida, esta índole de su diálogo á que es dificil llegar aun en la libertad de la prosa. Con el ingenio descubrió y reprodujo no pocas singularidades de la naturaleza humana. Pero le faltó á veces fuerza, aun en la calidad que en mas alto grado tenia. Cuando quiso copiar á Tartuffe en su *Mogigata*, poniendo asimismo la vista en la Doña Clara de *Guárdate del agua mansa*, de Calderon, no solo se quedó atras del mayor modelo, sino que no llegó á entenderle, segun las apariencias, y le copió en una ú otra cosa, y no en el total, como quien retratando saca bien una ó dos facciones y yerra el conjunto, no acertando con la semejanza. Tartuffe es un malvado

profundo, que ni un punto se olvida de su hipocresía: Doña Clara tiene no pocos golpes de tonta, á pesar de que en maldad es extremada.

He dicho, señores, que en calidad aun de poeta conciso tenia Moratin poca imaginacion. Esto se vé en la pobreza de sus nudos y desenlaces, en la casi ninguna novedad de sus caracteres, y mas, si cabe, en haber pintado menos bien aquellos que solo se adivinan con la fuerza de la fantasía. De la pobreza de las tramas de nuestro célebre cómico moderno, sus piezas todas, con ser pocas, dan claro testimonio. La *Mogigata* está bien desenlazada, por estar bien preparado el desenlace y salir de la accion misma. Pero aquí se vé la falta de novedad. Los caracteres de los hermanos son sacados de Moliere. Este es cierto tambien los habia tomado de Terencio en su *Adelphi ó los hermanos*. Pero el francés mejoraba lo que hacia suyo, y el español al contrario. El francés apenas copiaba ajustadamente, y el español sí. Los primeros versos de la *Mogigata* son traduccion de los primeros de la *Escuela de los maridos*. Dice Moliere:

Mon frère s'il vous pluit ne discourous point tant,
Et que chacan de nous vive comme il l'entend.

Y Moratin traduce:

Mira hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto:
Dejémoslo....

Pero esto valdria poco. Lo peor es ver aquí equivocado por lo debilitado un carácter, como lo está en Doña Clara el de Tartuffe. D. Martin es un necio ridículo en condenar las libertades que D. Luis aprueba, y estas libertades son impropias por lo escasas de una mujer como Doña Inés. Tratar esta con una niña de corta edad, siendo ya casadera,

bailar con ella á la vihuela y salir el padre á dar una vuelta, forma todo ello una escena pueril. No así entre *Ariste* y Sganarelle. El primero lleva ó aparenta llevar la indulgencia á términos que pueden dar cuidado, y la rabia del segundo si excesiva ó ridícula, tiene algo de fundada, y por eso de verosimil.

¿Et chez vous irout les damoiseaux?
¿Y piensas en dar entrada
En tu casa á los galanes?

Y cuenta que se trata de una casada. Y no para aquí, pues pregunta:

Qui jouerout en donnerout cadeaux
¿Y consentirás que jueguen,
Y tambien que la regalen?

Y aun le dice que sí dejará requebrar á su mujer y que esta oiga los requiebros, y al oir que sí rompe en la exclamacion:

Allez vons etes un vieux fou,

y á su pupila

Restrez pous n'ouir pas ces maximes infames.
Anda: eres un viejo loco

y á ella

Entrate en casa al instante,
No te pervierta el oir
Esas máximas infames.

Sabido es que el nudo de la *Mogigata* está compuesto del de la *Escuela de los maridos* y del de *Tartuffe*, y que el

desenlace está sacado del *Avaro*. Pero, cuánta diferencia y cuánta ventaja hay en favor de Moliere, hecho el cotejo, aun mirados ambos por la parte del ingenio y no de la imaginacion, que en esto no aparece! Solo por unos pocos versos pueden hablar, D. Martin de una estafa, y D. Claudio de sus amores, creyendo que tratan del mismo negocio. Harpagon y Valerio hallan, ó para decirlo como se debe, el autor encuentra semejanzas capaces de equivocar una cajita llena de dinero con una jóven durante una conversacion dilatada.

En cuanto á individualizar Moratin nada hace. Es de creer que no sospechó que fuese necesario. Para él era el drama una representacion de abstracciones ó el mero remedo de ciertos entes vulgares. Moliere peca algo por este lado y peca por no háber concebido la necesidad de crear caracteres que no sean solamente avaros ó hipócritas, porque un vicio ó ridiculez no es el hombre todo; pero, con las prendas de su entendimiento superior, acierta á veces con la individualidad, no siendo parte de sus doctrinas buscarla. Harpagon, Tartuffe tienen algo mas que ser avaro el uno ó hipócrita el otro; son hombres. Sin embargo, es fuerza confesar que hasta el gran dramático francés se quedó corto en este punto. De su imitador el español no hablemos. Acaso Doña Mariquita en el café se sale de esta regla, pues aunque en la pintura de la sencillez, aun llegada á simpleza, apareciendo harto mas puesta en razon que el talento acompañado de pedantería, está copiada la idea del inimitable modelo, donde el buen escudero Sancho con sus salidas hijas de buen seso, ignorante y aun rudo, pone en relieve las locuras del descaminado talento de su amo, y asimismo de las mujeres sabias ó Mansabidillas de Moliere, donde el bonachon ignorante Crisaldo y la tosca criada Martina con cuatro al parecer majaderías, ponen en claro la ridiculez del mal guiado y no mejor usado saber, todavía Moratin dió á la imitacion novedad bastante para hacerla suya.

Sin duda alguna, como he confesado, ó, diciéndolo co-

mo debo, como he advertido con gusto, pues al cabo soy juez deseoso de dar fallos favorables, aun cuando por mi severidad aparezca contrario y hasta acusador; sin duda alguna, señores, otros caracteres de Moratin están bien pintados. Pero aun así, se nota en su uniformidad cuán poca invencion habia en la mente del poeta. D. Roque, Muñoz, la tia Mónica y Doña Irene son una persona misma en diversas situaciones. No hablaré de personajes menos bien pintados, cuales son sus amantes, todos ellos de helada insulsez, ó sus personas de cierta esfera, cuya finura pintada en sus modales, es la misma cortísima que se nota en la descripcion de los entretenimientos de la familia de D. Martin y D. Luis en la *Mogigata*.

Dije, señores, que tenia Moratin muy sano juicio y equivocado concepto en punto á lo que debe abarcar el drama. Lo primero, señores, se vé en que juzga con tino superior con arreglo á los principios que adopta. Su estilo, su tono en la escuela clásica que seguia son verdaderamente clásicos, al modo de aquella escuela misma, esto es, conformes á la mejor época del gusto latino ó del francés del siglo XVII, ó del castellano en los autores del siglo XVI ó principios del XVII; de mas correccion y severidad, y tambien de elegancia en el adorno, en vez de serlo al gusto francés contemporáneo ó de época recien pasada.

Pero su concepto del drama no pasa de ser el de la observancia de las reglas de Aristóteles segun están comentadas por los franceses, señaladamente por Batteux, ó como lo fueron en italiano por Metastasio, y segun estaban seguidas por los escritores mas escrupulosos en arreglarse en la práctica á la teórica generalmente reconocida como la fé literaria verdadera. No pensaba así Moliere, á quien por otro lado Moratin tenia en el mas alto concepto. Sus fallos sobre doctrinas contenidos en la *Crítica de la escuela de las mujeres*, y su práctica en todos sus dramas, son prueba de haber habido en el insigne francés atrevimientos de que no pueden estar libres los ingenios superiores.

Moratin ademas quiso hacer españoles sus dramas. Hasta blasonó de que habia vestido la comedia de basquiña y mantilla, y no blasonó de ello sin suficiente fundamento. Pero los dramas de primera clase, así como todas las producciones del hombre de la misma esfera superior, no deben tanto su mérito al vestido cuanto á la persona, ni aun en la persona tanto á la regularidad cuanto al alma, que aun á la misma irregularidad á veces hermosea. Los principales modelos de belleza literaria lo son por el vestido y por el desnudo, y por adaptarse bien el primero al segundo, y lo son por sus formas, y tambien por el espíritu que las anima, y en ellos la regularidad de las primeras, sin dejar de ser un gran mérito, no es el mas alto. La comedia de Moratin era admirable con basquiña y mantilla; pero como algunas mujeres perdia casi todo su valor al quitarse el traje que con tanta gracia manejaba. Moratin traducido es poco mas que nada. Moratin aun leido en su original ó visto representar no pasa de ser un poeta mediano en el juicio de lectores ú oyentes no españoles. Moliere es poeta de todos los pueblos, y lo será como lo ha sido y sigue siendo de todas las edades.

Aquí, como en otras ocasiones, despues de una al parecer tan áspera censura, no dudo, señores, que habrá quien en su interior diga ó en público ponga por objeccion á mi juicio que mal puede merecer la alabanza que yo por otro lado no le niego un poeta con tanto rigor tratado en la leccion presente.

Señores, sin embargo, el valór de Moratin como autor español no es corto. Para tasarle póngasele en cotejo con autores de su misma escuela empeñados en lograr el fin que él se propuso, y en la distancia del precio que habrá de quedar entre el uno y los otros, se verá cómo un ingenio, sin ser de los de primera clase entre los del mundo, puede merecer, y, con justicia, ocupar entre los de su patria un lugar muy preferente. No es poco en los caracteres que pintó haber sabido darles tal semejanza, tal viveza,

tal frescura en los colores. No es pequeño el acierto de quien maneja su lengua con extraordinaria maestria, así en la frase correcta como en los idiotismos, así en el lenguaje familiar como en el elevado, y la reproduccion en una obra hija del trabajo del lenguaje de la conversacion en su desaliñada soltura. No es poco tener chistes nuevos, naturales, que durante largos años han estado embelesando á auditorios en los cuales se contaban gentes muy entendidas y las turbas populares; siendo el voto de las unas y de las otras respetable, tratándose de triunfos alcanzados en el teatro y en él por algun tiempo continuados. Lo repito, la superioridad relativa de Moratin es indudable: aun la absoluta no es poca en cierta esfera. Padece, sí, cuando del cotejo con otros autores españoles y aun extranjeros de segundo órden la indiscreta pasion pasa á ponerle al lado de gigantes cuya vecindad deja desairada la que en estaturas ordinarias es respetable altura.

He hablado, señores, de Moratin como autor dramático, y habiendo de juzgarle como lírico tal vez pareceré mas severo. Sin embargo, señores, para aquellos que consideran la falta de lunares como señal de la mayor perfeccion, las composiciones no dramáticas de Moratin deben parecer modelos admirables. Así traduciendo á Horacio acierta con el tono del original cuanto cabe hacerlo en la lengua castellana. Así en sus poesías originales se vé el gusto clásico latino en su pureza, en su magestad, en su elegancia no igual á la griega, pero su émula con diferentes calidades. Imposible parece negar en medio de esto que carece Moratin de invencion, de fantasía, de pasion vehemente ó intensa, y de novedad en la descripcion, ya de los objetos naturales, ya de los afectos del alma en sus arrebatos osados ó en sus conmociones violentas. Su estilo de correcta igualdad; su diccion constantemente castiza y ajustada á los preceptos de la gramática; su versificacion, si no por lo comun fluida ó fácil, nunca escabrosa, nunca muy desmayada, no se elevan un punto

de una decorosa medianía. Fácil es alabar el tono de Moratin: difícil citar de una composicion suya no dramática un trozo de aquellos de que sobresalen, y quedan grabados en la memoria un período poético semejante á los que enamoran en Lope de Vega, en Góngora, y en otros autores incorrectos, ó un verso que por la valentía de la imágen ó de la expresion, ó por excederse de los límites de la ordinaria belleza en el sonido, pueda ser citado con particular alabanza, ó sea recordado con mas que comun deleite. Son bellos los versos á la muerte de Conde; pero no pasan de expresar en buena versificacion afectos que en su viveza corresponden á la mera prosa. Es graciosa la composicion que empieza

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais amigos
El número de lustros que cumplí?

Pero se notará que el mecanismo del verso en esta pieza mas que otra cosa es lo que la recomienda.

Las breves sátiras de Moratin en mi concepto son superiores en mérito á sus demas composiciones, sin contar sus comedias. Tenia el autor en efecto vena satírica, para lo cual lo necesario es no la imaginacion ni la sensibilidad, sino el ingenio. Hasta la índole de su estilo y la clase de su versificacion se avienen perfectamente con lo que en estos puntos pide la sátira. La del autor de quien trato premiada por la real academia española, y cuyo objeto es ridiculizar á los malos poetas, no es la mejor de las suyas, aunque tenga algunas y no leves perfecciones. Otras tienen muy superior nervio en los pensamientos y en la expresion, siendo lástima que no sean mas extensas.

No acertó Moratin en los epígramas, aunque podria aparecer propio para señalarse en ellos su ingenio. Alguno de sus sonetos, como el escrito sobre la muerte de Melendez, ha merecido elogios que mas tienen del espíritu

de bandería que de consideracion á su valor literario.

Basta, señores, de un poeta del cual supondrán mis admiradores que soy acérrimo contrario, porque al juzgarle ando parco en la aprobacion y largo en la censura. Esto sucede, señores, cuando la admiracion excesiva saca los objetos de quicio, pues quien intenta traerlos á su puesto verdadero tiene que aparecer maltratándolos, cuando los está meramente reduciendo á las debidas proporciones, aun cuando estas no sean pequeñas. Ni es solo con Moratin con quien seré tachado de severidad excesiva é injusta. Los admiradores de Melendez me han censurado de lo mismo cuando he considerado á su ídolo; y ahora estos, que por cierto tal vez aplaudirán lo que acabo de decir de un poeta del cual no son devotos, volverán á oirme con escándalo y disgusto cuando, usando de mi acostumbrado rigor, voy á tratar de uno de los autores mas afamados de su escuela: de D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

No cabe, señores, desviarse mas un escritor de otro que lo está el que he nombrado en este instante de aquel cuyos méritos he estado poco antes examinando. En efecto, ambos se proponen un fin enteramente diverso. Moratin temiendo perderse por las alturas si daba demasiado vuelo á su fantasía, de fuerzas cortas en verdad, contenia sus ímpetus naturales, sujetándose á reglas un tanto equivocadas, pero severas: Cienfuegos tampoco dotado, segun se figuran algunos, en mi sentir con notable yerro, de viva imaginacion, esforzaba la que tenia, de lo cual venian á resultar vuelos extravagantes y desordenados. Ambos veneraban los preceptos de la escuela clásica, pero los entendian de diferente modo. Aquel empapado en el espíritu romano, y teniendo presente el de la poesía castellana en Garcilaso, en Leon, aun en los Argensolas, y el de la Italia en Tasso y hasta en Metastasio, y si acaso algo el de la francesa, el de la edad de Luis XIV, arreglaba su práctica, así como su teórica, á estos modelos. Estotro sin dejar de conocer los clásicos de todos tiempos, era hijo de la escuela francesa

del siglo XVIII, á cuyo gusto añadia ciertas singularidades con que pensaba mejorarle y *españolizarle*, y de la poesía de su patria prefería á todo los un tanto forzados arrebatos de Herrera, ó el lenguaje peregrino del mismo autor en que se figuraban poetizados pensamientos comunes solo porque se presentaban vestidos con una diccion no parecida á la de la prosa.

Cienfuegos, con todo, no era lo que no pocos críticos le suponen, esto es, pésimo poeta. Malo era su gusto, forzada su expresion, sacada de quicio su sensibilidad á punto de desaparecer lo que tenia de sincera. Pero solia acertar con pensamientos valientes y aun con hermosas imágenes en medio de otros falsos ó pueriles, y de otras incoherentes y monstruosas.

Estudiando á los franceses de su siglo, Cienfuegos habia abrazado las ideas filosóficas, segun declaran sus obras, con fé ardiente. La filosofía de aquella época, como es notorio, tenia poco de poética. Pero aun de ella puede sacar buena poesía un hombre de pasiones de suma viveza é intensidad. La duda y la burla que hicieron de Voltaire un poeta de singular mérito en las composiciones ligeras, en época posterior hicieron de lord Byron uno de los primeros poetas del mundo en su clase, y ¡cosa extraña! la vena misma de que nació *Cándido ó el optimismo*, obra admirable, pero la mas prosaica en su concepto y estilo entre cuantas ha producido el ingenio humano, es la de que emanan algunos de los buenos trozos de D. Juan y otras obras del insigne par de la Gran Bretaña. El señor *Pococurante*, veneciano que tanto hace reir es el viajero Childe Harold, y es (dejando aparte los remordimientos) el sublime Manfredo; personajes que llegan al alma del lector allí donde es la sensibilidad mas viva.

Cienfuegos no tenia estas dotes, y quería tenerlas: y era con todo dueño de algunas, y las avaluó en valor superior al suyo propio, y queriendo dárselc las extremó, de donde resulta su fogosidad real y verdadera en pocas oca-

siones, aparente en muchas, y casi en todas con trazas de forzada. En un escrito mio he comparado su expresion á los esfuerzos que para hablar hace un mudo. Esto nacia de que siendo un tanto sensible para que en su ánimo hiciesen efecto ciertas ideas, no lo era lo bastante para apasionarse vivamente, y quería suplir con su juicio lo que á su ímpetu natural faltaba, y al declarar sus afectos creyéndolos mas vehementes que lo que en sí eran, lo hacia con forzada é irregular violencia en sus ímpetus, y no con fuerza constante y de la que lo arrolla todo.

Lo que he apuntado constituye la falta mayor y continua del estilo de Cienfuegos. Aun en su diccion se nota, porque conociendo bien su lengua quiso usarla con mas riqueza que la que tiene, y, faltándole caudal, dió oro falso por fino; engañándose él mismo sobre el valor de lo que daba, como si se figurase alquimista y dotado de la ciencia falsa suficiente á transmutar en oro metales inferiores.

Cienfuegos ha tenido locos apasionados, aunque hoy apenas tenga quien le admire. Se prendaron mucho de él los de la moderna escuela sevillana, admiradores extremados y casi exclusivos de Herrera. Esto puede parecer singular, porque entre el estilo del famoso poeta andaluz antiguo, y aun el de sus imitadores en nuestros dias, y el de Cienfuegos hay poquísima semejanza, no bastando á constituirla que el uno así como los otros usen con frecuencia de frases y voces peregrinas, cubriendo á veces, ó creyendo cubrir con períodos extraños en construccion y sonido pensamientos que no pasan de comunes, y figurándose que con vestirlos de semejantes galas los trasladan de la esfera de la prosa á la de la poesía. El poeta madrileño, aun traduciendo á Horacio, es del siglo XVIII y francés: los *Herreristas* son meros remedadores de las formas de un autor de edad mucho antes pasada.

En lo que sobresale Cienfuegos, y digo sobresale, porque excede del nivel comun, mezclando graves faltas con varias no menores perfecciones, es en las composiciones del ca-

rácter medio como son las epístolas. La de un amigo en la muerte de su hermano con mil extravagancias de pensamiento y de frase, con mil afectaciones monótonas de estilo y de diccion, tiene ideas é imágenes, vivas aquellas y profundas, y estotras bien concebidas y con igual acierto expresadas, con lo cual hermana cierta vehemencia é intensidad en la ternura de los afectos. Lástima es que á veces, deslustrando lo menos á lo mas, algunas muestras de amaneramiento que llegan á hacerse insufribles menoscaben el efecto de grandes primores. El *llora*, *llora*, *cesa*, *cesa*, y otras frecuentes repeticiones de vocablos, y especialmente de verbos al terminar los versos, son cosas en alto grado enojosas y mas por notarse que son hechas adrede creyendo dar con ellas al estilo mas energia.

La *Escuela del sepulcro* es una composicion extravagante hasta en su estilo, y encierra con todo grandes perfecciones, bien que tambien faltas de las mayores del autor, aunque cabalmente en estos lunares viese él, y con él viesen algunos apasionados suyos los principales primores de su obra.

No hablaré de la oda en alabanza de un carpintero por su aspecto político. Pero debo advertir que lo errado de su intencion, mirada por este lado, le perjudica considerando la composicion literariamente. Goldsmith en su *Vicario de Wakefield* con buenas aunque tambien con malas razones, criticó el verdo de Pope que dice:

An honest man's the noblest workof God
La obra mas noble de Dios es un hombre de bien.

llamando el pensamiento «un bajo abandono de la superioridad mental.» Pero concediendo de la honradez de un buen artesano no ya que sea preferible al vicio de otro quien quiera alto ó bajo, sobre lo cual no cabe disputa, sino que deba tenerse en mas estima que la misma calidad en personas de mas alta esfera, todavia el pensamiento no pue-

de acomodarse bien á los vuelos de la imaginacion en la alta poesía. De aquí es que en su composicion se entrega Cienfuegos á arrebatos democráticos llenos de énfasis en vez de sentirse y mostrarse inspirado por pasion viva hija de la consideracion de algo grande ó tierno.

Bien podia la oda á Bonaparte respetando en medio de los estragos de la guerra la pobre aldea donde nació Virgilio haber dado motivo á una composicion de mérito eminente. Y no puede negarse que en esta obra de Cienfuegos el concepto general es bueno, y que está en algunos pasages bien desempeñado. Pero aquí, como en las demas poesías del mismo autor, se nota cómo se extravía al querer extremarse en la fogosidad, y, así como cuando el fuego arrebata al poeta ó al orador salen los pensamientos expresados con facilidad magnífica, así cuando sopla y se afana y procura convertir en llama lo que no es para tanto, la expresion forzada declara la violencia del trabajo mental de que nace. Sirva de testimonio la estrofa cuyos versos son:

Le acomete........
Le vence, y un ejército enemigo
Fué, y otro, y otros: vuela, es la victoria
Y una campaña sola á un siglo entero
De heroismo cargando,
Gana la paz, la guerra esclavizando.

Aquí se nota el deseo de ser enérgico y rápido, y como para serlo se emplean pensamientos rebuscados y expresion nada fácil. Las abstracciones forman metáforas y el siglo cargado de heroismo por una campaña no es de las mejores, y el pensamiento antitético del verso último descubre gran frialdad en el arrebato aparente. Véase cuando el autor habla inspirado cómo acierta á ser fácil y á producir una imágen bella á la par que sencilla. Hablando poco despues del terror que infundia á sus enemigos el

conquistador de Italia y de los estragos compañeros de sus victorias dice:

Sola, sin espanto
La pobre aldea de Maron le mira,
Que el héroe la respeta.
Viólo en su tumba y sonrió el poeta.

Muy aplaudidas fueron las dos composiciones tituladas el *Otoño* y la *Primavera*, donde cabalmente á la par con indudables, y á veces altas perfecciones, se dan á notar las extravagancias del autor, equivocadas sin duda por él mismo como lo fueron por críticos sus admiradores con vuelos de *la poesía ditirámbica*. Allí aparece como un borracho furibundo invocando á los dioses paganos un hombre de la sociedad moderna y, segun fama, de morigeradas costumbres. Pero esta falta no es de Cienfuegos puramente: lo es de la poesía artificial que cultivaba, en que son por lo comun fingidas las inspiraciones.

Cienfuegos hizo tragedias tambien celebradas en retazos de crítica escritos por sus amigos, pero no aplaudidas en el teatro. Quien conozca qué calidades ha de tener el buen poeta trágico ha de convenir en que las contrarias cabalmente eran las de Cienfuegos aun en los momentos en que era verdadero y buen poeta. La razon porque Alfieri primero, y lord Byron casi en nuestros dias, fracasaron en sus dramas, si bien el primero elevándose á mucha altura, de suerte que solo puede decirse que fracasó por no haber conseguido la perfeccion á que aspiraba, y á que creyó haber llegado, y el segundo en su *Manfredo* hizo un admirable monólogo, pues solo un personage figura aunque varios hablen, y en su *Sardanápalo* dejó una tragedia buena, donde contrastan admirablemente dos caracteres bien pintados; la razon misma, digo, es causa de que Cienfuegos, menos flexible que otro autor alguno, hable siempre por boca de sus personajes y hable como componia, y no

como sentia ó se expresaba naturalmente. No aspiró tampoco á la individualidad en los caracteres, que ni aun como mera personificacion de una calidad mental son dignos de nota. Han celebrado su personage de Rodrigo en la *Condesa de Castilla*, y ciertamente son de aplaudir los nobles pensamientos que el autor pone en su boca, donde se descubre cuán honrada y noblemente pensaba el poeta, pero no pasan de trivialidades, aunque dignas de alabanza, sus máximas ó sus acciones.

Séame lícito, señores, ya que con dolor he tachado en Cienfuegos las faltas del escritor, hacer justicia cumplida á las prendas del hombre. Eran estas altas en sentir de cuantos le conocieron, á muchos de los cuales he tratado. No obstante ser admirador de la revolucion de Francia y del varon incomparable que á un tiempo le puso fin en lo que tenia de desmandada, la continuó, si bien algo en parte la contradijo, en lo que tenia de provechosa, y la convirtió en su propia utilidad y gloria, y en dar extension, robustez y lustre al poder francés, cuando vió á su ídolo Bonaparte convertido en usurpador del trono, y contrario de la independencia y mancillador de la honra de España, lejos de doblarse á rendirle cultos, se le mostró fiero adversario, y no desmintió su entereza en padecimientos que le acarrearon primero un grave peligro, despues un destierro y á la postre la pérdida de la vida, si no en suplicio, con martirio á que mal podian resistir un cuerpo débil y un ánimo agitado. Sí, señores, Cienfuegos, por su carácter mas todavía que por sus escritos, merece ser citado como una de las glorias de nuestra España.

Mientras un poeta de la secta filosófica así innovaba en la poesía española, otro de clase muy diferente, encaminado á muy diverso fin, mezclaba algo de nuestros rimadores antiguos con lo que llaman poesía de sociedad los extranjeros, y dotado de agudísimo ingenio, y de fácil vena, con escasa instruccion, sin ternura, sin viveza de fantasía, poco atento á la naturaleza externa, y mucho al trato de

las gentes, conociendo de la condicion humana mas lo externo que lo interno, mas lo somero que lo profundo, como hábil satírico, y en la clase de poesía amatoria en que la pasion no pasa de galanteo, se señalaba y cogia aplausos particularmente de las mujeres y de la gente poco instruida, sin que por esto los doctos é imparciales le negasen mérito, y en su clase del sobresaliente. Hablo, señores, de D. Juan Bautista Arriaza. En él se veian todas las calidades externas que despreciaban y no podian tener los discípulos de Melendez, apartados en este punto de su maestro. Arriaza no hacia casi versos sueltos, componia sonetos y hasta décimas, y componia de repente: era destrísimo en acertar con los consonantes, en suma, tenia las dotes de *coplero* usando la palabra en su buen sentido, pues tambien le tiene; siendo la falta mayor en los autores al modo de Cienfuegos desviarse demasiado del estilo y tono usados por aquellos cuyos versos pueden ser calificados de coplas. En la clase de poetas de que hablo, predomina el ingenio, y, si hay imaginacion, no se emplea en volar alto porque á ello no aspira, mirando como locura remontarse á las regiones mas elevadas á que es dado llegar á la mente del hombre. Atienden sobremanera al mecanismo de la versificacion, que no debe descuidarse, que no descuidan los poetas legítimos y superiores, pero que en estos últimos es como un accesorio forzoso y natural, al paso que parece la parte principal entre los primeros. Conócese en su manera que reciben aplausos y de quiénes los reciben, esto es, no de los literatos un tanto pedantes y solo apasionados de cierta poesía artificial, ni de los filósofos para quienes la poesía es un conjunto de máximas al gusto de su escuela, ni de ciertas personas dotadas de una sensibilidad ya tosca y fuerte, ya delicada, la cual les sirve de criterio, sino del vulgo, tomando por esta palabra el vulgo de lectores y oyentes de versos, diferente del no educado y solo semejante á él porque de la república literaria forma la parte mas numerosa. Lo poco que saben y los principios críticos que descubren profesar

declaran tener por modelos á los poetas mas elegantes y artificiosos que sublimes ó espontáneos. Así Arriaza, de quien hablamos, queriendo en una epístola recordar la historia del buen gusto, apenas mienta á Grecia como pais donde reinó, y supone que en Roma *floreció con Virgilio y con Homero*, y que, muerto despues, resucitó cuando *Petrarca suspiró á su Leurra*, no tomando en cuenta á Dante ni en Petrarca al autor que llamaba á Italia á nueva vida política, sino al compositor de sonetos, bellos sí, pero llenos de metafísica amorosa.

Con todo esto, como el ingenio siendo vivo y agudo hasta acierta á remedar á la imaginacion y á la pasion. Arriaza, que en lo ingenioso de pocos es excedido ó aun igualado, merece un lugar distinguido en la poesía moderna castellana. En los juguetes poéticos, ahora sean galantes, ahora satíricos, pocos, si acaso alguno, le han aventajado en nuestros dias, y tampoco de muchos puede decirse ni antes ni despues que le igualan. Como poeta de esta clase sobresalia en los sonetos, dándoles el giro epigramático que tan bien se les adecua, aunque en ninguno dió el vuelo á su fantasía como tal cual de nuestros poetas antiguos, ni redondeó el período poético, hermanando la valentía de la imágen con la de la expresion, como ha hecho despues tal cual entre nuestros contemporáneos.

Arriaza tuvo el buen juicio de no aspirar á distinguirse en la poesía dramática. En cambio de esto fué el azote de los compositores ó traductores de dramas aplaudidos en sus dias, censuras en que á veces fué cruel mucho mas que lo debido, pero nunca enteramente injusto.

Parece, señores, que al hablar de esta época literaria, mas que de la literatura castellana trato especialmente de la poesía. Pero en balde busco obra alguna en prosa de bastante importancia dada á luz en los dias á que me estoy refiriendo. Vivian autores de los que antes he citado, pero callaban ó solo se empleaban en trabajos cortos que no merecen especial noticia.

Así, cuando tengo que pasar de la capital de España á una ciudad de provincia, donde apareció una escuela de literatos de nota y mérito, tambien me veo precisado á hablar solo de los versos y no de la prosa de estos escritores, siendo de notar que algunos de ellos, muy señalados despues llevando la pluma en composiciones no poéticas, en los primeros fué donde se dieron á conocer y siguieron durante algunos años con cierta nombradia.

En estos literatos ó poetas habia la semejanza inherente á los que se forman en una misma escuela; en una ciudad aunque no de corta poblacion, falta del bullicio de una capital de un estado, y donde hay solo un gremio escogido que se dedique al cultivo del entendimiento; gremio en que forzosamente han de estar comprendidos los jueces y los autores de las obras sometidas á juicio. Fundó esta escuela Forner, pasando á ser fiscal de la audiencia de Sevilla; hombre sin duda instruido, y de no mal gusto literario, aunque tampoco dueño de las doctrinas de una crítica elevada y filosófica. Venerábanle los discípulos con fino afecto, llamándole *Norferio*, con arreglo á la máxima de crear nombres apellidados poéticos en lugar de los verdaderos y comunes. Llenos los sevillanos de patriotismo provincial diéronse al culto de Herrera, Arquijo y Rioja sobre el de todos los poetas castellanos. Pero, como eran hombres de su siglo, y por otra parte tenian en no poca estima á Melendez, mezclaron el estilo de la moderna escuela de Salamanca con el remedo de la antigua de Sevilla. De todo ello resultó una poesia en grado sumo artificial de aquella en que, segun Mr. Villemain, hablando del lírico francés Juan Bautista Rousseau tan semejante á muchos españoles siendo «la imitacion un estudio de diccion y de estilo hecho en modelos de autores de nuestra misma lengua, no produce, sea el que fuere el arte del escritor, mas que una perfeccion aparente» de aquella en que, segun el mismo crítico insigne tratando de Voltaire, poeta forzado en casi todas sus obras, salvo en las efusiones de su epicureismo ingenio-

so, relucen epopeyas como la *Henriada*, hechas friament y como las elegias de quien no está enamorado, con el obje de imitar lo antiguo ó de copiar de agena inspiracion que el autor no siente.

Los poetas sevillanos adorando á Herrera, le siguier en hacer un lenguaje poético muy diferente del de la pros No seré yo, señores, quien condene enteramente esta ide pero sí diré que, si en ella hay algo bueno, tambien ll va á grandísimos errores. El prosaismo de D. Tomás Iriarte, que con tanta razon disgustaba, no solo nace ser su expresion la de la prosa elegante y correcta, si de ser sus pensamientos frios y triviales. Si en su égloga s bre la vida campestre, compuesta en competencia de la Melendez, dá risa oir á un interlocutor expresarse co sigue:

> Aunque ese á la verdad es mi proyecto,
> Tan pronto no podré llevarle á efecto;

no debe creerse que es la diccion puramente lo que ha estos versos tan humildes, pues cuando dice Leon

> El pecho sacó fuera
> El rio, y le habló desta manera:

prosáicas y comunes son las palabras, y no lo es por eso estilo. Al revés, con frase insólita suele creerse haber en blecido un pensamiento comun cuando no se ha hecho n que disfrazarle.

Sin embargo, los poetas sevillanos de que voy tratan no carecian de mérito en su clase, si bien le tenian di rente en grado y calidad, manifestándose aquí la relati disposicion natural de cada uno de ellos, la cual asoma por entre la semejanza que entre todos habia, por ser comun el origen y la educacion literaria. Entre estos poe se distinguian particularmente Roldan, Blanco, Arjo

Reinoso y D. Alberto Lista, único de ellos que hoy vive. El primero buscando mas que otros la sublimidad, solo acertaba á poner imágenes comunes en lenguaje oscuro, siendo una medianía de aquellas en que los aficionados á la especie de poesía á que el autor corresponde encuentran casi superioridad verdadera cuando los de diferente gusto no pueden colocarla entre lo realmente despreciable. Blanco, tirando menos á elevarse, correspondia á una clase fria del mismo género mediano, no descubriendo en sus versos las altas dotes porque despues se señaló como excelente escritor en prosa. Mas fácil y con mas fuerza tambien Arjona, en un tono severo y sentencioso, dejó composiciones de mas mérito, en que luce el ingenio, pero mas profundo que agudo, si bien no se nota viveza en la fantasía. Reinoso, mas artificial que todos, si cabe, acredita aun en sus composiciones poéticas ser hombre de gran ciencia; pero tan desnudo de espontaneidad y de novedad, que, aun admirando algo en él, se hace forzoso admirar el visible trabajo con que está compuesta su obra, no de otra manera que se admira un embutido hecho con perfeccion notable. A todos supera Lista en lo fácil, de suerte que descubre en su composicion bastantes dotes de poeta, pero no cuando se quiere elevar, pues entonces es forzado y violento, sino en un tono medio, donde manifiesta un tanto de pasion, y una mediana dósis de imaginacion, aunque no de las mas vivas la una ó la otra, juntamente con la prenda inferior pero todavía recomendable de una versificacion en general fluida, y de una expresion natural y no falta, así como no lo es de espontaneidad, de riqueza.

Hácia fines del siglo dos obras críticas fueron á modo de manifiestos en que expusieron sus doctrinas y conducta, y en cierto modo se declararon uno á otro guerra, dos bandos en que se dividió la moderna literatura castellana. Salió á luz una traduccion de los principios de literatura del francés Batteux. Este autor, despues de dar una edicion en dos tomos de las cuatro poéticas de Aristóteles, Horacio,

Vida y Boileau, habia escrito su larga obra, sentándola en los principios del escritor griego. Sin faltar á la veneracion debida á un gran modelo, uno de los mas prodigiosos entre cuantos nos presentan todas las edades, hay en su teórica de declarar la poesía arte imitativa mucho contextable, y el moderno escritor francés que abrazó y explanó la misma idea no la mejoró ciertamente.

Al propio tiempo aparecieron traducidas en nuestra lengua las lecciones de retórica y letras humanas del escocés Hugo Blair. Sin comparar con un prodigio como es Aristóteles, al crítico, al cual acabo de nombrar, cuya fama, alta un tiempo, esta hoy muy menoscabada en la Gran Bretaña, paréceme justo colocar las lecciones á que me refiero muy sobre la obra de Batteux, notándose en ella consideraciones harto mas filosóficas, y ya con algo de lo que en lenguaje modernísimo se dice trascendentales.

Pero la guerra á que antes aludí no era tanto sobre el mérito respectivo de la una ú otra de estas dos obras, sino sobre juicios á ellas anejos en las versiones castellanas relativos á la literatura de nuestra patria, así en los tiempos modernos, como en los antiguos. Ambas traducciones estaban mal hechas, pero mucho peor la de Batteux, donde eran escandalosos los galicismos, y solia estar mal entendido el texto á punto de haberse traducido *le ramage des oiseaux*, el trinar de los pájaros por el ruido que hacen los pájaros en las ramas de los árboles. Menos torpe en general el traductor de Blair tambien incurrió en el yerro de no saber qué voces castellanas correspondian á las de su original, por lo cual tradujo con la voz *tensos* la inglesa *tenses* que quiere decir los *tiempos de los verbos*, y explicó con mucha gravedad su desatino diciendo que *tenses* no eran los tiempos pretérito, presente y futuro, sino sus subdivisiones. Esto, sin embargo, dió motivo á que los contrarios del uno y otro traductor encontrasen donde censurarlos, aunque con acrimonia, con justicia. Pero en los apéndices á ambas versiones que trataban de nuestros au-

tores, el partido de Moratin y el de Melendez y Cienfuegos trabaron entre sí cruda guerra. El traductor de Batteux siguió la bandera del primero, siendo fama que le ayudó *Estala*, grande amigo del poeta cómico: el traductor de Blair se declaró por los segundos, sabiéndose que tuvo por sustentadores de su causa á varios literatos de la escuela misma. Aquel colmó de elogios á los poetas antiguos castellanos: estotro solo los alabó con grandes restricciones y dió á los modernos por superiores. El primero puso en las nubes á los Argensolas, poetas frios; el segundo dijo de estos dos escritores, de gran mérito á pesar de sus imperfecciones, que no habian sabido escribir en prosa ni en verso. El traductor de Batteux andubo muy parco en alabar á Melendez: el de Blair declaró que en sus obras y en las de otros modernos debian buscarse los mejores modelos del estilo y de la versificacion en la lengua castellana. El citado en primer lugar era un crítico elogiador de los clásicos: el segundo tenia por clásicos á los autores del siglo XVIII particularmente, y á sus admiradores y copiantes en España. Por allí venia á enlazarse hasta con la política la disputa: los apasionados á todo lo antiguo eran los fieles servidores de la corte tal cual era: los que daban la preferencia á lo moderno habian abrazado en todo la causa de las innovaciones.

Así acabó, señores, para España el siglo XVIII, y, hasta algo entrado el siguiente, poco pudo alterarse su estado en punto á literatura.

De la europea, señores, hemos visto que en el siglo que ha ocupado nuestra atencion floreció como cuando mas y dió muchos de sus mas admirables frutos. Y sin embargo, señores, si el gusto literario se considera aparte de los demas adelantamientos del linage humano; si la belleza sencilla y pura de las formas y el adaptarse bien á ellas los pensamientos tambien grandes y sin fausto, y el ser los afectos vehementes é intensos son calidades que constituyen el valor literario mas subido, el siglo XVIII no es el primero,

y ni en parte alguna [illegible] en la misma Francia tan rica en g[illegible] durante este mismo p[illegible] donde se encuentran los mas perfectos modelos de composicion literaria. Estos hay que buscarlos en Francia en el siglo XVII reinando Luis XIV; en Italia en parte del mismo siglo y sobre todo en el XVI; en España, al acabar este y comenzar aquel; y en Inglaterra, donde clásico significa otra cosa; en la irregularidad de Sahkspeare, y Benyouson y otros reinando Isabel, ó en la regularidad de Milton al comenzar el reinado de Carlos II, todo ello mucho antes del año de 1700, si bien es verdad que en este último pais el siglo de que hemos tratado, hácia su fin, vió florecer en el suelo británico grandes poetas, cabalmente por haber allí lo que en otras partes faltaba al mismo tiempo, esto es, fé en lugar de análisis y duda.

Y no se entienda, señores, que culpo yo el análisis ni aun la duda contenida en los límites debidos. Pero sucede que padezca detrimento la belleza literaria de lo mismo que es progreso para el entendimiento humano. Al adelantamiento moral de nuestra naturaleza debemos caminar; pero entiéndase que no se alcanzan ciertos bienes sin pagar por ellos un precio á veces no poco crecido.

Al revés, la crítica floreció en el siglo XVIII, porque la crítica es hija de la filosofía, y porque viene tras de las obras grandes despues que estas han sido bien consideradas.

La crítica de nuestros dias no es enteramente la del siglo de que hemos tratado, y, en mi entender, le es superior porque ha tomado el carácter de trascendental y porque abraza muchas consideraciones cuando la anterior se ceñia por lo comun á la de las formas. Sin embargo, la novísima suele pecar de fantástica y vaga por lo mismo que no tiene medida fija á que sujetar lo que va tasando.

El siglo XVIII destruyó mucho, fundó poco aunque algo, varió casi todo. Al XIX está reservado el carácter de reedificador y de clasificador de las mudanzas hechas en el

antecedente. Tal cual este es, merece en grado altísimo nuestro respeto, aunque de sus obras desaprobemos alguna y quizá no pequeña parte. La inferioridad que puesto en cotejo con otros tiene lo es en pocos puntos y está compensada con grandísimas ventajas en otros, de suerte que, bien mirado, en valor puramente literario le cabe el lugar segundo, y en cuanto á contribuir al adelantamiento del linage humano, ningun otro se le puede comparar, siendo hasta en lo que erró y hasta en los males que revueltos con bienes trajo, digno de la consideracion mas atenta, y asimismo mas reverente.

FIN.